otpoesía

Poesía Oscar Todtmann editores

Cuadragésimo segundo libro

Al terco filo de la luz

Poesía reunida

1975-2020

Edda Armas

Oscar Todtmann editores

desde la ceiba madre que nos cobija, dedico esta poesía reunida a los maestros, lectores, editores, escritores y amigos que acompañaron la crecida travesía por la vida y el mapa de la poesía

a mis tres amores cómplices Carlos César, Camila y Jimena

y, por siempre, a mi familia

De Grecia nos viene la luz, y así, todo lo que
en ella acontece se presenta con una claridad
deslumbradora, lo cual no quiere decir que
vayamos a entenderlo sin esfuerzo, ni siquiera
que lo entendamos. (...) Y antes de que intentemos
penetrar en sus adentros nos sorprende
ese misterio de la luz en que viene bañado.

María Zambrano

Filosofía y poesía

Me siento resbalar despacio bajando, bajando,
con la canción que me repite al oído que
cualquier luz es mejor que la noche oscura.
Cualquier luz es mejor que la noche oscura.

António Lobo Antunes

Libro de crónicas

Luz esta, que percibe el corazón

Elizabeth Schön

Luz oval

Prólogo

Edda Armas: una ciencia de los límites

Y así vincula enlaza
coloca en los bordes
tensa el arco de los límites
Hanni Ossott

I

Toda escritura es un saber de los límites. Lo es ya desde su primer momento, en el trazo germinal que ejecuta la mano, tal vez sin saber bien qué hace. La línea nítida de lo que será una letra se hace tajo en la materia indiferenciada de la página, corte que obliga a esa blancura a dejarse encauzar, legando su uniformidad a la terca periodización de los signos.

A partir de ese trazo, espacio y tiempo quedan por completo transfigurados: la cartografía que los hacía transitables cambia, se modifica, adquiere nuevas maneras. El mundo empieza a mostrar una inveterada tendencia a volverse palabra, a dejarse escribir por la mano humana y a la vez inscribirse en la página. Cada lugar se torna elemento de un alfabeto –quizás demasiado grande para poder imaginarlo cabalmente–. Y el tiempo se somete, sorprendente, dócilmente. Somete su materia inestable al ritmo de las palabras, se ajusta para encajar en una nueva sintaxis, en una cristalización no vista antes.

Hasta el trozo más diminuto, más imperceptible de universo se integra a este ordenamiento, contemplando cómo sus fronteras se mueven buscando otra solidez, asintiendo –quizás porque no hay más remedio–. Un grano de arena, por ejemplo, que tradicionalmente ha servido de atisbo hacia lo ínfimo del ser, puede quedar también atrapado en una nueva forma a través de la escritura. Objeto mínimo,

huidizo, espacio imposible de situar, tiempo imposible de aprehender, es, sin embargo, en las palabras de Edda Armas el límite preciso de lo inmenso:

> Al explorar / el desierto / descubro / que la arena / mueve / su exacto / color / de arena / y / sin bolsillo / que la guarde / viaja / en los labios / en la siempre / probable / debilidad / de nombrarla.

Los versos pertenecen al poema «Grano», del volumen *Rojo circular*. La arena que por siglos se ha hecho compañía a sí misma, fabricando con la materia de su soledad eso que llamamos desierto, no deja de moverse un solo instante. Sin embargo, no se desplaza: vuelve una y otra vez sobre su propia masa, como si se debatiera por adquirir una forma estable, idéntica –aunque fuera fugazmente.

El desierto no tiene límite. Ese color que lo tiñe se borra, desaparece tragado por la boca de un horizonte ciego. No hay bolsillo que lo guarde, no hay cielo que lo contenga. Como dicen los versos de Eckhart en su *Granum Sinapis*: «El desierto no tiene / ni lugar ni tiempo, / de su modo tan sólo él sabe».

Sólo el desierto conoce sus exactitudes. Sólo él sabe dónde empieza y dónde termina la aridez de su propia eternidad. Sólo él percibe los caminos que lo cruzan, como breves recuerdos que fulguran en la mirada opaca del olvido. Sólo él, en fin, conoce el número exhausto de granos que lo conforman.

Y es a través de uno de estos granos, que Armas pone en su boca para poder pronunciarlo cabalmente, que la escritura concibe un límite –pero cuán temerario– para la arena del desierto, vaciada de duración y lugar: un nombre. El nombre de su más difícil humildad, ese mismo grano vuelto palabra: vocablo que ha encontrado en el límite que funda en lo mínimo el modo de vislumbrar lo inconmensurable. Como dicen esos versos de Eugène Guillevic, en su largo poema «Qui» incluido en el volumen *Relier*: «Il écoute le grain de sable / Lui conter lentement / Une géologie»[2].

---

[2] «Él escucha al grano de arena / Contarle lentamente / Una geología». La traducción es mía. (Nota del prologuista).

Nombrar al mundo exterior para limitarlo, para obligarlo a descubrir, tras las fronteras que le impone nuestro lenguaje, su entraña de tiempo sin domesticar. Pero también nombrarse a uno mismo, trazar el piso inestable del yo con esa misma voz que marca el terreno de las cosas absortas en sí mismas. Como dice un poema perteneciente a *Sable*, llamado «Círculo de tiza»: «mi nombre Edda / revela la esencia de mi entrega».

El nombre devela algo de irrenunciable, algo que no podemos situar porque recorre nuestra sangre, alimenta nuestros músculos, sostiene nuestros huesos. Algo cuyo único borde es justamente ese nombre, y nada más. Ahí se asienta lo que no podemos desechar o esconder, ni puede sernos arrebatado: nuestra entrega más íntima, acaso ignorada por nosotros mismos. Nuestro último borde, dictado por ese vocablo que nos acompaña desde antes de nacer, y que será lo único que nos contenga después de que hayamos muerto, nuestro círculo inconquistable en medio de la lengua, nuestro «círculo de tiza en la inmensidad selvática de las palabras».

Una vez más, la escritura de lo mínimo lleva a la consciencia de lo que se halla fuera de toda proporción: el nombre propio, esquina perdida en el enorme espacio del lenguaje, se torna límite para el sujeto, revelándolo ante los otros y ante sí, y a un tiempo revelándole el incesante, profundo ir y venir de las palabras, su «inmensidad selvática». Por ello comprendemos cuando, en el poema «En bicicleta», perteneciente al libro homónimo, la voz de Armas se dice a sí misma: «Siempre he creído que llevas una serpiente en tu cintura; / epicentro del interminable viaje en la escritura».

El círculo de tiza que delimita al sujeto se ha transformado en la serpiente que cierra la cintura de su cuerpo; el nombre ha dado paso a esa tarea interminable de la lengua, siempre a ser comenzada de nuevo: la escritura. Un límite lleva a otro, un horizonte se abre para que podamos contemplar otro más, oculto en ese pliegue de infinitud. La escritura se sorprende frontera no sólo del mundo exterior, de ese desierto que nos ha tocado en suerte habitar con nuestra voz como único refugio, sino también del mundo interior, de aquello que

encuentra su orilla en nuestro nombre, que nos permite realizar el trazo de una serpiente alrededor de nuestro cuerpo para otorgarnos una forma, una desnudez inédita, un destino –como en aquellos versos de *Roto todo silencio*: «destierra / cada habitante desnudo / a su propio destino».

III

Ser un cuerpo es consagrarse a la deriva. Adoptar la piel como frontera de lo inhóspito, como órgano de esta errancia. En *La experiencia de la libertad*, Jean-Luc Nancy escribe: «La experiencia de fundar está en el límite», y no le falta razón. Asumir el destino de desnudez que comporta esta carne es al mismo tiempo entregarse a la aventura de fundarla cada día, teniendo que establecer sus límites una vez tras otra, ante cada fenómeno que la toca, que la supera.

El cuerpo es una letra salvaje, polivalente, que se resiste a revelar a qué alfabeto pertenece. Inserto, ora en una estructura de sentido, ora en otra, permanece no obstante sin domesticar, exigiendo ser refundado permanentemente. Esta cualidad maleable es a un tiempo su gracia y su condena: las fronteras del cuerpo lo sentencian y lo salvan en un mismo movimiento. En *Cuerdas de serpiente*, el poema titulado «RST» nos regala una de las imágenes que condensan esta intemperie con mayor contundencia en la poética de Armas: «La lluvia que cae / arma mi cuerpo / en minúsculas sensaciones del instante más errado».

Intentando encontrar un espacio de sentido para el cuerpo indómito, la escritura poética se curva hasta casi romperse. Para el yo no basta sentar los límites del mundo y de sí desde la palabra, nombrando y nombrándose, sino que ha tenido que acudir una vez más a la lengua para poner diques a un cuerpo que de lo contrario sería materia líquida, en constante derrame –existencia que se escurre. Así sucede en el poema «La espera», perteneciente a la *plaquette* titulada *La mujer que nos mira*: «Lo que busco / ordenará mi cuerpo // (astillas trozos conchas / dagas ojales huecos negros / certezas espejos palabras / ojos de pez sentimientos) // busco lo que ordena. / Lo busco».

Esa sustancia volátil se deshace en objetos mínimos, rastros y agujeros: en las formas de la ausencia. La voz de Armas persigue una suerte de clave, una palabra específica que a la vez sea un centro gravitacional capaz de ordenar a su alrededor los vocablos en los que se dispersa el cuerpo. Pero eso, lo que ordena, el verbo axial, rector, que haría súbitamente asible lo que de otro modo vivirá en permanente fuga, no hace sino prolongar la falta. Acudir a la palabra para establecer los linderos del cuerpo implica ser iniciado en la paradoja que descubre a la presencia del cuerpo como espacio de carencias. El lenguaje no hace límite sino al precio de revelar todo aquello que está más allá del cuerpo, todo lo que este no es. El difícil equilibrio de esta experiencia queda consignado en el poema VII de la primera parte de *Armadura de piedra*: «La voz castiga al cuerpo / le da nombre a las ausencias».

IV

Vivimos para echar raíces: son testimonio de esto las ciudades, los pueblos, los villorrios, la geometría insistente de las casas. El humano es un animal que habita fundando espacios íntimos, sentando las bases de paredes y alzando techos, trazando el cuadrado simple del hogar. La casa se vuelve una segunda piel, una nueva división entre el afuera y el adentro, una reformulación del límite, la de lo público y lo privado. Y cómo no pensar entonces en aquellos dos versos del poema «Desarraigo», incluido en el libro *Sin negativo ni estaciones*: «La raíz confina nuestros pasos. / Lo extrañamente ajeno viene abriendo cauce».

En ese lugar, lo ajeno se vive con extrañeza irrefutable. Pues qué es un lugar, sino una conjunción de límites, una superposición de fronteras que designan y delimitan lo propio, el adentro, lo que a nuestros ojos posee una identidad. Lo inteligible. Así, «lo extrañamente ajeno» se presenta de una sola manera: la irrupción. Ejecuta una brecha, «abre cauce», penetra esos bordes y desarticula su entramado de sentidos sólidos, reconocibles. Trae consigo lo irreconocible, lo que es de buenas a primeras irreconciliable también.

Entonces resta la labor de la conciliación. Trazar puentes que nos vinculen con lo «ajeno», tender la mano hacia lo otro –el extraño, la

extrañeza, lo que impone «extrañamente» su presencia–. No para domeñarlo, para a-propiárselo, para hacerlo propio, sino para acercarlo, para comprenderlo en la medida de lo posible:

> Desnudo: puente / que has de construir // arco puente del herido / iluminada consciencia: // reúne los fragmentos / para volver a ser / *lienzo y pincel* / *lente y negativo* / *papel y orimulsión* // estalactita, / palabra positivada / que dé sentido.

La poesía puede edificar ese puente, como bien declara este poema sin título, que encontramos igualmente en *Sin negativo ni estaciones*. Un puente para lo herido de extrañeza, para lo que porta lo ajeno como una llaga. Para iluminar la consciencia súbita de la mutua otredad, para fijar con «lienzo y pincel», con «lente y negativo», con «palabra positivada» el instante del encuentro, cuando los límites se vuelven permeables.

V

Está también la otra cara del límite: el impulso que lleva hacia el afuera, el movimiento, la renuncia al hogar: a los muros tanto físicos como identitarios. La escritura de Armas, que sabe sentar límites, que ha entendido cómo el trazo dibuja el mundo y funda los espacios habitables, también comprende que el coto imagina lo inhóspito, lo lejano, la vastedad que no pertenece a nadie. Lo que está más allá, siempre más allá.

Hacia eso inabarcable se enfila, por momentos. Revoca los lindes que ha cristalizado, solidificado letra a letra y verso a verso, para dar cuenta de la huida en el poema «Fugada de mí»: «Importará el umbral del deseo / tanto como el umbral del dolor. / Mirador alto desde el cual catar / la fruta hendida al alzar la vista / por encima de su dura cáscara».

El texto se encuentra en el poemario *Fruta hendida*. Y con la fruta titular nos encontramos aquí, con esa suerte de tesoro vegetal hendido y abierto y pelado por la vista; atravesado el contorno de su cáscara, accedemos a la riqueza jugosa de su centro. Pulpa del afuera,

don de la intemperie: tras «el umbral del deseo» y «el umbral del dolor», tras acceder al descampado, esta escritura se entrega a la cosecha del regalo arduo.

En qué pueda consistir este fruto, la siguiente estrofa nos lo insinúa: «Fugada de mí, fugada de ti. / Fugada de todas las que pude ser, / ahondada en la que decidí ser entre ellas».

La fuga consigue abolir, aunque sea temporalmente, los vínculos del *yo*. Se hace presente entonces una subjetividad desasida, un *yo* que es puro tránsito y transformación, liberado de las ataduras de la identidad, de las posibilidades descartadas, del anclaje del *tú*, «ahondado» en una nueva invención de sí. Este es el fruto. Lo que guarda en su interior es la semilla de lo aún posible.

Migración y fuga: doble cara del movimiento que se anuda y desanuda sobre el dibujo terco de los mapas. Una ciencia de los límites también sabe cuándo borrarlos.

VI

Quizás el primer término consciente del cuerpo sean las manos. No el contorno de la piel, que experimentamos desde el vientre materno, sino las manos que se abren y se cierran inconscientes, inocentes, sobre el mundo. Las manos fundan su primer imperio en ese instante, tras el parto, crispadas y sangrientas, acompañadas por la primera vocalización que es el llanto.

A ese primer momento nos devuelven los poemas pertenecientes a *Manos*, múltiples y numerados sencillamente, sin pretensiones. Estos poemas nombran ese límite exterior, nuestro primer amor por las formas, nuestro encuentro con los lindes del mundo como en «mano 25»: «las manos sujetan las formas / airosas pero no las de la prisa».

La mano es tanto el apéndice que nos permite asir los objetos como determinar qué es un objeto –eso distinto del sujeto–. Ejecutan un límite empírico, inapelable por sensorial y por inmediato. Sujetamos las formas –«airosas» por aéreas y fugaces, pero también por orgullosas y reacias– y con ello las descubrimos, las *sabemos*, aprendemos a negociar con ellas. Otra «mano», la «12», nos transporta de nuevo

a la escena de la frontera permeable: «*afuera* lo que más *adentro* duele sin dar / nombres al arrebato».

Lo que hay «*afuera*» –el otro, el fruto– es «lo que más *adentro* duele». Y el linde que hemos inventado para el mundo también se erige como guardián de ese deseo, el deseo de esa exterioridad. El poema, Armas lo sabe bien, es capaz de dar «nombres al arrebato». Y la mano, que es otra forma, quizás la forma primordial del puente, es capaz de hallar el fruto y asirlo. Estrechar la mano de «lo extrañamente ajeno».

VII

La poesía de Armas no sólo participa del acto de nombrar, que por definición instaura un límite, sino que, dando un paso hacia atrás, ejecutando un repliegue de la mirada, nombra al límite mismo, y lo que este revela: la presencia del otro. «Acercarnos a los otros por inmersión en el límite de los instantes de palabra en palabra», escribe Silva Estrada en *Al través*, declarando sin declarar el papel de la palabra en la aproximación del *yo* al otro. Y es que sólo a través de esta, que instaura sus fronteras, puede discernir aquello que lo rebasa. El otro es la ausencia radical del *yo*, el espacio y el tiempo que no le pertenecen, eso que, siempre mudable, le falta.

Por ello quiere acercarse a él. O lo que es más: anudársele. Como dicen estos versos de *Contra el aire*: «mis dedos prisioneros / anudan tus poros / a mis límites».

La escritura poética es el lugar casi imposible en el que puede inscribirse el encuentro de dos fronteras. Genera un espacio interior –o, como diría Armas, un *espaciomenor*– más íntimo y cerrado que aquel producido por la mera habla. La voz de la autora delinea ese roce huidizo, realiza una arqueología de lo fugaz: condensa en tres versos el contacto entre el *yo* y el otro. Ambos son reos de sí mismos, pero entre prisión y prisión puede aún estirarse el hilo de la palabra –hilo que anuda, que une en su terrible fragilidad.

Ese mismo lindero que separa al *yo* del otro bien puede ser una sombra, quizás esa misma que lanzan las palabras sobre el papel, y que siempre luchamos por encontrar. Forma consumada de lo que nos falta, esa sombra que proyectan mutuamente los cuerpos

que se apoyan entre sí se torna, de pronto, signo de una perfección que no nos es dado imaginar. Esto nos dejan entrever los versos de «El otro», poema contenido en la *plaquette* de Armas *Casa y arcángel*. El deseo, origen y fin de lo humano, dibuja esa sombra lo fecundamente distinto –eso que siempre intentan alcanzar nuestros pasos–: «Tu paso aún persigue la sombra / balanceada entre dos cuerpos / almendra de la intriga del deseo / lo perfecto / nunca / alcanzado».

VIII

Pero la capacidad para actuar no está sólo del lado del *yo*. Hay momentos en que el mundo alza los muros y corresponde a la escritura acusar el golpe, elaborar el suceso, brindar sus palabras al acontecimiento, de modo que nos resulte inteligible. La poética de Armas lo entiende; es por eso que ha servido de espacio para pensar la reciente crisis del covid-19, de crisol para destilar y refinar esa experiencia traumática. Esa es la dirección que toma el poema «Conversación con la cebolla», incluido en la serie *Quinteto al filo*:

> Extremadamente inquieta / salgo al balcón a vislumbrar / si alguna silueta se asoma o se proyecta al fondo silencioso / si una lagartija o una nube mutante pasa delante de mis ojos / en los márgenes acuosos de esta derramada irrealidad // y sin vergüenza, lo que asoma // naciendo en un pote de tierra craquelada por la sequía / son tres hojas tiernas salientes del bulto de una cebolla. // La miro, y me miro en ese espejo. // Ella en su envoltura circular de capas; yo desojando / cada una de las mías, cultivadas durante el encierro.

La experiencia insólita demanda una nueva manera de decir. De allí la textura narrativa que posee este poema, así como el verso largo que despliega, tan distinto de la concisión, de la apretada concentración de la que hace gala Armas en buena parte de su obra. A su modo, se trata de un poema-crónica, de un recuento de los hechos y los días. El límite del que nos habla –y sobre el cual reflexiona– es el de la

cuarentena, el aislamiento forzoso, el balcón que brinda a la mirada «los márgenes acuosos de esta derramada irrealidad». Y, como en un juego de cajas chinas, dentro de ese encierro, otro: la cebolla que brota en el pote, que estira sus «hojas tiernas». Juego de espejos, relación especular que se traza entre la cebolla y el *yo*. Superposición de confines, de espacios forzosamente cerrados.

Las capas, la envoltura, nos remiten, sin embargo, a otra clase de cierre. El pote donde germina la cebolla se vuelve una especie de *hortus conclusus*, de jardín cerrado, donde la vida brota y persevera a pesar de la inmensa mortandad que la rodea. Más adelante, el poema mismo acentúa esto:

> Al pote abandonado con la tierra seca / antes guarida de nada, / de un instante a otro le entreveo / polvo de hacinados olvidos / confín de atroces despedidas / en la agobiante circunstancia / anhelando sea dulce rincón / donde el viento se devuelva / para habitar los reencuentros / algarabía ruidosa de pájaros / voladuras del verdor en ciernes, / con tallos, ternura y arraigos. // Dónde, insisto, subsistiendo con menos / un día a la vez, sin planes, / al igual que tú, nosotros y ellos, / cada quien armando su aquí y su ahora / plantados en este no-lugar-no-tiempo / con pausa indefinida a las agujas del reloj / creyente en la vida detrás de los espejos / hagámonos armadura de cebolla / hasta el día en que consigamos revertir / la inextinguible soledad con los abrazos.

El pote que solía ser «guarida de nada», límite estéril, ahora alberga una discreta ebullición vegetal. Se vuelve de pronto el espacio para el día a día y sus rituales, lugar para el encuentro, para el refugio, puerto seguro para tallos y aves por igual. Y así la cebolla imparte una lección a su interlocutora, una enseñanza de resistencia, de poder para perseverar en el «no-lugar-no-tiempo». Y su lección podría condensarse en una frase: hace falta ahora, no una armadura de piedra, sino una armadura de cebolla. Una coraza de capas fértiles, una envoltura de vida que no ceja.

La ciencia de los límites también es una ciencia de la supervivencia.

Habitar lo fugaz: he ahí la ciencia que yace en la poética de Armas. La obra nos deja entrever el breve caos del que ha surgido: su orden delata la materia indiferenciada que debió ser formada. Por ello su palabra encuentra refugio en lo mínimo, lo inasible, lo que huye: es en estos espacios de imposible equilibrio que se gesta la experiencia fundadora de las fronteras. Como se deja leer en «Sala de grillos», primer texto de *Toma lo simple por el tallo*:

> Llegar hasta lo mínimo y abrirse paso / ser lo pasajero, lo que se va // en el atajo boca de aire // el rumor bajo que se escucha entre la gente // la otra realidad que también oirás / en la sala de grillos // apenas cruzas la línea imaginaria / entre el pensar y el decir.

Describiendo un movimiento circular, quizás ese mismo trazo que descubre la intimidad de un nombre tras una circunferencia de tiza, o las vísceras de un cuerpo tras una serpiente que se muerde la cola, hemos alcanzado de nuevo el mundo exterior que se dejaba delimitar en aquel primer poema que refiero, «Grano». Nombrar lo inasible, sea ya el murmullo de la arena o el murmullo que sostiene a la multitud en la calle, es esencialmente lo mismo que nombrar al propio cuerpo, y junto con él a su doble amado, su carencia necesaria. Pues todo es, en última instancia, nombrarse; y la voz de Armas bien sabe que cada palabra que profiere le otorga nuevos confines, inesperados, intactos de luz alguna antes de surgir. Por esto no deja de refundarse verso a verso, llevando siempre un poco más allá las distintas permutaciones de esa ciencia de los límites que es su escritura.

Adalber Salas Hernández

Caracas, 2012 – Ciudad de México, 2026

Roto todo silencio

1975

a aquellos que se hallan
habitando estos espacios
con sentido

Las pequeñeces son lo eterno, y lo demás,
todo lo demás, lo breve, muy breve.
Antonio Porchia

1

monólogo
personaje mudo
imposible
abajo el telón

2

bifurcada
la corriente
toma rumbo definido
o te quedas o te vas

3

cantan los grillos
lluvia los haces cantar
nochefría
y vuelta a empezar

4

escucha,
parecen lejanos
y tan sólo están por llegar

5

apaciguarás
las llamas
de un tornado de fríos

6

huirás,
entre franjas descoloridas
para llegar
a los más increíbles colores

7

serás tú
quien libre la batalla
y aceptes
lo que decidan por ti

8

sentado
nunca encontrarás
el impulso total
para empezar a atropellar

9

estrenando
el motivo
con la misma sonrisa

10

no te encontrarán
y sabrás que comienza
tu nueva vida

11

no me di cuenta;
la ternura no era para mí
era simplemente tuya

12

irrumpiste,
un muro desdobló
tu faz dormida

13

no retrases la llegada
de ningún atropellado desvelo

14

destierra
cada habitante desnudo
a su propio destino

15

ignorarás los cuatro caminos posibles
cuando a distancia
descubras la más simple de las sonrisas

16
lánzalas al aire
caerán más cerca

17

nada por todo
devuelve esa compra

18

tu riqueza
no tendrá límites:
la fuente vive

19

desocupa un espacio
se han marchitado los recuerdos

20

de tanto azul
obtengo un mar
sin transparencias

21

de la felicidad
tengo un boceto sin terminar

22

por azar
estoy seguro
soy un as
un rey de basto
la última palabra en ti

23

una coraza
no es siempre
el mejor abrigo

24

aún cada palabra
incluye un epílogo

25

desenmarañando,
oculto alguna de las intenciones

26

cada balcón asoma su propio
destino

27

cae cae cae
proponte atajar

28

hervían sin ser sal
provenían de la magia

29

la vida compromete
aún cuando no te llame a gritos

30

semillas de girasoles
sembraré
para todo oscuro final

31

observa la jaula
su libertad funde la tinta

32

tras la última pisada
después de haber surgido
de la nada
habitarás una sola vida

33

después de la sorpresa
tendrás una paz
donde podrás tornarte frágil

34

no me gusta saberme
entre objetos ausentes

35

no vence la palabra
la más honda pesadilla
de ser en esencia
cristal enrarecido

36

quizás con un vocablo de silencio
el daño que cause
no sea el más profundo

37

tendría que desaparecer
cortar mis raíces en la tierra
para que efímera o frágil
mi imagen
resultara verdaderamente cierta

38

lágrima
apretar contra mí
ese cristal enrarecido

39

libre
al transcribirlo me aprisiono

40

nada
que ausente se parezca a ti

41

habitando tus sienes
puedo saltar en ti
y olvidar la salida

42

en ningún fuego tan alto
se perfila un corazón

43

así en ti, blanca
adormecida de soñarte
gritarte

44

lleno de ti
el vacío diluye
atmósfera de ritmos
impostergable cita en mí

45

esa manera tuya
de caminar las hojas secas
esta manera de desdoblar
los blancos en azules
estos días agotados
de irnos en ellos

46

escojo tu presencia
ráfaga insolvente
siluetas de no acabar
tornillos

47

entiendes que te sé
sábanas
un morir lentamente

48

solo.
acompañarte:
oficio final

49

no desenterré nada
gemían en los lápices
los transcribí
monosílabos ruidosos

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1971 y 1974]

Contra el aire

1977

a Adolfo Marchesi (Ata)

Fucsina diez

UNO

caja de metal
ávida y colgante
quiebra roca
de saberse ninguno

DOS

esta rutina
de humo disipado
toca este fondo de sal
ruina de fogatas

TRES

abrirse
botella en vidrio
última grieta
ahora nunca

CUATRO

nublarte
como si escaparas
                a tanta piel

CINCO

abollado corazón
tu carga de pajonal
se quema con los segundos

SEIS

mis dedos prisioneros
anudan tus poros
                a mis límites

SIETE

huyo a tu nombre
                enmohecido
                noches tras una huella

OCHO

manchas
seca llovizna
de pájaro en alas

NUEVE

vuelve a buscarnos
y la textura de caracol
transpira en la piel

DIEZ

un trazado de aguijones
persigue esa frontera de acabarse
pasto donde me echas y renazco

En otros

NOS TRASPASA

la puerta que nos traspasa
no nos gira
no nos disuelve
nos aplasta contra la decisión
permaneciendo callada

ESTE AIRE

este aire de tiempo solo
no te escucha
ni te reconoce

HORNALLA

tarde
agotarse en resistir
lucha de mar en rojo
veo la orilla caracol

POEMA IV

apagada
        puedo escuchar las manos
        ruedan así
        teclas que me amarran
        puedo escucharme aún

AL LLEGAR

y toqué tu frente
y hallé el principio
quise quedarme
cerca

CIRCULARES

cercados
erramos ese plumaje
nos rompimos

HOY

para amarte
este silencio se encoge
y parece muerte
escapó la sola mano que te sangra

CULEBRA DE CENIZA

nos encerramos de magia
culebra de ceniza
tu cercanía era la piel
que nos quitaron temprano

EN TARDE

tu casa
ha escuchado pasos en tarde
aparecer
no supe tu silencio

EVIDENCIA

si el olor te llega
mancha los papeles
que aún escucho

NO DUERMO

los gritos del cuerpo
no saben de oídos
enturbian el solo ojo que no duerme
siempre atento a la furia

NEXOS

improbable
como desaparecer en tu nexo
flotante ahumado y requerido
desierto

MUERTE

vestía ropa de madera
no me atreví a llamarle muerte

EN NUBE

caminé esa nube de tu rostro
imaginando anchas llegadas
imprevisto abrigo que cae

A ELLOS

quiero olvidar
a los que se salvan a diario del fuego
evitando el contagio humano
pueden no ver el dolor
cierran los ojos
quiero olvidarlos

LA FLOR

vestí mis ojos
faroles de vieja tarde
pasaron dos hombres de negro
y una niña tejió la flor
perro de miseria
cárcel de andar el patio
revoloteando por ser libre

BAJO EL SERENO

mi cuerpo
es tocado de culebra
acabaré
esta piel a la que escapo

SI NO ERAN OJOS

no esconde el sol la mano abierta
dedos corren la arena
vi cenizas si no eran ojos
una cuerda que ataba
vi tan lejos
que devolví la angustia
a Vincent Van Gogh

SIEMPRE

la disolución absoluta
–no la alcanzo–
ni desplegándome al viento
                –que parece venir–
siempre
como una precipitación

A UN GATO NEGRO

nos pasea
negro inconcluso
noche que te encuentro
tu piel la escarcha amanecida
no quise tocarte
–desaparecías–

OCTUBRE DE LLUVIA

acaso porque esta lluvia parece flores de dormir
arruga de mi camisa
vino de esta tarde que olvido al irme
sin saber que no estuviste
presenciar la luna
quiero deshabitar
una palabra que inunda

SIN SOL

toma el crisantemo
deshecho languidece
el sol en la sabana

TRAS UNA VENTANA

si desordenas mis cabellos
sumerjo mi cuerpo en una almohada
devolviendo mis sentidos en buscarte
rastro que borra la arruga solitaria
si desordenas mi cabello
mi cuerpo tiembla
y me recojo a tu silencio

EN LA PRIMERA HORA

el sol del designio
la boca que lo repite
y la única desnudez –posible–
a la primera hora

ALLÍ

mi espalda allí
ojos que se abren

y tú preguntas
es todo el mar tu rostro

nos quema y lo miro
mi cabeza se hunde

LA MÁSCARA

la máscara despierta
                los inmensos ojos
en la sombra da vuelta
designa una ventana
                que no regresa

CONTRA EL AIRE

lejos no recuerdo si golpeados
contra el aire juntos
escapamos
he recordado la fragilidad
la ranura en tu piel

...

filtro esta luz golpeante

...

noches

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1975 y 1976]

Cuerdas de serpiente

1985

a mis padres, Alfredo y Aída

a Zeca Capellini y su familia en Brasil

a Gabriela Gamboa,
otra hermana

a Ethel Rodríguez-Espada
por Júpiter nexo

en fin al amor

El sol compite desde antiguo
con las esferas en cantar

Goethe
(Leído en alguna parte)

La acción musical es discontinua:
es nuestra resonancia sentimental
lo que le da continuidad

Bachelard
Las metáforas de la duración

Demasiados pasos se han dado
regresando a la raíz y a la fuente

Kakuan
Nada Sagrado

ABC
DEF
GHI
JKL
MNÑ
OPQ
OPQ
RST
UVW
XYZ

ABC

El hombre camina esa calle del día sin ocupar los ojos en el paisaje
dentro es el escondite de la luz y el cigarro
una ciudad es Parque Central

escena de amor en la mezzanina
la posibilidad está en llover

tomar café
mi calle es calle

los ojos en el cuerpo
igual y denso

desde los labios
desnudamente

a Timothy Kotowich

DEF

do
re

la ventana es boca mi
(distancia del párpado) ra
da

desde la mesa el reloj la tarde oí
Círculo
la rama origina el caracol escándalos

el saxo retorna
privar la manzana de los clavos co
mi
én
do
la

desde el agua
la pierna acá

mano
mano
mano en el cuerpo de la distancia

GHI

un ojo y un paisaje dentro
ato las cuerdas serpientes
azules oboe tambor cuerda
es mi olfato
cuerpo te beso sonido

JKL

se eclipsa

un ojo concluye transmutando
ato las cuerdas serpientes
cada nube elige su atmósfera
es la serpiente
espía
vértebras dócil
incesto
alimentándose
sol
donde la nube oscura en cielo azul golpea

oboe tambor timbre cuerda tensa
es mi olfato
cuerpo
canela azahar
té beso sonido
corno te beso

MNÑ

Vigilado aturdido
¿Vampiro por qué hablas?
Voy a identificarme soy culebra
la laguna insiste en seducir

dentro es la sensación de herida
cruce de anfibios
¿Cuál estado de ánimo?

Columna animal

Dilatado aturdido

Desnudo cuerpo de agua
furia
Cuerpo Volátil

crece
húmedo reducto

cuerpo de agua
furia
fuego y magnolias

cama irreal del placer
bocas distintas
Bébeme

desde un aquí y ahora
los deseos (el deseo)
lamer tu ausencia
cuerpo volátil

a Cássio

OPQ

um dia pôde ser que o mar perto seja uma solução
esqueça muitas palavras e o sol toque
meu corpo com sua lingua de ouro
então que os passos sejam um dois três
quatro sete sinais
construções dos dias pequenos
aqueles que passam sem glórias e são
muitos cumpridos longes sonhos

uma mulher desejando bater maõs portas olhos pernas
da sua própria espécie

quem olha ascende
sai
puxa
vai embora
chega
fuma
bebe vida
mais uma
libertade
luz-noite
coraçôes da vida
cores
insiste na paixão
amizade na rua

põe a mão na roda e são

fogos até o céu

pelos encontros
aí à vida mesma

OPQ

un día puede ser que el mar cerca sea una solución
olvide muchas palabras y el sol toque
mi cuerpo con su lengua de oro
entonces los pasos sean uno dos tres
cuatro siete señales
construcciones de los días pequeños
aquellos que van pasando sin glorias y son
muchos cumplidos largos sueños

una mujer deseando batir palmas puertas ojos piernas
de su propia especie

quien mira asciende
sale
saca
se va
llega
fuma
bebe vida
una más
libertad
luz-noche
As de corazones
colores
insiste en la pasión
y en la no pasión
converge
amistad

pone la mano en la rueda y son

fuegos hasta el cielo

por los encuentros
ahí
a la vida misma

RST

La lluvia que cae arma mi cuerpo
en minúsculas sensaciones del instante más errado
y allí comenzamos a danzar un día
y otro
como si formáramos una roca alta
el fuego de Plutón líquido nos empuja al interno
mundo
Cruzaría
la misma
sala de
a r a ñ a s
que arman la a l f o m b r a con sus tejidos

UVW

pronto una nube inmensa llega hasta
donde tú posado esperas la luna y
los imanes para amar definitivamente

hay luna y la t e n s i ó n es la misma
habitación dentro y fuera

Me encontrarás allí
ba
jan
do
del
vuelo
me
cá
ni
co
luego del mar
luego del sueño y seré la noche

tus ojos revelando los ojos
seré el único momento ascendente
r
o
z
a
n
d
o
las palabras que ahora escribo
desde la violación de esta separación
insólita

1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
3	3	3	3	3	3	3	3	3	3
4	4	4	4	4	4	4	4	4	4
5	5	5	5	5	5	5	5	5	5
6	6	6	6	6	6	6	6	6	6
7	7	7	7	7	7	7	7	7	7
8	8	8	8	8	8	8	8	8	8
9	9	9	9	9	9	9	9	9	9
10	10	10	10	10	10	10	10	10	CUERDAS

1

quien se acerca da esa luna
toma el riesgo un lugar y abraza
y respira fuerte con su voz otro toque

2

no te mires así de espaldas
frente a la luna sonriendo
                otra cara
sorbo de café a la salida del trabajo
                otra cara
no me mires así frente al cangrejo
queriendo amar
este
r
i
t
m
o
de madrugadas

3

Abrió
en la ventana su ala
y lo vi repetirlo

Atadamente
el perfil era el mismo

Definición de la astilla

El viento cruza anillo del cabello

4

Bajo
debajo
Bajo
en el vientre impedido de la línea
cruzo
c a m i n a n d o
tus manos
oscuramente diseñadas
para apretar
tres días en un s o l o silencio
o durazno al labio

en el sueño
somos tallados
en madera

5

esquina
una y otra
de mis vértebras
girarán
en el encuentro

asumir un lugar en la montaña
descender
y ser corteza
siendo sangre tensión presencia

una nube
arropa los ojos
sobre la pared roja

el bosque ocurre
debajo del cuerpo

6

mañana amor quizás
la fuente de placer sea otra
cara ombligo cadera

un espacio inclinado desde la pierna
la casa de la esquina ahora tiene un muro
ayer pasé

los cuerpos cambian
el beso
mano en el autobús

mañana dónde

a Armando Rojas Guardia

7

llave abre llave cierra llave rompe
llave y boca son iguales
forma de morder el silencio

habitación que es cuerpo

8

desde la hoja pasa el árbol
cuerpo pasa la hoja
algo has rasgado

constelación
espacio
carros humo del tráfico de la tarde
aspirado
desde la línea rosada en la montaña

vómito

la calle nos transita hoy
un perro también pasa y orina un muro

desde la hoja (todos pasan gesticulando)

la mano hundiéndose
al filo cerrado de dos piernas
aún de uniforme
plaza del Silencio u Obelisco de Altamira
una pareja se retrata

taza de café sobre la mesa del mismo hoy
mojándola
hoy y todos los otros hoy
última escalera de la Avenida Libertador
todas las tardes al regresar del trabajo

abres la ventana
al llegar y respiras

9

Así camine sin sentido ni desmarcando los rayados
        en el espacio de una calle que es arañada de sol
dejan de latirnos imágenes recurrentes que se mimetizan
en el paisaje de cualquier día
un *film* de Luis Buñuel golpea: *Los olvidados*

mesa de trabajo ocurriendo: papeles apuntes máquina

todos actuamos
somos una dos tres (tantas actuaciones)

único día en luz: Luchino Visconti: *Morte a Venezia*

y el hombre de abrigo largo y bufanda frente al puente
rodando en bicicleta se llama Federico Fellini:
                Amarcord
¿los recuerdas?

giramos en nuestras espaldas
                nos alargamos
                en una idea
                en una imagen repetida
                close-up
                congelados por alguien
                fijos en un índice
calle
paso
zapato
        fuimos ayer al cine

ahora salto
espacio
araña sol

10

pisada 0
Ojo izquierdo desafiando una mirada
pisada 1
de este lado del río
pisada 2
la mano toma una piedra
pisada 3
mira y la mira
pisada 4
estación de un sentimiento
pisada 5
va, voy a levantar el vacío
pisada 6
la piedra entonces cae
pisada 7
azul / rodante / gruesa
pisada 8
después
pisada 9
quién
pisada 10
un cuerpo recobrando un vientre
pisada 11
accede
pisada 12
es el hombre quien mira
pisada 13
dentro

a Julio Miranda, in memoriam

Todos se relacionan
Tres rosas
Una pista
Cruzados
Hechizo
Ventana tren (i-ii-iii-iv-v)
Es un círculo

La unión { rectificó
{ modificó estos seres que,
solos, se hubieran hermosamente retorcido
de desesperación o tedio (o éxtasis)
que hubieran soportado todo el peso de
sus gestos, lo que finalmente hubiera
conformado bellísimas estatuas de héroes
dolorosos. Pero su unión nos ha liberado
de la maldición vegetal.

Francis Ponge
Cuaderno del bosque de pinos

Pero también el invierno es amable y nos
devuelve el goce de los interiores, al
abrazo acogedor de esos calores ingeniosos
con los que el hombre se protege.
La pluma rasguea a la luz amarilla de
la lámpara, mientras fuera la gente se
apresura a refugiarse: ¡ojalá cada cual
encuentre dónde y con quién!

Fernando Savater
Fragmento de carta
(Madrid, 6 de diciembre de 1981)

TODOS SE RELACIONAN

No he anulado las palabras sólo he continuado su largo silencio
porque no son ellas flores amarillas sobre la mesa ni árbol nocturno
de flores en tránsito frente a mi ventana o rama delgada y salvaje
para posar un pájaro u otro nubes de forma irregular vigilas
cerco del horario o las puertas que abre una carta a su llegada
es lento este teclado, desconcertado director en esta escena, corten.

Inmediatez, «Summertime» en *Porgy and Bess*, de Gershwin, otra vez.

Enciendes con un fósforo una vela roja frente al marco blanco de una
ventana abierta y discontinua en su largo silencio porque no son
otras flores amarillas sobre la mesa ni árbol nocturno siempre frente
a la rama delgada y serena atravesada de nubes regulares vigiladas
en el lento recorrido de la mano para detener la acción

TRES ROSAS

Tres rosas guardan correspondencia en el color de su realidad
un olor a madera sobrepasa el olor a naftalina al encontrarse contigo
mas tú te has movido dentro y ahora
un siglo transpirado
no te llamas Mercedes ni Lourdes sino Erizo vagabundo
eres otra movilidad vas a hablar desafiando la inacabada rutina
hilo amarillo hilo azul hilo verde hilo rojo Trenzado
Agujero herido
Tomas el avión en correspondencia contigo Puerta de madera azul
grieta araña trazo erizo
eres espacio exacto para sentir
mueves los labios dirás veinte y siete
¿por qué impacientas al lector?
Quiere argumentos soles para narrar su versión pues dile dale
habla desafiando hiere en correspondencia con la historia

Intensidad me has herido aguja te has movido frente a ti misma

UNA PISTA

Circunstancias un encuentro una pista una tarde llegan
Tomar idénticos caminos todos los días ¿qué es un día?
unlugarderelacionesdepuntosenelespacioencontrándose
nombre cierto calle de siempre señas
sólo que una espina elige la hora de cruzar la misma rama
sea por la luz o el color de la superficie
donde dos miran la ocurrencia labiosmanchadosderrojo
perspectiva continua apoyo tu mano simulando no hacerlo

el rojo se fuga

Habrás notado entonces que la luz cambia de tarde en tarde
que ninguna mañana refleja el Ávila sordamente igual ata
la cintura ata la habitación desde el movimiento constante
¿quién insiste en observar?
Líneaformadapordoscuerpos separándose
Idénticos. ¿A quién? Atados. ¿Qué da la identidad a un cuerpo?
De día. De noche. Círculos.

CRUZADOS

Un caballo libre cruza y cruza el horizonte
amante, ¿quién te eligió?

meditas de espaldas de frente de lado solo
marcas un número telefónico ¡equivocado!
no vive allí, voz ronca, voz sensual, voz
finalmente perdiste, no

el A B C es una línea para discontinu arla

vodka haces alucinar –alucinas–
puedes descubrir los centros paralelos y
también cruzaremos el horizonte

la oscuridad desaparece no

HECHIZO

Nos enturbia la falta ajándose por esa mirada
incesante
y continua

desde el vagón del metro detenido
y la próxima estación esperándonos

distancia herida puerta automática y tú ¿también?
minutos contados de alcanzar el tren sin correr

¿Por qué has caminado con tanta lluvia y sombras contigo?

La respiración nos atrapa en la madrugada sin dormirnos

Mencioné el agua fría del mar de la ducha de esta vez
y tu garganta poseía el oro de una serpiente enmudecidos

¿Cuántas cuadras caminaste con los malabares en la mano?

El fuego en la madera ha ido creciendo y el olor
pica los ojos

Hormiga apártate

La tierra moldea el color que imprime a tus palabras
tanta reflexión sobre este encuentro

Próxima estación cerrándonos el paso

VENTANA TREN
CARRETERA A PETRÓPOLIS
(escuchando a Chico Buarque de Holanda)

I.

(mira) hacia abajo hacia los lados
verde profundo verde sepia verde leve
verde largo verde tupido erizado verde
66 kilómetros vistos por la ventana tren

sólo verde existe afuera

caminar hasta la inmensidad prometida
es lugar seguro para encontrarse

II.

las montañas han abierto
hondamente
se han dejado penetrar
y yo no he vuelto a ser igual

pues la inmensidad del abismo
que no miras pero intuyes
es el túnel que atraviesas
entrándole ya a la noche
has de regresar enloquecida
batallando la neblina que
cierra el paisaje

III.

repito el trayecto a casa y las miradas al Ávila
y no encuentro el centro que mis ojos desean

el amarillo despidiéndose o aquella puerta roja en Tiradentes

o tú del otro lado de la acera y el semáforo en verde
o tus ojos al abrir la puerta de casa

IV.

desatas los *zepelins* de Geni Tocas el saxo
inviertes las claves Maniobras del solitario
desde una mesa esto o un do sostenido por la tarde
entre el verde tupido Anillado
al regreso del viaje
hacia la luz que insiste en permanecer insomne

V.

las montañas han abierto hondamente
y no he sido igual
enloquecida neblina que cierras el paisaje

después de enfurecer mis ojos en lo eterno

ES UN CÍRCULO

un sueño puede ser desear encontrarse
cualquier día nuevo con intensidad
como la música escucharnos siempre
y amarse

tener piernas oír el sonido de noche
mirar el cielo cerca del mar
cerca de la verdad de los sentimientos un día
es un círculo un día la gente vuelve un día
hasta los lugares un día vuelven allí

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1980 y 1983]

Rojo circular

1991

para Alfredo Armas Alfonzo,
el padre y escritor infinito

a Enrico por mucho pero también
por el rojo y la fuerza que nos guía

con Carlos César
por la vida juntos

Se internó entre las matas hasta el sitio donde se formaba una cavidad, unos huecos sombreados por las ramas de unos abetos y por las hojas de unos árboles que entretejían sus frondas; dirigí la mirada hacia esa maraña de hojas, ramas, manchas luminosas, espesuras, agujeros, hojas apretadas, dobleces, diagonales, redondeles y no sé qué diablos más, hacia ese espacio lleno de manchas que presionaba y aflojaba, se silenciaba, crecía, no sé qué, se abría, estallaba en mil fragmentos...

Witold Gombrowicz
Cosmos

Hay un momento en la vida en que cometemos el error de dar por hecho lo que no hicimos, sin comprender que fue sólo el comienzo, mejor dicho, la continuación, de algo interminable, como los hilos cruzados que empiezan un tapiz (aunque en verdad sólo existe el tapiz, que no tiene comienzo).

Héctor Bianciotti
El amor no es amado

Rojos

NADIE SABE

Nadie sabe
si
habrá otro encuentro

Sólo la mirada es eterna
Respiración

La vela Azul
derritió la Noche
haciéndonos madrugada

El día nunca
repite idéntico

El beso sí
irradiándonos

donde el día
y tú me aguardan
si la Serenidad
dicta

Es Eterna la noche
en tiempo de espera

CANCIÓN

Tu incapacidad
actual
para amar
desarma

enlazo los fragmentos
en la paciente aguja

mostacilla blanca

los ojos persiguen la gacela
y el brinco del antílope

ensayas un final
pero estrenas otro

que libere el dolor
en la prisión conferida

gacela

COMO PUEDE

no es igual
el dolor
para todos

cada uno
anuda
sus ofrendas

dice adiós
como puede

dice amor
también
como puede

LA NOVIA

La vimos
apoyar
su mano
de novia

suavemente

sobre el ataúd

silente
sus dedos tibios
tamborileaban
la sorpresa
de la ausencia

hora única y espesa
cúbrela con tu manto

MAÑANA

Mañana
vas a querer
que la luz
atraviese

idéntica
entre tus piernas

Es el riesgo
que afrontas

La carnada

GRANO

Al explorar
el desierto
descubro
que la arena
mueve
su exacto
color
de arena
y
sin bolsillo
que la guarde
viaja
en los labios
en la siempre
probable
debilidad
de nombrarla

EN CASA

Llegué a casa
buscando
dos grandes ojos
y
sobre el blanco
y viejo
l a v a m a n o s
de porcelana
encontré
un frasco pequeño
con tapa verde
de Crema C de Ponds

ESPACIOMENOR

quitar el último ladrillo de un *espaciomenor*

respirar en el jadeo que convierte el cuerpo en huracán

abren flores

punta
fina
de los dedos
al rasgar
el interior

ser
en la madera
el nudo

en el agua
la corriente

en el aire
la certeza

PIEDRA AZUL

Se sienta en el muro de piedras azules
a comerse la manzana amarilla

La entrega al acto es individual
ahora
me siento
y lo hago

pero ¿dónde el muro y la manzana
tentando al placer permanente?

la piel de las manzanas
es cortada
por el filo de las miradas curiosas

dagas que ciñen
cuando amamos en la cima
desnudos siendo ángeles
sin ser ángeles

EN LA HABANA
(MERCURIAL)

En una plaza
en día domingo
conversamos
de lo divino y lo humano
concluimos
con formas de nubes
la claridad entonces
abrigó
el mejor refugio

las voces de los niños
en la calle jugando
a la pelota

un vecino saca la silla
y se sienta a leer
en el balcón

y esta mujer que soy
intenta atrapar
cada uno de los pasos
que en esa acera de La Habana
te alejan

CARTA

Describe este momento. Húndete aquí mismo.
Mirado y mirante. Entiende mis cifras, mis ritmos
acelerados, esta manera de solicitarte. Lanza
la palabra.

Toma mi rostro con tu ojo de pez
en ese ángulo que te pertenece
de la luz más temprana.

Detesto los sonidos huecos.
Camino descalza para sentir las temperaturas.
Me gusta cocinar arroz con mango.
Celebrar con el ritual acertado.

¿Quién no atiende el llamado del desierto,
del mar o las tempestades?

Con la luna llena aproximo la mandarina,
los gajos permanecen intactos hasta la mordida.

RELACIÓN

¿Somos textura o forma?

el tiempo y el agua
nos ha traspasado
vertical
y horizontalmente

escogí
trozos, fragmentos
del desierto
marcas de la errancia

somos rompecabezas
flecha
una señal roja

sustraídos de lo anónimo
formamos un conjunto
arcoíris

flecha en el arco
la huella de los pasos
cada uno
enlaza
puntos celestes
óxidos naranjas
enredados sobre el muro
en ascenso
conformamos
el arco que dispara
soles a la cabeza

VIAJE

La montaña
devora
mi posibilidad
de razonar
con lógica
cuando a mi lado
viaja
un hombre
que cruza
sus brazos
sujetando
entre sus dedos
un cigarrillo
recién encendido

y el humo
llega
a la nariz congelada
por el frío contacto
con los vidrios empañados del tren
mientras
el decorado cambia
velozmente
el abrazo
nos hace
huéspedes

TEATRO

ACTO UNO

Inesperado huésped: el Acto

Dos bocas comen sus fríos
rompen límites
comparten almohadas

en un teatro vacío

asumen complejidades
su incomunicación
infinita

¿Quién prendió la llama que dio inicio
a este libreto de tan pretendidos actos
privados?

los actores
desatan
botones e hilos
del vestuario

cosen en su cuerpo el recorrido de las tres carabelas
las estrellas que las galaxias mayores ofrendan
experimentan la flexibilidad de las historias intercambiables

pintan sus rostros
tocan el sexo
en todos los sentidos
que son siete

Al fondo del escenario
aparece Phil Collins
improvisa
su voz atrapada por el láser
dirige la mirada
al cuerpo de los actores
Tensión y músculos
siempre desnudos
malabaristas en la cuerda floja

ACTO DOS

No resisten
ni el barroco
ni el láser
ni los espías
ni los vestuarios
ni los libretos
ni los rodeos
ni aquellas estrategias
ni las almohadas del tedio

Asumen el Acto

Mujer pantano

MUJER PANTANO

I

Ella
es
mujer pantano

Sus brazos y piernas
abarcan
estremecen

ilimitados
van dan
esencias y sudores

La seda enfría su abdomen
justo antes

La desvistes
es dorada

II

Deletrea y cuenta
una a una
en japonés
las hojas del árbol
cercano
cuando caen

La luna hila en sus manos
el deseo
y nombre no le das

pues irregular
densa
tangible
te aguarda

III

Es inimitable
en su manera de entender
y hacer el mundo

un acontecimiento visual

Irrumpes
y la galaxia
te abraza

sólo juntos navegan oceánicos

IV

La repetición
eterna de ave
la conjura

en el movimiento
el beso la retiene

las alas son refugio
posees y liberas

V

Puede ser
noche intensa
estrella de dos puntas
aguadulce de río

flecha hiriente
anís bajando por la garganta
rojo circular
para unos

mujer pantano
para otros

VI

Rayo feroz

VII

Danza desnuda

Mirador n° 7 la campiña

MOMENTO INTIMISTA AL CUADRADO

En el aquí y ahora
conmigo
bien a oscuras
en alto volumen
escucho
cualquiera de las canciones
de Yordano
a Pink Floyd o a Peter Gabriel
pero siempre más a Brahms,
incansablemente

enciendo una vela

simple ritual
que concentra
en las sombras
la desnudez

oigo *a sensualidade* de Gal Costa
a mulher voz de María Bethania
a criatividade compositiva de Caetano Veloso
–el verdaderamente grande–
y también Brasil es aquí y ahora
en el cuerpo que es nervio
en ritmo excitado de samba

respiro en la música
y como dice Sven, en su última carta:
«Claro que los reyes también tienen días deprimentes.
Pero creo que reyes con música tienen salvación...».

al respirar
el *espaciomenor* crece

Las cortinas baten la noche fría
y mi cuerpo la recibe hasta helarse

arropo mis piernas y mi pubis
con medias de algodón para inviernos en Nueva York:

el frío de la nieve es diferente
pero en la piel recuerdo
el primer día

gotas blancas como agujas
se desprendían
del espaciomayor

y nuestro alrededor
eran millares de ellas naciendo
para ser tocadas

OTRAS INTIMIDADES

I

RECORTE EN LA PARED:
Murió Italo Calvino.

II

FOTOGRAFÍA ENMARCADA:
él con chaqueta de *jean*
iluminado
en un día feliz de pie frente a la fuente
en la Plaza del Obelisco en Altamira.

III

PÁGINA DOBLADA:
155, *Cosmos* de Witold Gombrowicz.
Lectura electrizante. Certezas del alma.
Vasos comunicantes en la escritura.
Reconozco mi corriente.

IV

REESCUCHO:
los discos de Dire Straits
de noche y en días de lluvia
dando vueltas
en el automóvil
sintiendo el golpe del agua
y a David Knopfler:
especialmente cuando habla
en sus canciones
sobre «malas jugadas», «libros faltantes»
y cosas que suceden «una vez».

V

Marca:
Veloz por llegar a tiempo
al concierto de Mikis Theodorakis
en el *stadium* universitario
la piel de mi antebrazo se abrió
con una púa doblada de la reja.

VI

Hecho significativo en la agenda:
Adiós difícil a Simone de Beauvoir.

VII

Clavado en el corcho:
La acuarela de una tarde más en soledad
atrapando un mundo sensitivo de contrastes
que despierten las células cerebrales.
Celebro los pequeños secretos.

VIII

Conexiones:
Lo que ya ocurrió muestra aún su cola.
Que vas a repetirte en un tiempo,
en otro, a pesar de ti, contigo.
Son ciclos.

IX

Enamorarse:
Cable de alta tensión subcutánea.

X

Apuntado en rojo:
La creación es fuerza perenne.

Trío de ases

AS DE ORO

no hace ningún ruido la sábana
giratoria
entre las piernas de los amantes

iniciación y ritos
combinables y convertibles
hasta ascender

as de espadas

evitan lugares comunes del deseo
combinación de la mano perfecta

as de bastos

en la cama el triángulo
con las cerillas de madera negra
el fuego

credo rezado
como antorcha a mitad de la noche
en la unicidad que convoca al ser eterno

DESHIELO

podrías despertar amando sobre la superficie del hielo
y ver desvanecerse el muro que sujeta los miedos

dejar de preguntar cosas inútiles
aprender jugando con las formas ingeniosas del verbo
y el cuerpo

experimentar la pequeña luz
símbolos que se atraen y conjugan sobrevolando el pasado

TULIPÁN ARMADO DE SOL

si llegaras y me convirtieras
en abrazo de osos polares

si tomaras las palabras justas
para construir
un puente
con los deseos alterando la sintaxis
en recorrido espiral
volviendo a comenzar sin detenernos

si el sol más armado cayera
sobre un campo de tulipanes africanos
rojos y recién abiertos
y fuera allí que nos tomáramos por asalto
uno en el otro y viceversa

si el hielo no formara parte
de la memoria en primera persona

el pulso aumentaría hasta agotarnos

el cuerpo saldría de la tensión
que lo atormenta

la brújula marcaría el punto cardinal
donde transformamos la historia

el Halley tocaría la estrella
que somos
en esos días desiguales

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1985 y 1987]

SABLE

1994

a Carlos César y Camila
a N. S. C.
a mis lectores

Mi mirar es nítido como un girasol.
Tengo la costumbre de andar por los caminos
mirando para la derecha y para la izquierda,
y de vez en cuando para atrás...
Fernando Pessoa

Recordaba que estaba tendido debajo de este árbol
y que miraba al cielo a través de sus hojas plateadas.
Recordaba voces procedentes de esas hojas, pero no
conseguía recordar qué decían esas hojas ni a
quiénes pertenecían.
Sam Shepard

Dagas

ÁRBOL
UNO

porque los árboles mudan sus hojas y su corteza
este silencio al pisar restos de lo perpetuo
(con mentiras) (con hola y buenos días)
caminaré la distancia entre ellos
entregándoles la caja roja de los secretos
recuérdalo
discreto y noctámbulo

pisa ahora el cosmos prisionero
vienes por la acera cantando algo de Sting
repítelo
porque el tiempo escapa

ÁRBOL
DOS

después del corte
volvía el cuerpo
incisión inicial
llovía apretadamente
sobre la figura
del árbol talado

ÁRBOL
TRES

si
viola el oxígeno
en pasos cortos
se agota

desordenado cuarto
vísteme la cama
almohada cruzada de espadas
en corazón de hombre
sí
viola la negación absoluta
los adioses
los ojos tristes
la danza de lobo
ve detrás
de la canción de Bob Marley
en cámara lenta
para invocar la lluvia y los granos
en el surco que se repite
arado sobre la tierra

ÁRBOLES DESNUDOS

Los árboles desnudos
desgarran la habitación
que nos resulta el paisaje
cuando viajamos

la paja seca extiende
un hormigueo en la piel
que presupone la sed
y la aridez de la espiga

esa desnudez
insisto
es la rama retorcida
brazos hacia arriba
suplican

CÍRCULOS EN FLOR

¿Cuántas veces el hombre
recuesta la mano al tomar aliento
para la oración?

abrazo
círculo
flor

Vuelvo a nombrarlo hoy
que ni la hoja
arropa su cuerpo vegetal

duerme el tronco del árbol derribado
al lado de la fe del hombre en lo humano

BARRO PARA LA HUMEDAD

I

El avión se mueve con la tempestad
entre la roca y la tierra
el pie se hunde en musgos y líquenes
inmóvil y tenso
entre las espigas con flores
el cuerpo del niño crece
internándose en el agua

II

Despertábamos con el resplandor
perezosos invadíamos a contracorriente
la sonoridad interior
lengua de los pájaros

el *cello* clama
riesgos del vivir pleno
la lluvia lo repite
en himnos que regresan

LA LUNA EN EL ASFALTO

I

La noche:
una sensación dolorosa de roer
guerras desiertos y estrellas de cinco puntas
perfilan el ojo de los días
del hombre

II

un solar para lanzar los dardos
interrogantes
presión
aridez del gesto
violencia
incertidumbre de futuro
luna en el asfalto

III

despiertas entre sábanas de la nocturnidad
cuerpo para altas temperaturas
la mirada al espacio de la luz
entre cortina y ventana

¿estarás allí?

IV

qué trae la luz de la mañana
de la mano y la voz cortante de Sade
luna de anoche

inaugurando

V

esperas la luna y los imanes del amor salvaje
posado sobre la hierba de un paisaje que insiste
una ola que posesiona el arco de tensiones
al lomo de la bestia
la sed de cabalgar la vida en el asfalto
placeres de la modernidad

arropo un cuerpo
con identidad
sacrificio para el verbo
los ojos abiertos
a las puertas de un cielo

DAGA
PRIMERA

el colibrí en las montañas
recolecta el néctar de las flores
y tú ¿buscas en la arena la pisada
que el temporal tapió o en el aroma
el nombre del placer que aleja
los límites de la razón?

DAGA
SEGUNDA

voy a insinuarme
me meteré en la misma cama
doble y ancha
que ofrece un delirio a mi sentencia
en copa
viene servida
tomo una
y brindo
por la montaña
que aguarda

DAGA
TERCERA

puedes alterar el vino
la copa larga
estrecha
o de borde grueso
atempera
cualidades
diferentes
a tus labios de catador

Treyolí [2]

TREYOLÍ

1

El ángel insistía en tocar los pechos
cubriéndome
decía que la madrugada reúne los espíritus
y volvíamos a untar los cuerpos
en la arena más cobriza

Acaso el sol surca los huesos
la boca de la cueva más minúscula me llama
no acepta nombres
no puedo entrar con sueños

esta realidad exige flores de coraje

TREYOLÍ

2

La niña danzaba
con su pubis cubierto y sus glúteos al desnudo
en el espejo del otro que presume

tocaba puntas de estrellas de mar
veía orillas y luciérnagas
dilatando sus pupilas
tomaba la forma alada
mas sus pies no despegaban

---

2 «Treyolí» es una planta trepadora que abunda en el oriente del país. Da flores pequeñas, rosadas, blancas y rojas en un mismo racimo. Sin registro botánico, su nombre popular corresponde a la fonética francesa *très jolie*, que significa «muy bonita». En la literatura venezolana, en la cuentística de Alfredo Armas Alfonzo, Milagros Mata Gil y Laura Antillano, incluso en mi poesía, evoca la memoria y la infancia estremecida. (Nota de la autora a la presente edición).

ixoras enredadas en su cabello
coronaban su inocencia
un, dos, tres
para una ronda

oyó la voz de la abuela
penetró entrañas de ballenas
sudó al trepar el almendrón
tomó en sus manos las riendas de la bestia
un, dos, tres
para una ronda
en barca descendió a la otra orilla
encontrando un cuerpo
que danza a plenitud
en correspondencia inequívoca
a la mujer que es

TREYOLÍ

3

Se llama plenitud
vuela alto
asoma un rostro

incluye un mapa
una brújula
una ventana

certezas

caracoles en las manos
ceremonias de coronación

IXORA

Convergen
y es el ángel quien ha traído las ixoras para coronarte
alguien ha contado la historia de los días que abriga
el desconcierto
los abandonos que algún amor produjo
y cierta sequía que algunas veces se rodea

mantel blanco

podías haber corrido a esos brazos por consuelo
sin embargo insistes en permanecer en tu rincón
interiorizando

entendiendo las claves
movimientos de la marioneta
bufón o mago
que alimenta de acertijos los actos de los hombres

nadie trató de persuadirte

un día y otro
iguales
en un sinsentido de metáforas y arritmias

en ti el atavío
la bala que inaugure otro día
el holocausto de amor
que afirme los silencios por vivir

puedo afirmar en mi boca la boca del amado
sé que su secreto no es el mío

que alguien puede abrir el pasaporte y leer su nombre
y sólo pronunciarlo hará volver los cuerpos
al amor que se profesan

VOLVÍAN LAS LLUVIAS

Las claves no se entienden de un día para otro
vienen poco a poco
y causan el asombro necesario

la ausencia tomó un cofre y se metió dentro
vuelven las lluvias a desgranar el humor
que me persigue
la paciencia de atar las coberturas especiales
los cuadernos de apuntes
los trazos del mal querer

incluyes en tus ruegos
el regreso del ser que te alimenta

el gato brinca entre tus piernas
los lunares que acostumbras
una espalda
una ceja
una forma de trastocar los umbrales
costumbres ¿dices?
no lo creo

es desnudo a los ojos que descubren su presencia
e imitan sus siempre reiterativos olvidos
aun así volverá con brújulas que el corazón conquista

AZUL BRUMOSO

Podía procurarse los saludos del vecindario
pero se le ocurrió insinuar
que te pretendía

desde entonces

el farol de la esquina en La Campiña
comenzó a encenderse en rosados que enlazan
con el azul brumoso de un cielo
y enfrentó las siluetas de los testigos contra el muro

Si lo hubiera sospechado aquel primero de enero en Venecia
cuando la neblina no dejaba ver la nuca
del que adelante va golpeando con los pies los barriles
con restos de la cena de año nuevo y es ese ruido metálico
el que marca el camino
cuando el endulzado olor del panetón ofrece un David
inmenso a tu memoria

cofre de amatista y dorados para los *slides*
que se convierten en vitrinas
estirpes
triunfadores para el arte
e insistes en tomar un *caffè longo*
y adquirir un portamonedas de cuero con la flor de lis
grabada en alto relieve
supuse
que llegabas
y América
cumplía su cometido
su inscripción
su abrazo de bienvenida

ahora
procuro
caminar
descalza
cuando cruzo
la calle
y la visita
aguarda

cuando sospecho
o vislumbro que brota un tal vez
otra vez
en el cuerpo del recién amado

porque la historia no siempre debe interponerse
nunca estamos seguros de interpretar el beso
en su dimensión exacta
ese hombre que te ofrece protección puede resultar un cofre
un atavismo

entonces
que la mariposa se pose sobre la piedra y libere su vuelo
sobre tu cabello extendido a la caricia
después de la elección

CHIMIRE

Debí suponer
pero no lo hice

en la arena de Chimire
el altar de lo sagrado corona la concepción
el hombre provee la presencia
rasgando el silencio en las espigas
y las flores del misterio

pequeños montículos que el viento erosiona
quisiera ser hormiga y dormir a la orilla del abismo
la noche propicia cierta templanza
para invocar a los espíritus
y la sed de la arena acepta la intermitencia
de millones de cocuyos
estridencias del tacto con lo eterno
al pie de la montaña que lo encierra

PEPE GRILLO

Cuando vi el grillo saltar sobre el ataúd de madera
supe que mi soledad sería mayor a la tuya

comencé por agrupar las piedras más brillantes
debajo de tu nombre
por adornar tu sepulcro con los tulipanes que amo

armé los rituales para encuentros sucesivos

Una noche
una luz inexplicable
apareció en el pasillo de las habitaciones
y desde la cama
fui su único testigo

Aguardo
vuelvo los domingos
con mis tulipanes
te invoco y aparece
el grillo brincando sobre las piedras

¿Pepe Grillo padre?

Como de niña él aparece
y trae una suerte de malabarismo alegre
que me enreda y vitaliza
me ocasiona sueños
presentimientos que traspasan las fronteras
moviliza las palabras para armar oraciones
ante el altar de una virgen que puede oírme
tan claro como aún yo escucho el mar de Lecherías
golpeando el muelle
en aquellas noches de luna llena sobre el mar cobalto

mientras Platero dormía en el establo
cuando sólo tenía siete años y supe de la muerte

Me intriga saber si este grillo
es el mismo que sobre la caja de madera
que guardaría tu cuerpo para siempre
posaba como señal de vida eterna
y si podrá armar mi memoria en el afecto de una fábula
que sólo tus labios podían contarme.

a AAA, mi padre

PÁRAMOS

Cuando te conocí una sonrisa hizo la oferta
montañas adentro los páramos nos ataban al frío
que envolvía el paisaje
podía acaso adivinar que el destino diez años antes
te había apartado
encontrar explicaciones no es fácil
las cartas españolas niegan los ases y las espadas
prometen un tres y un cuatro de oro coronados
por el as de bastos

y el tarot me confirma la parcela del alumbramiento
sólo el *jeep* atraviesa los caminos y el abrojo brota otra vez
porque las manos encontradas anillan los dedos
y el perro mucuchíes ladra en ese páramo
que en neblina recorrimos
¿será él, Ábaco que regresa a lamerme?

el águila desplegó sus alas
ocultó su trayectoria para que el paso real
se preserve para siempre
mas la fuerza de un río une a los que debe unir
y encontrados en octubre armamos el arcoíris de un abril

para renacer en la corriente de esa fuente que brota y brota
en los parajes más salvajes

y he invitado al arlequín a indagar en las entrañas
del mapa astral de nuestro cielo
a fin de descubrir qué extraño asterisco
marcó nuestro destino

PORVENIR

no bauticé un hijo
para ganar extensiones

autónomo nos supera
trae códigos inaugurales
que despiertan señales que desconozco
cuando juega concentrado
me pregunto
a qué estirpe pertenece

la planta de sus pies pisa firmemente
toma mi mano y hace preguntas
me sorprende
una afirmación asoma otra lanza

su presencia atempera cualquier dificultad con el porvenir

ENTRE LA FLOR Y LA HENDIDURA

Otra vez, allí, de pie y conmovido
frente a las piedras escogidas por Juan Félix Sánchez
para levantar una capilla a la Virgen de la Coromoto
en San Rafael de Mucuchíes
un aire silencioso expira en ese espacio intangible
entre piedra y piedra

entre la flor y la hendidura
y sin grabar los nombres
la cúpula del cielo obliga
la herida de la piedra blanca en el bolsillo
cuando el ángel parece tocar las sienes
y la idea busca la luz
la estrella alta en la montaña

los niños ríen del frío
alrededor del capullo rojo bordado en la tela blanca
que cubre el mesón de madera tallada
donde apoya el cáliz

comunión
digo hoy
boca
costado
gladiola
sílaba de encuentro
con un Dios que escucha

Sable

Llévate contigo esta agua: te salvará
del hambre y la sed; y ahora entra en
tu nave sin demora: cuando al hombre
le llega su viento no debe dejarlo pasar.

Benedeit

El viaje de san Brandán

AGUAS ABAJO O ARRIBA

El agua orilla
El agua pozo
El agua alfiler

aprehender su transparencia
oírse uno mismo
en la ola que repite el caracol
o bajo la lluvia

El alma está con su sombra
reflejada en el agua o el espejo
como la gran ballena blanca
que no se deja capturar

El agua cumple de la mano de Neptuno
su ciclo
su ritual
su huida
el musgo nace si la lluvia toca la piedra
los pingüinos reúnen la dignidad en la Antártida
manchada por el rojo Mar lunar

Los delfines, las ballenas y los dragones de mar
intentan sobrevivir a la caza despiadada

mientras los barcos con desechos tóxicos navegan
van a la deriva del mar adentro
entre fronteras oceánicas

Azul, dolorosamente perdido

TIERRAS RARAS

El sol roza la lengua de la sirena
y combina las arenas auríferas
en las aletas del mar

Una ola revienta en la tierra seca y brillante
que asoma las primeras pepitas de oro
mientras el Mar Caspio esconde
las más profundas vetas de estaño

Brillo metálico
una espada en la roca mineral
afila la creencia de que el hombre
ha forjado los metales
para dominar la naturaleza de los elementos

Metales en la piedra que el pie resbala

Tierra. Oro. Sol

hasta el más corpulento de los árboles
puede ser derribado por el hacha

El que rompe, el que corta
como conjuro
exorcismo o promesa

Rarezas del alma

AGUARIACUAR

Rey del universo ven a darnos de la luz violeta
armas para iniciar fogatas en los huecos

arenales
muros y arcos
la forma circular inscrita en el cuadrado
nave central
altar del sol sobre la piedra

ruina del alma
la maleza te arropa
grises de una noche
en San Lorenzo de Aguariacuar

el hombre cree reconocer este sitio del mundo
esta tierra sepia que se ofrece
herida por los que han partido

caracol
los oímos
volver
al agua
al camino de piedra
al sudario
a las espinas

La fe inflama el rostro del dios que alcanza la oración
la tierra
aún sostiene dos arcos de piedra
un reflejo se procura
estrella
cirio
peces
arenas

ofrendan la copa
hábito de la plata
para un brindis por lo eterno

De espaldas al cielo que esmalta el sentimiento
bailas
cualquier tristeza
que cada tanto vuelve
corteza del árbol
bandera misionera
la cruz
inscrita en el muro

Aguariacuar
voz que canta
templo circular
memoria de los que cruzaron el océano

hay una fe
que se bautiza
en el misterio

huella del paso firme que nos pertenece

a Lihie Talmor y a AAA

UTOPÍA

Un caballero andaluz ha recorrido kilómetros
de caminos pétreos hincando el pincel
en una memoria de la soledad
reconstruye escenarios para relatar que los azules
congelan la aparición del verde natural
en el recinto de la luz

convergencias del hombre
que logró caminar la superficie lunar
y clavar una bandera

abrir huecos en la capa de ozono
engendrar la vida en una probeta
sin aún desentrañar el misterio de la vida
su represión
el origen de la maldad
la penumbra que lo habita
la nostalgia, sueños y miedos profundos

Nos ata una corriente umbilical con los ancestros
la piedra acepta la incisión de nuestra ignorancia
ausencias del hombre carnal

Cuando la luna tiende la celada
acorralándonos
en la cima de arena
cipreses y sauces demarcan el camino
para encontrar la esfinge hincada
a la puerta del templo

El escalofrío podría apoderarse del cuerpo
mas de la boca de la gárgola de piedra
seguirá fluyendo el agua malaquita y el agua esmeralda
que baja de la montaña

a Antonio Belmonte

AS DE LIS

La escalera es una espiral que desciende a la calle
y ella afinca el paso hacia el malecón
para avisarle al mar de la resaca del espíritu
y de las angustias
después de una mañana de escritura
ella examina las marcas en el murallón del castillo
escarba símbolos
la noticia del día

algún misterio
nuevas rutas de navegación para su poesía

la plaza del vecindario tiene la costumbre
de su delgada figura
por las tardes a la sombra del árbol
donde esa mujer que escribe sus manuscritos
arde por encima de toda circunstancia

Edgar, Enzo, Eduardo y Elis
la escuchan regresar al ático
después que el sol se oculta
tras el horizonte del Mar Caribe

a Reina María Rodríguez

CHORONÍ

El río de aguas heladas
lavaba mi rostro
despedía la máscara blanca
que me separa de ti

cuando se otorga el poder al agua
pisar la orilla es bautizar la fe
ofrendar las flores
atendiendo las razones del misterio

a Lucía Quintero

PUNTA DE LANZA

Antes o después quien asume el fuego místico
descubre el sueño de la serpiente
no evita riesgos
ni abismos
en la escalada

Encarna en dragones
quizá para que San Jorge aparezca
y sea ocasión para otros descubrimientos
más allá de la intemperie

la bauticé con nombre de flores del desierto
bañando su cuerpo en pozo helado

nada es para siempre
aún así
tiene el corazón satisfecho

ESPEJO

Atrapada por tus ojos
atrapado por los míos
ni uno ni otro logra deshacer el nudo

¿y para qué deshacerlo?

hay un sentido
un cordón
una directriz
un olor
abismal
al estar atrapados

ANTICIPO

El orificio enseña
el dolor logra aislarnos
duda la mano
al estrechar una partida
una sola puesta de sol
sobre el océano
abriga los ojos con el oro

HIPÓTESIS

Para tomar una decisión
los labios
deben recorrer
la extensión de una piel posible
a nuestra alma

si no soy yo
sino él quien regresa

lo que era
una
de las hipótesis

BIRD

se construye unas alas de tela y madera
ensaya en el primer precipicio
ejercita el músculo para el largo viaje
dibuja las alas los picos y los nidos para aterrizar

arma una pajarera
duerme acurrucado

close-up
hombro-ala
amarillo de canaria
pico-amor

Bird quiere ser un pájaro que se aísla
para redimensionar la soledad del hombre
en añoranza al vuelo que inició el sueño premonitorio
de Leonardo en Florencia

CALEIDOSCOPIO

Manos expertas trazan el recuerdo
con el caleidoscopio en nuestro viaje

Aquel que asoma su cabeza todas las tardes
por la ventana del tren de París a Madrid
sabe cazar imágenes con su sombrero
y entiende la infamia en sus ansias de captura

Traes al presente la presencia del poeta amigo
Armando Rojas Guardia
en la fábula de compartir
algún poema
aún en manuscrito
y sostener una urgente conversación postergada
en cualquiera de los nuevos paisajes

maniobras
sólo eso

planear la redondez del abrazo
para mitigar la ausencia del afecto
en un encuentro más concreto

RITUAL DE SAMURAI

Excitándonos al peligro de la innovación
particulares movimientos establecen afinidades
tonos alucinatorios y nocturnales en su atemporalidad
el éxtasis se asemeja a la ronca voz de Madonna
te vuelves a encontrar frente a los despojos
y las palabras para exorcizar
mágicas renuncias:
entra una brisa muy fresca
leche recién ordeñada
cuando desnudas la propia levedad

MAPA MUNDI

La sangre es caliente y su color tiene olor
en la oscuridad las estrellas brincan
y nos recuerdan la conexión
que originalmente tenemos con ellas
no hay lugar tranquilo
ni lo deseamos
pues habitamos la música estridente
los collares de caracoles que hablan

el corazón profundo grita

¿quién sabe qué rumbos toma el oso cuando herido
abandona su bosque habitual?

coloreas el mapa mundi
y anotas con una equis
los lugares donde quieres hundir
la planta de los pies

CANCIÓN

Vuelta y vuelta a la canción
la misma infinita repetición
níspero
interior rojizo
semillas negras y lustrosas
pico de loro real
dátiles a las tres de la mañana
continuidades lúcidas y febriles
amantes sin reloj
abandonan la estrella de cinco puntas
a su propia rotación
interior ganado
por el engranaje de la seducción
arrastran baúles para la memoria

RUIDO DE MAR

Has escuchado el ruido del mar de noche
en una ola que persiste en roer las rocas
y el cangrejo en habitarla

tus poros han enterrado su debilidad en la extensión
de la arena más blanca
la máquina pasará a primera hora del día
se llevará con su pala mecánica los pensamientos y las huellas
que allí enterraste

mas el polvo del cosmos que soñamos
alarga la noche cuando no dormimos
y las ideas amenazan viajar
hasta su origen
Caracol al oído

CÍRCULO DE TIZA

no te cansas de escribir en cartas el relato del acto inaugural
podrías ahorrarte ese disfrute narrativo

la cama en la que te entregas no es literaria
es placer y cosmos
es vía celestial de encontrar el nombre acertado a cada estrella
osa o galaxia que acepte rozar los sentidos del dios que acoge
tus oraciones

mi nombre Edda
revela la esencia de mi entrega
es libro sagrado
galaxia mayor y galaxia menor

antepasado, abuela, arte poética, según la mitología escandinava
as de treyolí en el jardín de la abuela Mercedes
unicornio para cruzar el abismo
círculo de tiza en la inmensidad selvática de las palabras

a Mercedes Alfonzo, in memoriam

SABLE

La memoria tiene un enorme cuerpo alargado
que me visita y ofrece
pinceladas de acuarelas y algún trazo definido
la escucho, la veo,
recurrente, a veces hasta obsesiva,
insiste en un dato, una fecha, un nombre

Sus razones gozan de la arbitrariedad divina
para mí
holocaustos
barroquismo
libre albedrío

la convoco y danzo sus aciertos
presagios
ese lugar de reunión de los amados

sable arriba
sable abajo

ella logra hilvanar
las ocurrencias del gato que brinca sobre la mesa
tumbando el jarrón para que los añicos brillen en el arco
y la flecha tome el impulso para adentrar el corazón

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1992 y 1993]

La otra orilla

1999

a los aficionados a la palabra escrita
en complicidad con mi hermano Ricardo

para Alfredo Herrera Salas, Eleonora Requena,
Gina Saraceni y Érika Reginato

¿Por qué entrar? Sólo para jugar.
Un juego de reconocimientos.

Susan Sontag
El amante del volcán

Soy un satélite sin órbita
marzo, 1998

En la actualidad todo ocurre al mismo tiempo,
y nuestras almas ya son electrónicas.
John Cage
Collage

1

Sin nombre y sin ruta
giro, permuto, espero silenciosa
la fortuna del momento en que el microscopio
capte mi irradiación nuclear.
No abrigo claves ni tengo esfera opalescente
para ser retransmitido por Internet.
Violeta, la piel cambia marcas,
de CD, de espejo, de gimnasio.
Errante, llevo zarcillos largos como señales de emergencia
y no pertenezco al clan de McDonald's.

Sinceramente creo que debemos reconocer
y publicar nuestra condición de seres sorprendidos
anulados o exaltados por este fin de siglo.

2

Rompo el osario que quiso contenerme
sin rastro de nombres familiares.
Corro en dirección contraria a la soledad.
Un mapa presagia las imágenes que nos resumen.
Concentra el cambio atroz de nuestro rostro
la precariedad del fragmento que insertamos
para salvar la intermitencia del abrazo y el afecto.

3

Irregular en mis bordes, ¿gorda acaso?

Pregunto en la farmacia Rescarven
por una pastilla que me centre
que reverencie mis curvas
que le devuelva a mi mirada su nitidez

Quizá unas gotas homeopáticas sean la solución.

4

Me he estado preguntando
por qué somos ambidiestros de memoria
también en los sentimientos
en la manera del dar y el quitar

Qué ata nuestra cintura al ave que surca
el océano en cada rito del vuelo
como si su graznar trajera algún aviso
mortuorio, quizás

5

En esta espera
nuevamente extraña
tal vez un tanto insólita
o simplemente arbitraria
al deseo

descorcho
un beaujolais noveau
y brindo por los dos
aferrada al *mouse*

sintiéndome más real
comunicada
y, a la vez,
inmensamente sola.

6

¿Estás realmente allí

detrás de otra pantalla

que prende y apaga

a voluntad?

7

Urgentemente

abre

mi correspondencia

en tu buzón.

8

¿Qué haces?
¿qué pretendes?
¿en qué aciertas?

No eres una página web
ni un artículo de prensa rodando por el ciberespacio
ni una carta censurada
ni una expresión del hipervínculo

¿entonces?

9

Enternece la posibilidad
de que la pantalla del monitor
alivie el hambre de contacto
satisfaga la ilusión de ser
definitivamente acariciado.

10

Me configuras y no me reconozco.

11

Abro el buzón.
Coloco un CD interactivo de Peter Gabriel.
Vengo corriendo desde la pizzería
quemándome
jadeante como bulldog
y me digo:

¿acaso la luna abandona su órbita
cuando eclipsada cree hallar la respuesta
en el sol que la ilumina?

Cierro el buzón.

12

Vuelta y vuelta

Y si giro no me encuentras
y si me encuentras no giro

Y creo hallarme en el abismo
de la sinrazón que el carbonato de litio
equilibra notablemente

13

No voy a creer en esa voz de la contestadora digital.
Ni en la que atiende, ni en la que se registra.

Obliga a repetir el mensaje
más de una vez
inculca un tono que no reconocemos
ni llamando desde el teléfono público.

Sonido incesante.

¿Quién llama?

¿A quién llamas?

¿A quién pertenece la voz?

14

El atraso del afecto ocasiona desatinos
Le crea el mayor de los ruidos al sistema
Altera los latidos del PC
Excluye
Abrevia
Acciona
una clave supersecreta
Nos aficiona al latente germen
del desolvido.

15

No juego con el cartucho de tinta
Ni con el grito
Ni con el gato de bengala
Ni con los límites del sueño

Mucho menos con los bordes
de lo desconocido
en este nuevo océano
ofrecido a nuestro cerebro
inmerso en su oscuridad.

16

Es esa la bala

La de tu boca

Que me salva

Al nombrarme.

17

La calle es a veces tan empinada

Sobrevive la sensación del escalante

Siendo mariposa Murciélago
Linterna Brújula
Interactiva

18

El antivirus detecta las fallas

El contagio

El piélago de las crisis

La abstinencia a la que por períodos

nos somete la vida.

19

Corro porque llegar a la hora pautada
es acceder al código de honor
de este cuerpo
que nos aturde transitoriamente

Escribo mientras tanto
y te lo envío por *e-mail*

Cuento los minutos
de llegada de tu respuesta
distrayendo el ocio de la espera
imaginando el viaje
de estas cartas sin cartero.

20

Deseo con urgencia reiniciar
el corretaje electrónico
con mi voz en pausa
y tu voz cantante.

21

En la oscuridad
puedo oír tu voz
¿qué herencia he de pagar?
¡qué antiguo es el castigo!
Tú que eres Dios atrévete
maldíceme con tu perdón.

Líbrame Señor
del miedo y del dolor
y devuélveme la paz
Fin de cuenta atrás
Tu silencio es mi temor

Dios de Dios
vivo sin saber de ti
y bajo el signo de Caín...

Si te profané
confúndame la fe
Si no te importa lo que soy
libre déjame
que quiero hablar con otro dios

(...)

Tu silencio es mi temor
Vivo sin saber de ti
Y bajo el signo de Caín...

Miguel Bosé lo canta, lo repite
Resurge en una nota estirada de guitarra electrónica
con cascabeles metálicos
en medio del desierto que atravesamos.

Con los audífonos este susurro se repite
en el oído medio, intenso, salado, filoso,
al activar la máquina musical que me acompaña.

Voz gitana, la que ansío.
Armadura de cristal.
«Isla del nuevo trópico»
de «Gota a gota»:
desnudo, alado, poseído,
enamorado, héroe compartido.

Te escribiré un *e-mail*.

22

Nos araña
nos ovilla
como gatos
de la noche
aullando
para cazar
ratones
duendes
magos
ángeles de la guarda
en nuestra red intermitente.

23

El eclipse nos trajo la novedad
de la mirada con anteojos.

Lo sé.
También lo intuía.

Rastros absorbidos por la piel.
La sangre los contiene.
Digitalizados.
Compactados en el buzón de borradores
en espera de ser enviados con un clip.

24

Incesantemente
atrapada
sin saber de ti
divinamente soy
una estrella fugaz

Silenciosa
Cruel
Pertinente
Obsesiva

alteradas las cifras
el teclado
las claves
y los estigmas de la soledad.

25

Germina una espiga avisadora.
Un nódulo pre-freudiano que no deberíamos descifrar.
Pero estoy resueltamente convencida
de que mi afecto pausado
es un efecto secundario y virtual
que seguramente Einstein no consideró
como potencialmente perturbador
para el desenlace feliz
de su teoría de la relatividad.

La otra orilla
abril, 1998

No puedo hablar de mí misma.
Incluso cuando no lo mencioné
el está presente por omisión.
Pero también hablaré de mi persona.

Susan Sontag
El amante del volcán

1

Si lograra no pensar tantas veces el mismo asunto
resultarían más livianos los procesos
podría intentar dar la vuelta de carnero una sola vez
y economizar tiempo y energía.

2

Estamos justo a la mitad de estas palabras
tan acariciablemente cercanas para negarlas.
Es un lugar, un escalón, un pulso
una renuncia abierta
una estrategia para colocarme entre ustedes.

3

Como si fuera posible perderme en el mapamundi
marqué la página con tinta roja mientras repetía
que es en ese lugar tan preciso (tan rojo) que deseo
que nos encontremos de nuevo.

4

Me mira, me interroga, pero hoy no hay respuesta
sólo esta presencia que te doy.

Estos pequeños momentos para perdernos.

5

Todo inicio está particularmente matizado por la intriga.
No hay detalles.
Pequeñas lanzas interiores apuntan zonas conflictivas
de placer, dudas, necesidades, del cómo resultará.
Siempre nos queda la posibilidad de ahogar nuestros
rostros en las almohadas calientes y receptivas.

6

Miro mis manos, a las que les gusta acariciar.
No, no voy a pintarme las uñas.
Limpias de toda máscara de barniz
siento que comprenden mejor todo lo que rozan,
todo lo que rasgan, apilan, acercan.

La luz de las seis de la tarde aún me conmueve.
Podría quedarme en este tranquilo lugar
mirando cómo ocurre todo a mi alrededor
tarde tras tarde,
pero no resulta suficiente para sanar.

7

Todo cambió. Yo te lo decía y ya era verdad.
En mí se había agotado el sentimiento.
Me sentía actuando erradamente.
Confirmaba mi propia ausencia
cuando estábamos juntos.

No siento nada y allí nace la fortaleza para cambiar.
Como una página blanca abierta.
Así al desnudo. Sin más pruebas. Una con uno.

8

¿Es acaso una carta mi propósito?

Las palabras trasgredidas y capturadas
como sonidos puros para convertirlas en imágenes
extendidas en el sueño.

9

Hay seres que nos bordeamos.
Otros se encuentran.
Y con otros no hay aproximación posible.

10

Los deseos nos encierran.

Los silencios no son necesariamente ausencias.

Lo eterno afila la inmediatez, inclina el oído.

El gran lugar es el que ocupa la seguridad.

La única soledad aceptable es la libertad.

11

Y da igual un minuto o la vida entera

porque la eternidad es incalculable.

Nos apetece el cuerpo dorado que asumimos

en la plenitud de las constelaciones

sagradas y prohibidas que logramos alcanzar.

12

Hay días que nos condenan
al separarnos.

¿Lo escribiría él? ¿Cuándo?
¿O es copia de algún párrafo que le impresionó?
Oigo voces en la puerta (en la pantalla).

¿Me quedé dormida?

13

Hoy entendí que iniciarse es crucial.
Visualicé el puente que se cruza
en acto voluntario.

Un aquí y un allá.

El puente es uno mismo
y es la dirección de nuestra vida.

14

Le oí decir a mi padre que la vida es el acto de uno mismo
y no el destino ni la fatalidad
de cargar con los errores de nuestra familia
hasta la quinta generación.

15

Hoy vi tus ojos posarse en mí
mientras tus labios contaban
una historia que no nos pertenece.

16

Es tan difícil compartir el cansancio personal.
Llegar a casa es el impulso que nos hace mover
los músculos y las vértebras
aún con cierta coherencia.

La cuadra es interminable.

Cada final de día exige un paso más inagotable.

Los pasos se cuentan en la bandeja de entrada.

La recompensa sigue siendo tus ojos abiertos
a mi lado cuando despierto.

[Los poemas de este libro fueron escritos durante el año 1998]

Coda

Desde niña disfruté escribir cartas y consignarlas con estampillas en las oficinas de correo postal. La mudanza de Caracas a Cumaná de nuestra familia favoreció esta afición, y yo temiéndole a la espera interminable de las respuestas traídas por el cartero. En 1996, el correo electrónico @ cambió de forma radical la manera de comunicarnos. «El mundo sin fronteras» llamé yo al *e-mail*, por traer a nuestras vidas la inmediatez mediante las cartas electrónicas. Hacia 1998, en nuestro país, se masificó esta tecnología con la aparición de cibercafés y el lanzamiento de correos gratuitos basados en la web, como el hotmail. La primera cuenta electrónica que utilicé la ofrecía la compañía telefónica Cantv. Ricardo, mi hermano mayor, fue el primer destinatario de mis *e-mails*. Dos escritores fueron quienes me dieron sus direcciones electrónicas para cartearnos: Mercedes Roffé y Roberto Bolaño. Estos poemas de finales de un milenio se escribieron bajo la influencia del impacto que me causaba la sorpresiva rapidez de las idas y vueltas de las cartas sin cartero, actualizando la relación entre la velocidad mental y la velocidad física. «*La otra orilla*: la experiencia de situarse, en cuerpo y alma, en esa incierta, y al mismo tiempo plena de promesas, línea que separa la realidad de sus infinitas versiones y reversiones. Colocándose en ese borde, en esa complicada ribera en la que se atisban los otros mundos, las otras voces», según lo aprecia, en octubre de 1999, el poeta Rafael Castillo Zapata, en la nota de contraportada del poemario.

E. A.

Abril, 2026

La mujer que nos mira

2000

Echa tu red en mi alma.
Tengo también debajo de la sal
y de la sombra mi temblor
de escamas plateadas y fugaces.

Dulce María Loynaz
Poemas escogidos

Ella es más misteriosa
que todas las evidencias exteriores
que usted jamás ha conocido hasta ahora.
Tampoco nunca sabría usted nada,
Ni usted ni nadie, nunca, cómo ve ella...

Marguerite Duras
El mal de la muerte

INTERIOR ROJIZO

Sólo sé de mí
desde la alfombra

dormida
azuzo
el fuego de tu mirada

desnuda
gravito
exhorto
medito

el centro
ejecuta
su sentencia

mirada escindida
sobre mi furor.

UN DADO ES MI CERTEZA

Hiela el alma
la puñalada amiga

el decir no
desde el corazón

los días que pasan
indecisos
sin victorias perfiladas
que los amarren a un único
recuerdo tangible.

Sólo un dado
es mi certeza mi seguridad.

TARDE DE PLAZA

Su sombra
agrieta
la esfinge
purpurina
estatuaria
marmórea
que mira
indolente
asfixiarse
la paloma
en la fuente
de la plaza.

SER COLIFLOR O FLOR DE ALCACHOFA

Abrir la otra orilla
o el centro de la alcachofa
con su vestimenta mística
para interrogar el alma
consecuentemente
ser una coliflor
centrífuga
perdidamente aromática
fluorescente
que se diagnostica
y autorreceta
implorando una RX
para sus dolores
evitando
desnudar las grietas
los días grises
su barranco
frente al adversario.

PODRÍA SER UN RETRATO

Olvidas arropas
estrujas
qué pechos
qué manos
cuál deseo
o latitud

desde que llegas
con esas botas
escandalosamente
trenzadas
hasta las rodillas

olor de cordero a la leña
las ideas son moscas
en el ocio
mientras el agua resbala
por el cordel grueso
que soporta la ropa
tendida al sol
vistiendo el paisaje

arriba oscureció
ya no hay fuego
pierna contra pierna
pechos y cinturas
en un orden
infinitamente
perecedero.

una acuarela para Alexandra Poleo

TRENES

Salgo a buscarte
una y otra vez
por los rieles del tren

hallo en cada hombre
la sonrisa medieval de Hamlet
y la contradicción oscila
entre el deseo que intuyes
y la realidad tan cruel.

Las runas, la ouija y el tarot
son la ranura
por donde miras
la molestia.

NACIMIENTO

El pájaro nace del yo
grave
obtuso
atmosférico

reconozco que aún miro
la hoja seca del árbol

no sólo por ocio
sino por elección.

LA FLOR ABRE LOS CENTROS

La flor del castaño
abre
y abre los centros
de una eternidad
olorosa
incentiva
fálica

permanecemos
erizados
en el néctar
de esa flor
carnosa
roja y amarilla

integrados
al deseo
en una pasión
fronteriza
y recurrente
al ser
espías del cuerpo
que se anilla
complejo
sobre sí mismo
al dormir
de la fragancia.

MAÑANA

Mañana
vas a querer
que la luz
atraviese

idéntica

entre tus piernas

es el riesgo
que afrontas

La carnada.

LA ESPERA

Lo que busco
ordenará mi cuerpo

(astillas trozos conchas
dagas ojales huecos negros
certezas espejos palabras
ojos de pez sentimientos)

busco lo que ordena. Lo busco.

ACTO FINAL

No resisto
ni el barroco
ni el láser
ni los espías
ni los vestuarios
ni los libretos
ni los disfraces
ni las almohadas
ni los rodeos
ni las corridas de toros
ni las peleas de gallo
ni aquellas estrategias
de la demora
o las viles excusas
asumo el acto ritual
soy escritura
vértebra
astilla
fragmento rojizo
núcleo pasional
densa o hermética
voz que nos asalta

irrenunciablemente.

NO PUEDO ARRANCARTE

Aspiro la proximidad
niego ser de una especie particular
o diferente crezco en el acertijo
muevo y muevo el cuerpo
para recuperarte
silbo el aire que respiro
materializo un epicentro palpable
girando el caleidoscopio
de la vida
con mis manos.

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1999 y 2000]

En bicicleta

2003

para mi madre Aída Beatriz
a Fernando Savater, desde siempre
para Elisa Lerner, por ella
en diálogo con Witold Gombrowicz y Clarice Lispector,
celebrando que todo es ritual, repetición, ala

Pero no son las visiones, sino la actividad lo que te hace sentirte feliz y la alegría y la gloria del aviador es el vuelo en sí. (...) La transición desde la línea hasta el plato en dos dimensiones, cuando paseas por un campo o por un bosque, es espléndida, es una liberación.

Isak Dinesen
Lejos de África

La libertad se mueve en bicicleta.
Julián de Dios

La poesía, haciendo el ser, lo deshace.
J. G. Cobo Borda

En bicicleta

EN BICICLETA

El polvo ha caído sobre la lámpara de papel. Nudos y
formaciones minúsculas agolpadas al azar sobre
una superficie vertical y blanda permanecen mecidos
por la brisa que bate la ventana lateral, próxima a la mesa
donde esta máquina es tecleada, aceleradamente.

La velocidad es relativa tanto en la caída
como en el teclear. Forman parte de la misma idea,
del mismo silencio, del mismo acto emprendido,
de la misma apurada respiración mientras miras
el rojo violento sobre el muro.

Afuera no hay ningún bosque. Ni bosque, ni troncos
cortados y apilados para la chimenea que tampoco hay
en este salón de estar. El frío se cuela
por la ventana y la rendija de la puerta, entre las sábanas
que arropan la cama y por los agujeros del trenzado
de los zapatos de goma rojos de andar el día.

Te invito a mirar el polvo en su caída al azar, las roturas
y las incisiones en las cortezas rugosas de los árboles, el fluir
de la savia, a través de una lupa. Duda siempre
de las apariencias, abre la curiosidad del otro, indaga el
interior con el dedo que rasga, que encuentra. Abre,
cierra, aprieta para tratar de asir. Duda también del bosque;
el que no podemos observar, desde aquí, sentados.

Hay otras formas complejas, precisas, quizás inútiles,
esperándonos. La belleza y la sorpresa.
Semillas por engendrar. Vendrás y tomarás apuntes
para tus dibujos. La semilla abultada revienta en el interior

del bolsillo de tu chaqueta de gamuza. Granos planos
aterciopelados, multiformes, afilados, con hebras, aparecen.
Podrás darles un nombre, un lugar en el álbum,
colocarlos sobre la mesa de la sala o pincharlos en el corcho
de la pared para que el polvo corone sus formas; algún día,
también olvidadas.

Hace una semana la tierra alrededor del limonero
era territorio libre de malezas. Ahora,
descubres retoños de cilantro, delatados por su flores
menudas y blancas, y su verde tierno de aroma penetrante.
La sopa hierve olorosa. La mesa está servida.

Te bañas. Cubres tu cuerpo aún húmedo con una bata
de seda con encajes, te desplazas sigilosa hasta el gran salón
sin chimenea, interrogas lo frío del mármol
con la planta desnuda de tus pies, te detienes frente al espejo
ovalado en el que retocas tus labios, su borde en rojo,
su comisura, mordedura, comisura *pink*, bermeja,
circular en su beso, amapola reflejada, provoca abrirla,
comenzarla. Pasas tanto tiempo mirando
sus posibles aberturas, su sensualidad, sola,
con el espejo en la mano, aferrada a su mango de metal
labrado; en su esfera quedo atrapado.

¿Estarán esas imágenes aún ahí?

Paseo en bicicleta. Ruedas, rueda, calle empinada,
pedalear. La falda se abre, pedaleas, recta,
versatilidad de la columna vertebral, movimiento de las ruedas
al unísono, olor a tierra, piedra, brinco, pedalear, duele,
rueda enlodada, hundida, fangada, tronco, barro, grama, pie,
freno, pedal, calle de piedras, óbice, manubrio,
camino zigzagueante hasta los márgenes tibios del río.
Agua dulce. Hundirse definitivamente hasta las rodillas con
la falda flotando como una flor abierta, piel erizada,

incidencia del sol en el ombligo y la cabellera enlodada
golpea el rostro a contrabrisa.

Apuntes para una escena donde las hormigas rondan.
En el barro la habitación es blanda. Las hormigas pegan
sus patas y mueven sus antenas mientras cargan
trozos mordidos de hojas, ramitas y pétalos de colores.
Rondan. Mordedura *pink*. Picadura de gusano de pelambre.
Arde, se pone rojo, agua. Gusano retorcido. Vampiro
dormido. Mal sueño. Ubicuidad.

Bicicleta de vuelta con la bata abierta, pedalea. El paisaje
insiste en ser nostalgia. Cuerpo abierto de sensaciones
recobradas. Un lugar de retorno frágil. Óbice.
El espejo del agua devuelve el movimiento de tu imagen
sesgada y a contraluz. Llegarás a tiempo para mirar
el atardecer desde la ventana lateral que deja entrar la brisa
que mece el polvo sobre la lámpara. Tu cabello atado
con la cinta de terciopelo azul, atrás; mirarlo así de espaldas
observando como el sol se oculta en tu cuerpo desnudo.
Siempre he creído que llevas una serpiente en tu cintura;
epicentro del interminable viaje en la escritura.

ALMENDRÓN

El sol se convirtió en espía madurando las moras en el cerro.
Aposté a que vendrías, contándolas en el disfrute
de palpar su roja e irregular superficie. También esperaba
a que juntos derrotáramos los escondrijos de los pequeños
insectos para atar las cuerdas al grueso tronco del árbol
de almendrón que compartimos en la infancia; como si fuese
posible posponer el adiós en la locura que nos cerca.

¿Por qué no hay tiempo y para qué no lo hay?

¿Por qué mi beso se queda tragado y mis sueños son
puro deseo? ¿Por qué se repiten los sueños angustiantes?

¿Quién puede empujar la sedalina que tapa mis ojos,
mi boca, mi ahora quiero desnudarte para decirte
que el mundo comienza y termina con tu mirada
impidiéndome la respiración?

¿Angustia, por qué regresas, qué deseas, a quién buscas?

¿Por qué no te comes la nube que cae, por qué no atas
los corazones que dejaron de amar, por qué tocas
mis bordes mis perfiles mis puntas? El misterio afloja,
se estira, exige, intimida. Mirada retrospectiva que
lo anuda.

Tu paso aún persigue mi sombra en los traspatios
deshaciendo el minúsculo espacio entre dos cuerpos
que aún se buscan desacralizando sus rostros
bajo el almendrón de la memoria.

Los recuerdos permanecen sepias envueltos
en papeles de seda hasta el reencuentro.

al David de mi infancia en Cumaná

LOS LOBOS PODRÁN AULLAR

Los puntos débiles son espinas. Entierros.
Azotan, cuando menos se espera. Son semillas.
Crecen en la oscuridad.

¿Bajo cuál apariencia se harán presentes?

Se asoman convirtiéndose en una circunstancia
que nos enfrenta.
¿Nacemos con ellos o se generan de las
experiencias que no logramos asimilar?

¿Has mirado mi cuerpo con una lupa?

Cada partícula exige una perspectiva,
cada rincón un ángulo diferente.

Detalla mis lunas. No, no me refiero a mis lunares,
hablo de las lunas interiores. Eclipsadas, prominentes,
intersensuales. Cosmogonías de la intimidad.
En las propiedades de la gema radica el secreto.
La energía contiene. Indaga el color del mineral
que la retiene. Habitas el bienestar del escondite.

No puedo desactivar la bomba, ni cortar los hilos
que anudan una sensación a otra. Ni siquiera
puedo evitar que ames a tu propio ritmo o que la
nostalgia te atrape cerrando la ventana.

Los tiempos no son los mejores.
Hay demasiado monóxido. La bomba nos acecha.
Mediocridad y odio tiñen los actos del hombre,
y la palabra cotidiana. Compartimos la confesión,
la lucidez en noches afiebradas, el juramento
¿sobre qué Biblia, en cuál ceremonia?
Damos tregua a los sentidos cuando el alma reclama
hábitos para recobrar el ánimo en días aciagos.
Quisiera decirte que entendí, pero no es así.
Somos la rutina. Lo roto. La espina.
Un cascarón de langosta en el fondo del mar.
Giramos. Cortamos el hilo para ser otro deseo.
La intersección. La lengua renaciendo.
Una luna basta. Dos nos agobian.

Girar el trompo. Descargar. Hallar la zanja.
La espontaneidad. La compañía sobre la grama.
Mediar con las lunas interiores. Morder la zeta.
Retar al girasol tragando luz, siempre luz
hasta el renacimiento necesario.

El mundo es una salamandra de torpes colores
enjaulados. Reconocernos no nos salvará del ocio,
de la equivocación. Giramos el trompo. Nube.

Los lobos podrán aullar, los cielos tornarse
aguas marinas, las ortigas crecer como extensiones
doradas a tu vista, pero aún así tu cuerpo,
deseado, audaz, concreto, permanecerá invicto
hasta que cierta luz lo alcance.

Al romper el cascarón renaces y esta gacela que soy
te encuentra.

EL GATO DE ALICIA

Una mentira puede ser traición, puerta rota.
El pájaro robando alpiste con alas incompletas.
Nido desecho. Rasgadura.
Hay un pozo y una sed. Después la lluvia caerá.

Un plural movilizándose. Despedida eterna.

Alicia me mostró el picaporte, y se lanzó por el bajante
circular, abrazada al último rinoceronte del planeta.
¿Por qué rompes los vidrios de la gran pecera?,
dímelo, Pink Floyd.

Furyo abandona su traje de samurai o entramos en la pasión
según San Mateo, ignorando los siete pecados capitales,
la oración del ángel de la guarda y nuestros propios ojos
a la entrada del templo.

Ven Kamante. Trae la pluma y las hojas blancas para que
la baronesa Blixen conciba la forma original de esa frontera
donde renace la palabra desde la pasión, en el placer cóncavo
de las tierras bajas al pie del Monte Kenia en África.

Deja la mesa redonda del rey Arturo y sus caballeros.
No detengas los ligeros pasos de Mercurio que lleva
un mensaje a Helena de Troya mientras los cirios arden
alrededor del cuerpo de Romeo, sin oportunidad.

Raspé Historia, no se quién liberó, quién descubrió,
ni la fecha de muerte del héroe. Un trozo de madera
reconoce mi culpa y mi avatar en el dolor de una herida
tallada a un costado por la lanza de los romanos.

Con la punta de los pies lanzo lo más alto posible los
zapatos rotos de Wendy. Los globos de colores chocan
en su trayecto con los picos de los pájaros y tu boca
cuenta uno a uno para volver a asir la liviandad.

Escribo con el mismo ímpetu salvaje con el que Sapo
conduce con aceleración delirante el descapotado rojo
que robó para huir en esa escena de perseguidores y
perseguidos en una de las películas más inolvidables
de Disney, sobre las aventuras del Sr. J. Thaddeus Toad.

Tal vez el cocodrilo deje reposar su cola al pie
del árbol, del mismo árbol elegido por el rabipelado
burlado para dormir, mientras el gato de Alicia cace
por los rincones los ratones con facilidad y alivie
con el trance estas formas del desencuentro.

El aletazo se repite al centro del corazón con escafandra.

¿Volverán las lluvias?

La ficción es picadura de alacrán.

CONTEMPLACIÓN

La revelación la trae el mar. Mirar la línea divisoria del horizonte a esa hora en que el día agota su luminosidad y la noche agita su identidad de sombra opalescente, fijada con el brillo lunar. Aro de plata y oro. Las siamesas capilares creadas por Tunga con cabelleras de cobre esófago manosean el espejo en busca una de la otra. Dualidad. Vasos comunicantes. Sol. Fidelidad.

Sugimoto revela su meditación sobre la línea del horizonte a esa hora en que la luz infinita retiene una perpetuidad para el ojo que la mira. Ojeado el horizonte hallas el lugar exacto para la observación, el trazo en tinta china negra con pincel fresco de bambú. La luna abrevia disparidades al ojo y al alma mediando entre lo mirado y lo real a esa hora en que el día y la noche calzan sus sombras al resguardo del frío. Amago.

a mi hermano Ricardo,
con quien me asomo a la luz

ARAYA

Qué puedo contarte desde este muro de castillo derribado,
desde esta roca de Araya, blanca y hueca de arena
brillante, que lacera con sus filos, desde este paisaje
árido y alucinante, con la resequedad de unos labios
que aún besan el agua salada de mar.

Escaleras de caracol para ascender al lugar
más alto de la torre y enfrentar las dudas y los miedos
más abrasivos del alma.

Brasa entre los pliegues de la piel que recubre los huesos.
Hombre y bestia beben agua en la poza rosada de sal.

Espejismos. Hermanos gemelos en la oscuridad.

Oímos el dialecto en la roca.
La voz es sal, oráculo.
Mediodía en la cabeza.
Palabras talladas en la torre de timón.

La inmensidad del mar envuelve. El rumor
de su furia golpea en el nado. Inmersión deseada.
Isla flotante. Caracol al oído. El mar de toda la noche
hechiza nuestra propia soledad. Largo monólogo
de piel a piel. De piel a roca.

La cruz de madera negra con estrellas y triángulos
en pequeñas incrustaciones de nácar adorna
la tumba de los muertos. El aire húmedo y caliente
trae apariciones con la ventisca. Estrella de mar.
Tizne de menta verde.

Medio punto de sol sobre la aguja de arena.
Las estrellas del cielo azuzan al mar que se apropia
de nosotros. Caracoles vacíos cubren el cuerpo
en la embarcación que te devuelve a la orilla.

La luz que penetra los vitrales refleja al ángel
en esta costa del Oriente.

Estrella al centro de la desolación.

Ni alas ni ceremonias habrán de hacerte infiel
a lo salobre.

VER LO PRECISO

Ver lo preciso, ver lo iluminado y no la luz.
GOETHE

En la bóveda más alta del cielo asoman los blancos
sin apuro. En pareja planean en círculos los pájaros.
Descienden y retornan al mismo punto de partida.
Sobre ese blanco tan pacífico se erige la grafía
de la letra. Rostros del cielo.
Matices de la ola en las profundidades del ser.
Ritmos oblicuos, feroces, enturbian el solo ojo
que no duerme siempre atento a la furia.
El cosmos encierra su misterio al otro lado de la
Vía Láctea. Una ínfima parte de la materia humana
es luminosa. Llevamos vendas sobre nuestros ojos
astronómicos, urgidos como estamos de ver
lo preciso, lo iluminado y no la luz.

LA REINA

La reina de los murciélagos tiene frío. Arrecia el agua y entra
por las rendijas de la choza donde refugia su sueño. La amante
de piel lustrosa acerca una vela de doble llama al lecho recién
abandonado por el macho de piel arañada. El silencio es real.
La reina no dirá ni una palabra sobre sus heridas ni abandonos.
Las señales se repiten idénticas. Se excitan en el olor, acuden.
La tierra perpetúa el llamado de las especies. Sus figuras
encrespadas arden en el cielo del cuadrilátero que los hace
prisioneros. Al fondo se imponen los turquesas más azules.
El río es extensión. Con su piel rugosamente oscura y metálica
entran al agua fría encadenados al ritual, conducidos por la luz
fosforescente alrededor de sus alas, de sus patas, de sus
grandes orejas radares, moviéndolas en rituales eróticos para
interrumpir el escalofrío en sus propias causas.

EL MAGO DEL RÍO

Muestras tus habilidades frente al río. Denuncias
el caos de la metáfora. Lo vacío de la frase que
se reserva en la espuma de lo ebrio. Lo sórdido
se revela. Ocúpate de tu parte y deja al otro lo
suyo. Trozo de torta. Fragmentos.

Prendes fogatas, bebes ceniza, entierras restos
de animales sacrificados en ceremonias inútiles.
Cruzas el caudal de la furia, de lo mísero.

¿Acaso te crees mago?

Un simple acto revela la traición o la mentira
con la que te perpetúas entre los poetas.
Exorcismo. Ese mundo de puertas rotas o agujas
en el cuerpo es apenas un trozo del *imago*
en el que no vale la pena mirarse.

Sueñas también el lugar que no posees. Prendes
con tus actos la fogata de la personalidad extraviada.
Acuden las sombras que te acompañan a comer
las migajas del mismo plato.

Uno se queda mirando lo que no comprende para
unir, agolpar, agudizar, sobrepasarlo.

AMARILLO

... y ayer, mientras paseaba por el viejo camino,
las tiendas, las aceras y las piedras,
muros, balcones y ventanas, al punto se
embellecieron por encanto del amor: nada
allí quedó deforme.
CAVAFIS

El amarillo se ha ido apoderando de toda la superficie.
Es una clave. Un dardo. Dado lanzado sobre la mesa.
Cuando entré a la habitación ya no era posible reconocerte.
Tus ojos parecían encerrar lo abominable del hecho.

Amarillos son los girasoles de Van Gogh. Morada y
amarilla, espesa y caliente la sangre de los dragones
que se esconden entre la maleza cuando acechan.
Las rosas son todas amarillas, repetía la voz melodiosa
de Jorge Ben, desde la habitación contigua.

El recorrido nos hacía sospechar que el primer ataque
ocurrió por la ventana sur. Olor y manchas. Caos y
desarmonía. Lucha eternizada. Descifrar los signos
con tanta incertidumbre alimenta la memoria del poeta.

El vacío de tus ojos aniquila. Punta filosa del compás.
El olor se hace insoportable. Hundirse en el amarillo.
Te lo inyectas. Lo absorbes. Te lo tragas. Acechas.

Avanzas apartando rosas mustias, indestructibles objetos
de plástico, troncos de árboles talados, páginas arrancadas
al diario inconcluso de Nietzsche, hongos alucinógenos
tentándonos, cabezas cortadas a los dragones de Komodo,
niños y ángeles caídos por guerras filiales, seres de la
zoología fantástica de Borges, entre las cartas cruzadas
de Witold Gombrowicz, Sergio Pitol, Antonio Tabucchi
y Enrique Vila-Matas, hasta llegar a tu cuerpo intacto.

Recoger hilachas. Apretar el pulso. Verificar los pasos
andados, las claves. Sabía que amabas por igual al hombre
y al animal. Al veneno y al antídoto, ¿cómo ser abismal
y no confundir los límites en esta relación?

La lucha eterniza las líneas trazadas del *I Ching*.
El orden busca aflorar. El amarillo cede.
El amarillo sepia moviliza las imágenes capturadas
por Nadar y Muybridge. La ruina nos circunda.
Se nos reduce a la pregunta, a lo secreto.

Conjunción. Dato exacto.
Logaritmo. Palabra esdrújula. Compás. Líneas
coincidentes. Dado múltiple. Seis caras. Azares.
Una sola tirada posible. La jugada se acaba.

Ordeno tu larga cabellera. Junto tus manos
enlazando los dedos sobre tu pecho. Te corono
con nardos y zafiros. Te bautizo leyendo
un poema de Cavafis para colocar la luna llena
en las cuencas vacías de tus ojos:

«Como cuerpos hermosos de muertos que no envejecieron
y a quienes guardaron, con lágrimas, en una tumba espléndida
con rosas en la cabeza y a los pies jazmines,
tal parecen los deseos que pasaron sin cumplirse;
sin que se les concediera una noche del placer, o una de
sus mañanas luminosas».

El amor es el único sentimiento que ennoblece
los actos. Nada allí quedó deforme.

ENTREACTO

De pronto, cesaron los espectáculos y los
pensamientos: sólo hubo un personaje.
Recordaré toda mi vida, murmuró, que vi esto,
que esto sucedió.
ROGER PEYREFITTE

Hay núcleos de la conversación que gestan su ocurrencia.
La alegría y la tristeza cabalgándose. A veces las palabras
se trasladan en rotaciones imperceptibles. No hay peso.
Cada palabra abre. Toca su fondo y aparta los obstáculos
del gesto. Sobrias, delgadas, hirientes, o convierten
el escenario en un lugar desértico, pues ellas solas bastan.
Foco de luz violeta sobre el solista en escena.
Entradas y salidas de lo dual. Mimetismo.

El cuerpo solo es estorbo. Músculos. ¿Qué llevan en sus
manos? ¿Qué les ocurre? Ella de guantes, él de sombrero,
época victoriana. Carrera de galgos. Tensiones. Píntalo.
Incidencia de los azules en el decorado y en los trajes.
Cruces fonéticos. El guion somos nosotros. Déjame entrar.
Repetir el aria. Calentar el músculo. Ensayar la escena
sin pautas previas provocando la confrontación y
el acoplamiento de los diálogos interiores.
¿Alternar papeles?

Dedal. *Viola d'amore*. Se ensayan posturas, inflexiones de voz,
encierros de la mirada. Los alfileres marcan la figura
de la actriz. Entreacto para lo femenino. El traje alfilerado
es colocado al maniquí sin sexo. Próxima audición con *cello*.
Ensayar nos hace improvisar. Riña del gesto y su costumbre.
Alcanzar el aria. Equilátero maquillado. Sí, son fragmentos.
Anotaciones. Trazos firmes. El papel centra. Bongó en el
escenario. Los gestos son las bisagras de las palabras.

Los silencios que se producen en escena estructuran
la partitura teatral. Trazo individual. Ojales.
Testigos del acto recurrimos a los espejos, al gesto virtual
para tensar la trama. Audición inagotable.
¿Cuál de las escenas te altera?

Cortocircuito espontáneo. Claraboyas para espiar.
El oboe cierra el escenario sobre el cuerpo de los actores.

Cada paso acordona el círculo.

No lo nombres, sólo invócalo, deséalo. *Ouroboros*.

a Ricardo Ortega, in memoriam*,*
sobre el escenario del afecto

ARDE LA MADERA

He estado pensando, desde que amaneció, con los nudillos
de los codos apoyados sobre el trozo de tallo convertido
en mesa. Sin parpadear, pareces de yeso y vendajes pero logra
entreverse cierta expresividad en tus cejas. Movimientos
contradictorios. La pupila se dilata con la indecisión de las
nubes en soltar su carga. Apoyarse en el tronco de madera
del indio desnudo puede resultar ventajoso cuando se aguarda
en medio del gamelotal. Atraviesas el bosque de nudos,
rugosidades, vetas de cedro, pardillo, pinos, robles.

Ocurrencias del pensamiento que se tiñe con borra de café,
onoto o remolacha, mientras untas la nata fresca a la zanahoria
que afina tu vista. Fango, piso movedizo. Preparas té de hinojo,
citronela o malojillo, en medio de esta nada que olvida la
ciudad, y la madera ardiendo calienta el cuerpo neblinoso,
te aísla de la noche. Atraviesas aún aturdido, sin rostro y
con estigmas las calles que el hombre engoma para colocar
carteles que luego no lee, ni siquiera mira.

Este túnel reclama atención. Tránsito de lo terrestre.
Permaneces contiguo, sudoroso. Te extiendes en ese cuerpo
que formas con el piso de hojas secas amarillentas y las
enredaderas vegetales, buscando la cresta repetidamente
hasta saciarte. Enjambres. Miel. Zumbido.
La luz del cocuyo repite la saeta del cantor en la infinita
oscuridad. Zaguán. ¿Quién llegó?

Puerta de atrás, madera rústica, gastada, penetrada, clavo
oxidado. Ignora timbres, cornetas. Desaparecen los letreros
de neón de la autopista. Invertimos demasiado esfuerzo
en reconocer las formas macroscópicas. Ocio de costumbres.
Alterarse en boca, lengua, catedral. Las corrientes de aire
ya no bajan de la montaña, ahora las producen los autos
en su desplazamiento a rápidas velocidades, mientras las
hojas aún pendulan en las ramas de los árboles y el lodo
es nostalgia de las botas.

INTERROTTO

Los abedules van a crecer porque de noche sus brotes
aumentan medio centímetro, sin que influya que Einstein
los vigile, a intervalos regulares, las veinticuatro horas
del día, pues el misterio los elige, privilegiándolos.
Rondas y el brote cesa. Resina de abedul, frótame.
El ruido vegetal domina la noche. Lengua. Resquemor
que nos asalta.

Estamos en medio de la nada. El automóvil no quiere
encender. Refugio mecánico a los charcos del aguacero
de una larga noche en el bosque de abedules.
En el asiento trasero, ella incómoda en su traje de seda rojo
y con tacones altos, se ha quedado dormida; gato enroscado.
Él, ya sin corbata, observa la piel que florece debajo de las medias
negras de nylon, resguardando el territorio de la intimidad.

Los abedules expiran su resina. La tierra la reabsorbe.
Frótame para volver a ser. Para regresar de la sombra
a la que confinas mi materia dúctil. Afuera todo
es humedad, abedules creciendo, olor. Vuelves al lugar
inmortal. Subterfugio. Permaneces inmóvil, secreto.

Las leónidas cruzan el firmamento
mientras descorchamos la botella de vino tinto borgoña
canjeada en la feria de la tarde.
Lo brindas, lo bailas.
¿Dónde estás, Wadja?

Alzamos la copa, ven y brinda con nosotros. Síguenos
con tu cámara alzada, zigzagueante, con pulso firme.
Inscribes en mi oído la pregunta, el brindis.
Lo repites. Lo bailas. La tormenta es la pregunta
que no haces. Incisión abierta en los poros.
Pura sensación. Hilos rozando las porosidades.
Ligamen. Ningún brote se presume.
Este bosque nos soporta con su interminable oscuridad.

La memoria dicta magnolia. Azahar. En el bosque
los olores son múltiples, autónomos, ¿cómo separarlos?
¿Cómo soportar mi propio olor a mujer enroscada,
a piel sudorosa envuelta en sedas y a la deriva?
El auto va a encender. La espera debe conducirnos.

Es un nudo. La voz seduce, ¿dices que cantaba en alemán?
Sí, la reconocería en cualquier idioma. Es Bette Midler.
La respiración se acorta en el afilado solo del oboe. Aún
no enciende. Lo próximo es la ocasión: *preferiría bailar contigo*.
Crac. Monotema. El clima espeso de la noche
nos obliga al desprendimiento.

Abedules de abril. Trópico de escorpio. Hemisferio de voces.
Conjugación del brote vegetal y el humano. Noche. Charcos.

Acércate a su fronda, palpa su tallo, mídete en su altura,
sube a su cúspide, sigue su lenta corporeidad vegetal,
sus inflexiones dictadas por la brisa. Wajda, allí, cercano,
encuadrándolo todo.

La referencia colgaba del abedul. Estamos de este lado.
Trópico de cáncer. ¿Y las lluvias?
Espiaba las varas delgadas de madera muy seca que hundías
en el barro, perforando, frotándolas hasta producir la chispa.
Incendios repetidos. Punto inicial. ¿Dejaremos el bosque?

Ejes convertidos en hombre y mujer.
El bosque es una excusa.
Estamos a la mitad de la nada.
En medio de la orfandad.
abc marcado.
Encendemos las cerillas como último recurso
para el reencuentro. El oído escucha el discurso de lo oculto.
¿Quién no se ha envuelto en contradicciones?

Cámara en movimiento circular. Aceleración fulgurante.
Registro total. Detalle. El oído escucha.
Lado oscuro de nuestro hemisferio izquierdo. Interceptar
el discurso oculto, el candor. Trocar las llaves. Metales.
Platinos. No enciende. El sueño repite las claves. Sudamos.
Amantes casuales. Tu mano cerrada, aprieta. Dentro
la piedra nuclear, incandescente. Crac. Monotema.
Memoria coloidal. Se internan en un bosque.
Tránsfugas. Crac. *Interrotta*.

a Andrzej Wajda,
por su manera de mirar todo,
conciliando imagen y libertad

Ojo de pez

Te habré dado la sensación de querer explicar mis inclinaciones
en razón de influencias exteriores: seguramente,
contribuyeron a fijarlas, pero me doy cuenta de que las verdaderas
razones son siempre más íntimas, mucho más oscuras,
y las entendemos mal porque se esconden dentro de nosotros.

Marguerite Yourcenar
Alexis o el tratado del inútil combate

ojo de pez

La habitación centra. Entramos a desnudar los mismos
cuerpos de la calle, exhaustos. Miras y enfocas
a través del lente de la cámara para distanciar la perspectiva
del ojo hueco. El desenfoque nos asoma a la pregunta.
Las preguntas pretenden convertirse en portarretrato
de la nostalgia.

Dentro de una hora esta luminosidad será agredida.
Partitura de movimientos interrumpidos. Cámara baja.
Revelas. Existe un negativo. Ojo de pez sobre las rocas
enfrentadas al sol y a la infinitud de la relación que somos.
Los negativos sin clasificar, sin fechas y sin álbum
son pruebas irrefutables de lo vivido.

Movilizan la indagación, el sol secreto en cada uno.

La mano que curva, y curva tan drásticamente sus
dedos en busca del ángulo, del encuadre,
de la nitidez, del fondo para la escena, es la misma
que me acaricia. Aferrada a la máquina persigue
mis intenciones, mi intimidad, mi dramatismo,
a través del ojo de pez. La cámara interior reserva
el color del atardecer al apetito que nos ofrece
la piel más descarnada.

a X. C. y Mercedes Roffé

MADRUGADA SIN DORMIR

Me enturbio ajándome la falda por esa mirada incesante
y continua desde el vagón de metro detenido y la próxima
estación cerrándonos el paso. Ese, el que desconocemos.
Luz encendida, distancia herida, puerta automática. Había
contado las veces de alcanzar el tren sin tener que correr.
Quizás este libro te atraiga desde su inicio o te montes en
el vagón del medio, tal vez ocurra. Todo tiene un ritmo,
una acera, un *espaciomenor*. ¿Por qué has caminado hoy,
así, con tanta lluvia, y sombras contigo? Detengo la lectura.

El perro fue fiel. Ladra con la aparición de la luna creciente
sobre nuestras cabezas. ¿Cuántas cuadras caminaste con los
malabares en la mano? El perro fue fiel. Ladra la medianía
de la sombra con su cuerpo. ¿Quieres café negro con miel?
Mencioné lo distante que estamos de la próxima estación y
la respiración atrapa la madrugada sin dormirnos.

CUADERNO DE VIAJES

Llueve. Tengo que salir. Debo ir al correo. Mis zapatos se
mueven, sobre la calle, pasan la acera, caminan el césped.
Me inclino sobre el muro y llamó. Me detengo a mirar al
que enciende un tabaco con lentos movimientos de la viva
llama alrededor de la punta gruesa alertando con la chispa
del escándalo mientras el olor nos llega. De dónde vino,
quién es, que oficio tiene. El que llega. El que se destierra.
Dicen que es irlandés. Llegó en agosto con la temperancia
de las torrentes lluvias que arrasan los techos del vecindario.
Llegó solo, cargando sus baúles. ¿Tendrá acaso un cuaderno
de viajes, bitácora de su errancia?

Me coloco la máscara. Anclajes. Debo memorizarlo todo.
No toquen la puerta; ensayaré toda la tarde.
Anudo la cinta roja del sombrero para que el viento no lo derribe.

Escena repetida.
¿Dónde el libreto? ¿Qué sigue? ¿Qué digo ahora?
Pájaro cantas. Despiertas el dorado. Brisa balancea lo verde,
extiende el azul ante las piernas del hombre y la mujer
mientras la llama aviva la tierra y reinicia el orden infinito.

NUBOSIDADES

Hay días que nos troquelan, nos insertan
en aquel sueño que nos ha transferido, herido,
insinuándonos el placer.

Tú no estás tan distante ni yo tan cercana.
Alambrada de la distancia que medimos,
contrariándonos. Seamos este tiempo.
Esa medida. Esa contrariedad. Atémonos.
Lijemos los colores de la naturaleza
que nos impacta.

Imitaste el sonido que te perseguía de lado
a lado, escalera piso por piso, iba detrás de ti,
sin dar tregua. Llamaron fuertemente a la puerta,
dudaste en abrir, a pesar de estar padeciendo
la víspera de su llegada.

El avión cruzó el espacio diseñando
formaciones nubosas, ocultando una cara
con dos ojos grandísimos que miran de frente;
sonríes, estás cercado.

Los recuerdos se presentan con fuerza,
son asociaciones amarradas a ideas emergentes
que deshacen su nitidez tal como la nube
acaba de hacerlo.

CUANDO LA CAJA ESTÁ EN NUESTRAS MANOS

Me detuve instintivamente ante la caja pequeña,
con letras en rojo por uno de sus lados y un cordón
beige bien anudado. Allí mi nombre me buscaba.
Intensidad en mis manos. Intuir su contenido;
silenciosa, cuadrada, interna. Observarte en densidad,
olor, texturas o significado. ¿Quién la dejó a la saga
de la noche rondando nuestra cercanía?

Es sólo un recuerdo, como lo áspero de la grama.
Hundido en ella se graba texturando la piel de la espalda,
de los brazos y las piernas. Granulosidad.
Relieves y verdes conjugándose con los sepias del gamelote
que salvajemente crece en la cuneta de la vía rápida
de la Cota Mil, mientras las espigas rosadas mecen la vista
en la falda del cerro Ávila, cuando el auto en el que
viajamos aumenta su velocidad y todo
se mueve. Se mueve a las seis de la tarde.

Está conmigo y he de abrirla. Aún la miro. Me agita,
nudos del mecatillo, áspero como la grama, seducible.
La hoja verde se torna amarilla paulatinamente,
y no ocurre de un día a otro, no. Su pigmentación va
degradándose, su interior se transforma y hace visible
su cambio; su grano, su tono macerado, el aumento de la
cavidad interior y las texturas que puedes palpar.

¿Has observado el brote de una nueva hoja en la planta?
Primero el grano, la insinuación de la espiga en un envoltorio
de transparencias. Abrirse, extenderse, vegetal y tenso.
Desplegarse en ritmos pares, peciolados. Una hoja de
helecho es perfecta para esta descripción. Brote interior.
Asómate a ella, mírala.
Quien se mueve ante ella, lateral, en su frente y su retaguardia
es uno. Su inmovilidad está subrayada, es absoluta.

Tómala. Es, repentinamente, cuando la
caja está en nuestras manos, en el momento
de asumirla y espiarnos en el intento de tomarla
y abrirla, que pensamos y decidimos nuestra
acción. Los movimientos son hojas de helechos: brotes interiores.

Certero o preciso acto que toma en cuenta
todas las circunstancias. Lo más simple nos enfrenta
a la decisión. Intensidad. Aún la miro.

a Imogen Cunningham, celebrándola

A LA MISMA HORA

Otro movimiento se advierte. ¿Quién se atreve
a insinuar su rodilla en días de tormentas?
Cielo atiborrado de nubes desbandadas, astutas
y angelicalmente insistentes. Impertinencia.
El teléfono suena ahora, en este momento del beso.
Vuelve a repicar. Alguien reclama excitación;
alguien está solo. Cabelleras desordenadas
formando un almácigo sin identidad. La presencia
sobrepasa el encuentro físico. Algo permanece
anudado al otro. Ese algo sube a las nubes en
lentos movimientos de los gases de la atmósfera o
se escapa por los huecos negros.
El teléfono vuelve a repicar. Nosotros también.
Reclaman tu voz. Jugo de naranja. Vaso transpirado.
Mano sudando. La mano agarra. La boca abre.
La nube pasa.

La voz puede ser un recuerdo, un botón perdido.
Aletea como un *déjà vu*. El mar insiste afuera
con su azul adúltero. Advertimos el movimiento.
El hombre pasa de espaldas. La ola incisiva regresa.
El cuchillo parte el durazno en dos mitades exactas.

Ambas partes permanecen en reposo
sobre el mantel blanco. La mosca insiste
al lado del cuchillo.

Nadie atiende el teléfono que suena a la misma hora
del cuchillo y la oportunidad. Sonido hueco.
La calle y el cuerpo son túneles sin salida a la luz
cuando las palabras ocurren desordenadamente.

SOBREVOLANDO LA EUFORIA

Impresionada por los colores sujetándome a ellos
quería volar y observar el panorama desde la cúspide
del sentimiento. Había algo de misterio y seducción
en la correspondencia. Yo esperaba una carta.
Tomé el sobre sin detenerme en el remitente.
El mensaje se entremezclaba a medida que mi vista
lo sobrevolaba. Eran trozos de papel rasgados en
colores intensos con una escritura tachonada, agolpada,
desproporcionada, absurda, flemática, con la tinta
fluorescente de la euforia que desborda al ser que le
da vida. La plenitud fausta con sus filos de plata
dando a la palabra más poder que a la mirada.
Me alegro que el cartero equivocara el destinatario,
en esta ocasión.

45 REVOLUCIONES POR MINUTO

Con la quietud del guerrero más contemplativo
escarbas el desorden mientras te mueves de un lado
para otro, con el vaso de menta en la mano
como cúspide o forma del verbo.
Desconoces mi manera habitual de caminar lento
de un lado a otro dentro de la casa, a cualquier hora,
sin motivo aparente, marcando los puntos estelares
en la cotidianidad de nuestra propia vía láctea.

El calor atormenta. Te toma por los hombros y te hace
abrir los ojos a profundidades que el alma prefiere escurrir.
Detenerse, en aquellas tardes transitorias de ceniceros
llenos de colillas obsesivamente apagadas y vasos
con restos de cerveza caliente olvidados en cualquier rincón
de la casa como síntoma de debilidad.

Hoja repetida de un álbum familiar.
El ritmo embaraza, y das vuelta a la página en busca
de una novedad, de un acertijo.
Quizás mi velocidad no sea de 33 r. p. m. Bocanada de
oxígeno. No, no irás al bar usual de los encuentros.
Te quedarás a solas, bajo llave.

En el baúl de madera la naftalina lo ha impregnado todo
con un aroma ácido. La infancia y el deseo. Las medias de *nylon*
y el liguero lacerando la inocencia. Flauta dulce. Extravío
de lo atávico. Volver a los guantes rojos satinados y las
prendas de seda negra a plena luz. Nadie intercepta el candor.
En el espejo desnudo a los fantasmas y transformo mi cuerpo
en una ventaja para sobrevolar el obtuso límite de las
prohibiciones.

La flauta es un sonido frío, hiriente a veces. Vuelta y
vuelta. A 45 revoluciones por minuto alcanzas las claves
secretas de la mujer y del instrumento. Vuelta y vuelta.
Montarse en el tiovivo a voluntad, luciendo los sombreros
estropeados y las hombreras del traje del día anterior.
Otro *déjà vu*. Estás de pie mirando la escena suceder.

El carrusel gira deprisa, desfigurando los rostros.
Embriagados en nuestra propia sed, en la miseria
del hombre solo ante sí mismo, aceleramos el vértigo.
Los caballos del carrusel se detienen, bajas un pie
y luego el otro, tras la flauta y su ejecutante.

LAS FLORES DEL MANTEL

Salir, dar una vuelta. Caminar sin proyecto probando
otra manera de apoyar el pie en la ida diaria al mercado
o a la frutería. Unos van y otros vienen.
Caudal impersonal. Voces. Mundo solo. El fuego,
invisible a los otros, arde por dentro. No alcanzará el día
para visualizar nuestras propias limitaciones. Recorrido
personal. Acciones sin trascendencia.
Horas borrachas, deslucidas. Subir a trote las escaleras.
Llegar hasta lo alto para acceder al mirador. Abrir
todas las ventanas. Un ramalazo de aire remueve
los sentimientos que has atado a los apurados latidos
del corazón en el esfuerzo.

Una llamada al final de la tarde. Nos citamos.
En una cafetería de pocas mesas, con una taza de té caliente
entre las manos mientras llego, podrás esperarme
y, entre sorbo y sorbo, reposarla sobre el mantel plástico
estampado con grandes flores estridentes en amarillos,
rojos y naranjas que, brillantes hasta el escándalo,
se desprenden de la superficie, acompañándote, mientras
radian los «Caminos verdes» de Rubén Blades.
Casualidad o no, más bien palabra cierta.
Siempre llego atrasada a las citas. Atrapamiento.
Sed personal. Tiempos insuficientes. Hora interior.
Sobresalto del para qué. La pasión no entiende demoras.

El trance de la excusa agota.
Té de manzanilla o infusión de tilo.
Los fantasmas acobijan los celos. El pulso sufre
alteraciones. Imaginarla. Vértigo que regresa. Ella voz. Ella ojos.
Ella movimiento. Ella enigma. Ella oxígeno.
Ella intensidad. Ella géminis. Ella en bicicleta. Ella ahora aquí,
luego dónde.

Llego, llegas. Olvidas las tazas de té ingeridas. Mientras
recorrías con tu dedo índice las venas en los centros de
las flores del mantel. Único momento del día que nos
resume en la palabra dicha. Gesto ofrecido, entrega o renuncia.
Todo encuentro nos transforma. Flor abierta.
Algo se añade para siempre.

ERA UN SER EXTRAÑO

No estorbes a la canción. Déjala repetirse,
una y otra vez, singular, invariable, predecible.
Abertura de la memoria por donde regresas,
penetrada por la idea obsesiva de la pasión.
El otro sale apurado diciendo que esta noche
llegará tarde. Lo ves alejarse de espaldas
hasta convertirse en un punto del mismo
tamaño de tu pupila.

Te internas en el jardín. Te ocupas de las plantas.
Limpias cuidadosamente sus hojas,
recorriendo con tu *manoguante* la línea gruesa
de sus venas. Retornas al brillo, a la sílaba, a lo simple.
Insistes en abrir huecos para enterrar
vitaminas en la tierra. Bañas las plantas
con agua del sereno de la tarde. Ves como cae,
sigilosa, desde el pico de la jarra de plata
que lleva un delfín estirado como asa. Posesiones.

El ritual es la virtud. Territorios. La lombriz
permanece activa. Descubres túneles que, a la
menor presión de tu dedo índice, se derrumbarían.
Cada circunstancia demarca sus límites.
Las palabras del otro son cuchillos que pueden
enterrarse en la tierra abonada del corazón.

Sientes tu fragilidad ante la violencia. Doméstica.
Emocional. Cautiva. Un caracol del tamaño
de una arveja se desplaza, lenta y dócilmente,
por la orilla del marco de la ventana.
Es un ser extraño, con su pequeñez a cuestas,
recorre un tramo poco habitual, nada selvático,
nada abonado. Bordea escenarios de un jardín
inaccesible al otro, a la caza de otras zonas
de contacto y reconocimiento.

DOS MIRADAS EN UNA REALIDAD AUTÓNOMA

En una sala de enormes proporciones del Metropolitan
Museum fijé mi vista en el óleo *Woman with a Parrot*,
de Courbet. No tengo noción del tiempo que permanecí
de pie, inmóvil, cautivo, observando como el cuerpo de
mujer con cabellera leonina yacía *relajadamente* sobre
una manta de arabescos y flores, con un loro-águila
posado en su mano izquierda erguida muy en alto.

Fijando los límites de este mapa, establecía un punto
de partida para no extraviarme. Me interrogaba a mí
mismo frente a la aparente fragilidad de lo femenino.
Candor y fiereza del alma. Reveses de la moneda.

Contemplar. Respirar cómplice la bocanada de aire
fresco que expande el campo del Sheep Meadow
de Central Park. Estirarnos. Aliviar las más profundas
tensiones de nuestro ser contemporáneo.

Dualidad. Seres andróginos. Cortezas. Aguafuerte.
Cables de alta tensión. Corriente subterránea. Converger.
Accionar el disparador de la cámara para guardar
las imágenes en ambas cámaras secretas. Voces plurales.
Vigilia del ser. Serenidad alcanzada en el encuentro.

Enlazas la cúspide de los árboles en el mirar melancólico.
Pactas con el ave de rapiña la reencarnación del alma.
Ganas el vuelo animal. La plenitud del sexo.

La soledad arrecia al acabar el placer compartido.
El dolor aflige por voluntad divina. Infinita, la mujer
eterniza su mirada en la del ave. Batallas ganadas,
batallas por librar. Batallas.
Ella victoria. Ella sangre. Ella coraje.
Ella pasión. Ella libre. Ella amante.
Ella soledad. Ella guerrera. Ella ahora aquí
infinita, eterniza su mirada en el ave de rapiña.

Nefertiti. Cleopatra. Eva. María. María Magdalena.
Juana de Arco. Ofelia. Julieta. Lucrecia Borgia.
Dulcinea. Isabel la Católica. Sor Juana Inés de la Cruz.
Teresa de Ávila. Mata Hari. Margarita Porete.
George Sand. Rosa Luxemburgo. Virginia Woolf.
Clara Schumann. Emily Dickinson. Isadora Duncan.
Teresa Carreño. Manuela Sáenz. Greta Garbo.
Justine. Janis Joplin. Marilyn Monroe. Madonna.
Imogen Cunningham. Tina Modotti.
Lou Andreas-Salomé. Isak Dinesen. Clarice Lispector.
Elena Garro. Yoko Ono. Remedios Varo. Lady Di.
Alejandra Pizarnik. Frida Kahlo. Gego.

RADIO DE LA BICICLETA

Tengo muchas ganas de sentarme a escribir las historias
paralelas, una a una, de principio a fin. La bicicleta se detiene,
oigo voces lejanas. Rodamos por el lado de adentro de la acera.
Me detengo a comprar una docena de naranjas y una caja
de cerillas. Armo la hoguera con olores de lo cítrico. El limón
con agua tomado a diario depura la sangre.

Tantas veces repetimos las historias, los errores. Mirada
por provocarse, cereza roja, la arena en el zapato, el retorno.
Estamos cercados por la ardiente necesidad que tenemos del otro.
Tantos días rescribiéndolas que la tinta ha manchado los dedos.
Mano en el bolsillo. Diente roto. Palabra en la punta de la lengua.
¿Qué impide terminarlas?

Tantos años sin atrevernos a cambiar la ruta. Niña mayor,
estás cansada. Coloca el puente. Muéstralo. Insiste. Rompe
el límite, la distancia, la soga. Transparencias del rostro.
Serás real. Filo de la navaja. Harás filos en la sombra.
Paseas los alrededores, merodeas el deseo de entrar en un
sueño. Casi todo se mueve como el radio de la bicicleta.

El tiempo siempre será insuficiente. Escribes, lo borras.
Wim Wenders revisa y registra el estado de las cosas desde
la cúspide de las catedrales guindando las alas inservibles
en el lento recorrido de una escena a la otra. Cicuta en escena.
Borradores desechados. Das el paso más allá de cierto punto
hollando la pisada en el paisaje de lo incierto.

ELLAS HAN SALIDO A DAR UN PASEO

La historia no quiere retomarse porque tú no envías noticias.
Ni una ni otra y mi incertidumbre y mi hambre son sentidas,
y ya no sé explicarles lo que ocurre.
Les he dicho que aún son pocos días para que hubiese llegado
una carta; que el correo demora; que la distancia es relativa;
que los recuerdos brillantes se suceden desprevenidamente,
pero no bastan.
Algo ocurre. Los días parecen eternos con su silencio en
la ocurrencia de este juego que se interrumpe.
Rasguño. Mutilación. Un blanco espacio donde moverse
uno solo, uno con uno, uno tocando y reconociendo sus orillas,
es desesperadamente solitario.
Ahora soy esta movilidad, este concierto. Este intruso precoz.
Dardo ganado. Las montañas, sin embargo, no se mueven,
permanecen inconmovibles con sus heridas.
Alejarse es acercarse lateralmente al núcleo. Ser la vena.

Si la máquina no funciona quedamos a mitad de camino

Y vive así dentro de su propio sueño,
encerrado en él; privado de libertad.
Y sólo le devolvería la libertad el
reconocimiento de su error. Sólo
identificándose, reconociéndose,
podrá atravesar el dintel ante cual
está detenido.

María Zambrano
Persona y democracia: la historia sacrificial

I

No es la máquina la que se estropeó sino la facultad
de programarla para que ninguno de los movimientos
se repita. Deben, de una vez por todas, innovar.
Extenderse peligrosamente para que los días de la pareja
no sean nunca idénticos. Indagar los pliegues posibles,
los menos habituales en la relación. Hablábamos mucho
de esto hace un año, ¿acaso lo recuerdas?
El lenguaje extiende nostalgias. Sacábamos la lengua
para tantear a ciegas; para sentir el sol. Ni timidez
ni atrevimiento. Toma la flor silvestre. Varía el menú,
la oferta. Discípulos de la salamandra comemos la
granada madura y roja.

Nuestros ombligos acompañan la soledad del cuerpo.

II

Las maletas de ambos resultan un estorbo. Un peso vital.
Pequeñas celdas del saber. Historias. Azar. Mal recuerdo.
Frustraciones. Formas enquistadas del ser. Librarnos de
ellas consciente o inconsciente revisando cada
milésima de su contenido, aún lo doloroso.

No precisamos demarcar territorios. Ni de uno ni del otro.
Que sólo la fiebre nos reagrupe. Tal vez podamos
dar cierta mirada vertical a lo secreto.

III

A la tercera noche te conté que mis horas anteriores
estuvieron precedidas por febriles lecturas: *La insoportable levedad del ser* y *Fragmentos de un discurso amoroso*,
sobreexcitándome.

Sólo una frase atemporal se repetía en lo onírico como
exorcismo: entra la brisa fresca por la ventana frente a la
cama donde desnuda diagnostico mi propia levedad
mientras las cabras corren tras los fantasmas.

En el oído del sueño las voces repiten ciertas claves.

IV

En la avioneta de Denys Finch Hatton sobrevolamos hasta
el río en Aguafuerte. Las piedras filosas permanecen
inmóviles, a pocos centímetros cercando la piel en la corriente
fría del agua dulce en la que nos sumergimos. Evocamos el
agua de la pila bautismal, librando la batalla del pecado original.

¿Por qué pienso en el trance de lo amoroso? ¿No me entrego?
Los cristales de la sala hidroeléctrica, donde buscamos
refugio, reciben la violencia de las gotas de la lluvia en plena
madrugada. No, no es fácil. No quiero que amanezca.

La paz debe habitar la casa.

Propones salir a caminar desnudos bajo la lluvia.

V

El deseo del amante frente a la tipología del otro
acaricia el placer de la compañía irrenunciable.
En la periodicidad de coincidencia de los ritmos
personales oscila la felicidad de la pareja.

VI

Amantes casuales. El deseo los lleva a la parábola,
a la tolerancia de sus sexos, a la impunidad en lo deseado.
Nos desvestimos armándonos en el recuerdo.

Nuestros cuerpos *desincronizan* sus pasados. Acogemos
la duración de la inspiración y expiración en el acto.

VII

Llegamos por intuición. No traíamos reloj. Llevábamos
el cansancio marcado en el ritmo de nuestra respiración.
La carretera es sinuosa. Alucinamos cuando la luna
demarca los rostros y los congela en el instante perpetuo
de la felicidad encontrada.
Abrimos mucho para dar la curva y la luz de los faros
del auto con el que chocamos golpeaba el centro
de nuestras adormecidas pupilas.
Resplandor elocuente de las estrellas a la medianoche.
Manos adoloridas. Piernas abdomen lengua ojos cuello
senos rodillas más allá del cansancio.

VIII

No. No quiero que amanezca. Se me hace necesaria la calma
aparente de la noche para concluir por enésima vez
la lectura de las *Crónicas de motel* de Sam Shepard. Reincido
sin encontrar la cura a esta obsesionada pasión literaria.

El viaje. La escritura. Habitación marcada de hotel.
Llevamos la llave que abre, en el bolsillo.
¿Cuántos mares y mareas no has mirado desde la ventana
o el balcón de una habitación de hotel?

Desde el mirador el mar ofrece serenidad a los alcatraces
que buscan sardinas de plata. Hilos de luz del sol poniente.
Caracol rumiante, ermitaño, pez espada, salitre,
arena blanca, línea del horizonte incidiendo sobre la espuma.
Invasión. Otra vez azul, azul toledo, violeta, verdoso,
respiración, inmenso en ausencia, innombrable.

IX

Despierto, ¿en qué día de la semana amanecimos?
Atenta a los sonidos de la calle, al sueño que aún me
recorría como una morisqueta, concluía que era sábado.
Cinco o seis de la mañana. Hora del mercado,
de las hortalizas y las flores frescas. Del queso de cabra.
Multitud de un lado para otro de la acera. Obligante jugo
de naranja, pan casero de fogón y salmón salteado al
pimentón rojo para el desayuno. La leche hierve,
el café servido para dos.
Albergamos nuestros temores y placeres en la misma
memoria. Batalla por librar. Sentimos el hormigueo
en alguna parte del cuerpo. Insistencia. Despejar
el horizonte en busca del azul cobalto en cielos rosados
anunciando tempestades.

X

Sólo rotan las aspas del ventilador en el techo
que lo soporta cuando pasas alargadas horas identificando
los errores cometidos.
Reincidencias, ¿cómo elegimos al amado?,
¿a qué necesidad interior respondemos, una y otra vez?
Dónde el perfil, el filo, la nuca. Manzana mordida. Rasguño

interior. Medialuna de lo oculto. Géminis. Dualidad. Sol y Luna.
Cuerpo y sombra. Narciso. Sacrificios.
Búsqueda infinita del amago. Las sábanas blancas envuelven
mi cuerpo erotizado creyéndome la momia más joven del
universo, arropada en dudas y preguntas infinitas,
Entre Marx y una mujer desnuda.

XI

Desde la habitación con vista a la playa divisamos
la inmensidad de la roca en la que el mar golpea.
La gran ola envuelve con su falda la formación rocosa.
La furia espumosa del mar que traiciona repetidamente
la orilla se asemeja a la resaca que padece el espíritu
cuando el amado no te acompaña en tus rituales, en
tus códigos cifrados. El ritmo interior marca la onda,
arma el tamiz de la mirada que mira lo cotidiano.
Café a solas con uno mismo. Pasión por lo secreto.
Dardos de las elecciones que hacemos en esta vida.

XII

Si te hubiera podido expresar que no sabía qué me hacía
permanecer. Que ninguna pregunta en la pasión tiene
respuesta. Desconfío de las palabras. Responden a la ocasión,
a cualquier amo, a cualquier látigo. Acertijos. Certezas.
Brújula entregada por Denys Finch Hatton a la baronesa
Karen Blixen y finalmente, en ausencia de ambos,
puestas en manos de Farah.

XIII

Hablas de irte. El miedo al adiós es inaprensible.
Nada apacigua la ansiedad. Hace falta otro corazón
para aceptar la ausencia del amado. Aguakina.
El miedo al adiós nos reduce a la mitad.
Dejar para evitar el infierno de ser dejado.

Parto y ya no soy la misma. Llevo mi identidad en
una maleta. Me siento Justine. La huella se borra.
La daga es saberse sola en la cama que vendrá.
Las rupturas con la gente que uno ama siempre
son definitivas.

XIV

El lector precisa alguna brújula sobre los caminos impares.
Historias abiertas. La máquina estropeada, el accidente,
la separación. Convergen en la historia revelando intrigas.
Nubes. Mujer memoriosa de mar. Memoria coloidal.
Monotema. Ruina circular. Paisaje en bicicleta. Ruedas.
El hilo lo lleva Ariadna. Sólo ella se interna en el laberinto.
Araña real que produce en su interior el fino hilo de algodón
que fluye con el movimiento rítmico de su abdomen
tejiendo en espiral nudos y líneas infinitas que arman la red
del gran círculo blanco donde reposa aferrada a su centro
al finalizar su ardua tarea de orfebre.

XV

Sólo hay una montaña para entregarnos. Un río que nos
precipita siempre. El deseo del amante frente a las topografías
intactas. Él con otra y ella con otro. Taberna. Estación de tren.
Puerta abierta del autobús al abandono que nunca será bien
entendido, nunca. Mar picado.

Hay días que nos condenan al separarnos.

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1982 y 2002]

Coda

En bicicleta es un libro de vida. Los poemas son fragmentos, trozos de ella. Cristalizan acontecimientos interiorizados. Asumen la voz de la prosa poética, ganada por la fragmentariedad. El poema no sólo quiere narrar. Se presenta como una sucesión encadenada de momentos fulgurantes, como una forma eficaz de atrapar lo emotivo, como celdas de lo visual o tensiones expresivas sensoriales y afectivas. De tanta realidad lo que nos salva es la poesía. Lo poético es la expansión del alma en contacto con lo real, la memoria, lo místico y lo celestial. Es círculo de encuentros. El poema nace en un lugar desde el cual fluyen el sentimiento y la inteligencia como visión de lo trascendente.

Esta versión cierra el ciclo de un largo recorrido, solitario y placentero, entre 1982 y 2002. La cuenta se saca contando los días, desde el germen del primero de sus textos, la escritura y reescritura de más de una docena de versiones, de cada uno de los textos que lo conformarían, la inclusión y exclusión de unos y otros hasta hallar el criterio que les diera pertenencia, disfrutando en demasía el estado de exaltación por el acto de la escritura. Una escritura en secreto, sin destinatario, experimentando ritmos y pesos de las palabras hasta alcanzar imágenes en las que, predominando lo visual, ejerciera fascinación el paisaje en movimiento y la retención que hace la memoria de ciertos hechos, personajes, colores o sabores, ajustando tensiones entre la fluidez de la prosa poética y la condensación de la metáfora que alcanza la poesía breve.

Apunto acá que los primeros textos de *En bicicleta*, en su versión original en densa prosa poética, de murales a cuartilla llena, entre ellos y especialmente el que da título al libro, pero también «Almendrón», «El gato de Alicia» y «Araya», sentaron bases a otros libros que vieron luz en esos años, hablo de *Cuerdas de serpiente* (1985), *Rojo circular* (1991) y *Sable* (1994), mientras *En bicicleta* continuaba su ciclo de escritura y maduración. Debe entenderse quizás, como una clave espiral que mantiene el hilo conductor del espíritu de mi discurso poético.

E. A.
Abril, 2003

Armadura de piedra

2005

a Horácio Costa
entre Brasil y México

a Eduardo Subirats
entre Nueva York y Toledo

a Lourdes Ventura
entre Madrid y París

a Javier Egea
entre Isleta del Moro y Almería

a Sebastián Garrido
entre Andalucía y Cumaná

a Julio Miranda
entre Mérida y la eternidad

Toda poesía es de circunstancia.

Goethe
1830

Nunca mires las cosas
tan sólo con tus ojos.

Lorenzo Oliván
2001

Primera. Al descampado

¡Dios maldiga las guerras, todas!
Walt Whitman
Conversaciones

La mano va escatándolas de su limbo mágico.
José Hierro
Cuaderno de Nueva York

I

Volverán.

Ahora son fantasmas, seres
inanimados, nombres apenas.

La historia los destruye
les quema las alas
van con el alma desprovista
en la orfandad de una vigilia
encadenada sin día ni noche.

El insomne puede invocarlos
igual los sueña, ellos acuden.

II

Aquí, ahora
somos esta circunstancia
este cielo eclipsado
este olvido de lo humano

una inexactitud en el dolor
que nos aflige sin retorno.

III

Salgo a buscarlos

¿cómo hallarlos
si cambian de nombre
de voz, de rostro?

Repiten el paso, la huella
la confusión de la palabra
que lograría convocarlos.

Con la muerte regresa el olor.
Trae la noticia. La angustia.

IV

Golpeo fuerte con los nudillos de los dedos
toda superficie que pueda contener un alma
una llama ardiente
una orilla en cuarto creciente
la arena de los médanos del desierto
hincando los tuétanos

pero están alejados, en ese más allá
con la cabeza abierta, delirantes.

V

Somos espejos fraguados de muchas despedidas.

El suelo que pisamos hoy
confirma la premonición que era sueño ayer.

Llegó el hombre accionando la palabra guerra.

Náusea demencial. Disputa eterna, trono del rey.

VI

Crispados por el frío que enfunda la ruleta rusa
un aire desprevenido nos hace arriesgarnos.

Como destino llevamos la daga,
la daga en el bolsillo.

Mina enterrada en la tierra seca
que han de andar los pies trashumantes
errando, en orfandad.

Nos hace vulnerables el dolor.

¿Dónde un trozo de tierra sin violencia?

VII

Sueño la voz y el cuerpo del hombre
en el desierto que nos reúne
al lomo de la bestia.

La ventisca de arena
sobre el rostro quemado
después del resplandor
la ausencia.

He querido nombrarte
hachazo del eco
en abrazada soledad.

La voz castiga al cuerpo
le da nombre a las ausencias.

Soy la más paciente de la tribu.

VIII

La voz amarga

alguien te delata
te siembra en la árida tierra
te mina el alma

no entiende tu naturaleza

ante la barbarie
quedas
a la intemperie

Solo. Desnudo. Cortado
ante la jauría.

IX

después del resplandor la ausencia quema

he querido nombrarte pero apenas la soledad

acunarse en la orilla asumiendo ser fantasma

X

¿Y si nos quedamos dormidas?

Cómo llamar al pájaro de Patricia
al de Eva, Graciela o Cecilia
para que las salve del vértigo
del sueño
de lo cruel que las arropa
en el sinsentido.

Tienen la cabeza abierta.
Eso pasa. Un algo misterioso
una fatalidad
inexplicablemente injusta
pero dolorosamente real.

XI

Del más allá dicen algo
y uno ora, con miedo, en cuclillas
descalzo.

La reja de la única ventana
que abre y cierra a voluntad
forja aromáticas enredaderas
con las hojas del mastranto
la menta y el abrojo.

¿Qué color tendrá ese cielo?

Uno ora, uno se mece.

XII

Solos. Extremadamente solos.

Uno solo. Uno con uno mismo

solapado en afilada intimidad.

La locura preserva el poder.

XIII

Soy el guardián de los secretos
de lo cruel, de lo injusto.

He visto demasiado.
No tengo boca. Sólo ojos
centinelas.

XIV

No abro la boca.
Tampoco los ojos.

No puedo mirar
menos tragar.

Es amargo y es camino.

XV

Detrás de la imagen sólo el vacío
la nube negra cubriéndolo todo.
La ansiedad en la mirada de quien
mira las señales de pañuelos ondeantes
pidiendo auxilio en los ventanales
de torres gemelas derrumbándose
una y otra vez en la pantalla a color
llenándolo todo de estupor y polvo.

Muelle solitario.
Ausencia irreparable.
Dolor extremo.
Corazón abierto.

XVI

A nuestra espalda
                precariedad
devastación,
        vacío.

XVII

Volver al escalpelo
abrir el pecho del hombre
interrogarlo.

Hacer el recorrido de la sangre
por sus venas
para asomarnos al alma
o al halo de la precaria
conciencia
en un último intento
por comprender

la aciaga naturaleza
de esta alquimia que somos.

XVIII

Los fantasmas se han sentado a la orilla del camino
apretados, uno al lado del otro, sin nombres, sin apuro.

Identificarlos por un rasgo, una marca, una huella
de lo que fueron, de lo que hacían antes del polvo.

Encenderles una lamparita en medio de la ventisca

retener la vida
                la respiración.

XIX

Caminas zigzagueante por el bosque laberíntico
que advierte más preguntas que respuestas.
Leonardo da Vinci construyó unas alas de madera
que ahora nos sirven para sobrevolar rampante
este desierto en el que se nos convierte la vida.

Alguien trae vendajes, miel y flores de azahar
para aliviar las heridas, pero no basta.

Son heridas profundas, talladas en el alma
en la tierra desértica, en el alguna vez
verdor de montaña.

XX

Duele la llaga, la marca, la verdad que esperamos.
La paz que ninguna civilización alcanza.
Sé que te irás por la única ventana
que abre y cierra a voluntad.

Reúno a la tribu.
Uno a uno son llamados por sus nombres
ellos aún los reconocen.

Sonajas de cascabel para marcar caminos al regreso.

XXI

No hay intimidad en la mirada.

Uno y otro vacían sus ansias, su sexo
más animal a plena noche.

La boca púrpura los nombra,
los condena.

XXII

A la noche, bailan,
solos, desnudos, en sueños

al descampado.

Segunda. Piedra alzada

Junto a las piedras está Dios bocaarriba.
Rómulo Bustos Aguirre
Santa Catalina de Alejandría

Regresan los amados
que han partido

al espacio intermedio
al de lo gris
que no podemos apreciar
en tan sólo una mirada

la llama de esa larga noche
los devuelve

sólo en sueños
vienen a decirnos del amor
y de sus nuevos rostros

El vino para consagrar lo sirves
en la copa de plata
a las costas del mar picado
que trae la ventisca de otra tierra

y uno cree reconocerla
una y otra vez, desahumado

pues no se olvida ese sitio del mundo
al que uno se amarra

Susurras la única frase
que ancestralmente
traemos marcada en la frente

repetida como piedra alzada

arena serás...

Piedra sobre piedra
se construye
el muro que aísla
la fuente del agua añil
la pirámide de las palabras
y el ángel pasa

palabra áspera
palabra dulce
palabra honda
palabra turbia
palabra esperada
palabra agria
palabra noble
palabra tuya
palabra himno
palabra brava
palabra abierta
palabra cervatillo
palabra doliente

antes del viaje

La gruta para orar la ofrece la piedra

uno y otro, duales
despidiéndose alma y cuerpo

uno tiene la manía, la extrañeza
el otro el recuerdo sutil, ya desencajado

La niebla precipita
difusos hilos de luz
cuando creemos
danzar solos
en el universo

La altura confronta

Pura tensión
sobre el agua
o la tierra

que siempre nos espera

Partimos
      tan desnudos
con el corazón
cubriéndolo el silencio

imagen última
del que zarpa
aún sin despedirse
como piedra que cae
de un solo golpe

El último viaje
azuza el misterio
volviendo todo inusual
otra apariencia
todo olvido

¿Cómo es ese lugar
al que se parte o al que se llega?

qué color tiene su tierra
qué árbol levanta en la orilla
qué flor aromatiza su noche
con qué manos se le acaricia

La tristeza se arropa
con la voz que hermana
el lado cáustico y apenado

canción de infancia
que te vela los ojos

el lugar desde donde viste
con hojilla de oro
al alma

a don Carmelo Ríos

Tercera. Alas sólo tiene el pájaro que arde

En el abismo desprendido
percibidor de todo.
Hölderlin
Lauffen

¿Existirá otra mañana?

Este cerco inoportuno
a los días
a la vida
al deseo de quedarse

Las ventanas arden

Las llamas ahogan la noche

una pizca de aire
cabe al lado de uno
sólo eso. Nimiedad.

¿Llegará el humo a cubrirlo
Todo?

Lo sabrás luego

Cuando regresen los guerreros
con la vida metida en una misma maleta
ahorcadas las ideas y los ruegos
quemados ya los libros y los manifiestos
escritos con celo de carcelero
con el coraje de los silenciados
de los que ya se han ido

de la fogata sacarás los ojos
para interrogarlo todo

¿Bandera, qué te has hecho, dónde te clavan
en qué orificio muerto?

Llama viva entre papeles cóncavos
donde no cabe el poema

Pavo real de la noche
la sangre vertida
no se lava

permanece en los metales
izada por la fuerza de los hombres

marineros de una embarcación
con el corno y las voces alzadas
estridentes hacia algún futuro

porque será la carne
la que reciba la hondura
la que el torpedo abra
en un mar que ya no es quieto

Siempre te dije que este sueño
que no es sueño
llegaría
hasta nuestra garganta
agigantándola

que se oirían (...) gritos de los muertos
de esta guerra y de las otras

que la noche espesa aún más
sólo se alumbra con faroles de fuego

linternas de la jauría andante
por los caminos silenciados
por la trocha hasta el refugio

iluminados
quedan las voces amarradas
al tapiz del cielo

En la copa adusta de los árboles
hilos de oro y plata copulan con el verbo

Figuras que entrelaza la tormenta

El mar apuesta a llevarse los cuerpos nupciales
renunciando al apetito, al poder
en la contienda complaciente

Los pájaros abrieron el cielo en lo más alto
con sus picos de alicate

bajando hasta la nave de los hombres

Pájaro-barco

Alas de sangre ondeaban en el muelle

Se fueron todos

Los vi desaparecer al norte de mi vista

El horizonte extiende la ilusión del azul

Palabras-pájaro
Palabras-fuego

regresan con el organillo a envolver la tarde

Idea inacabada
no podremos dormir
la noche recogerá a las luciérnagas

Posa, entonces, el ala en el abismo
cubriendo a los que queden

la rosa rota.

Cuarta. La danta
hunde su pezuña en el mármol

Hurgando el hueso hasta la médula
Andrée Chedid
Egipto

Si es la sombra la que anuncia
la tempestad
la rosa se la lleva
en el tintineo de la campana

a cuatro manos gesticula
la llama doble
polarizada entre el bien y el mal
la certidumbre y el temor
la tiranía y la gloria

árbol ramificado de este circo
experimento salvaje que nos embiste

Abres y cierras el paraguas
ante la lluvia espesa
frente al paredón, a la duda
histórica, al perdón impostergable

(al quizás pudo evitarse)

Cristo del veneno
que alumbran con devoción
al resquicio de la fe
preservada el agua bautismal

lágrima de todo aquel que enciende
la lenta llama, el cirio, la hoguera

Ofrendan la gladiola, el áspid
el lapislázuli, el misal, la granada
la muñeca inocente, el rosario
el aroma de pétalos de rosa
la primera comunión
al corazón del otro

Espejismos del que enciende
los vacíos

La procesión pasa

Santa cascabelera
que derramas lágrimas de sangre
al pie de montaña con olor a mango
envestida de solemnidad
ante los que oran
en toda catedral armada de cemento
y necesidad del desposeído

calma la sed
con oración perpetua

piden limosnas

Ahora más que nunca se esconde la belleza

cobriza, enlutada entre retazos de tafetán

promiscua, puntiaguda, desconfiada

arcando la carne con el gesto
contra las luces tenues en todo escenario
que se traga los egos

A ratos viene a bailar en la palma de la mano

cava un designio o se amarra a una estrella fugaz
una sola vez en esta vida

acróbata silente
que por la tarde cuelga la guadaña

Anónimos como la bailarina que se quedó
a vivir en todo pueblo atraídos por el oro
gimen la pasta sedentaria entre los dientes

Mustios. Canta el pájaro pasado
Se alistan como mástiles del sueño

Habrá que sellarlos en la caja de los caramelos
confitados, en la caja donde escondes la amapola,
tal y como los dobleces del celofán
tragan la nostalgia

Acrobacia de la rosa. La procesión asoma

Es la misma cruzando las esquinas
con la antorcha incendiaria

Campanada de un mismo altar
Torre mayor no derribada
El enano lanzafuegos agita las manos
polarizadas, estrangulantes

Lo arrima al latido, a la vena inflamada
de los días cenizos

donde ya no hay parques para pasear a los niños
ni a los brazos, ni en cochecito
porque esta luna sangra los espantos

Latido quizás, hincado en el tímpano
de una infancia que nunca abandona el cuerpo
siendo testigo

El adiós es el silbato de los trenes

Hueso pélvico. Corona de muérdago

La nuca vuelve a escuchar el repique
abandonándolo a su destino

Cometa anillado. Lo veo
cada mañana en el rostro del vecino
al que le han matado un hijo
en una de las guerras

Los desterrados muerden la hoja de la
mandrágora en el amargo de la rosa

Arena serás en el eco interminable
de los días de este tiempo doloroso
minante, desbocado

Dos lunas rojas eclipsan en el año
interrogan la mentira, la impunidad

tedio en el que caemos sin mirarnos

El siempre no será así
    lo decimos bajito

tendremos hijos o sobrinos
repitiéndonos en el más allá

Repique de campanas. El latido

Alfileres tenemos por dedos
Punta nudosa de la yema. Roce sin gozo
Un aullido de lobo circundado
Cofradías articuladas. Orar

La lengua es otra. Múltiple, glaciar
Hallar la palabra que lo resuma
que lleve en su vientre el sueño y el suceso

La bomba collarín y el estallido de los trenes
Grito de los que sobreviven

Pero serán los mismos alfileres rojos
como extensiones de los brazos o sus muñones
que caven la tierra para enterrarlos

mejor es ir descalzos
hincados vestidos de nazarenos
a esa hora
para comulgar el perdón de algunos dioses

La serpiente viene a lamernos
Fuego fatuo. Fuego de a dos
Fuego tuyo y mío. Fuego carnal
Fuego a quemarropa
Fuego infernal en la pupila rota del soldado

Castigar los amuletos. Trenzar
la suerte con la cinta alrededor del tobillo
no basta. Daga que se enfunda

Cascabel que amarra la luz al encenderla

El lodo en el rostro son las nubes huesas
de todo holocausto

paso de piedra en piedra. Auschwitz
Hiroshima. Bosnia. Irak, Bagdad
                como piedra honda

La ciudad rota, las ciudades
desde donde esto escribo. Cae, duelen
como cuerpo
como país.

El ojo sangra. El amuleto sangra
Luna que nos sigue. No hay caverna

Saliva amarga lo que tragas

Tres veces canta el gallo
antes del amanecer

La danta reproduce la huella
con su pezuña sobre el mármol

Lápida que tapia los sueños
de los infantes con olor a renuncia
arqueando la soga que se balancea
desnuda y frágil.

Quinta. Frágil
huella al amanecer

(...) de retornar el hombre al hombre
el agua al agua
y la rosa a su signo
de esperanza.

Elizabeth Schön
Caracas

Cofre de los sueños. Apenas la punta
del pie asoma, es *iceberg* desafiante
Cofradías. Hegemonías del tiempo
de esta hora que nos humedece una
y otra vez, arrancándonos el antifaz

Habría que saberle la historia, la
sugerencia que trae a la olvidadiza
conciencia. Retazos añil o rojos

Frágil huella al amanecer

Cuelga del mástil cuelga el cordel grueso
y tentativo. La mano arbitraria
congracia la duda, asir lo que valió
la pena. Lo que te sobrevive
Ardor de la llama
de una vela que, a solas, atiendes

Armas
y desarmas
posesiones
y altares

obsesivo
vigilante
de la luz
dispersa

A campo traviesa andarán
expuestos
quemados
a la deriva

sin barco propio
olfatean rarezas del entorno
se ciñen al alma como fuelles
y fustigan

el ojo insomne
acopia lucidez
atento a la eclosión
a la diáspora
a lo que espera por *Ser*
narrado

Rojos. Púrpura. Añil. Azulados
penetrantes o penetrados
abiertos a la nostalgia del viaje

Es una condena atraparse
a cada flor, a cada fragmento
a cada piedra

a la piel que muda la serpiente
a la concha rota del caracol

al índigo de los océanos
donde se hunden
la inconsecuencia de los actos
y la frágil materia del mundo

La fugacidad lleva a repetirnos
en cada ala de las mariposas

Quizás, once rosas blancas.

a Esilda Morelo,
quien acompañó ese tiempo
a los caídos, in memoriam

(11s 2001 – 11a 2002 – 11m 2004)

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 2001 y 2004]

Casa y arcángel

2008

a todos los padres y madres del mundo,
a los niños
y a los fantasmas que habitan las casas

(...) porque la manera como la palabra puede estar en el mundo
es como respiración, respirando entre su casa (la página) y el mundo.

María Fernanda Palacios

Todos los días son viaje y
la casa misma es viaje.

Bashō

CABALLITO NEGRO

Entre ladrillos rotos caballito negro
de una casa siempre en construcción
sólo cielo posee y abruma
orificio de huida que obsesiona
del ir y venir
las maletas llenando y vaciando
nenúfar blanco e inseguro expuesto
salpicando la mesa
perfectamente servida.

EL ARCÁNGEL

El arcángel visitaba nuestro cuarto
cuando nuestros padres se dormían

pactábamos los juegos

nada de desollar
                las almohadas
y mucho menos las ovejas

ni abrirle un piquete a las sábanas
con el desorden de las piernas

nada de llenar los medios vasos
con agua de lluvia

Lavar las heridas no nos salva.

MUDANZA

Mi casa mudaré. Lanzaré
sus objetos al espacio
en la primera nave
que despegue

no olvidaré la estrella Adara
ni la antología francesa
del verso único, ni
las hojas secas de tabaco
compañías palpables
a la hora del insomnio

Mi casa mudaré. Dejaré
un ala rota
amarrada en el tronco
mutilado del único árbol
que encontré de pie
en la ciudad que ahora
abandono.

PALABRA MESTIZA

Círculo afable
tras esa redondez
lo imperfecto
se afina
sobre vocablos mestizos

El gesto materno hace mella
de cruces sucesivas
sangre de mi sangre

Nuestra haremos
la tierra
tragada la ceniza
mezclada con anís,
estela de incienso
arrimando lo temido

En familia,
el lazo se arma
en atajos de vida.

CUENCO SAGRADO

La madre hace con el arca de sus manos
un cuenco a lo sagrado
amasa agrias o dulces palabras
haciendo alto o bajo el barro bruñido
para el que lleva en el vientre
y para el que cría

ardiente brasa del destello y la mordida
donde también
la carne del ciervo
transforma en manjar compartido

la tribu no sabe del inquisitivo mirar
del dardo previamente envenenado
del nómada que arma la casa
con el tapiz en el que duerme
y el hijo siembra

piedra tras piedra, piedra
incandescente, orilla
en el resguardo del afecto

El manto del cielo nos hace familia.

IR A LA PUNTA

Ir a la punta desgarbada
queriendo colocar cascabeles a los días
ensartándolos unos con otros

pero en la fila ya falta más de uno

Ir a la punta con los tuyos
guardiana, vigilante
atenta al redoblar del tambor

que sin cesar congenia la palabra
en la fogata la canción
un *déjà vu* con mis hermanos

Nuca y sien apostados a la noche
con la muerte de los padres.

TRIBAL

Sueño la voz y el cuerpo del hombre
en medio del desierto que nos reúne
al lomo de la bestia

La ventisca de arena sobre el rostro quemado

Después del resplandor la ausencia

He querido nombrarte en abrazada soledad

La menstruación no vino y el hijo bendice
en tierra árida de minas enterradas
que los pies transhumantes han de andar
errantes, en orfandad

Como destino llevamos la daga

El suelo que pisamos confirma la
premonición que ayer era sueño

El dolor nos fortalece

Soy la más paciente de la tribu.

a Lourdes Ventura

SIN AVISO

No nos avisaron.

Nadie replicó la danza del vientre
en esta plaza
ni amarró coyotes a los árboles

la jauría llega porque hay una casa
donde siempre se le espera

fogata de los huesos
donde se cuece el barro antepasado
dignidad del que todo lo preserva

no dejes tú de andar por esas ramas
aunque en vasija te conviertas

y que suene el guijarro
que llevas contigo
en tus andanzas,

corno emplumado que se ofrenda
con avidez de fiera
que cela la cría

viento y veneno
que de tu vida penden.

RONDA DE LA ORACIÓN

Sin empujar la lápida
penitentes
continúan los insectos
la eterna ronda

Tal vez, si miramos
desde otra ventana
desde otras calles
al calor de la fogata
al igual que el canto
de las chicharras
el nuestro siga callado
            y no acompañe ya

Los pies dan otra vuelta
andan penitentes
sobre la tierra sepia
haciendo su propia ronda
en viernes de resurrección
            al igual que las hormigas

Si el cáliz lava, cierra las heridas
sin culpas, se restaura algo
            de su mísera fe.

¿SUEÑO LO REAL O SU FANTASMA?

Sueño recurrente que pulsa en tu nuca,

algún reverso donde escondes los juguetes
rotos, los desflecados peluches, o aquellas
muñecas que en el rostro borraron sus ojos
mientras tus uñas crecían contra sus pechos

cuaderno del dictado con insegura caligrafía
que el tiempo expone a tus ojos nuevamente
y la cicatriz de la afilada punta del lápiz va
en tu muslo como marca de ese tiempo

arcoíris y destronada inocencia
dicta el mago que sale en tu cuarto,

debajo de la cama miras qué hay antes del rezo
debajo de la bata miras cómo crecen los vellos
al irte a la cama antes de tranzar el dormir,
antes de entregarte al arcángel Gabriel,
no sin antes cerrar la puerta del clóset,
no sin antes pensar en ti,
no sin antes apartar el miedo
no sin antes tragar el *pan de angelito*
no sin antes lanzarte por el túnel de las dudas

¿y dónde la mano suave que acompañe?

El balcón abre el mismo sueño que ya es pesadilla
haciendo recurrente ese chirriar de la puerta oxidada
cuando de noche cada noche alguien la cierra

y sabes que el ahorcado cuelga en el tamarindo del patio
y quieres entregarte a la noche abriendo lo blando

y a ese fantasma tratas de verlo
y hundes tu cabeza

donde la mano cierta la recibe.

a mis hermanos

NUNCA RUINA

debe ser pecado (...) que
no dejes de dolerme.
LUZMARÍA JIMÉNEZ FARO

El amor los deja huérfanos
No te vayas, se dicen
igualados, el uno con el otro

La casa que no existe para ellos
la buscan en su propio cuerpo
Herida en él podrá ser
pero nunca ruina.

con Takeshi Kitan por Zatoichi

EL OTRO

Tu paso aún persigue la sombra
balanceada entre dos cuerpos
almendra de la intriga del deseo
lo perfecto
nunca
alcanzado.

A LA RIBERA DEL RÍO

Brota la savia, arbusto de enredarnos
aún florece el patio de la infancia
mirándolo estoy en el espejo del río
donde aún duerme un caimán ciego

recuérdalo,
zarpazo y arpón
pierna mutilada,
despojo

la impune órbita blanca de su ojo clavado

sin huellas
o tras ellas

el marcapasos
ese *bypass*
para abrirse paso
entre memorias

La casa.

EN CERCANÍA[3]

La travesía acopia frases largas
que caen, cobijan

Cien pupilas afiebradas
se clavan en mí
presienten el miedo
y en casa te aquietas.

Sí, en casa me aquieto
reúno a los gatos
y en cercanía les susurro
a la luz de una vela

desclavo palabras oscuras
entre cuentos de fantasmas
y me retraigo
hasta la senda más clara
en el clóset de la infancia.

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 2007 y 2008]

[3] Por los temas tratados en ***Casa y arcángel*** se ha incorporado este poema, a manera de ***addenda***, al final del poemario. (Nota de la autora).

Toma lo simple por el tallo

2009

a la ola del sinfín enamorado

Con mano que ve siento;
veo con ojo sintiente.
Goethe

Ni una pestaña, ni un tallo
se conservan para siempre.
Wislawa Szymborska

El tallo, paciente, se revela
siempre ascensional
por efecto de la atracción
religiosa de la luz que
lo ha elevado.
Armando Rojas Guardia

Llegará el tiempo de oírse
como si fuéramos música.
María Clara Salas

I
[Andante]

Viajamos por la vida (y por nuestro interior)
hasta que, liberados para siempre,
renazcamos al fin a nueva luz.
Antonio Colinas

SALA DE GRILLOS

Llegar hasta lo mínimo y abrirse paso
ser lo pasajero, lo que se va

en el atajo boca de aire
el rumor bajo que se escucha entre la gente

la otra realidad que también oirás
en la sala de grillos

apenas cruzas la línea imaginaria
entre el pensar y el decir.

HOY SÓLO HOY

Hoy te pensé
o fue la aguja del tiempo
que hincó en mí

la voz aguda que regresa
un instante y sigue
siendo morada
si dormimos en ella

hoy es sólo eso
un instante a la distancia
es sólo esto.

GÁRGOLA Y METAL

Hacia ti el azul vuelca
su canto mágico
vierte lo cóncavo
que traigo en el pecho

Mas la espiral
desciende
hasta los pies
del Apolo
de mármol
que sostiene el templo

Templo interior
de cal
de arena
de silencios
donde descansa la gárgola
el metal de su pesada carga

Sol negro
armando la flor
en el encuadre
de toda espera
abre la caja de música
a sus oídos.

PAISAJE INTERIOR

El paisaje lleva consigo los ocres tersos
que hemos ido asimilando más al tocar
que al mirar las flores mansas
de las que llevamos su olor preciso
sin ser pétalos aún del mismo rosal

Fuga mayor o fuga en si
para un clarinete y un oboe
en silencioso amanecer de aves
arropando al musgo trepador
y a esos grillos que palpitan
entre los verdes que recién brotan

Flores mansas que lucen aún más
en el jarrón con agua del río
al colocarlas sobre la mesa en casa
para librarnos de la soledad.

No sé, aún, si por frágiles o eternas.

OJOS DE GEISHA

La sombra acorrala
calla al intruso
y logra develar
su fantasma sinuoso

a la orilla blanca:
el gesto le gira la forma
y lo hace lluvia de oro
en ojos distantes

Conciliarnos en la tez blanca
es ilusión con manos inocentes
al danzar y danzar
en la misma barca
sí al ataviarnos vamos
con ojos de *geisha*.

NUEZ

Indivisible cuenta de estos días
cuando solo atraviesas la neblina
del desear amplio y medular
carne es de la nuez
y no la cáscara.

LA HORA QUE NO CESA

Hiere, tala, nos incomoda, ancla y cal
retorna a destiempo, arranca la flor y la maleza
sin distinguirles su voracidad

Inquisidora al mazo bate sobre los días
alarga una seña que no querríamos mirar
y así cada vez más atroz: el desolvido.

SI AL NARDO SE LO LLEVA LA LUZ

Hay una luz en la cabecera de la cama
fuerza cegadora que interroga

–le dije a la muerte
que nada tengo para ti–

a la hora en que despierto inquieta
interrogante
suspendida
entre el sueño y la noche

contando los segundos
porque otros no habrán
si al nardo se lo lleva la luz.

II
[Adagio]

Del ramaje al astro enterrado
en el azul de los cielos íntimos.
Elizabeth Schön

ESPUMA DE LO ÍNTIMO

La espuma insinúa el vértigo
nos alza con su movimiento ascendente
de asta de bandera
de onda intangible
que reanima el universo

Dulce espuma encofrada
en el aro de la tulipa
mástil de aguja hincando la bóveda del cielo

A PASO CON ANTÍLOPES

Viajas. Lo transparente se coloca a
mi lado, se posa en mi hombro.

Lluvia. Del gesto haces agua. Alisas
la mañana en mis cabellos.

Cinta azul. En el aire balanceas el
don, la risa clara del acierto.

Dámela. Tómala. Tirada de dados
sobre la concavidad del cielo.

Uno en el otro, acogidos, al paso
del antílope cruzamos las orillas
en el susto inquieto de sabernos
otras pieles soñando ese deseo.

ECLIPSE I

Tembloroso, lo ínfimo del rumor
se sobrepone a la penumbra
cuando te disponías a la caricia

espiarlo en la tibieza
interrogarlo en lo sublime
al borde de la cama

(clemencia
en el gesto del otro
pero no)

la mirada apasionada
nadie, ni él ni tú, la exculpan.

ECLIPSE II

Amarrado el frío
a la boca
he abierto he cerrado

Sé de las horas
de intensa incertidumbre
al vestir la pesadilla

y ¿dónde estabas tú
a esa hora pequeña?

Salva el ala y sé
el rapto
lo real del sentirlo

sé lirio azul
si a su lado te reclama
y sele fiel.

HOY ES MAR

Ahora y no mañana,
ahora y no luego.
Ricardo Molina

El mar me reconcilia.

Mece la incertidumbre
desde el mirador alto
con la luz del faro
recurrente

La resaca la traíamos
y te vuelve penumbra
sólo una huella
aflicción

A tientas, la neblina
no es como decían
espesa más
a medida que avanzas

El mar es la única promesa
que firme se mantiene
el hoy que aspiras.

ESPÍA DE SILENCIOS

Que la marea suba y nos cubra
eso queremos y lo decimos
espías de nuestros silencios
en una mirada que coincide

La barca sujeta intuiciones,
se aferra al borde la mano

y desgrana otro sentir
al que no renunciamos

Dice el viaje desnudarse
y probar ese lado de la sal
aún cuando no volvamos a ser
los mismos de antes

Que venga o no ya no dependerá
del amor y sí de los naufragios
porque el ojo lejano del huracán
acerca o aleja
sin otro infinito más audaz.

MAREA ALTA

Capas y sobrecapas de musgo
cuando liquen y nostalgia
hacen organza en marea alta
por debajo de lo que miras

y el azul te liga a la naturaleza
de las cosas y lo que tratas de asir
mas solamente alzas el aro plateado
irregular por donde escapa lo furtivo

Musgo y liquen en la resaca
atravesando otro arco de la luna
desprendido a la medianoche
en el mismo mar espejo
que se mueve debajo de las nubes

pero no volverá la barca
a recoger los cuerpos
en las arenas blancas donde yacen.

MAREA BAJA

El hábito de armar
rompecabezas con lo simple
no hace regresar
a la morada del amor
con nombres propios
o como me nombras tú
en el deseo

La nube siempre pasa
sobre nuestras cabezas
mira e interroga
al alejarnos vamos catando
separados los placeres
aliviados al hallar
nuestra cábala descifrada
en el ahora

Sin recoger la huella
el que todo lo ve
lo ajusta,
escondite en el que la sorpresa
bate el ala.

NUBE I

Diminutas, amalecitas, silentes
cabalgan las cercanías
hiriendo ojo y alma

Ser hilacha singular de nube
otra infinitud: rasantes
bajamos aún más
al penetrarnos.

NUBE II

Humo y esfinge hacen altar
en la caverna, quizás
dos buscando coincidir.

NUBE III

Va el nombre del ausente tan alto
sin hallar correspondencia
con los surcos en la tierra

cómo hallar la manera de invocarlo
sin apagar la llama

contigo llévalo, hazlo armadura.

TRES ESTACIONES

La primera estación levanta polvo
y no me deja ver los residuos

dicen que así de blanco es
cuando traes la maleta
con recuerdos del lugar
al que querrías volver

Regresas entonces al andén
en busca de la orla pura del deseo
sobre la pared alzada
que dejaste sin otra compañía
que tu sombra
al partir

La segunda estación exhibe
el cuerpo ardiendo en presente
entre bromelias en flor
en laberintos que la tarde cultiva
sugiriendo otras puertas del mirar
el acariciar, el reincidir
hacia los bosques del trópico

¿Nos traerá la misma suerte
esta estación inédita
al abrir el mapa del escondite?

dónde tú, dónde yo

Arena mía, quedas atrás y
mis pasos andan ya hacia la tercera
estación para regresar a la forma
sobria y aquilatada del rubí
cual amante tallada en cautiverio
decidida a hilvanar
con la música callada de Mompou.

III
[Vivace]

El tú y el yo, sin bordes se remansan.
Clara Janés

GESTO

Encender inciensos
en la habitación
que logres recordar
al haber mirado
por única vez
al ciervo blanco
que mi cuerpo es

pues gesto y lágrima
no siempre alcanzan
la misma penumbra

llama entornada
risco y polen
del más torcido nudo
voluntariamente dos.

VIERNES

Viernes tuyo y viernes mío
de la luz que hace noche
con saga de señuelos

Aromática leña
cuando piel y palabra cruzan
del leñador el hacha
y cada quien lo suyo dice
o silencio se hacen
poseídos del mismo olor

Ni viento ni sequía es
ni se erosiona en sueños
la tierra conquistada
donde algo se promete
algo simple o algo más
el triunfo y la derrota
lo solo en compañía

y el templo se erige
al ajustar los tic tac
en la máquina azul
de nuestros relojes.

LO VERDE ES LO MIRADO

A veces, cuando miro el paisaje
lejano, no lo miro ya

No es el verde la forma voluptuosa
más la porosidad de la espuma
o sus orillas irregulares
lo que va de las nubes al ojo
condensando ilusiones

A veces hacen montaña mis senos
y de allí vas hasta el monte de Venus

de ramillete blanco es el anhelo
y la amante espera
ya ante la espesura de lo errante.

DAME DE TI LA TARDE

Dame la hora que en el andén gira
que hace vías al cruce de caminos
y se mueve y nos mueve

donde tal vez de nuevo te veré
tómale el pulso timado a esa hora
y su deshecha cáscara
acercándote a lo que se ofrece tuyo

alta copa de brindar lo que fluye
en la larga noche que precede al viaje

monta el cepo para cazar la presa
atrapa con voracidad
lo que aún te enamora.

CON DISTANCIAS

Quisiera hoy abrir la ventana y ver
esa misma meseta con sus flores
a la distancia anunciadas
más como mancha de color que otra cosa

ir acercándome, quisiera
hasta parar a su lado y saber (de ella)
interrogar esa tierra
y bajarla hasta mojar los pies
al llegar a su río

volver a su tranquila ribera
al demarcado tránsito de sus aguas
como en mi vida nada lo fue antes
y pernoctar en su claridad.

HACE YA FRÍO

Hace ya frío y van los pensamientos
como si fuesen sedalina
de la que una punta llevas tú
y yo la otra

En el ascenso vamos por relieves rugosos
en el surco atemporal de los días
para beber del manantial
con *labios compartidos*

Nos avanza la amapola de la noche
esa luz crepuscular
que nos condena a la misma sed.

CEREZAS

El sol espía las cerezas en lo alto
calor abierto que dispara la energía
apostada a tu llegada
porque sabes del goce al palparlas
y es el deseo el que despiertan ellas
a ras del suelo
acaso celada de la tarde
adentrados en fuegos de cavernas

Rasga la oscuridad primoroso
el ciervo naciendo
el día del aquí
y llega la hora de atar
el cordel a las ramas del arbusto

balancear los placeres rezagados
aniquilar cierta nostalgia
al juntarnos
como enredaderas que brotan
¿y cómo no volver a las cerezas
que ahora tú me traes?

CORAZÓN DE ÉBANO

No es el amor lo que enloquece
sino las manos vacías.
LOURDES VENTURA

Me gustan tus manos
y me lo dices cuando
tu cuerpo sube al mío
formando un abanico

médulas y tendones
en geometría
círculos y efervescencia
algas del mismo retozar

Nadar, eso hemos hecho
devolvernos entre pliegues
al fundir la transparencia
latir el corazón de ébano

Y juntos esculpimos
una sagrada escritura
en una tarde como esta
o tal vez no

Ya sé, no puede asirse
la plenitud
pero las manos vacías
no estarán nunca más.

IV
[Rondó]*

El crepúsculo tiene
la palabra flotando.
Paul Celan

CÍRCULO ANTIGUO

Puede una ciudad
donde una sola noche
has dormido
convertirse en tu sombra
seguirte a todas partes
acostarse contigo de nuevo
entre sábanas
de hilo blanco
si lleva el mismo color
de ojos que tú
tu misma sed
la insatisfecha pregunta
y el amor correspondido
para que en su laberinto
hagas un nido
pasando por sus calles cortas
en bicicleta alguna vez
siguiendo una ruta
de nombres célebres
a ritmo propio, desafiante
cuando vas de paso
hasta la taberna
al ser esa ciudad habitación
del que crees tu último amor
en tu propia lengua.

*[Danza circular]

ROSAS AMARILLAS

Las flores amarillas trae él
y soy yo quien las acuesta
en la sábana extendida de
algunos días huecos
si nadie las deshoja
avanza lo furtivo
las preguntas sin respuesta
rosa verde del ramillete
extravagante,
aromática y expuesta
tú, la viajera
calor auscultado
la mejilla del otro
desde el mirador del faro
la quietud.

TRAVESÍA

Vuelvan los días a su roer espacios amables donde tenderte
La ruina no asoma aún la tenaza que abriría labios del después
Igual que tú retiene el aliento al soplar la flor o la vela
Deberías vestir colores diferentes para animar el alma
Despedirlo con el tacto ardoroso del viaje al lomo del camello
Hendidura del arenal que sólo el viento demora en borrar
Perdonaría, también, el silencio franco al dormir junto a ti.

DIANA, LA CAZADORA

Cuando me quite la piel del tigre
vendrán a dormir conmigo los insectos
cuando me quite los ojos de gacela
el paisaje será más quieto y el viento
el que nos aceche, no lo olvides
a la hora en que se saldan los amores
pues no debes fiarte de lo frágil

dice la diosa de los bosques
que la gacela atrae a los tigres
hasta la charca oscura de las aguas
y quien allí les da caza muere.

OBSIDIANA EN EL OMBLIGO

Noche ahogada. Quizá obsidiana
en el ombligo. Lo traes expuesto.
No lo dices. Allá es más. La luz
reacomoda gestos en soledad.
Lo verás, tú también, tal vez. No sé.
Roto abanico, dije y obsidiana,
ojo de tigre o muerta naturaleza.
Y no seré yo. Allí caer no me veo.
Ni ocuparme de secar las hojas
que caen mustias en mis manos, ¿desde,
así tan amarillas, dónde vienen ellas?,
¿tanto verdor, a dónde fue? Ceniza es.
Quizá en efluvios logres convertirlas
si con sonoro ápice pisas el manto
de este seco otoño en ese mismo parque
en donde sé que ahora no te encuentras.

EN EL JARDÍN

La luz es el primer animal visible de lo invisible.
LEZAMA LIMA

En ese jardín te quiero, donde ahora tú eres mío
Al cambiarle las aguas a la pena llego hasta la hondura
De la palabra que quiere hacerse en ti y para ti
Buscar la sombra para tendernos eso quiero amor
Y tomar de los labios el rocío que me ofreces
No existe tiempo para macerar las aceitunas
A confundirnos vienen las corrientes con su sed
La piel traemos de otras veces de otras veces

Sean bienaventurados la higuera y el ruiseñor
El despertar temprano embriagados de música
Sólo el viento y la lluvia nos seducen
y allí seré otro tanto para amarte.

HILAR LOS VACÍOS

Lo que se ve es apenas ilusión. Fragmentos.
Aguja en mi sordera. La noche serpentea
los conflictos y el miedo a la orfandad.
El miedo insípido que a toda muerte tenemos.
Fruta de la estación, aroma de café, agua
temperada y pan de centeno para ayunar
al ordenar los sentimientos rasgando la ofrenda
que me traes haciendo de la brújula un riesgo
apreciando los olores de lo amargo o
lo más dulce que nos tienta. Tenerte a ti mismo
a la mano en la experiencia de hilar los vacíos
que has ido acumulando sin quererlo en la mirada
fría pues sólo tú a fin de cuentas lo sabes.

LA LLAVE

Hay sueños que insinúan el hallazgo
la puerta por abrir, la manilla dorada.
La llave. Nube abierta, herida presente.
Insinuaciones del placer más casto.
Tan distante no estás ni tan cercana yo.
Seamos este tiempo. Esta medida.
Esta copa a medio servir. Esta contrariedad
pulsante. Tomemos lo áspero
buscándolo sin tregua, nombrándolo
al apartar la duda de lo fiel.
En la víspera de la llegada el que llega
trae el sosiego de lo cierto, tómalo,
que es tuyo.

con Ida Gramcko

DÍAS DE MAYO

Algún día le dirá que la quiso,
y que en mayo la estuvo buscando.
DULCE CHACÓN

Cuerpo blanco en la cámara tan blanca
donde el gesto y el cuerpo coinciden,
qué palabra y deseo lanzan la cáscara
cada uno en la forma que así quiera
(qué raro se me hace, puedes creerlo),
ya que quiere la hoguera aún más leña,
a ser fogata del encuentro aspira
en el desierto del plexo un lar
que dé cobijo al sentimiento de ambos.
¿Cómo podría seguir el poema?
La noche avanza, avánzame, pues, noche,
y en la cámara blanca cada quien quiera
pues yo en ella me pierdo y me reencuentro.
Cómo podría seguir el poema
siendo tiempo con ecos y memoria
sin tiempo aborrecible de ser huyendo,
buscando un cuerpo blanco, negro, verde,
entre árboles sin nombre tras un sueño
cuando el deseo toma en sí otros pasos,
otro decir del tiempo que huye de mí
por mayos sucesivos que regresan,
cómo podría seguir el poema.
Avánzame, pues, noche, sí, avánzame
por mayos sucesivos, otros mayos.

HACIA EL NARANJAL

Complaciente irás atándolos
como sea que lleguen
tal quien cincela las paredes
con el nombre del que ama,
armazón de hierro y cemento

neblina tal vez
igual al identificar un sitio
donde quererlo puedas
por más tiempo
si la paz es calma del amado
aún al tiempo de la sombra

y cuando ya no hayas de querer
que de nuevo te visite
cierra la ventana que la vista
ofrece al naranjal
para que ni el olor ni el color
formen semilla
que lo despierte en ti

y del vacío quizá nazca la certeza
que baile en la palma de la mano
aunque sea esa mano la misma
con la que irás diciéndole adiós
a la ternura blanca que no cesa.

EL DEDO DE ORO

El dedo de oro señala la costilla que me duele,
agujero por el que has salido de mi vida.
También la zanja donde habremos de enterrar
algunas cosas, esas que quedan rezagadas
dispersas errantes silentes a la espera
sin lugar quizás donde desatar la furia
aguardan diminutas algunas veces atadas a
la espalda. Cabrían allí mismo, digo ahora,
las cartas escritas nunca enviadas. Bellas
durmientes trajeadas con espinas de lo espeso.
El dedo de oro no lleva anillo
desmiente o afirma, testigo inclemente
como es, de la canción desafinada.

V
[Dueto]

Escribir te amplía la vida.
Soledad Puértolas

sin sobre

Si un as de corazón negro aparece al barajar
el mazo de cartas españolas
traerá del ausente la nostalgia

frailejón fresco de carnal e inusual jaspe
revelado a la hora de alzarse en inventarios

viene y va, idea fija que concentra el mándala
cántico bajito sin ahuyentar fantasmas
serpientes de la vela que dominaría la tristeza
al disiparse la llama en el edén de lo innombrado.

pólux y cástor

Ser pareja de esta otra manera
luna paseante entre los dos

Plantar el lirio azul, y llevarlo
como lo llevas atado al cuerpo
único día de tragar sólo el color

Pólux y Cástor
en el balancín de la rueca
torneando el punto inicial,

otro nacimiento

Himen y tránsito. Ráfaga
y destino. Aquelarre opalino.

Luz aún más incierta.
El revés de la hoja. Belleza
que dragas al consumirte

Aprende de la espesura
aún de la espera más allá del perfume
más allá en compartido espinar.

ISLA AÑIL

Cueces el añil y lo haces isla
al enraizar aquellos días
que lucen transparentes

y es así que te abres brecha

entre algas y pieles de mastranto
con la luz que recibes y
que guardas en la piel
braceando a contracorriente

entre los días sordos tan insípidos
sin acuerdos ni pactos al dormir juntos
acaricias y sueltas al ave
para que el satén sobre el sillón
recuerdo sea
y veas con tus ojos
otro día a la vuelta del espejo.

ORILLAS

A la orilla que me llevas
vaciándome me lleno
porque esas manos
aman otra geografía

así, en medialuna
encuentro entre cenizas
cuerpo al volverse selva
en lo alto y lo bajo
al descampado

anillada penumbra
si el ave agorera te ronda
pico de plata / alfiler de oro
andaluza entre tus ramas
puede ser que te cuelgue,
tal vez sí o tal vez no,
el collar de cuentas negras
a tu cuello.

POEMA CON BALLENAS

Nadar como ballenas
si poseyéramos su espesura
y sus cuerpos
latigazo
del aire al hacer burbujas
bajo la onda del agua

estallar en el aletazo
de la cola bipolar
aunque aflija la quietud

gemir alto del gemido
si la herida del arpón
atraviesa la garganta.

DEUDA

¿Te debo la ternura o
me la debes?

Es la deuda lo que anima
el prisma del afecto

Reciprocidad aspiras
como el alado abrazo
en el abc de los días
que ordena y hiere
al perder lo que creímos
astilla en lo permanente

Nada parece lo que parece

y, a fin de cuentas,
la ternura es el Búho
que mira
el Tigre al que temo
la Onza que en su lomo
me lleva es la rabia.

Araña, lo distante
que hurga el vientre
severa Serpiente enroscada
enroscándote
resistiendo al aullido de la Loba
en el anillar
insolvente de los días.

LA OLIVA VUELVE

La oliva lo arrima cada vez
que al nombrarla la desees

porque el viento hoy
acuna las ramas del olivo
en el mismo lugar
donde la diosa Atenea

sembró el primero
cumpliendo una promesa

La oliva quizás sea sólo semilla
en la boca movida por la lengua
de un lado al otro
torpe carozo que escupir
pero ella volvería entera
porque el corazón
escucha su memoria y hoy
en tu nombre yo la evoco.

OLIVAS PARTIDAS

Es lo amargo aquello que cuenta
y el centro el que lo encierra

abrirle un boquete y rellenarla
pintarle en tono carmesí
darle oxígeno boca a boca
asir su transparencia de cebolla
acostándonos entre sus capas
como si rosa fuera

ilusión, dirán
migajas de uno
migajas del otro

muérdela aguerrida
sin confiarte
plena y a sabiendas
que es lo que queda
del banquete.

ESLOVENIA

Eslovenia ya no es una postal de la nieve intocada
es un plato de sopa caliente que te brinda el camino
en soledad al acertar el número que trae la suerte

tanteas esa hora en que la oca acorta tu paso
sobre el naipe de corazón negro al lanzar la tirada
un dieciséis repetido nueve veces al atajo de los labios

cierta orfandad te arrincona en paisajes interiores
al ver como se pueblan y te pueblan sin descifrarlo
aunque luego vagues solitario o sientas lo errático

ese es el riesgo. Esta vez más que ninguna otra
la mirada de los amantes no se fía de la sonrisa
al aspirar la única ilusión perfecta del frío jardín.

EN EL SABOR NO EXISTE RETORNO

Cuando crees que la esfera es la toronja que no
albergaría los sentimientos que de ti emanan
encuentras la cereza para morderla roja
para sentirla intensa para hacerla tuya

una y otra, como si fueran la unidad
abres lo insípido en busca de ese otro sabor que ignoras
y crees embarcarte en un viaje sin retorno

limbo de atmósfera que es imán y cerradura
tiempo y honra del mismo sentido
quimera de esta vida hasta tu día último.

VI
[Fuga]

Las palabras siempre esperan a alguien real.
Rafael Cadenas

PARCA

Parca, a veces.

Como si el silencio alimentase
aún más el mirar que el decir.

La escritura insufla el picado
y contrapicado de cada palabra
para que encuentre lo mínimo
su espacio en el discurso
y sólo aquello que sea elegido
arme la piedra angular de vida.

Al igual que tú, seré dueña
de mis silencios.

AMARRADOS

Aguardas lo estruendoso
amalgamar en el gesto agazapado
noche fría de amarrar la boca
a una única palabra
que abra boquete al desierto
algo tangible que puedas tocar
dejar de ser sólo rumor

más cerca cada vez se aloja y envuelve
te rebobina
silba el recuerdo que soñarás luego
lo que no aguardabas ya en esta vida.

SOY LA ESCUCHA Y SOY LA OREJA

La onda del temblor (el escalofrío) amable o
desamable, complaciente o rebelde, es lo que escucha
el corazón, que va y se devuelve en resonancia:
el halago o la renuncia en la esperada voz.

Soy la escucha y soy la oreja sin mediar ni responder
a las palabras. La pulsión queriendo sobrevivir
la cruel tibieza del instante.

LA VOZ

Inmejorable, la voz nos trae de regreso
al que nos llama frenéticamente solo.
Hacer el recuento de lo dicho y saber que
más pesa aún lo no dicho
el esfuerzo por atrapar alguna palabra
sin saberle el color ni la tesitura
del apenas, es signo.

Ir colocándolas una al lado de la otra
despeinadas y abiertas al disfrute
tal como se expande la vista sobre las amapolas
en el paisaje al que volver querremos
en feroz intento por violentar la distancia
entre el ayer y el hoy del beso.

AMAPOLA

Una amapola se abre en noche para decir el silencio
es la fragancia que se expande
cuando extrañas a quien no traes en los labios
Pero no es lo único que nos dice
Hay que escuchar al fondo de la caracola
la parte más sensible del deseo atrapada
sentimiento dual que late incómodo en las sienes

Porque el sueño se vuelve verbo a mediodía
con la flor roja en la mano que la ofrece
deliciosa y desnuda en el vaivén
que cualquier mar vuelve proceloso
tal vez porque el azul sea lo compartido.

DE VUELTA AL ARENAL

En el camino más empedrado
en la excusa del alba
rechinar del silencio entre dientes

erizo, soledad, puente, ¿acaso
el espacio al que ya no vuelves?

Abro el paso del agua manantial
dejándola correr, buscándote
me tomaré el vaso que se llena
ahora que me dicen que tus pasos
han dado la vuelta al arenal.

a Esdras Parra, in memoriam

CUARTO

Lo que reúne, encarcela,
lo que también defiende
sueños del reincidir
en el placer
    sin pecado ni pecador

    Altares
en la tierra egipcia
la tierra de los mayas
en la tierra abonada
    de tu cuerpo

en la casa de las palabras
    el secreto
es nervio herido
que consigo eleva al otro

Palabra altar donde te inmolas
a la hora de despedirse
todas las veces,

    hasta la última vez.

FRONTERA

Alcánzame otra vez, embiste
ya la frontera vulnerada, ajena
inmediatez al ser una pareja
que deja el sudor de su cuerpo
en la atadura del amanecer
sobrevivientes al placer
que te socava el alma

Saeta disparada. Dilo y sé
diáspora y tensión que atrapa
el centro del sentido

El rojo es y la vena palpita.

NO TENGO CUERPO YA

No tengo cuerpo ya para amarte
Carnalidad de escuadras con huesos sepias
De una sola entrada que tiene la mirada
Peligrosa en el paso con tacones
Va el alfiler por el cielo
Bocado engullido
Míralo, míralo
Dicen que siempre va en el deseo.

EL SILENCIO ES VACÍO

Tan vacío es o tan vacía me deja
por más que atenta lo escudriñe
lo ande ajena a sus laberintos
él se abre inmenso frente a mí
tienta con tan amargas fauces
al preguntar lo que quiero saber
y al hurgar su interior rojizo
da con el cascabel el grito

el silencio es un vacío sin faunos
distancia con sentidos cruzados
más abajo o más arriba
ahora es.

SINO

A veces, es verdad, regresa a mí.
La nostalgia le llamo.
Roja como la flor, la misma forma.
En el árbol la veo colgar.
Y del cielo llover.
Hacerse entre los dedos nube.
A veces no se va.
Esos días tu nombre se hace rojo
entre mis labios.

OIGO PASOS LEJANOS

Vamos al capricho
acortando distancias
la chispa en silencio
nostálgica

al querer mirarse
das otra vuelta
a la misma luz
sobre la cama

los pasos, dicen
algo que temo:
«adiós»

zumbido turbio
a la hora agazapada
de cincelar
las sombras.

NUDO DE ESTACIÓN

nos luce oculto en la clavícula
así se clava como el aguijón lascivo
al centro de la flor
y dejamos que avance
como hacemos algunos días
urgidos de bondad
sobresalto en palabras graves oídas
estallido de la miel al sanar
como le ocurre al sesgo ciertamente
y al día de vez en cuando
y así, así nos hace frágil nudo de la estación.

BORRARLO TODO

Borrarlo todo con la misma paciencia
con la que se hizo la tejedura. Pieles.
Cada nudo hace la urdimbre. Andándolo
lo encuentras. Puede tener cierto parecido
a lo soñado. Borra de café al fondo de la
taza. Grillo de amor nunca olvidado.
Rosa del origami. Rendija por la que pasar
la mano al retribuir al menos la moneda
en la estación calcinante de los adioses.

TORCEDURA DE LA LUZ

Darle otras vueltas al sentimiento
torcerlo más aún para que diga,
afloje, con dolor florezca
y resistir su falta de luz

tomar la fe de todo ese pesar
y padecer hasta su última astilla

De oscuridades y peso cubierto
no flota pero asoma
el filo que queremos decirle
y en esa escama ves el zurcir
de las palabras, estiradas otra vez,
esquivando o traspasada la mentira

Si vendrá le preguntas
y los silencios que la alejan omite,

díselo, dile, a él.

TOMA LO SIMPLE POR EL TALLO

... primorosa escritura de los tallos
dictada por el aire.
ANTONIO MORENO

Qué nos puede librar de tantos miedos
si los dioses claudican
y traemos silencios contrariados

Cábala de los juegos en la espiga
indescifrada de un amor a medias
tómala por el tallo

Tómala por el tallo
y así bésala simple
así desnuda como se presenta

puesto que el alma tiene sus reversos
graves sonidos
que conocen muy pocos.

ZURCIDO

Salir. Al laberinto donde las uvas maduran.
Rasgar. Presionando el ojo de la grieta.
Herirlo. Más allá de las heridas, más allá.
Dedal. Al despertarlo incluso.
Medallón. Corazón roto zurcido.
El más acá y el más allá.
¿Alcanza la palabra el oasis?
El himen de este día que cavila
ser otro día, ser otro día.
Alcanza la mirada el árbitro seco
en días tomados por la nostalgia.
Ausencia. Nunca vuelven los pasos, callan.

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 2004 y 2009]

Nota bene

La ruta que han seguido estos poemas, y que de alguna manera los ha llevado hasta aquí, se debe en parte a los poetas que a continuación menciono, a quienes les estaré por siempre agradecida. En su estado de inéditos, algunos poemas de este libro fueron sometidos a la experiencia de disección con el maestro Antonio Deltoro y poetas tertuliantes del Café Konditori en Ciudad de México. Con cuatro poemas del libro entré al conjunto polifónico de veinte poetas latinoamericanos curado por Rodolfo Häsler, en la revista *La Poesía, Señor Hidalgo*, número 9, invierno 2005, dirigida por Juan Ramón Ortega en Barcelona, España. El poema «Espuma de lo íntimo» se escribió para la antología *Naturalezas del escribidor, ofrenda de amigos a José Jiménez Lozano*, editado por Alfredo Pérez Alencart (Trilce Ediciones, Salamanca, 2005). Los poemas «Diana, la cazadora» y «Obsidiana en el ombligo» fueron incluidos en *Poetas en blanco y negro. Contemporáneos* (Abada Editores, Madrid, 2006), compilados por Amalia Iglesias Serna. «Diana, la cazadora» también circuló en el compendio virtual serie Alfa, *Libre del Tigre*, que edita Joan Navarro desde Valencia, España. El inédito «Dame de ti la tarde» fue acogido por Jorge de Arco en la revista *Piedra del Molino*, número de primavera 2008, en Arcos de la Frontera, Cádiz. Agradezco a Eduardo Moga, por el paciente tejido que ha hecho de mis obsesiones en «La fuerza de la delicadeza», prólogo del poemario; y a Carlos Pacheco, por integrarlo a la Colección Papiros de Poesía creada por él, en la Editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar, en Caracas.

E. A.
Caracas, mayo, 2026

Corona mar

2011

a Ramos Sucre, Elizabeth Schön y Rafael Cadenas,
antorchas de mi andar poético

a Ludovico Silva, por su luz

para mis hermanos Ricardo, Enrico,
Reinaldo, Annella, Carlo y Patricia

a Stella María: patrona del mar

El mar adora a sus criaturas.
Carlos Vitale

¿Por cuáles filtros habrá llegado el mar
al corazón de las rocas?
María Calcaño

El cielo sin nubes es muy pálido
en el horizonte índigo,
que le pone un leve trazo de plata.
Iris Murdoch

Cuando el tiempo nos deje sin memoria
volveremos al mar.
Cecilia Domínguez Luis

Déjenme sumergirme
en mi mar imaginario
y sin embargo verdadero.
Eugène Guillevic

Hoy es mar

HOY ES MAR

Vivo de sombras puras
me inclino sobre el mar
como una torre.
Ludovico Silva

El mar reconcilia

Mece la incertidumbre
desde el mirador alto
a la luz de cocuyos recurrentes

Las sombras no siempre están

La resaca ya la traíamos
y te vuelves penumbra
sólo huellas entre las rocas

Olas abren la memoria visual

A tientas, la neblina
no es como te decían,
espesa más a medida que avanzas

Te salva *el cielo de Brahms*
el ojo de Leonardo
la bóveda de Miguelángel
el tigre imaginario de Borges
la torre de timón de Ramos Sucre

El mar es la única promesa
firme que se mantiene

El azul ultramar
besa la roca negra y desnuda:

Lo ha dicho Ludovico.

MARES REMOTOS

Frente al mar remotísimo que como luz se retira.
VICENTE ALEIXANDRE

Un mar que sólo es soplo
al interior cóncavo
separa esta hora
de la infinitud
raro reloj de arena
más proscrito que silente
filigrana de luz
nudo de pieles.

Un mar remotísimo
zanja la luna a los silencios
suyas hace las heridas
las cuelga de algún cangrejo
en lo caprichoso hurga
la razón del escribir.

Un mar que desconozco
con desgarrador oleaje
expurga despojos y silencios de nácar
minúsculos mensajes mordidos
bordes de la perversidad
en rutinas ancladas.

Algún otro mar
más susurrante que malherido
lo fogoso de la memoria azuza
con el orbitar nocturno
lima gemidos en la cuerda viuda
al estallido de las preguntas.

Silba lo negro. Apuntes. Plenilunio.
Piel de sílices. Hendedura.
Apenas *se retira la luz* nos hacemos
islas de otro océano.

Corona mar

Amargamente viva, quemadura de sal
del mar en que se nace.
Blanca Varela

El mar de adentro insiste afuera
arcano en su oscuridad
con su cuerpo líquido
abre bocas que no sacia
lame el firmamento
ata nuestro pulso al suyo
a su lengua,
imanta lo filoso
retornándonos
al origen
al triángulo inicial

Entumecidos sin forcejear
sí sol sí fuego sí sal
áspera ya te sabes arena
capas entre lo más antiguo
cuando leones y hombres
morían ante el tirano-rey
dentro de la esfera nadas
alzas alma y te potencias
desde el vientre materno

Uña que insiste y perfora lo débil
adentrando la carne del molusco
allanada la turbulencia de lo ruin
almácigo [turbio] de la sinrazón
silbas sílaba a sílaba el *yo océanico*
suspendida tragas la materia

lo lacerante [lo indefinible] el asco
pero es la herrumbre
la que alcanza la abadía
y con esos olores es que a ti regresa

La noche devoró todo acto salvador

–flotando apareciste en el mar de la Isla

un 31 de diciembre de 1978–
y enmudecimos
Y te atabas a las palabras
para reencarnar en algún acto que fuese
eslabón
en la cadena de la vida,
que para ti ya no lo era
con tu madre muerta

Bocas sin rostro resumen la maldita hora
las letras de tu nombre acopian y
forman un aro inmantado,
fantasma te hacen con sus soplidos
mordiéndole a la muerte
el lado que de nosotros
te separa

Quiero creer que tu cuerpo joven permanece
cercano a la gran roca
al lado de la flotante Ofelia
aquietados quizás entre nenúfares,
azulados relieves que nos dan sombra
aunque no se revele el cómo

La soledad fue siempre
prematuramente *tuya*.

Índigo. Espejo: el horizonte.
Trasluz en la gota de uva torrentes
filo de la cruel navaja
transparencia de lo inimaginable
Gotas de la vida o gota de la muerte
cerillas encendidas de lo alterado
peca que en la piel dicta el origen
de lo cruel
en letanías con la orfandad

La luna te mira te hace orilla
cada veintiocho días

Uvas
de
lo
sagrado

Boca de volcanes. Lava. Uva.
Sagrado el ritual que te desnuda
Y la avispa enerva el nervio

Digo: aún te espero

Cualquier tarde nos reúne
contradictorios o insatisfechos

La idea es volver a ser naufragio
o náufragos empedernidos
al tocar, rozar, lamer
con lenguas de lunas
sin tal vez

Trampas las que el mar ofrece
si atamos los presentimientos

contra el sol poniente se irán
sobrevolando el hueso roído,

cuando ya seamos *polvo*

Un mar interior separa
esta hora de la infinitud
de horas que se calculan
en un raro reloj de arena
silentes y proscritas
tatúan la piel con grafías

Un mar interior fiero
da lunas a los silencios
hace suyas mis piedras
colgadas de aquel árbol
que la infancia reclama
en olor de almendrón

Un mar quieto
con desgarrador oleaje
condena
al igual que a las débiles
conchas
con mordidos bordes
leves transparentes
en tonos *madreselva*
cuando frente al mar
aíslas un mundo leve

El movimiento es asta
enloquecida ola
que fatiga
y al ánimo estatiza

En el cuerpo
concentra
sus astillas
y con su vaivén
crea diminutas conciencias

Sol. Flecha. Sal de nácar
entre labios que sí besaste

Imanes en una corona
que la fina memoria
a la orilla del mar
devuelve.

in memoriam *y sin despedidas*
a Gerardo Antillano Armas,
primo hermano, lunas en mar

(California, frente al Océano Pacífico, 1992;
Morrocoy, 2003; La Guaira, 2009)

Poemas barceloneses

Tantos son los dedos que desatan la atadura
que no hay nudo que pueda ser llamado ciego.
Ausiàs March

La luna nos ha perseguido por tantos años
anillo de oro alrededor del árbol
quieto andas

habrás de hallarle lugar

Anoto para no perder
el apuro de lo andado

la piedra lo dice
yo sólo lo siento

me apasiono

porque si volaras como ellos
ese cuerpo que ya no te sigue
tomaría la forma del cuervo

Dejamos de anudarlo todo
impasibles
en la hora del mirar centrado

entonces fuego
entonces arder azul
serpenteando

Agigantados en el ardor
poseídos
como andamos
de otros nombres

quizá acaben con nosotros

Lo que muere
vuelve
se ata
sencillamente

al espacio que deja

Este azul tan brumoso
enfoca el ojo de la ternura
desatando otros nudos
amartelados

plateándose
como escamas
apiladas con esa paciencia

esperándote con la copa
y la nota única de un Stradivarius

¿Y si es el vitral
el que nos confina?

porque, míralo bien

nuestra mirada
asume

formas caleidoscópicas

donde el rayo de sol

devela

Los pájaros revolotean
la campanada del atardecer

¿recogerá el poema en el alma
lo que evoca?

Fluyendo el ruido del desorden

sin cascabel
ni punto
ni coma
no amarrarás la frase

aleteo de la palabra más espesa

Saben los peces de la fuente
estarse quietos

flotantes

a la espera

quizás el estanque pierda
la transparencia del agua

al borde uno mira al pez
que ya no lo sabrá

Si me extravío
por estas rocas ajenas
o entre tus manos
que el toque aguardan

mirarás *la luna*
pronunciando
la vocal abierta

emboscada del ritual

asirlas
zanjará

la límpida certeza

Frutas sin que el labio
muerda la esperanza

bordando el tramado
tejido que estalla

es allí:
borde oscuro

donde habrás

de encontrarme

(Plaça del Rei y Museu Frederic Marès
Barcelona/Catalunya. Mayo, 2004)

Poemas de humo blanco

Lo oscuro cerrado como un dios.
María Clara Salas

Al venir de vueltas por el mismo camino de piedras
ya no estabas,

la roca lucía la sombra que dejaste tallada en ella
y con mis manos evoqué el recuerdo del palparla

la colgué en el árbol cual granada expuesta al sufrir.

Dale la fruta al visitante dije, para que sacie su sed,
para que selle la gruta un nuevo silencio

La piedra lo recibe
Eso y más
Hunde y permanece
Serena
Allí
la alargas y la habitas

Sin papeles donde escribir floto
sin ataduras
a ninguna palabra

no puedo ni puedes evitarlo
ni siquiera nombrando
las cosas a las que más temes

y no es un asunto de silencios
en un jarrón por el olvido

es más bien una pregunta que
anda con uno y se impone

como si no cambiase de naturaleza
ni de sombreros
y creyeras haber ganado una ventaja
y tal vez así sea;

urgencia de país
de narrar lo amargo que nos sucede

La tarde sin abrigos
pesa cual otredad

Los autobuses parten
la línea del humo dispersa
los vidrios se empañan
sin espejismos
faltos de sonrisas
sin epitafios

¿Son nubes o plumas
las que revolotean
sobre ese cuerpo
inconclusamente
abierto
apenas insinuado
en la casilla
contigua?

¿El ángel o su lengua?

Nombrarlas desde lo hueco
a ellas, a las que no has logrado aprehender
ni al redondearles su centro de aire

darles la vuelta
y la vuelta otra vez
manida maniobra
rota y circundante
para certificarles
el origen

Quiero envolverme
en las más puras
purísimas nubes, si acaso
fuese posible

como si recién nacidas
provinieran del fervor
de la lava del volcán
que inicia la erosión
al perturbar las heridas

Cicatriz / lava / ingle

Una vez más,
expuesta al sereno
en su búsqueda,
fugitiva de tantas otras veces
pueda ser que en este ahora
al igual que tú
conciliemos
y como ángeles amemos

No era arriba,
tampoco abajo
pero igual no sé
dónde

(permanece sólo la mota blanca)
el lobo que aúlla
y las azuza

Dejas la puerta
abierta
pero
es más allá
es más allá

el toque.

Pregunto dónde
con la misma voz
que da

el quererlo

Si deprisa andas, no ves todos los huecos
pierdes la sensibilidad del tacto
y la partitura sigue siendo mal leída
y crees saberlo todo, pero
es fugitivo el dato oscuro

la rugosidad es la costumbre en cada uno,
cierta ilusión que perturba nos arruina
limita la percepción de lo franco

el dato oscuro es fugitivo
ante la blanca flecha que le reclama voz

Humo no es neblina
mas sí chimenea de fuegos fatídicos
fogata en la caverna del caníbal
orgía de múltiples olores
que a la memoria excita

o cuando cortan en trozos la morada cebolla
las pilancas de basura que no recogen
el monóxido tóxico al encender el auto
si abierta queda la llave del gas en la hornilla
o si el paseante enciende
el habano que yo me prohíbo

es el humo y la inmisericorde hediondez
el gas en la última escena de Sylvia Plath
lo que dispara el carrusel
lo que avienta la *campana de cristal*

punzante dolor
altas chimeneas en los hornos crematorios
en el poema «Fuga de muerte»
de Paul Celan:
humo memorioso lo que queda
de los cuerpos de sus padres incinerados en Auschwitz,
siendo que:
subirán como el humo en el aire
y luego tendrán una fosa en las nubes
allí no hay estrechez

es ese humo el que delata inexorable la sentencia de irse
del evaporarse del cuerpo al cruzarse la línea de fuego

Di, que lo cenizo es lo que irrita,
–el peso que sí tiene en la balanza–
que son duros recuerdos agolpados
para que nadie más lo pregunte
y el dolor arme nicho más alto aún entre lo oscuro

Noche no lo intentes otra vez
Cerrada la oscuridad sólo nos guía el viento

Desde que aprendes cómo se mecen los tallos

Los ojos sí mueven lo secreto
el humo blanco donde esté

En el laberinto se perfuman
con todas las interrogantes
ingenuamente se codician
auscultas así lo presentido
y lo ves andar con tal mesura
palpando la hoja temprana
accediendo íngrimo a ellas
adentrando su hiel secreta
si abierta estás a su ternura
y atento *el ojo a toda furia*

Aunque voy sin prisa
toma tiempo espiarlos
con su cuerpo de mieles
cuando huello espesuras
algunos misterios
que son frutas con labios

[sea Dios quien los mire]

Así nombrado
entre cenizas o sin ellas
crees tallar huecos a la penumbra
pero la pena va despacio
tan sepia cuando el recuerdo se destiñe
si bravío el mar agita los fondos
la arena perturbada y lo que reclamas
desde lo más alto de la ola
en el lugar donde círculo se cierra

(Caracas, 2 de abril de 2005 –noche en que murió el Papa Grande–;
23 de agosto de 2009 –madrugada con aroma de la flor dama de noche)

Poemas de la sed

oh sed
inextinguible sed
desierto sin salida
Georges Bataille

0

el tiempo azul ciega
dijiste al volver
recogiendo algún trazo
decías sí
aquí estoy empecinado
en calmarte

ciega el tiempo azul
que nadie nombra

1

tras la huella
el alcatraz miente
arena del brocal
donde anida
lejanamente

ala sin la huella
aún de lo arbitrario
cómo saciarse

2

fingías la sed
y no podía complacerte ni complacerme

3

pero la arena es más blanca que el áspero arenal
que me esconde de ti

4

brinca y bríncame
de boca he tomado el aire que alimenta este ardor único

5

no va a ocurrir lo que temes: el olvido igual llega

6

si desnudarte era lo temido ¿qué haré ahora con el resto?

7

quedo a solas con la palabra: un deseo que también se
deshace de nosotros

8

vértigo del que vuelve y no reconoce al que deja
cree interrogarlo en los detalles que algo le dicen
pero allí sólo crece la maleza del asombro suyo
una palabra bastaría ¿pero de qué labios saldrá?

9

amurallada en la habitación que se ha ido vaciando
la sombra dice que el eco repite las mentiras
y no le creo, aún no le creo

10

tendida es la sensación repetida y
olorosa, impertinentemente posible

Sombras blancas

Es otro lugar, algo que se mueve
más rápido que el ojo.
Paul Auster

ASIR LA POSTURA incómoda
que en el cuerpo va quedando
tan impune como el vaho de la tarde
desplazados del lugar
vamos errantes como sombras blancas
trajeados con el eco de los silencios
donde mirar hinca en el sin lugar
buscando otros ojos
otras *oes*

¿QUIÉNES además de mí
andarán sedientos
acumulados
dolidos
sobre su huella azul
desanclada?

DISCURRIR O disculpar
las ausencias repetidas
no es asunto que busca
develarse,
es la ausencia misma
en el corazón del otro

DEAMBULAN erráticas
el tono rosa las diluye
cual beso en la mejilla

la paciencia del tejer
algunos nidos
con palabras pulidas,
más ovales en aquellas tardes
cuando quedan sin alas,

fieles ellas cruzan,
y hacen el gesto del adiós
al voltear la esquina,
sin devolverse jamás.

PRIMITIVAS en su sed de tierras baldías
unas y otras, todas con espinas
todas tras el ardoroso color rubí
son convertidas en tunas
[círculos de abandono]
porque el errante no alarga la estadía
haciendo la noche esclava del capricho

SOMBRA GAVIOTA, apenas nube
fabulación tachonada
en cielos sobre el mar muerto

SOMBRAS BLANCAS que se azulan durante el celo
escarban danzando el adentro,
profusamente hacen cóncavo el vientre del pez
en cada quien

(Madrugadas, 20/11/2006 – 8/12/2008)

Poemas oscuros

Es el sonido con que suena la soledad
en la soledad.
Roberto Juarroz

Sed,
cual sombra encubierta
más allá de ti abrirá
rizado y áspero treyolí

Deja que vuele
sin llamarla
haz de ella
fogata
y tal vez olas

Te aguarda: daga de los días
en que la luz irrumpe
contra sentido
y hallas la mano entre escombros
forjas una manera de cavarlo

Se hinca
en el alma.
Tachadura
de la hora.
Huye de mí,
otra vez,

nada sé
y lo sé

Coartada
dime dónde,
cómo, cuándo

Abro la caja:
ya no están
los duendes
ni los *samurais*
pero sus ojos sí

Sol. Compañero
de viajes. Luna.
Armas itinerario.
La soga de la hora.
Al día son cientos
los que parten,

como los delfines

el mar los espera
infinito nuestro

La luz no desaparece cuando
el oído substituye a la vista.
Las ideas la absorben,

vagan, pero vagan no en vano

No es harén, es alguna dualidad,
y no del azar

Nimbos y olas

TRÍPTICO DE NUBES

El mar en humo se hunde
Giuseppe Ungaretti

NUBE I

Diminutas, amalecitas, silentes
cabalgan hirientes en ojo y alma

Son hilachas singulares

otra infinitud
rasantes esmeriladas
pacientes
aún al penetrarnos.

NUBE II

Humo y esfinge hacen altar
doble en la caverna, quizás
buscando la boca del coincidir.

NUBE III

Va el nombre del ausente tan alto
sin hallar correspondencia
ni cuerpo entre los surcos de la tierra

hallar la manera de invocarlo
sin manosear la llama que lo alumbra
hasta hacerlo presente:

Llévalo contigo, hazlo armadura.

NIMBOS

Mañana que desbordas del cielo,
la más verdadera riqueza y tú nimbas
¡todo aquello que tocas!
EUGENIO MONTALE

Entregaría la última palabra
como quien toma
una última gota de vino,
a sabiendas de que su paso por la garganta
abriría la pulsión y la pregunta.

Pero ¿quién es el que viene en la copa
que ahora la ofrece?

Nunca se está seguro de nada. *Nubes*.

El bosque sólo es sus sombras.

El caracol nos sobrevive. *Nimbus*.

Ninguno de los dos

agita ya sonidos en sus oídos,

pero *il mare* colma

embaulada en el corazón-laberinto.

Vuelven. Regresan. Arman residencia

con palabras bisílabas. *Lengua*.

Aunque dicen

haber olvidado, sorben el tono azul del fondo

y lo entregan dibujado en la servilleta blanca.

No pozo. Ni nube trascendiendo. Apenas

visiones que con *verdor-añil* damos por ciertas.

(En vuelo descendiente sobre los cielos
de Panamá: un 7/10/2007)

TRÍPTICO DE LAS OLAS

–¿Conchas, líquenes, cosas así?
–No, olas.
–Eso dijo: olas.
ALESSANDRO BARICCO

OLA 1

¿Puede la rosa ofrecer
un aroma que no sea de mar
cuando se ama?

Anudarse
con el tacto
en cada ola
sin repetir
la pirueta
en el aire
justo antes
de que pase.

OLA 2

Pensé haber traído el libro
ya autografiado para ti, pero la tinta
se derrama de forma diferente
después de la presencia.

OLA 3

Lo real
alumbra tanto más
que el sueño
pero menos que la ola.

Saltos orgánicos

El vértigo es la primera
herida del abismo.
Andrés Levell

SALTO UNO

Orgánico donde boca es templo
lluvia-óxida de granos abiertos
antorcha que enciende lo nuevo
aro plateado del mirar agudo
arrancas malezas a la primera herida
a los bordes del órfico abismo
sol-dios
dios-luna
voces anteriores que nos alumbran.

SALTO DOS

al *yo*
al *tú*
alma-raíz de lo orgánico

cuando el espacio blanco
es salmo y nombra
el centro de lo que duele:
el País.

Terredad que direcciona.

con y para Eugenio Montejo

SALTO TRES

Orgánico
donde boca y templo son
raíz del astro
Organicus
de la voz y de las cosas
Organista
del cosmos desordenado
Orégano
con cabeza de verdugo
Corona
de los sonidos desgarrados
pedaleas *el cristal nervioso*
que concentra tantas lápidas.

Dos nombres corolarios:

Anna Politkovskaya
[Periodista y activista por los
derechos humanos, 48 años,
murió tiroteada en el ascensor
del edificio donde vivía en Moscú
el 7 de octubre de 2006]

Benazir Bhutto
[Ex primera ministra de Pakistán,
54 años, falleció en un atentado
en un parque de Rawalpindia,
el 27 de diciembre de 2007]

(otros tantos, que no olvidos...)

El abanico abre furiosa garra
contracielos con nubes desbandadas
claroscuros lacerantes
sobre mares oprobiosos de lo injusto
el pie busca el último salto.

Epílogo

Como no sé escribir con palabras
escribo con la luz
Daniel Mordzinski

DEL LABIO A LA ILUSIÓN

i

Labio
que induce
la sed
lúdica
en el otro.

Estación.

Abrirse paso
por la trocha
sin señales
ni ventajas
íngrimos
a pulso.

ii

¿Cómo se atraviesan

los tiempos sin ilusiones?

iii

¿Cambia el mundo?

¿Cambian las preguntas?

Quimera de la razón insostenible.

iv

Volveremos a encender antorchas
a orillas de los mares alcanzados
braceando [buceando] tránsfugas
[de cuerpo oceánico a cuerpo luz].

Queda al menos uno: el Arquero.

Centinela alerta de los naufragios,
juicios y casos con humo negro
de la historia filosa convocante de
ciertas verdades aún por escribirse.

Al igual que la cesta la marejada
vendrá repleta con tales cuerpos:
peces azules, ortigas de luz, pieles
resquebrajadas por soles negados
que los atlantes han sostenido:
alzada bóveda del infortunio.

Salve el poeta la palabra.
Corazón de la roca.

La piedra y la daga muevan el tiempo
y sobre el mar renazcan todas las formas.

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 2005 y 2010]

Sin negativo ni estaciones

2012

a mis amigos Carlos Cruz-Diez y Gerd Leufert,
creadores visuales inclusive de la fotografía

para Ricardo Armas y Luis Enrique Brito,
dos favoritos y cómplices del encuadre

a María Clara Salas, Cecilia Ortiz, Michaelle
Ascencio, Yolanda Pantin y Ana Teresa Torres,
amigas entrañables en el hacer creador y la vida

a María Teresa Boulton y Paolo Gasparini
por la creación de la Galería Fototeca (1977),
lugar donde trabajé y me inicié en la pasión
por la fotografía de autor

a los amantes del detenerse y mirar

Recojo mis fragmentos uno a uno y prosigo sin cuerpo,
busco a tientas, corredores sin fin de la memoria.
Octavio Paz

Todos quisiéramos comernos nuestros días
cual pan inacabable y que eso fuera todo.
Fina García Marruz

Acepto que las estaciones me usen.
Arthur Rimbaud

Luna Cornata

portal

Hay dos personas en toda fotografía:
el fotógrafo y el espectador.
Ansel Adams

Lo fácil no. No lo es. Ni leve ni dócil.
Crecemos en el brote nudoso de la hoja
leaves conflicts
conflicts leaves

Sorbo a sorbo
lo sufrimos o lo bebemos,

sorbo a sorbo
digo: –entra,
cascada de tornillos sin treguas ni luna llena

dejo que vuelvas
anillado en la montura del día,
con la bandana amarrando tu cabeza,
digo: –descansa,

en el ahogo.

Quedarte en silencio,
absoluto
penetrado,

o mirar al otro lado
y arrancarle sonidos
a lo oscuro,

calar en la palabra.

Se mira a sí mismo

más allá
hace de sí
un sonido inquietante,

quedarte volteado
en des-concierto
engastado, tal vez

aquel puente
que intentas a pie
sea arco tendido
a la esperanza.

Desnudo: puente
que has de construir

arco puente del herido
iluminada consciencia:

reúne los fragmentos
para volver a ser
lienzo y pincel
lente y negativo
papel y orimulsión

estalactita,
palabra positivada
que dé sentido.

Que sea la almendra
el sabor desnudo de los días,
así agite en ti
los grises perturbados,
ese doblez de la hoja
que inevitablemente
cae.

Momento efímero / momento decisivo

Hacer una fotografía es alinear la cabeza,
el ojo y el corazón. Es un estilo de vida.
Henri Cartier-Bresson

ALA FORJADA

Que la reminiscencia ahueque el metal
y le dé pertenencia al forjar sus alas,

la liviandad de Ícaro se te dé
en la puerta chica abierta a una mayor
a la que se teja el acertijo
que te hará nocturna,

habítala entonces,
zafándote de todo lo que has acumulado
hasta la única hora en que el postigo abras.

(a partir de una imagen de Ricardo A.)

RITORNELLO

A veces, es verdad, regresa a mí.
La nostalgia le llamo.
Roja como la flor, la misma forma.
En el árbol la veo colgar,
y del cielo llover.
Hacerse entre los dedos nube.
A veces no se va.
Esos días tu nombre se hace eco
entre mis labios.

COLMADA

Tómate el tiempo
de pasar los cerrojos
de calmar a la virgen
de espiarlos sin mirar
de hervir la misma sal
de tomar el caldo tibio
de soltar toda ancla
para dar cuenta de ti.

DILACIÓN

¿Quién soy al despertar?

¿Qué parte de mí era esa del sueño
que apenas recuerdo?

Fugacidad que no puedo nombrar,
todo precipitadamente huye
quedan pocos lugares
alterados los recuerdos
en un hoy como hoy descarnado.

EL HOY

El mar reconcilia en la costa de Araya.

Mece la incertidumbre
en lo alto del mirador
con la luz del faro
recurrente,

la resaca la traíamos...

y te vuelves penumbra
con la forma de un pez,

y entiendes que la neblina no es
como te decían,
espesa más a medida que avanzas.

El mar es la única promesa:
el hoy que aspiras.

con J. A. Ramos Sucre

APAMATES EN FLOR

Dame luz
¿acaso puedes?

calla si no,
y alivia tus alforjas,
de pertenencias inútiles
trae el vino en el ánfora
entre flores silvestres
recién encontradas
en el camino hacia mí,
y de sandalias
sin evadir el polvo
de cabello suelto
para que en el almíbar de la flor
levitemos la plenitud.

Para que no nos talen
nos sembraremos a la sombra
de los apamates,
y envueltos en su rosado frágil
tierra nos haremos
filtrada memoria
sin el amago del amanecer.

a Clara Janés

AVE

Este 2 de junio me increpa
pero, ¿qué ritmo me adviene
este nuevo año, intrigándome
la suerte de esta vez?

qué inusual la piel de la tarde
en contraste con el color de mis labios
sombras proyectadas sobre el pastel:
la tarde, la piel y las migas
dulces de mí en el plato

(no es lo mismo comer que besar)

pero lo que se escucha
es el graznar que las agoreras lanzan
su repiqueteo en mis oídos
soplado ritmo,
cuando ya no sé
si el ojo que lo mira es mío
o del ave.

a mi madre, celebrándola

DESARRAIGO

No es igual irse a permanecer.
La raíz confina nuestros pasos.
Lo extrañamente ajeno viene abriendo cauce.
Admite su fragilidad
el agotador vaivén cuando intentas preservarlo
en ese volver con las manos vacías
con la vista puesta más allá.
Ahora sabes nombrarle *desarraigo*
resonando sobre las baldosas flojas de tu calle
a la misma hora de la partida.

Sólo tú los reconoces
en su asomar desafiante en este septiembre
cuando cuentas los rostros de quien se fue
de quien no llega,
de otros que se alistan para partir,
porque todo ya les es extrañamente ajeno.

con Álida Ribbi

LA PODA

Qué silencio franco ordena el alrededor
salgo descalza
a curiosear los azulejos en el jardín,
algo nuevo en su revolotear me dicen,
doy vueltas al enjambre como tórtola
y el frágil asombro
encapsula mi pulso a la hora del temor,
y apuro el paso para ascender la espiral
de fuego preguntando por el amor,
por la baldosa que al piso le falta;

El musgo luego agosta mis pasos...

Y se dice que podar es necesario
pero observo la poda
y pienso que al árbol le despojaron
su vanidad,
verdaderas mutilaciones
hacen de su cuerpo asimétrica forma.

Veo el nudo
        el hueco
el ojo sordo
        la falta de brazos y piernas

en esta y otras podas, y pregunto:
¿quién responde por la poda?

PIEL DE OVEJA

Descalza como carmelita
las plantas frías de los pies
posan sobre la loza en el cuarto del santo
(Assisi con penumbra es la tuya)
obrando en ti el silencio
salmo con el que apartas la tempestad
hábito que haces de la tarde
capricho a la hora del orar
hincada ante el altar se te nublan los ojos
piel de oveja colocas a tu cuerpo
porque el azul de la llama ya es alma.

a AAA,
en el 90° aniversario de su nacimiento,
un 6 de agosto de 1921

DANZA DE LOBOS

Que el viento deshaga lo que otros arman con desdeño
entre silencios que no son tuyos,

los magos encienden antorchas para salvarnos
cuando noche y rojo eternizan.

Sufre la poeta mayor que sola se queda, con sus fantasmas
con su mirada azul cargada de nostalgia y belleza,

quien nos llama y nos lo cuenta con la pena de su voz;
cosa cruel para quien ya no controla su cuerpo.

Por el noticiero de la noche en televisión, me entero
de su muerte en su casa de Los Rosales, hoy 15 de mayo de 2007.

Al día siguiente, igual acudo a la cita.
Me dicen que ya se la llevaron.

Me quedo dando vueltas por el jardín,
me siento en el banco en el que solíamos leer poesía,

me quedo quieta,
miro hacia la altura de los árboles buscándola,

una ardilla cobriza asoma su pequeño hocico y
mira hacia donde estoy yo,

y sientes que es ella, la bella, la traviesa (la maga
que recién se fue siguiendo a la estrella que veía desde su cama

en la lejanía del cielo) y la ardilla se despide mirándome
por última vez, como sólo lo hacen las almas poetas.

Nadie duerme mientras afuera danzan los lobos.
Penacho con plumas lleva quien domina la naturaleza.

Sobre mi cabeza estaciono la fuerza de los elementos
que con su canto conjura el cristofué.

Leo tus poemas en voz alta, una y otra vez.
No tengo otra despedida.

Ardilla, tú.
Aullido de lobo, yo.

para Elizabeth Schön,
en el 90° aniversario de su nacimiento,
un 30 de noviembre de 1921

ZAPATO

quien se quita el zapato no es el mismo
del que por la mañana lo colocó en su pie

la tensa nitidez de lo vivido suma fragmentos
imborrables avisos para otros

quien dijo venir viene pero quedas vacío
si aquel aliento que anhelabas no trae

quien mitiga la tarde con la luz lenta
al voltear el rostro se despide cual girasol

en la hora minúscula del té no fue sincero nadie
órficamente ansiabas que alguien lo fuese

darás palabras a la vida que ante ti pasa
y humo se hagan las cosas que también pasarán.

FONDO BLANCO

Si deprisa andas no verás la simetría de los huecos
perderá el tacto la sensibilidad en lo rugoso
y la partitura seguirá siendo mal leída
es el error de creer saberlo todo, pero

el dato oscuro es fugitivo

la aspereza hace costumbre en cada uno,
nos perturba nos arruina
limita la percepción
de torpedo de lo franco

el dato oscuro es fugitivo, ante

el fondo blanco que le reclama alguna presencia.

CÓMPLICE

La cámara fotográfica
por tantos años
accionada
                no registró
acontecimiento alguno

Era un ser errante
(enervado con la vida)

Directo
(sin pensarlo dos veces)

Sus acercamientos
(tiene lengua tiene uña
ojo y corazón)
quemaban,
salvaban al otro...

Implicado
(acertó a imprimir
en el negativo de plata
la carnalidad de aire
con la que vivía)

a Sebastián Garrido, in memoriam

DEL ARCO QUE VAMOS SIENDO

Un hombre
lleva
su rostro
interior
cada vez
más desenfocado

su paso arrítmico
al final de la tarde

curva sus deseos
que declinan
en voz y pulso

llave gastada

este hombre
instaura
la plegaria por
el día sucesivo
despierto o dormido

uno y otro
llevarán
rostros
estirados en el arco
que vamos siendo.

EN EL ÁLBUM

aún sin la marca de la fecha
las fotografías
son pruebas irrefutables
de realidades que ya no vemos;

imágenes frágiles
químicamente fijadas al papel
disparan el gatillo del indagar
el sol secreto de cada ser;

a ellas volvemos
a su atmósfera envolvente
desposeídos ya de otro cuerpo
desleído hacia los bordes;

si alguien nos recuerda
seguimos siendo,
aunque seamos apenas
la antena de algo,
muy poco de lo que fuimos
en la cúspide del arder;

sin negativos
ni estaciones
nos hacemos tiempo de papeles.

a mi hermano Reinaldo, también fotógrafo

Linotipia

No puedes depender de tus ojos
si tu imaginación está desenfocada.
Mark Twain

HOJILLA DE ORO

Lo que se ve es apenas ilusión. Fragmentos.
Aguja en mi sordera. La noche serpentea
los conflictos, el miedo a la orfandad. Miedo
insípido que le tenemos a toda muerte. Fruta
de la estación, aroma de café, agua temperada
y pan de centeno para ayunar al ordenar los
sentimientos rasgando la ofrenda que me traes
haciendo de la brújula un riesgo, apreciando
los olores de lo amargo o lo más dulce que
nos tienta. Tenerte a ti mismo a la mano en
la experiencia de hilar los vacíos que has ido
acumulando sin quererlo en la mirada fría
pues al fin de cuentas sólo tú lo sabes.

SINFÍN

Ya me lo decía la luna creciente de anoche
anillada con la luz roja que hace tanto no veía
paso a paso habrás de andar lo inanimado
ese desierto con textura de cuerpo femenino
calle de piedras con las charcas de la lluvia
o aquella plaza donde la fuente lanza su luz
si los niños patinan y montan las bicicletas o
desovamos en el aro sin fin de los encuentros
mientras otros aguardan aún más sedientos
internados en la caverna de los nadadores.

LO QUE OCURRE

Qué signo el del día triste que por torcedura nos arruina el día
Cómo lame o mece su nostalgia del laberinto con alegría plena
Apenas da la bienvenida al sutil sabernos de otra manera
Sin intriga da paso al filoso ir y venir del *dudante*
Tal vez sabe que de vez en cuando ocurren así los días.

¿QUIÉN?

Sobre la ola del tiempo somos cada vez más torpes
sin divisar el filo que cuece el horizonte de los días
creíamos haberle ganado la partida, pero no es así,
lleva el rostro demacrado y despacio nos interroga
traga el mismo polvo, ese que fue polvo de estrellas
pero, ¿quién lo reconocerá? Así de barbas blancas,
sin lentes ni fragancias ni letreros de neón ni velas
que lo alumbren tejiendo la manta para cubrirnos.

ELLA, AVE

El añil se cuece al fondo de mis ojos
cuando tocarte quiero en la distancia
en el espacio donde te haces fértil cuerpo
sin mandamientos ni pactos
arraigando el azogue del inquieto día;
y allí, en esa isla del resonar y del reflejo
alcanzarás a verme en la trampa de luz
con el satén helado que no ocultan los pezones
con los nervios aliterados por la espera
y por el tiempo demorado de la música;
y no voy a reclamar si sueltas las aves prisioneras
y el satén sobre el sillón queda como un recuerdo;
porque escrito estaba y está el otro día, el quieto,
en el que verás, veremos con ojos propios
la quebrada vuelta de la imagen al espejo.

ÉL, PIANO

Mirarlo interpretar la partitura
acariciada cada tecla del piano
al oprimir sus dedos la corchea,
el estímulo entra a la médula y
empequeñecemos otra vez como
siluetas apiladas en la fotografía,
y miramos al fondo del cedazo
el esqueleto de lo renombrado
lo que iba a ser y siendo no fue,
y ahora tecla y tecla suenan
alternando lo suave y lo estridente
en la encrucijada de lo huérfano,
mientras fuera arde la ciudad
y sobre el *afinado* piano
late aún la tecla,
imagen-vena:
el corazón
del pianista.

a Ansel Adams, pianista antes que fotógrafo

SIN CERILLAS

Me han dicho que por el bosque no las busque.
Tampoco las he hallado en los bolsillos del *jean*.
Filosa grieta que expone la duda interrogante.
Cae la duda en la espalda del que está por irse.
Para alzarla la viertes como esperma pero igual
no alcanza a convertirse en cerrilla de iniciación.
Lo que nos aclara que no existía aún el fuego
entre quienes andan sobre deseos mutantes.
Callan. Callamos. Así se redondean los vacíos
que de encenderse las cerillas nombraríamos.

TIEMPO DE ESPERA

Lo que importa es el instante.
BEBE

Al igual que la marejada la cesta viene repleta de vocales y consonantes.
Peces azules, ortigas de silencios, objetos sobrantes, soles descarrilados.
Vuelta y vueltas, colgadas sobre la espalda del contorsionista. Pespunte.
La página pura y simple como la sal. Lo cenizo interrogado otra vez.
El *tiempo de espera* es volver a renombrar. Pulir la superficie de hielo.
Llama ardiente transformadora de lo dócil. No abrigues la soledad, sé.
Orla en el territorio arenoso de lo inenarrable. Grano a grano, goteas.
La caricia andante, imaginativa, subversiva, a solas. Abiertos girasoles.
Eso busco. Lo cruel es el instante. La penumbra de la palabra asomada.
Luz para que su alma calce por fin en su sombra. Labios sobre labios.
Caminando por la ciudad que ahora desconozco cazo escenas callejeras.
Insectos. Huellas en vitrinas. El vaho del aliento en el banco del parque.
Vuelven ellas al arrancarles la piel. Punzante esplendor. El látigo deseo.
Peces saltando. Caballos galopantes. El gato ovillado dentro del zapato.
Cuando regreso estoy callada habiéndose agostado el tiempo de espera.

CLAVÍCULA

El orden roto. Los nenúfares calvos. Alambres-preguntas.
En sandalias los pies quieren tomar la senda indescifrable.
Podríamos hablarnos entre-sueños y así hacernos silentes.
Desclavo algunas fotografías del corcho. Lavo los vasos y
me regalo la promesa de la transparencia.
El manojo del tarot no consulto por temer lo que interroga.
Anudo y anudo la trenza de lo que no va bien a la procura
de liberar, airear, sortear, agujerear, exudar.
Croen los sapos. Deshago espigas de la palma y miro arriba.
¿Qué hilo tensar qué ola remontar qué ponerle a mis pies?
La lluvia habla de prosperidad y, en este momento de caos,
mientras ella cae quiero creer pero el alfiler de lo destruido
clavado está en la clavícula de *unos y otros*.

CAVADOS

Escribirlo en cualquier mesa
donde la palabra cave origen
punzada grave del que grita
el uso diario del vocablo,
altavoz ahora
cuando alguien alza oídos
al dolor de país.

(Oslo, junio 2009)

ESQUELETOS

Se iba quedando callada
hasta que la sombra espesa
se hizo cuerpo tuyo.
VICENTE ALEIXANDRE

Quizás ningún momento sea repetible.
«El presente es lo único que tengo», dice la canción.
La fugacidad de lo irrepetible es otra marejada.
La línea que nos separa del cielo nos hace tangibles
ocupados como estamos de calibrar los pasos,
y trasiegos acertamos o erramos en lo desarropado.
La noche huele con un olor distinto. La duda flota.
Salobres lamemos el cuerpo de ese otro que llega.
Punta de luz que sobreviene por encima de olvidos:
esqueletos ¡levantaos! para hacer por ellos el mañana.

a Juan Carlos Palenzuela, in memoriam

Días labrados en la hora de arena

Que la escritura no contribuya a armar la máscara.
Roberto Juarroz

Los días labrados en la hora de arena
no se cuentan de la misma manera que los otros.
Hay un desconcharse.
Un descorcharlo.
Un abrigar la ilusión de la mano tibia.
Aguja que todo lo zurce.
Vuelve el antifaz de la renuncia.
Nombre has de darle a la gacela que pasa
entre las nubes a la hora del adiós.

Ni lo temido te protege ahora.
Suena el claxón:
la hora límite para que abordes el barco.

¿Qué llevas y qué dejas?

Puedo llevar la perla negra encofrada;
regalo de mi madre, de los antepasados, de ti,
pero igual le temo al partir.

¿Me pregunto si las voces me llamarán por mi nombre?

No renuncio a creer en los otros.
Un gesto de bondad debe levantarse en la hojarasca.
El amor es antídoto.

Monto la cafetera.
Aromático el vapor despertará en mí los sutiles recuerdos
de otro tiempo
(*en el que éramos felices y no lo sabíamos*, como lo dice Beatriz).
Monto la cafetera,
esta vez tarda en subir lo espeso del negruzco líquido.
Espero por el vapor, por el olor: el recuerdo
del café servido para dos.

Injusta es la vida.
Los seres nobles son los más frágiles.
Se van de primeros.

La hora a esta hora es más solitaria en casa.

a la entrañable Esilda Morelo

La sirena de cal fue devorada por el tiempo.
Ya no está. Volvió a esa nada de la que un día surgió
foto-cromáticamente torneada por tus manos.
Ya no está. Volvió a ser polvo fugaz, o algo así.
No era yo la sirena, pero me hubiese gustado,
aunque de arena errante fuese entre tus dedos.

Reconstruir las horas
es agotadora tarea que se impone.
Tardaremos igual rato en apagar
las velas en el acampado
cuando hiele algo en lo más hondo.

La vida tiene sus rincones.
Accedemos a ellos como gatos al sillón.
Sin etiquetas es laboriosa tarea ubicarlos.
Orillas tu cuerpo abriéndole esquinas
en este momento de heridas.
Minúsculo suceso el grano despuntando
alguna verdad hecha secreto,
a la incierta hora en que nadie la espera.

Rebautizar al minutero ¿tendrá algún sentido?
La bala se aloja en el pulmón, en la ingle, en la axila.

Quiero creer que las sillas reconocerán nuestras espaldas.
Forma de apagarnos como colillas en el cenicero de los días.
Ellos lo desconocían, ahora lo saben y lo retratan.

Y yo ¿lo sueño o lo visualizo sin la apertura de los párpados
en un tiempo que sólo puede medirlo el reloj de arena?

Desgranados exhiben sus dientes desiguales.
Simetría rota de las horas.
La barba entrecana que dudas en lucir te ennoblece.
Certezas en el cuerpo a la hora del latir por las ideas.

Margarita dice que no me asome más a la ventana.
Que deshaga las vueltas del tejido de la misma forma en
que el canto del ave nos hiere en cada amanecer...
Y ensarto la aguja con el hilo del cedazo de lino que me
regalaste antes de partir y cada puntada lleva el nombre
de lo que se va olvidando y, al entrar y salir, graba la imagen
puntillosa del paisaje que se ha ido desfigurando dentro.

Cuando te miraba a lo más profundo de tu mirada
la medianía del cielo se hacía enaguas en mi corazón.

Caja de negativos encontrados

Si tus fotografías no son suficientemente buenas,
es que no estás suficientemente cerca.
Robert Capa

VOCABLOS ORGÁNICOS

Estar cerca del sonido de las palabras
clama tu página de papel biblia
y retornas a ellas al silbar el viento
con la quietud del errante

y las crees frágiles y las acercas a ti
para abrazarlas simples como son:
vocablos escuchados en la noche
con tibieza y desnudez

y dispones quedarte en ellas
colgarte en su habitación de luz
soplarlas con carbono volátil
ahuecadas o sonoras, vibrarlas:
pues cuerpo hace la piedra que cae

y ellas, orgánicas, caen
cuando rozan lo aleatorio,
siendo aspas voraces
rivalizan elásticas con
sus sonidos cónsonos

pintarles ojos, nubes, bigotes
hasta hacerles disfrute vibratorio
y con la mano de seda quitarles
la cáscara grave del azul cóncavo:

lo íntimo duele con sonido orgánico.

a Matías

NOMBRARTE ROSA, RO.

El abismo introduce su espiral en una voluntad.

D. A. Freher
Paradoxa Emblemata
[manuscritos S. XVIII]

Libre la rosa entrega su centro.
La asedia el lobo y la espina.
Tiene la suerte de su celo. La del rosal,
que confiesa ser y razón
y los confina.

Nombrarte Rosa a ti, su obsesivo vigilante
que la disecciona y le enumera los pétalos
atándoles la quimera.

De la rosa en el rosal haces templo
voluntad, del rocío a la resurrección
en la vigilia del pensamiento
con soledad de zorro.

Nombrarte es abrirle centro a las cosas
pues blanco y rojo nacen de la misma raíz
cuando aguijones y heridas hurgan al solitario
que elige la penumbra como sol de sus días
sin otra contemplación más complaciente.

Libre, tu cuerpo se entrega
a la hora huérfana que no fue de otros
sino de la rosa azul y fugitiva que perdura
en quien la retuvo alguna vez,
y alisó su crin de posesión y fulgor.

a Roberto Obregón, in memoriam

TUL PÚRPURA PARA REVERÓN

Boca roja
boca que me acongoja
abierta
vagina
vulnerada
cosida
con los hilos
del instante
como si boca y púlpito
pudieran
contener tanta furia
en las tinieblas
del castillete derribado.

Tul púrpura
para tapar
el provocado sexo
en las muñecas sepias
de Reverón.

Están allí o aquí,
puedo tocarlas
antes de partir,
yo, porque ellas
se quedan
cosidas, aéreas, mágicas
nostálgicas
desde que han quedado
huérfanas
sin Juanita
viudas
sin Armando.

Con sus bocas ovales exclamativas

en ellas vemos la otra desnudez
la que cuela el alma
cuando vuelan, vuelven
a ese templo
que ya de pura arena y no aserrín
sólo en la memoria sobreviven.

Misericordioso el instante,
que alumbre
la luciérnaga.

a Luis E. Brito, apunte en su exposición en Galería Zero

PALMA BENDITA EN CHACAO

El Cristo sangra. Su perfil de ojos cerrados
y su boca
exudan un dolor agobiante,
látigo corona clavos cruz *stau.rós*
cinco llagas antes de la resurrección.

La edad es textura de piel. Una oscuridad
clavada en la mirada culpable.

El rostro en blanco y negro emerge del fondo
visado sobre el cráneo del tormento. *Rostrum*.
Brillo aceitoso: incertidumbre y acento
del sufrir y su circunstancia.

Los niños miran de frente al lente de Luis, ríen,
sólo ellos, ríen,
y no interrogan
el valor de lo que aún no hemos perdido; ellos
juegan armando la cruz con la rama bendita,
que tierna bajaron de la montaña los palmeros.

Corona de Cristo detrás de la puerta de la casa.
Palma, pecado y perdón; labios apretados en rezo.
Mirada severa de uno mismo al obturarse el lente.

a Luis Enrique Brito, por su Cristo en b/n

ENTRE LA FLOR Y LA NIEBLA

Y mientras yo la buscaba
ella me ha salido al paso.
MIGUEL DE UNAMUNO

Allí, otra vez, de pie y contemplativa ante
las piedras escogidas por Juan Félix Sánchez
al erigirle una capilla a N. S. de Coromoto
en una colina de San Rafael de Mucuchíes,
un aire silencioso sella el espacio intangible
entre piedra y piedra
        entre flor y hendidura

Andante entre la niebla el alma niña ríe
el capullo borda en la tela inmaculada
cubre el mesón donde se apoya el cáliz
la cúpula del cielo hace la piedra blanca
sorteando al ángel a que toque las sienes
cuando la idea asome
        la estrella alta en la montaña

Quieta aguardas el resplandor y su desaparición,
las gotas menudas que no llegan a ser llovizna
–consagrada divinidad con alma del indio Cospe–
sobre aguas en la Quebrada de la Virgen,
la conquista al oír su voz en el canto de los pájaros
        o en el centro de la escarchada flor
y sentada en el banco de niebla
domesticada por el tiempo ahora contestas en su lengua
y su bondad mira en tus ojos derrotada la incredulidad

Espesa el crujir del viento entre tallos del frailejón
silencioso serpentea entre los pliegues de su manto
abriéndote paso entre la bruma crees lo que te dicte,
estado salvaje al iluminarte paisajes del alma
resonar siendo eco, pregunta
entre las piedras: ¿y cuándo vienes
de atravesar la niebla en el páramo, ciertamente,
de dónde vienes?

Vierte lo blanco la espesura y amarra el candor
nebuloso que te ofrece:
Viento y flor. India virgen y ramajes. *Neblina*.
Estampa con su imagen: *8 de septiembre de 1652*.
El andar solo; interrogante. Limpieza del mirar.
Oración y desnudez; comunión digo. Boca y
costado herido. Divina providencia. *Guanare*.
Gladiola y sílaba de encuentro,
ante un Dios que a través de ella te escucha
más allá del agua turbia.

(Entre Salamanca y Caracas,
septiembre-octubre 2009)

CUATRO FASES DE OTRA LUNA EN EL ASFALTO

LUNA NUEVA

la noche:
una sensación de roer lo doloroso
desierto de cinco esquinas
perfilas el ojo diario
en lo áspero de la jornada
con la luna nueva
y el día ocurre
uno tras otro,
hurgas los espacios libres de la memoria
desde la ventana: el vacío
ángulo al obturar la cámara
por la ventanilla del auto
mirándolos mirándote
deformados por el movimiento
eternos –sin embargo– en el aro
fraguado del azogue de la luna llena.

CUARTO MENGUANTE

ningún solar encuentro en esta ciudad
para lanzar los dardos
pero acumulo razones para salir a la calle
presiono los interruptores de lo menguado
la rigidez del gesto en los pasajeros del metro
la violencia de los espejos rotos en la torre
incertidumbre de futuro
fragmento de luna contra el asfalto.

CUARTO CRECIENTE

con el ala metida en el bolsillo del otro
despiertas entre sábanas de la nocturnidad
acicalado cuerpo de altas temperaturas
eres el que clama llover y hacer germinar
otros espacios iluminados entre el asfalto
que interroguen la dirección de la mirada
el hacia dónde ir.

LUNA LLENA

la luna llena es imán para el amor salvaje
por los siglos de los siglos amén
posados los pies sobre el paisaje que insiste
arqueado el arco de tensiones
la sed de cabalgar la vida en el asfalto
al hallazgo de un gesto salvador
en la ciudad que nos astilla día a día
sobrevolarla entonces
como si por un instante
fuésemos la astilla
y ella, el movimiento
arropado cuerpo sin identidad
al sacrificar los ojos
en la víspera de otro cielo menos gris,
pero ¿quién mueve a quién,
cuáles gestos,
en las esquinas de esta ciudad-laberinto?

para y con Enrico Armas, a partir
de su visión fotográfica de Caracas
(2006-2011)

EN LA PIEL CRUJE

No hay nada frente a mí,
sólo un instante rescatado esta noche.
Octavio Paz

Tengo cierto recuerdo disparado en mi cabeza.
Es el mar. Cruje en la piel un instante.
Sobrevuela acostado en las ideas que brotan.
Un resurgir en esculturas de agua.
Una de ellas Platero. Lo llamo y atiende
mi llamado, lamiendo mis manos
cuando arrimo a su hocico una mazorca tierna
de barbas doradas y cáscara verde.
Platero camina la arena blanca y hunde
su huella entre caracoles.
Murió siendo pollino creo que de tristeza,
sin mudar aún todo el pelaje.
Tío Felo lo trajo a nuestra casa frente al mar.
Huérfano, viajó en la maleta del auto.
Deambulaba solo en la carretera hacia Uchire.
Su lengua tibia huella aún.
Ese es el mar. Platero, y su madre en mí.
Ellos me traen las olas golpeando el muelle
cuando iba a verlo en el improvisado establo.
El mar de Lechería clama un lugar en mí.
Son mis pies jóvenes hundidos en la arena tibia
de la noche.
Son los Beatles sonando en el garaje de casa,
metidos nosotros dentro de la Volkswagen
en madrugadas de misa de gallo.
Eras tú. Era yo, hermano, silvestres y creídos.
Y ahora lo veo tan claro,
en el instante en que se alumbra
la página blanca que te expande hasta aquí,
y dime, hermano: ¿Dónde duermen los recuerdos?

DANZA CON DRAGONES

Y creó Dios los grandes dragones
y todo animal que vive, que las aguas
produjeron según sus naturalezas
Génesis 1:21 (JBS)

El espíritu que sabotea también espanta
dulce voz al oído
estoy en la vida –dice–
y danza de amarillo y rojo
con larga cola de dragón
entre los que ya no están,

afilado, avanza hacia nosotros
arranca de raíz la mala hierba
que abrupta florece y expande
te aísla de la oscura soledad,

surge de la nada y tienta con su látigo
transparente y opaco
cambia sus formas al penetrarlo el deseo
al iniciar su viaje: el primer día
de cada nuevo año,

y algo reclama para sí

en la torre a la que regresa,
donde le escuchas deletrear tu nombre...
y con gozo decirle a la doncella:
–el Emperador traerá la suerte
que le pidas.

a Teresa Tovar y Aranza Armas

CANTO DE ÁNGEL

No me salve, sí que me acompañe.
CLAUDIO RODRÍGUEZ

Revolotear es el arte de hacerse invisible.
Los ángeles no posan sobre cualquier rama.
Rondan. Oscilan. Giran
inquieren el nudo
infiltran la veta.
El trozo es bocado. La brevedad afina formas aladas.
Se internan en la penumbra de los bambúes.
Desatados pulsan
andares de una paciencia heredada.
Cortezas convertidas por ellos en esculturas de aire.
Hallazgo de alguna mano que las modela
de adentro hacia fuera con pálpitos sepias.
La claridad en soledad huele a malhojillo, a bambú, a nenúfar.
Cabellera de pan. Cuerpo blanco
que aspirado incendia el verdor
escindido entre boca y bosque.

a Amanda H. de Ponce, por sus 100 años

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 2006 y 2011]

Poética

La poesía resume. Es nado. Tejedura. Celda sensorial. Anclaje. Textura. Narración. Vara. Alquimia. Espejo. Hoguera. Fragmento. Lo inusual haciéndose imagen. Escribo poesía y no entiendo la vida sin ella y sin el acto de escribirla. Respeto las palabras: salvan o matan. Ando siempre a la caza de imágenes con el mirar poético, a manera de encuadre y foco del instante, porque tal y como lo dice Susan Sontag «la fotografía es, antes que nada, una manera de mirar. No es la mirada misma». Entre el paisaje de Cumaná, donde transcurrió mi infancia y el de Clarines (el pueblo de papá donde vacacionábamos) el azul marcó mi niñez, más tarde el verdor del Ávila, en la Caracas donde nací (en junio de 1955) y resido. Entre 1975 (*Roto todo silencio*, el primero) y 2011 (*Corona mar*, el más recienre) me han editado catorce libros de poesía, pero más placer que los premios literarios que he recibido me produce que, alguno de esos poemarios, encuentre los ojos de algún lector que los goce.

E. A.
2012

Manos

2019

Abajo de lo suave crepita la sospecha.
En estas manos.

Juan Gelman

La mano escribe para no morir.

Jordi Doce

Él cubre [sus] manos con el relámpago
y le ordena dar en el blanco.

Job 36:32

MANOS DEL TEMPLO

Palabras-llaves brotan en las líneas
al centro decisivo de cualquier mano.
En la carnalidad zigzag se verifican
sus canalillos dialogantes.
¿Leerlas para qué?

La que resta suma la elipsis.
La que resume acopia anagramas.
La que suaviza revela secretos.
La que cierra restringe la suerte.

Una mano escribe nuestro dictado,
mientras a la otra se lo dictan.

Es así como empiezo a comprender
el origen silente de las otras voces.
Las que sinuosas y subterráneas
acompasan los latidos del corazón
moviendo las tangentes agujas
en el templo de la escritura.

29 MANOS

La mano es principio del enlace entre
el alma y la inapresable vastedad.
ELIZABETH SCHÖN

La quiromancia conoce la mano de metal,
de la madera, del agua, de la tierra, del fuego.
ANTONIN ARTAUD

MANO 0

Ando como el que va por su destino
oyendo un clima oscuro de relojes,
de manos, de preguntas, de papeles...
Del poema «En las salinas de Zipaquirá»
de Vicente Gerbasi son estos versos
que hoy hago míos, pues de su mano
minutera fue que entré al impaciente
bosque de otras manos.

MANO 1

articulados dedos
sesgan entramados en seda:
articuladas memorias
con bisagras almáticas,
cuando le pones gancho
a tu cabello ondulante,
al inicio del viaje.

MANO 2

insistía; lo pedía, quería algo similar
pero casi nada retorna
con el mismo aliño,
menos si *agrio, dulce o picante*
quieres añadir al mismo tiempo,

así sea otra mano
la que lo da.

MANO 3

infinito: es así como la vista no hace tope
a la luminosa mañana de pájaros-manos libres:
aire, ellos volando con euforia ingénita.

MANO 4

brota y brotan manos en los verdores de montaña.
al remontarla no querrás saber el cuándo ni dónde
del urgente escalar de este cuerpo que padezco.

MANO 5

bigote tenía y extremidades largas y le intuía
el tamaño del órgano de su corazón en el puño
que se forma sin desahogo al cerrar la mano.

MANO 6

llave mínima de papel que abre el cofre-piel.
¿mano, tijera o papel?: tus manos-alambres
diseccionan sobre la mesa todos los planes.
le abren el corazón al acertijo sublevador.
un marcapasos le coloca el azar a los días.

MANO 7

la señal se luce en el dedo índice.
anillo con piedra de cuarzo rutilo.
la rescatas de los nueve deseos:
anudándola con sí la bas. así obra
la fortuna del don de la amistad.

a Tere Casas

MANO 8

hay una coma estorbando.
le abres la costilla doliente
y pide quedarse aquietada
abultada, sobria, ardiente.
¿quién soy yo
para borrarla?

MANO 9

arribo. arribaba. arribase.
arribaren. arribarían.
arriben. arribaba. sí arribásemos
confabularíamos en el inflamar
las rutinas del diario acontecer.
lo que une se asume tornillo.

MANO 10

te he llevado toda mi vida
dentro. abrazo. «ritornello»,
esta rosa fue testigo[4]...
toque. sentidos. roces.
ceñimiento de las pieles.
detén el hendido repaso
de manos que las borran.

MANO 11

camila do valle camiladvf@yahoo.com.br
hace 8 minutos contesta *e-mail* de Renato
Sandoval, enviándonos poemas de Jorge
Ariel Madrazo y de Javier Sologuren:
*Que bom receber esses poemas: tem sido assim
um «bom dia, você está chegando a Lima»*.

---

4 Verso prestado de León de Greiff. (Nota de la autora).

MANO 12

afuera lo que más *adentro* duele sin dar
nombres al arrebato.
ardorosas formas de largos dedos.
tatuajes de amarillo perpetuo.

MANO 13

mis huesos se desacomodan
en silencio –al faltarles el calcio.
sucumben a la osteoporosis. su
nuevo orden se lo da el azúcar
en el sobrio dibujo sobre el mantel
que se le ocurre hacer a Vik Muniz
al estilo de los *Sugar Children* o
o *Shadowgrams* (x-rays) en su
dilatada lectura del polvo.

MANO 14

padecer. oprimir. errancia. soledad.
no repitas la frase. cuélgala del árbol
antes de recorrer orfandades en el mundo.
mis manos cocinarán al fuego para ellos.

MANO 15

fija la mirada en el espacio
ya vacío. mano que aprieta
la pieza faltante. al bosque
lo sujeta la mano
al creernos perdidos.

MANO 16

sueltas hebras cebras poros desde
las muñecas hasta la yema de los dedos
al querer tocar oír rasgar estirar correr
100 metros planos de líneas de la mano
hasta la gruta del Minotauro. origamis.
hebras sueltas en una hora muerta que
no la mueve ni la mano que la escribe.

MANO 17

amé al arlequín sin merecer
su remendado cuerpo de papel.

MANO 18

la temperatura
del fiel
es inestable y
a ciegas la padece.
hay quien nace
sabiéndolo y
quien lo ignora
hasta la hora
de morir.

MANO 19

anoche supe cómo de día atrae el olor del jazmín
a las mariposas y a las negras avispas nocturnas.
una verdad que de noche silban los murciélagos
dividiendo lo frágil de lo oscuro, al procurarnos
aquel brebaje frutal que nos salva del insomnio.

MANO 20

creíste ingenuamente
que abordando el avión
dejarías por fuera
las inquietantes dudas.
puse guantes de bronce
a tus dos manos
en el olvido.
y en la espera
puse guantes de seda a las mías.

MANO 21

agujas. paciencia. dar.
tinta. ardor. calabozo.
metras. gasa. calmantes.
brújula. ceros. ojivas.
manos de madre sufriente.
larga vista. memorabilia.
testigos somos del dolor.
de las crueles injusticias.
pasaporte. piedra. amuleto.
1.000 metros de nylon llevo
en mi cinto, por si acaso.

MANO 22

no consigo el orden para algún
simple menú. sueltas las piezas
se padecen y se retuercen
a la hora del hambre
ante los comensales
en la mesa de la abundancia,
a la víspera del banquete imposible.
la mano del arlequín que da y quita
el deseo, pero nunca la esperanza,
da el adiós durante el sueño.

MANO 23

tengo urgencia de ti. del entre-
sudado olor al sujetarme de tu
mano cuando inclina la tarde.

MANO 24

tomo otro gajo de lo que explicas:
preguntas-silentes en mis manos.
es poco lo que hemos podido darnos
al encontrarnos en duermevela.

MANO 25

las manos sujetan las formas
airosas pero no las de la prisa.

MANO 26

tu mano
mi mano
nuestras manos: un cuerpo que acorta la distancia.

MANO 27

la mano tuya desteje
trunca golpea
regresa más áspera arrugada
envuelta en gasas.
la mía con aguja e hilo en mano
cose 7 estrellas a la bandera
y remienda las heridas
colorea
acaricia
arropa
borda
restaura

una mano toma otra mano
al borde del abismo.
una cuida de los suyos en casa
y otra le pone flores a sus difuntos.

MANO 28

los recuerdos le asaltaron a cuerpo entero:
quería solamente
tomarle de la mano
una vez más.

MANO 29

lo poético las de-pura
gajo a gajo vuelven enteras con otra piel de naranja
con su olor colgante al rizoma de los dedos
rabioso brote de un tejido que ordena
palma metacarpos dedo índice nudillos uñas
con sospecha de algo asido a rudas palabras
en el rabioso latir de sus 27 huesos
siendo también bisagra de ojos sensoriales
articulada movilidad cubierta de una piel rugosa
en su caudal de red venosa donde podrán leerse
los mapas de cada etapa de la vida:
el país donde naces
aquel donde terminas viviendo [tras el destierro]
y el que te dará la última residencia.
lecturas alternadas al inquirir las líneas
de tantas y otras manos
arreboladas
palpitantes
entrecruzadas en el laberinto que sin tregua tienta
al nervio sostenido de placer en la infatigable pasión.

(Serie iniciada un martes 4 de junio de 2013; concluida
en agosto 2015. Día de cielo con nubes desbordadas
en la antesala de *Las líneas de su mano 8*, Bogotá)

LO SOSEGADO NOS TOMA DE LA MANO

Una mano toma otra mano.
JUAN GELMAN

↕

Si me uniera a ti en el árbol de movimientos
alternando manos tomadas y manos vacías
que al girar en danza repiten un mantra,
y sin hormas iguales calzan, siendo gotas
vertidas más que sedimento del cántaro,
al que le sellan su fondo los cuerpos sinfín.

↔

Volver a la posición, a una métrica de cuerpos.
Palma y palmadas sujetan el blanco asombro.
Avanzamos con los brazos cruzados al pecho
mientras el pájaro solitario trina en el dintel.
Manos y copas: temblor azul del destrabar.
Aleteo. Sombras. Fuga y silencio. Resoplar.
Tensar el resonar grupal haciéndolo espiral.
El harpa imaginaria acompasa la respiración.
Una mano toma otra mano.
El hombre piensa-siente-actúa, dalmático
–lo dice Gurdjieff.

↘

Una equivocación es una oportunidad
para verse contrario a lo que se dice.

↗

Dar vueltas día y noche por 4 días.
Vivir de este modo el luto. Pues todos
debemos morir para renacer. Esa es la
danza del cielo. Enseñanza espiritual.

∞

Camino a lo sosegado. Brazo derecho en busca
de la danza acompasada con toque fijo del pie.
Marcha dúctil. Oscilante con rotación hacia el
lado del corazón. Mano derecha arriba. Izquierda
abajo. Cabeza hacia la izquierda. Orejas también.
Oído medio equilibrado. Uno-dos-tres-cuatro-
abajo-al frente, asimilada secuencia que la mano
repite con métrica de la respiración. Los hilos
invocan lo pendular del ayer-mañana-siempre:
dolor-azul-rojo-negro-amarillo-de los instantes.
Voluntad. Esperanza. Arrojo. Claridad. Respirar.
Camino de los aulladores para perforar el tiempo.
Giran sobre el eje del centro, oscilación cruzada
siempre tocando el suelo con el pie izquierdo
para que la mano lunar destile ventilada luz.

a mis entrañables Carlos Pacheco y
Luz Marina Rivas en tejida amistad

EMPALMADOS

La mano no abrió más
ni siquiera ayer
que ofrecía calmadas caricias
ni siquiera hoy
tarareada la canción
que previamente la movía.

Otras manos te sostienen.
Las que te colman al regreso.

Ellas dicen dónde estamos.

Entrecruzándolas
–créeme–
se dilata el silencio
ese azulino instante,
donde sella tu destino.

ABRAZADOS

Acumulados los oscuros nubarrones cuentan
que aún no es tiempo de abrazos y mieles
y ni siquiera con sus inciertas formas con dedos
largos logran calmarnos con el abrazo ansiado
aunque impacientes les bordemos esquinas
doradas de amor a los pañuelos blancos.

Inédito

LA OTRA MANO

La serena mano que el muro me extiende
cuando creo que caigo,
ni de cal es ni de arena.

Haz sin olvidos de la travesía una tarántula
en armonioso baile sobregirando la turbulencia
en los azores de cada uno de los días.

Así te lo exiges a ti mismo con el aire enrarecido.
No mires atrás, ni por la rendija ni en las entrelíneas
del reclamo que puedas hacerte.

Silbando las razones habrás enlazado
sentencias aunque desborden su sentido,
flecha, en cada caso, en cada quien,

siéndole fiel a quien querías ser, entre piel, carne
cartílagos y huesos, con tu mitad oscura
y tu mitad de luz, en un astillado padecer.

La mano serena aspira eterna otra mano.

Fortuna del hurgar y hender más
donde duela vadeando los espejismos.

ESTAMPA FINAL

El orificio enseña.
El dolor nos aísla.
Oscilan las manos
al estrecharse
en los muelles
en toda despedida.

Las puestas de sol dentro se quedan
al trasvasar los azules primigenios,
al contemplar en el horizonte
embarcaciones con sufrientes a la deriva
en el Mar Caribe y en otros mares,

cuando se desatan al unísono los espantos,
con la aguda sospecha en la pavura
y los sobresaltos en este inframundo,
en la complejidad de este presente
y la perversidad ejercida sin tregua.

No podrá taparse ningún sol
al buscar la verdad de los asuntos,
mucho menos el ardor de las heridas

ni con una mano ni siquiera con las dos,
haciéndolas a ellas, a nuestras manos,
apenas un abanico abierto del pesar.

La mano solitaria bucea entre sombras
y clava palabras en la tierra.

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 2009 y 2019]

Fruta hendida

2019

Llegar, luego hendir,
y hendir más,
hasta que no sea posible hendir.

Elizabeth Schön
Es oír la vertiente

Como el ojo inexorable de la forma floral
fija el fuego de un carbunclo.

Pere Gimferrer
Extraña fruta

Las fibras cristalizan cuando el fuego
las alcanza. ¡Arde! No te importe
el dolor. Cuida la transparencia.

Chantal Maillard
La herida en la lengua

Toda fruta es una palabra.

Sylvia Miranda
Arar

Cuando evocar se hace fruta

AFRUTADOS

Veo las frutas en la cima
siendo recompensa en días áridos
de indivisas despedidas
y sueños a la mitad.

Reseca la boca
tientan con lujuriante aroma
alcanzada en tu refugio
donde ya ni a salvo estás,
embestida de apetitos
y renuncias.

Elige una, aunque áspera te sea.

La más distante o la más esférica,
y álzala con su azul erotizado por la nostalgia
en el invisible ritual
de invertir el infortunio.

MALABARISTA

El cuerpo nunca miente.
Agnes de Mille

La seda enfriaba su abdomen
de puntillas en la cuerda floja.
Espina con dorso sentimental.
Helada expresión de sí misma
en altos crepitantes del fuego.
Se desviste, dulce y dorada es,
antes de erigirse malabarista.
Semejante al sirope de agave
extraída del paisaje travesaño.

Una sombra a paso de celaje.
En la rotación es su luna eje
de la obligante circularidad.
Por fugaz,
irregular y tenso
lo irrenunciable
asume la cruda promesa
del equilibrio.
                Malabar
que asoma puntas
en la alta pirueta de lo etéreo.

MANDALA DEL MANDATO

Veo, vería. Confianza del árbol en el fruto.
EDMOND JABÈS

Extraño aroma
el que sólo ahora, a esta edad,
comienzo a percibir.
No proviene de la flor ni del fruto
sino del querer renacer.
Levanta su apenas ala
en la idea que hace rato
con el pedaleo del andar
nos viene persiguiendo.
Esquivarla, no. Más bien
volverla carne del cuerpo.
La libertad es ahora lo añorado, susurro.
En su incesante aparecer
con doble ala corteja
en procura de desatar los otros
nudos tramados como epifanías
en el espacio que ahora asfixia,
para que se sujete a sí misma
embalada de algunas verdades.

PASO DE NUBES

Cuerpo de viaje cuya mejor señal
es una cicatriz de nube.
José Carlos Becerra

I

Las nubes sobrias pasan
por encima de nuestras cabezas
y al alejarnos catamos
los separados placeres,
hallando en ellas
nuestra cábala y
la descifrada energía
que nos clava el aguijón.

Sin recoger la huella
el que todo lo ve
las ajusta,
y escondite las hace,
ante la sorpresa
que nos bate en sus alas.

Que las nubes arropen
los ojos
pero no la alta vista.
  La ineludible,
que precisamos
en los tiempos nublados.

La nube nos apila.
En ella, suelo estar.
En ella, te intuyo.
Flor transitoria del día.

II

En este paso entre nubes rescato
las líneas de una carta que a mis
padres escribí en aquel primer viaje
a Nueva York, al reverso de una
postal de Fanny Brennan, titulada
Birthday © Artists' Postcards:

La cinta roja anuda todas las nubes
que nosotros sobrevolando somos en
la ciudad-manzana donde Ricardo
estudia fotografía, ahora que le visito
y juntos la hemos andado, deprisa
en estos siete días de julio, sintiendo
como si el suelo, en vez de cemento y
tierra, fuese de escaleras mecánicas.
Algo más real tengo ahora de ellas y
de él, y del armar las imágenes con
el lente fotográfico a la manera aguda
al catar cada tarde como las nubes
se desatan en la corriente del río Hudson
mientras él y yo conversamos, con café.
Este río nace en el lago Tear of the Clouds,
literalmente: «lágrima de las nubes».
La cinta roja anuda todas las nubes.

Edda
Nueva York, 17/07/1979

a Jimena Ríos

ANUDADOS

Nos luce oculto en la clavícula
así se clave como lascivo aguijón
al centro de la flor
y dejémoslos avanzar
como ocurre algunos días
urgidos de bondad,

sobresalto en palabras graves oídas
estallido de la miel que nos sana
como le pasa al sesgo ciertamente
y al día de vez en cuando,

y es así, así, que nos hacemos

frágil nudo de estación.

REVERSO DE MONEDA

Cruzada de surcos y manchas la piel
crudamente envejecida
sintiéndote ola de otro banquete
apuestas a una distinta mirada.

Más dueña del deseo,
en todo caso, transeúnte hacia el desafío,
desatas los cordones de otro viaje
con el goce del *nosotras*,
renovada mueca fija en el retrato.

Al elegir complicidades
cedes ante el beso
que libera los *tal vez* y los inoportunos *luegos*
abrochados a nuestras frágiles pieles
con la insatisfacción de lo que no hemos sido.

Apuntas al devenir con palabras graves
para ser racha de otra mañana
en el deseo extendido
con el disfrute pleno de la espiritualidad
sin ataduras de la posesión:
única moneda que ahora codicias.

CANCIÓN

Vuelta y vuelco a la canción
que perpetúa el sentir avispado
al comerle al níspero
su interior rojizo y arenoso
con la semilla lustrosa y hendida
que despezuña sus mitades

pico de loro-real
hombro-alas
columna vertebral-esternón
dátiles-madrugada-celaje
resaca-febril-lucidez

mitades, acaso amantes sin reloj
abandonan la estrella de cinco puntas
arañazo fiel de ajustada rotación
que te hace mitad del otro

engranaje táctil que extiende
señuelos de seducción,
caracol al oído
canción que se repite
en los baúles de la memoria.

a Cecilia Ortiz

LLEGAS EN LO QUE VAS SINTIENDO

Desnudo frente a un fruto plateado
veo un bosque en el aire.
ALEJANDRO ROMUALDO

Vas una vez y otra sintiéndote nebulosa
en el blanco solitario espacio
donde los pies se aplanan
sin hallarles un piso.

Afán de narciso o rosa
en su propio espinar
o espiga simple del azar.

Entre rostros y paisajes en el bosque
aún cavas la forma, aras el olor
aunque vayan borrándose
sin la deseada liviandad
que inquieres entre los ausentes
desposeídos tal vez del nosotros.

Extrañarle la fragancia al fruto
recién memorizado temías,
pero no
que la nostalgia se haría tuya
con tanta asiduidad.

PAISAJE INTERIOR

El paisaje interior lleva consigo los anhelantes
rojos tersos, coleccionados al tocar
más que al mirar flores de lo diverso,
aquellos que con preciso olor puntean
los recuerdos que no consigues liberar.

Si mayor o sostenido con avispas
para un solo de clarinete y oboe
en el silencioso despertar sin aves
cruzándonos el desobediente cuerpo,
musgo trepador de grillos que palpitan
entre los pálidos cirrus recién nacidos.

Flores alucinadas que lucen, aún más
en el jarrón con agua del río Manzanares,
estacionadas sobre la mesa de roble seco
para librarnos de la soledad.

FUGADA DE MÍ

Importará el umbral del deseo
tanto como el umbral del dolor.
Mirador alto desde el cual catar
la fruta hendida al alzar la vista
por encima de su dura cáscara.

Reto que forja alas.
Fugada de mí, fugada de ti.
Fugada de todas las que pude ser,
ahondada en la que decidí ser entre ellas.

Vuelo del rasgar lo inmantado, si
las reminiscencias ultrajas,
si el desencanto descuelgas, y
desarmas los sueños recurrentes.

Otro lugar sin anunciada claridad.
Pozo aquel, donde duerme el dragón.
Otra quimera. El único trofeo del que,
holísticamente, harás una ganancia.

FLORERO PARA EL RIZOMA

Arrimada, procuras el labio
en el poema que se arma
en hilos de luz del incienso
al graznar del ave
ya posado al borde del florero.
Rizoma de lo simple abocado.
Volver a la risa sin saber cómo,
deletreada sin postergaciones.
Tan sólo posees los vocablos:
turmalinas de astrolabios.
Soy un dado, un paso de cebra.
La semilla de otro árbol.
Sin cuerdas, un trazo minutero.
Onda sanadora que apertura
el tal vez de otro tiempo.
Siendo vidrio soplado,
otra forma reposada sobre la mesa.

a Annella

FLORES DEL NARANJAL

Complaciente irás atándolas
como sea que ellas lleguen,
tal quien cincela las paredes
armazón de hierro y cemento
neblina tal vez,
igual que identificar un sitio
donde quererlo puedas
por más tiempo
si la paz es calma del amado
aún al instante de la sombra,
y cuando ya no hayas de querer
que de nuevo te visite
cierra la ventana que la vista

ofrece al naranjal
para que ni el olor ni el color
formen semilla
que lo despierte en ti,
y, quizá, así nazca la certeza
que baile en la palma de la mano,
aunque sea esa mano la misma
con la que irás diciéndole adiós
a la ternura blanca que no cesa.

AMARILLAS

Las rosas amarillas las trae él
y soy yo quien las acuesta
en la sábana tendida
de algunos días huecos
desde que ya no las deshojas
avanza lo furtivo
preguntas con respuestas
y cuelgas la rosa verde del ramillete
extravagante,
aromática y expuesta
tú, la viajera
calor seco en la mejilla del otro
ahora que catas desde el mirador del faro
la quietud.

LA ROSA SEPIA DE OBREGÓN

Libre, la rosa sepia abre su centro.
La asedian los ciclones y la espina.
Tiene suerte el celador que en ella
encuentre razones de permanencia.

Recordarte entonces a ti, Roberto.
A ti, su obsesivo y terco vigilante
que la diseccionas a la rosa y sus pétalos enumeras,

fotografiándolos en su breve tránsito
mientras se desprenden uno a uno,
atando la quimera
a la caída del último.

A ti, que de la rosa hiciste templo.
Del rocío a la resurrección
en la vigilia del pensamiento
al nombrar los otros núcleos,
de la aflicción en la rosa cautiva.

Contemplo el estremecimiento,
aguijoneando las heridas del cuerpo
que en solitario hurga la tempestad,
que solamente la rosa despierta.

Libre ya de tu cuerpo, te entregas
a la hora huérfana que no fue de otros
sino de la rosa azul y fugitiva,
la que perdura
en quien la retuvo alguna vez
como lo hiciste tú,
con alisada crin de posesión y fulgor.

a R. O.

¿QUÉ QUEDA AL MIRAR HACIA ADELANTE?

De fondo: el rugido del mar nocturno.

Lápices malgastados sobre la mesa
borradores que no concluyes.

Ojos del búho, que también ojos de jade.

Brotes del helecho esquinado en la tierra
abonada en el mismo pote que la orquídea.

La receta sin probar pegada con imanes
en la puerta blanca del congelador.

Las manos juntas. Roces de piel y deseo.

Vacíos frascos de coleccionados perfumes
que de nombre olvidas, pero jamás lo vivido
bajo su aroma.

La puerta al patio de atrás como único retrovisor
para juntar todo en un solo lugar:

El asteroide Freddiemercury17473... al que
le silbas sus versos: *estoy ardiendo en el cielo*
/ estoy viajando a la velocidad de la luz //
... Déjame entrar en tu corazón otra vez.

Lo desenfocado de las tomas sin lentes.

Un libro perdido en el amado desorden.

El deseo no confesado, ahora iridiscente.

Nombres entrando y saliendo, sin fechas.

Imágenes dormidas en hojas transparentes
sin estación de otra vida.

Lo que vive en tu cabeza arde.
Sujetadores, esdrújulas, uñas de gato.
Ahogada la luz de la mesa de noche cuando
sientes que asaltan el paso de las horas
en la habitación carne donde las manoseas.

Las flores abiertas nunca secan.

con Ricky

Carbunclo de fructosa
[seres que arrima la marea]

MAR DE ORIGEN

El mar me une a mi padre con forma finita de laguna. Laguna de su Unare, abrazo mercurial que encandila. Brazo de brazos de un río con turbulencias de días en los que se removía el feliz estarse y mover los pies por debajo de la fría corriente mezclándose con el barro.

Decía papá que al río lo habitaba un caimán ciego, y sin jamás haberle visto, le creíamos. El caimán instala al optimista que vence turbulencias río abajo, con su ojo único que todo lo ve, y quiero creer que así se erige símbolo de que «algo bueno» puede siempre suceder.

A su primera novela, una noveleta narrando su primer e infortunado amor de juventud, en la que muere la protagonista, le llamó *El mar llegaba hasta la puerta*. A sus hijos nos contó que a esa primera versión la hizo fogata una noche sobre la arena de mar en Puerto Píritu, creyéndola pudorosamente impublicable.

Poco antes de morir, la reescribió y se editó con retratos de los protagonistas, que eran ella, él y su caballo, con el título de *Este resto de llanto que me queda*, citando a Juan Antonio Pérez Bonalde en *Vuelta a la patria*, con estos versos que, en este hoy del país, nos duelen:

> *Hoy vuelvo, fatigado peregrino,*
> *y sólo traigo que ofrecerte pueda*
> *esta flor amarilla del camino*
> *y este resto de llanto que me queda.*

De noche, el mar ruge acorazado y hasta mí llega. Le escucho golpeando la puerta de los sueños futuros,

siendo el mismo mar de mis recuerdos.
Lugar donde presto oídos al padre,
voraz trueno reclamando las hormas,
un espacio real con sal en los labios.

INFUSIÓN TÉ JAZMÍN CON LUNA PARA TRES

Mi nombre, más acá o más allá de mí, hizo su propia vida. Si apenada, como ando a veces, se acopla en mí.

Le he visto alargarse en la cama al buscarle su forma dormida yo, también afinarse en su doble *d* y caer al piso durante la *d*ucha, sueltas, con la caí*d*a del agua.

Sus cuatro letras toman café conmigo en el balcón del jardín, a la hora de contemplar a las flotantes nubes. En tal simbiosis padezco sus incómodos trances, como cuando le cambian las *d* por *v*, o le despojan de una *d*.

En la tradición paterna de mi familia, Edda se ató al espeso sentimiento de las pérdidas. De modo que maniobro para despojarlo de la fatalidad de origen.

Mercedes Alfonzo, la abuela paterna, inició la cadeneta tribal, al nombrar Edda a su primera hija que murió al nacer; a la segunda Edda la sostuvo en brazos apenas meses. Al darles sepultura a las infantes en cajones blancos enterró con ellas este nombre de cuatro letras.

Por J. L. Borges supe que en las culturas nórdicas Edda significa antepasado, también abuela y arte poética.

A su tercera hija la bautizó Lourdes, pagando ofrenda a la Virgen que le hizo el milagro de una hija. Su hijo Alfredo Julio, mi padre, acuñó el nombre de Edda para su primogénita, que vine siendo yo.

Por las historias que narra mi padre en *El osario de Dios*
supe de sus hermanitas muertas, y fue de golpe que até
cómo el pulso de esas otras almas vivía acompasado
en el mío, sintiendo sus truncadas vidas como tensiones
dolientes, un peso de plomo doble cosido a mi espalda.

En ocasiones, me digo ahora, habíamos sido tres
las que nos sentábamos a la mesa a la hora del té.
Molde de almas rufas a un nombre; triple cordón
umbilical de un vampiro que absorbe la fructosa.

Para Nietzsche, la luna es un gato (*Kater*) que se
desplaza sobre una alfombra de estrellas.

Ciertos días, al hervir el agua en la tetera de peltre,
el silbido del aire dispara rituales que atendemos más
de dos, a veces hasta cinco, congregados en un altar
en reverencia humilde en el templo de las palabras.
La luna, el gato, el monje, las dos niñas difuntas y yo.

El mar devuelve todas las voces juntas con el oleaje.
Ese silbato queda trinando en mis oídos. Y siento, al
momento de escribirlo, que no sé si soy yo o si somos
una legítima constelación al unísono sobre la página,
aun cuando el ritual de la claridad empuja a ejercitar
el desplante, el ir quitando sillas a la mesa, asumida
separada de ellas, cautiva en mí, acato el dictado.

CODA

Al crepúsculo, el sonajero de plata despierta almas
conectadas en la marea antes de apagarse la luz, pero
a nadie le alcanzan las horas de sus días para lograr
compaginar el mapa de vida con el de sus muertos.

a mi madrina-tía Lourdes,
pintora de gallos, desnudos y ciudades

CELAJE NARANJA

Pertenezco a la tribu de los que escuchan
en el celaje naranja las llaves del misterio,
resonancias entre el objeto y la palabra
con el lazo simple de lo que espuma
en los espacios blancos de la página.
Algo vuela y cae en tierra, auscultadas
las mínimas sonoridades entre las grietas.
Reconocerse es trabajo silencioso en soledad.
El celaje atraviesa la concavidad del cielo
abanicando salvajes naranjas y turquesas
arenas oro en la rugosidad del césped,
donde meditas y alzas la mirada bien arriba,
mientras rebuscas en los fondos de memoria
rastros de rostros
puntas de lo poco quieto
los focos percutantes del deseo
la voz del padre
a la hora del grillo.

EN OTRO JARDÍN

El heroísmo del alma está en vivir,
el heroísmo del cuerpo en morir.
Marina Tsvietáieva

Me he estado preguntando por tu habitar de ahora.

Tantas veces quise figurarme cómo sería cuando ya
no estuvieses. Ese día en que tu voz ya no me buscase
en la línea telefónica. Pero nada, nada, se parece
a este presente terrenal, sin ti.
Imaginaba entonces algún remoto lugar, aún desconocido
para mí, donde tu rostro le sonríese a la luz de la mañana
como el girasol lo hace con la risa tuya,

y en la cola de su estela pudiese yo seguir buscándote,
o en la flor abierta cuando el pétalo se torna voz,
simulándose tú, haciéndote carne mordida de fruta.

Pensándote, con esta intensidad, fue que te vi: apareciste
con el sombrero de ala ancha y azul en ese jardín de girasoles
y hacia ti fui, buscando platicar como solíamos hacerlo,
entre la urdimbre en flor en las palabras que cuidabas,
pidiéndome que también las cuidase yo.

Fue testigo el árbol robusto plantado al fondo del jardín,
con su tallo rugoso de ramas expandidas a las que la brisa,
ahora fría, le revuelve las hojas, sin que a Elizabeth pudiese
sentirla yo moverse entre ellas, regresando con ese sigilo
tan suyo, del patio a su habitación.

A las ramas, en el patio las sigue moviendo la lluvia por las
tardes, y a las hojas les salpican los ocres grises de la tierra,
semejantes a aquellas pinceladas azul-grisáceas de tus ojos,

y con ellos me llega el silencio y entre los árboles logro ver
como te mueves libre con tu cuerpo de ardilla,
y recorro los pasos que tantas veces acompañé
como si volviéramos a las rutinas de la presencia.

Con paciencia reclamada sé que te espero
sentada en el banquito ruin de cemento
debajo del árbol con olores a fruta pasada
escuchando los ruidos de las aves nocturnas
sobrecogida con el plenilunio de luna
comprendiendo que en la nada la nada
beckettianamente nos mueve
cuando es ella quien te alcanza
en el libro abierto de tu paisaje.

para mi amiga Elizabeth Schön, despidiéndola

CESTRUM NOCTURNUM

Es el árbol quien ve.
René Char

Cómo puedes, árbol, plenarme sin que tenga
aprendido tu nombre o el de tu especie y, siendo así,
sepa por demás de tu fragancia, semejante a la del
azahar o el jazmín, con tu flor de pequeña trompetilla,
con su elixir dulce que igual atrae avispas y colibríes.

Presencia noble la tuya en un rincón del doméstico
jardín, compañía a la precaria hora en la que dudas y
preguntas: ¿cómo puede la vida regalar la esperanza
del renacer entre verdores sin espinas, en el tejido
nido que la avecilla arma sobre tan débiles ramas?

Una se apega. Cela el lento crecimiento de sus tallos,
el brote rabioso de sus nuevas hojas, las que igual
verás caer, pues el inclemente sol las reseca,

o las abusa el gusano que brinca del árbol vecino, o
los bachacos que, ascendiendo la enramada, llegan
hasta su más tierno núcleo.

Desde que no permito que poden tus ramas has
desplegado tu vigor con brazos arracimados
de menuda carga blanca, y ahora la casa se alimenta
de tu perfumería, siempre nocturna.

Todo árbol plantado en tierra ajena hace duelo al
costado abierto, sin sospechar que su raíz es la misma
que te sostiene en la vigilia intemperante del sentir,
sujetándote a la realidad áspera en la que vives.

CON UNA PIEL DE OVEJA

Las carmelitas descalzas posan las plantas de sus pies
sobre la losa fría en el cuarto del santo franciscano en
la Assisi penumbrosa, donde obran las oraciones de fe.

Con salmos apartan la tempestad ante el altar de piedra
donde encofrado yace el cuerpo de tan venerado santo.

Ves a S. Francisco, en medio de los peñascos de la Verna,
donde vivía retirado, recibe los estigmas durante una
visión de Cristo, con las seis alas de serafín, inmortalizado
por Giotto en temple sobre tabla, en Florencia hacia 1.320.
Raro bálsamo que de otra tierra viene, y alzado y presente
forma la llama, que en forma de rosa arde y acompaña.

Son esas las rosas las que aquí tendríamos que cultivar
en la alta capilla, siendo que la perplejidad junta las voces
de nuestros muertos y el rosal ofrece una piel de oveja.

Azuza al instante el fuego del carbunclo, y pide orando
que la llama azul alumbre y entibie el corazón a quien,
en la hora pequeña, con fragilidad, padezca desamparo.

a él, quien enseña a amar
a los pájaros y a amar a Dios

CETRERÍA

Son en mi pensamiento, esta inocencia
ANTONIO CABRERA

En el castillo de Niebla mi cuerpo asciende
escaleras empinadas de piedra bezoar y
el corsé con las *historias de ellas* aprietan
el pecho tambaleante

la mirada busca aire por la rendija del sinfín
y el vuelo que me alza tiene sus ojos,
con sangre de drago, semillas de adormidera,
polvos de amapola, zumo de acacia y raíz de angélica,
alquimia que en mi ser cumple la promesa
de su pócima, para que el amanecer me lleve
hasta la huerta con la huida de los halcones
y la caza del ojeador haga del instante
la única muerte que ansío.

Apetitosa fruta, el vuelo. Irrepetible
caleidoscopio del desear. La idea de la muerte
arma habitación y entre nosotras,
sin máscara, se hospeda.

El día de morir se nos extienda en el manso césped,
y por excitación regrese al cuerpo,
y en un instante, todo lo que en vida fue hecho
a voluntad y con deseo.

Pulsión y urgencias, entre cielos marcados.

a las mujeres de Niebla

NUBE

Amárrate al mástil.
El cuerpo ya se aloja entre las sienes
con forma alargada de sirena.
Ilusión óptica de quien ha perdido todo.
Vaso con fondos de agua.
Llevas contigo el regreso.
Apenas una arista la sujeta al cielo.
Si blanca o gris, apenumbrada,
reposa desnuda contigo,
más turmalina que ónix
sobre navegados océanos.

CALAVERAS EN SALAMANCA

Abre fray Luis el mundo del espíritu.
Y convoca la paz de la materia.
JESÚS HILARIO TUNDIDOR

I. Es el color de la arena el que toco
heridas las yemas de los dedos
al evocar el silencio entre calles laberínticas
en el inclemente invierno bajo cero,
sin certezas que nos diesen la confiada
piel de las palabras.

II. Permeable piel que el frío abrió.
Reencarnada grafía de la concha marina.
Pieles que fueron vistiendo al astrolabio.

III. Escudriñas la mirada entre fisuras,
cada borde de las piedras en los muros
alzados en cada templo, casona, palacio
o convento en Salamanca, la bella,
entre las más antiguas de Castilla y León.

IV. La multitud hace suyo el desconcierto
al hallazgo del insólito astronauta entre
la rugosidad barroca de las tallas de caliza
en la plateresca fachada de su catedral.

V. Late corazón. Paso de tacón sobre la piedra.
¿Cuántas vidas he vivido en Salamanca?

VI. En las líneas de mis manos intento leer
el índice del libro de mis pasadas vidas.
Aspiro torres, campanarios y círculos
en otros idiomas, hoy día, ya crípticos.
Dadme un espejo que espiarme quiero.

Arrancar las desvanecidas pieles con
nombres de otros tiempos, en desuso.
Reconocernos calavera.

VII. Con la mezclilla de arenas que el viento sopla
al rostro las sombras proyectan las ideas y
con sus pieles es que todas ellas regresan.

VIII. Soy una más. Una, con la piel rasgada.
La expulsada del paraíso. La libertaria
enviada a la hoguera acusada de bruja.
Esta otra, también soy, odiando los autos
inquisidores. Sus cenizas traigo en voz.

IX. El sueño recurrente rebota en las paredes
de lo oscuro. Las preguntas forjan abanicos.

X. Dentro del mohoso claustro bordábamos
colores de las flores evocadas [no palpadas]
y, entre puntada y puntada, exculparnos
y perder los nombres y toda pertenencia
era el deseo único y blanco que tejíamos.

XI. Líneas breves arman la oración divina.
Laudes en la liturgia de las horas.

XII. La lluvia de estrellas Perseidas veíamos
desplazarse en cielos sesgados al regreso
de la catedral, y la turbación espoleaba
el deseo de atrapar su misterioso destello,
de enarboladas lágrimas de San Lorenzo.

XIII. A Abraham Zacut, hijo de rabinos,
matemático y astrónomo, hubiésemos
querido conocer en Salamanca o Gata,
–donde lejos de bibliotecas y de memoria

escribía su *Tratado de las influencias*
del cielo– y preguntarle por las nubes.
Pasos celestes de los idos que, en ellas, oigo.

XIV. Miguel de Cervantes Saavedra deja ver
por qué llaman salamancas a las cuevas.
Lugares de práctica de la nigromancia,
bajo tierra entre olores a pira y azufre.
El futuro predecían invocando espíritus
de los muertos. Luminaria de buitres.
Cuento las calaveras. Las cuento y las
apilo, levantando una nueva muralla.

Lo secreto sujeta el equilibrio poético.

XV. La leyenda habla de la oscura Cueva
de Salamanca, en su casco histórico,
el lugar donde daba clases el demonio.
Pócimas. Incienso que se enciende en
la cripta subterránea de la antigua y
desaparecida iglesia de San Cebrián.

El dintel de la cueva señala la apertura
del ojo que al regreso lo interroga todo.

XVI. Este agosto he vuelto a Salamanca.
La poesía da las alas a este revivir.
Planeado viaje sobre agenda lunar que
inicio yendo a la biblioteca de ciencias
Abraham Zacut. De seguidas, voy por
amarguillos dulces [con fe en lo inmortal]
al convento de claustro Las Dueñas, en
donde al alzar la vista sobre los dinteles
se ven danzar figuras monstruosas entre
flores y frutos. Ordenado el caos, tomo
las silenciosas calles ardientes en compañía

de Miguel de Unamuno y fray Luis de León
queriendo entrar a la cueva salmantina
donde se practica la nigromancia, con
la veloz caída de las perseidas, con la
memoria de otras vidas prodigadas, en
el laberinto sinfín de libros recobrados.

Lo secreto sujeta también el hilo poético.

Y ahora, que soy más firmamento que piel,
sé que la rana persiste sobre la calavera
–mientras arriba la serpiente muerde su cola–
atemperando los secretos que aún se callan
en la escondida red de túneles que discurren
muy por debajo de la bella ciudad de saberes
[en cuya planicie se elogian los atardeceres de
acuarelas sobre el río Tormes, desde hace
unos 2.700 años] siguiendo el desconocido
trazado de pasajes, pasadizos y misterios
por los siglos de los siglos, amén.

ALMINAR

Solamente tú, *con voz bajita*,
en el raro instante en que el almuecín anuncia
cinco llamadas a la oración cotidiana,
eres quien
me incita a tocarle la punta a lo radiante.

¿Al revelárseme,
sobre el triángulo alto del *faro de fuego*...
hacia cuál pregunta incómoda me inclina?
porque nada parece ser lo que antes fue,
danza encendida sobre la superficie mercurial
que, a lo vivido, convierte en presente.

Entonces,
extiendo las dos manos para recibir allegados
dibujos de aire,
trazados en la pirueta inicial,
comprendido cada agudo sonido
con cuerpo de pájaro libre.

Ahora que tu casa habito, logro ver por los cerrojos
avispados movimientos que al vacío cruzan.

Sucesión de perfiles que van y vienen,
disfraces sueltos de lo que enmudeció con tu ida.

Los que apenas alcanzo a ver desplazarse sin apuro
siendo abates líneas de vocales sueltas
que silban el canto sepia de tu soledad.

A ellas las escucho y recojo sin comprenderlas
el transitar apegado de la ya ausente,
pues antecede acaso otra fragancia
al desenterrar lo doliente,
en la franja apisonada del *No te resistas*
a la nada sosegada espiral del evocar.

Tu paso arriba aproxima la voz lejana.

a Tamara del Jesús

AMATITÁN

Te lo advertía la ventisca,
seco aroma seco sobre el rostro
apenas pusiste un pie en el portal
de la casa de las herraduras:

tanto corazón
en golpe simple
robaría el tuyo.

Y señales vecinas escuchabas,
con su alargada forma de cintas
amarradas unas con otras,
por el frugal ojal de esos aires.

Retraída y paseante por los corredores
de mosaicos azules hacia patios interiores
sentada a su sombra,
desgranaste las mazorcas con dientes
morados y de oro apilados, que en pan
manso se convierten.

Haces del día un ritual que se repite.
Orden, tal vez heredado del maíz.
Minucioso mecanismo de respirar
mimetizado en el cuerpo de ella,
inserta al cubrecamas de retazos
en el que con paciencia bordaron
las nueve flores coloridas del agave
con las garras del tigre que acecha.

Tiempo este otro que, con nuevos ojos
de reojo te miran,
si el tequila enfría la garganta

con la parsimonia que arde la brasa
y las cintas deslazan los fragmentos
en las voces que aún resisten,
con la piedad del que comprende
la letra muerta en la canción que suena de fondo.
Envueltas en aquello que aún aturde, dime, Frida,
mientras avanza sobre nosotras la perenne noche:

¿Qué pan es el que haremos, corazón roto,
con el rostro de este hoy desguarnecido?

(En la Casa Azul de Frida Kahlo. Jalisco, 2004 – Caracas, 2014)

Trazo. Triangulación interminable
Gego

Lo simple nos enfrenta como decisión.
La mínima espesura. El trazo que traza.
Entrar en la forma es entrar en la idea.[5]
La cadeneta urde alfabetos metálicos
aglomeración de líneas en red infinita
donde respiramos el silencioso trazo.
Las sombras proyectan el *dibujo sin papel*
juego óptico que enclava la cuadrícula.

Con líneas y líneas el metálico bosque
anilla, desanda la anécdota, con nudos
circulares instaura otro *espaciomenor*,
hilaridad y texturas del cuerpo femíneo.
Con los *Bichos* y las *Tejeduras* Gego da
nuevo sentido a los objetos acumulados
por curiosa pasión: –papeles de colores,
celofanes, envoltorios de Torontos, tiras
de cajetillas Viceroy y *otros cigarrillos*,
canutillos, tuercas, alambres, señal de
algo– trenzados con alambres de cobre
con memoria de una *errancia* salvífica
en el espacio blanco de la creación.
Así le ganaba Gego tiempo a la desmemoria
–la que sin dilación llegaría, borrándole llaves
de los paisajes de su Hamburgo natal, de Tarma
y los últimos vividos con Gerd en Loma Verde–

fabulando, tejiendo y trocando en arte
la forma singular de la belleza

---

5 Gego.

cuando ella atinaba otros habitares
en el raro lugar donde la quimera
es *una anticipación de anudamientos*[6]

Esferas *Reticularias*
Redes Mallas *y Chorros*
Líneas *paralelas*
Tejeduras

Espiada triangulación
al confabular criaturas
atravesadas por el aire.

EL AZUL DEL REENCUENTRO

Habrá de esperarnos
con superficie ácida en mínima rodaja
cada noche abonada a la piel
voraces como andamos
de reencuentros azules.

El barco de papel aún lo conservo.
Releo cada día el poema que enviaste.
El mapa tiene marcas y fechas rojas.

La danza de la vida exige perseverar.
El rescate amoroso de los mínimos fragmentos
que a la memoria devuelve lo visible de la ola.
Reincidir tal vez en lugares acordados.
Llegar hasta donde la luz cenital nos espere.

Espacio azul barroco, donde al oído me digas:
Leves vamos menos carne que ideas sentidas
cuando ya casi nada nos pertenece.

---

6 Luis Pérez Oramas.

A LOS GATOS LES HABLO

¿Por qué habría que escribir hablando?
Clarice Lispector

La travesía acopia frases largas
que caen, descobijan
las cien pupilas afiebradas
de todos los gatos de mi vida
que se clavan en mí
cuando siento miedo.

A esa hora pequeña que la turbación acorrala
sin respuestas ni dioses me aquieto en casa
y sin parpadear me apropio del aire de las rendijas
aferrada a ilusiones que flotan en un mar abierto.

Al regreso, en cercanía a sus fieles ojos
a los gatos les hablo,
librando a las palabras de esquinas oscuras
desde el sillón donde mecemos la alteración,
la rabia salpicada con salvajes cambios de ánimo.

en afecto a Tula

PAÑUELO

Dar un paso, intervenir uno.
Dar dos pasos, intervenir dos.
GERTRUD GOLDSCHMIDT

Se extravía el alma melódica cuando la onda del
instrumento cae cruzando la marea.

Trance que desdobla sin retorno aunque medie
la piedra alzada hecha palabra al buscar su origen.
Punto medio de lo que fuimos, o aún somos.

La boca pequeña muerde. Levanta lo leve, aquello
que nos obsesiona preservar. Lo que da raíces en
días desalmados, en tan incomprensible ahora.

Aislarse no era lo buscado. Fortalecerse, sí. Hincar
vibraciones para apartarse del corrosivo timador.

Mantra de inaudita sonoridad, que rítmicamente
alisa frecuencias, sin distracción de ciertas claves.

Que el acorde libre urda con urgencia otro canto.

Queda lo que sin prisa bordemos para el otro.

Flotante pañuelo blanco vislumbrado en lejanía.

a Néstor Mendoza

Si fruta fuese país

ENLUTADOS

Hablas en voz alta
con los otros.
(...)
Y en la noche
se te permite
resistir.
Resistir.
Harry Almela

Sin aire transitas el asco, las noches ansiosas, tés
en el triste roce a oscuras, cuando el alma espera
soñar el riesgo entre los quicios del decir o el callar,
mientras afuera llueve y el agua pasa y las naves
parten lentas como cuerpos de silenciosos adioses.
Pero te propones trazar con el compás los puntos
y las comas al dolor; sellos de las cartas que jamás
llegarán a las manos de su destinatario, tornándose
humo de fogatas; y es en esos grises que memoria
haces de formas que te enlazan en el árbol familiar.
Silbas los nombres de los ya ausentes y canela
masticas en aquello que te da pertenencia y
los aromas te arropan al hondo deseo de
hendir el cuerpo del árbol en flores y frutas.
La daga adentra rasgando su lugar en el solitario.
Extiende límites al umbral del dolor. Son surcos
convulsos: el goce, lo que está en ascuas, el chis
del quiebre, el pequeño soplo: fuelles del eco que
zarandean la barcaza que, enlutados, nos carga.

ELEGIR CONFRONTA

En tus labios se forman palabras desconocidas
y lo invisible gira en torno a ti suavemente.
ANTONIO GAMONEDA

Tal vez toque elegir entre el viso de los labios
al hablar o el silencio que los sella,
para que los malos entendidos cesen.
Los desencuentros son armas fatales.
Peor que tragar la raíz de la mandrágora
te resulta la opacidad del alma que no se comunica.
Carnero blanco al comparecer en el juicio
de nuestras angustias,
confrontados sin la certeza de la oreja que escucha.
Irremediable atasco de crueles preguntas,
que la desconfianza y la incertidumbre
arrastran, instalan, perpetúan.
Elegir confronta,
y sé que, de estar aquí, fueses tú estrategia.
Quien las extendería sin rabia con soluciones,
apaciguándolas, en el blanco estar.

AL PARTIR, EL BESO

Abate el no desprendimiento en la última hoja
que del árbol cae.
No intuyes nunca las vueltas que darás.
Tal vez nos volvamos a ver, le dices al que parte.

Tal vez el adiós no nos separe jamás.
Y prefiero pensarlo así, labrando otros puntos
de encuentro.
Sujetarse al vacío que deja
armar la próxima estación.

Mirar desde ese lugar el gesto del niño
que te sonríe en la cola del supermercado
cuando su pequeña mano agita un *adiós.*

Vuelves a las vueltas. La fila te apila.
Te miras en ese espejo.
Acumulas lo que dejarías ir.
Se muere el verano cuando te vas
–oyes en la voz de Sabina–
y se repite la misma canción,
y te alistas para el cambio de paisaje
asumiendo la sordera necesaria.

Entonces el espejo recompone la mirada.
Agudiza el encuadre vertical si abres
en el oído medio un foco alternativo.

Las cejas son nubes de tu meditación.

Los pájaros en estación vuelven a lo apetecible,
en la distante estancia del extrañar.
Partir es hora marcada en la vida.
Coreas el mantra, y vistes el día de arcano mayor.

Nunca sabes la última vez
de cualquier cosa,

ni *el beso al partir*,
aún menos el resonar de tu propia sombra
en la misma calle de tus andanzas

a las que íngrimo volverás
aferrado a tus libros de cabecera.

a quienes parten

INESPERADA VISITA

Incansable canta el grillo
aún siendo tan breve su vida
Bashō

¿Qué anuncia el grillo que en cercanía subsiste?
Su presencia anima el desconcierto.
Quieto, apostado como centinela en la palma
del pote en el pasillo hacia nuestra puerta,
le veo aferrarse a lo más extremo de la más débil
rama, y en ella encontrar casa.
Con su ojo móvil sigiloso sigue mis movimientos
al acercarme y me pregunto si, maltratado
como lo veo estar, huye de la sequía o qué nos
anuncia con su inesperada visita, ¿qué?
Lo tocante: su permanencia por siete días.
Su ojo nimio emerge como presencia ancestral.
En él taso lo huérfano; al fuera de manada.
Pulso la textura de mis propias intuiciones.
El dolor de quienes huyen.
La incisión de las despedidas.
Sostenerse, resistir, afirmarse siendo apenas huella.
Huella que palabras troquela en preguntas.
Brinca y asciende por la columna blanca hasta
lo alto de la torre, bate veloz sus alas y se va.
sin aún saber qué.

a Aurelio Aisian, por los grillos

FEHACIENTE

Lo obvio, a veces, no lo es. La huella deja entreverlo.
Pero nada des por supuesto, hija mía.
Algunas veces lo obvio son los gestos mínimos
que oxígeno le dan al amor, cuando a lo obvio
le rasguñamos el vientre en busca de lo fehaciente,
y desde esa ranura te resulta distinto lo tan ajeno.

Miras cómo lo ruin se hace almohadón
entre cojines sobre el sillón con forro de ocres desgastados
sobre el cual cada día te amoldas a leer el diario.

Recuperar nos impone la forma primigenia del objeto.
O el gesto que al otro le sugiera alguna estrategia salvadora
pues la rutina apresura el zigzag de todo intento.

Lo fehaciente supone acaso quitarse de encima los olvidos.
Recordar el cuándo y el cómo se enredaron
nuestras historias con las de los otros
en el tupido tapiz de nuestras vidas.

Aislarse de la forma ausente instaura otro espacio.
Aún más blanco que la página por escribirse,
cuando lo obvio preexiste.

Conjuro sea y destrabe el acertijo.
La cabeza nos gire y
abra la visión aquilatada al nuevo ojo.

a Camila Ríos

LOTO

Nuestra precipitación no se parece a la llovizna
sino más bien a la forma lenta de abrirse la flor.
Nombrarla entonces como se nombra a lo hendido
en un afán de recuperar a manera de pétalo.
Molde blanco hecho esfera,
al juntar aroma y cuerpo.
Los tonos violáceos nos asen en la superficie,
salpican la oscuridad.
Diluido hedor de lo que subyace al fondo
del estanque que se nutre de lo infame y deforme.

Mínimas voces vegetales también delatan
la belleza colgada en otra suspensión,
y forma le dan a la rebeldía del pensamiento.

Espacio aguijado al revertir el caos.
Perplejidades que buscan rostro.
Oficiar acertadas armaduras de piedra,
como ahora yo oficio las flores del loto.

SIN

Un pliegue que busca cuerpo y no lo logra
con palabras arma lo que no sale de la boca.

Deuda de lo errado en lo errático,
que muda de lugar y con trazos y acento
ahonda lo álgido,

en todos los *sin*
y sin calavera y sin alma, sin pedestal donde posarse
látigo se hace.

Cortada la cabeza del sufriente
asimilas las soledades transitadas
con agujeros
sin soles y sin líderes.

Parte extrema y punzante del dolor interno
que arrincona los sentidos

dolor piramidal que hierra

raspa los huesos del hacer sin hacer.

con María Clara Salas

CELDA

Minutero de la herida que granas
del añil al magenta,
cae
cae
cae en esta celda.
Rotura de los ligamentos
realidad indigerida.

Pasan rostros: cada quien rescate el suyo
antes de que los cubra la tierra.
Identidad de los dientes que han mordido
por librarse de la repetida infamia.

Minutero de las heridas.
Granada de la violencia.
Manojo de llaves en el cinto del cruel carcelero.

DOMINGO DE CALÉNDULA

Guardas las sobras del día en la nevera.
La sopa que cueces sin sal carece de sabor.
Sombras sueltas de lo añorado y la gata Tula
persigue sus rastros por los rincones
oscuros de la casa, sin hallarlas jamás.
Finamente las busca al atender mi voz
y convierte el domingo en inusual,
fustigando el sabor de los recuerdos
al salpicarlos con sal marina de Ibiza.
Los granos del «cristal de la vida» aúno
con pétalos sueltos de rosa, acianos,
sésamo, flores de azahar, caléndulas y
mínimos toques de pétalos azules y
rosablondos sobre la mozarela y los tomates.
Cortados menudos el cilantro y un diente de ajo
se fusionan en el insípido caldo

buscando lograr el milagro. Lo sirves.
Se reposa. Cada elemento toma su lugar
y rostros miras en la geografía caldosa
al fondo del plato, donde se manifiestan
con la fría mueca de lo ausente.

POSTAL CON ÁRBOLES Y DUELOS

Árbol de voces vivas. (...) Árbol-poema, savia de lejos.
ENRIQUETA ARVELO LARRIVA

Los árboles en mi ciudad
se tornan invisibles para sus andantes,
quienes en su trotar diario ya no les miran.
Apamates. Jabillos. Mijao. Caobos. Acacias. Araguaneyes.
Yagrumos. Samanes. Framboyanes. Bucares. Chaguaramos.
A estos árboles los sigo viendo yo
con los ojos de mi infancia,
pues la voz del padre sopla bajito sus nombres a mis oídos
y así su compañía siento
por las calles laberínticas del centro de mi Caracas,
ciudad que hizo suya por amor a mi madre.

El cielo de este valle –Santiago de León de Caracas–
entra en pugna con los azules al trasfondo de mi memoria.

Solitariamente, azules y cobaltos cubren el abierto paisaje
marino en Cumaná, la primogénita del continente americano.

Tierra donde aprendí la humildad
con olor a jaiba,
olor salobre de mar picado que, por herencia, nos pertenece.

En la Cumaná de tierra arcillosa y roja, nació y enterrado fue
un 13 de junio de 1930, el poeta suicida J. A. Ramos Sucre.
Voz cruzada en *La Torre de Timón* con *Las formas del fuego*
donde el poniente dispara sombras a las pupilas de los ojos.

Al poeta JARS le honraba yo en el cementerio de Cumaná
colocando un ramillete de tulipanes rojos sobre su tumba
blanca, en el ritual fiel de ofrendar a quien empalma
transparencias filosas entre las orillas de las palabras.

En esos mismos cielos contemplo ahora cómo se despliegan
las marionetas con apariencia de flores danzantes de celofán
entre los grises amarillentos que no compiten con el verdor
que las heridas del cuerpo, de tarde, enroscan sobre el Ávila.

A la ciudad de los contrastes tienta
pensarle en forma de postal.

A su cielo lo cruzan bandadas de guacamayas
rojas y verdes, azules y amarillas, casi siempre en parejas.
La libertad les pinta los tonos.

Azulejo. Zamuro. Tordito. Gavilán. Carpintero.
Reinitas. Tortolitas. Sangre de Toro. Cristofué. Loros.
Guacamayas. Querrequerre. Colibrí.

Los niños ya no van en bicicletas. Tememos a las motos.
Andar por la ciudad exige cautela.
Los cerros se iluminan con bombillas chinas de luz azul,
sin convertir a la ciudad en animal amable.
Entre una y otra franja de miseria,
sobreviven los zamuros y los tordos negros
acampados entre las flores del araguaney.

A Caracas, la oscura,
la cruza la violencia de *los cachorros* (antes llamados *niños de la patria*)
y aflige que los hayan convertido en deambulantes
descalzos por la ciudad ruinosa.

Amarillos azules y rojos emparejados
encienden las guacamayas

con su chirriante tránsito por los cielos de Caracas,
en un vuelo que une el este y el oeste de nuestra ciudad,
dividida más por líneas de odios
que por el cauce del río Guaire.

El cuervo asoma una y otra vez, sagaz, con pico acerado.

Prohibido olvidar.
Tierra hendida cubierta con los nombres de más
de un centenar de jóvenes asesinados en manifestaciones
de protestas en mi país durante el año 2017,
acá algunos nombres:

Neomar Lander. Juan Pablo Pernalete.
Armando Cañizales. Kevin León.
Miguel Castillo Bracho. Carlos José Moreno.
Ángel Enrique Moreira.

Esta y no otra, desde el luto, es la postal
que nos urge enviar cada abril, en el cruce agrio
entre tantos duelos
de tantos abriles

anudamientos
hendiendo
incertidumbres

cuervos que se acumulan
en nuestras cabezas.

con Naky y Luis Carlos

BELLEZA DEL QUERREQUERRE

Todo está en la voluntad detenida del que ve.
PEDRO SERRANO

A raíz del fatal hallazgo de localizar polillas
en la biblioteca de nuestro apartamento
hemos fumigado y reordenado libros,
y fueron pocos los perdidos,
devorados internamente sin piedad,
infierno dantesco que conseguimos detener.

El ventanal del pequeño estudio
permite ver los frondosos nísperos a los que
de día llegan los azulejos a comerles los frutos
y los murciélagos durante la noche.
Abstraída al ordenar el resto de los libros
sobre la estantería desinfectada,
me asalta un graznido
y me asomo en busca del ser que lo emite.

Pertinaz instante.
Una mancha multicolor vuela hacia mí,
posa en la reja y con la mirada del uno en el otro
nos advertimos, inquietados,
el ave y yo.

Nunca había visto un ave de esta bella especie.
Fue un encuentro de pupilas dilatadas.
Asustado él. Impresionada yo,
por toparme con tal rareza en plena ciudad,
por su graznido y su belleza
en colores estridentes:
el amarillo y negro del turpial,
el verde real del loro
y el copete azul rey de tribu.

De súbito, brinca al balcón lateral,
se aferra con sus patas firmes
a los barrotes blancos de la reja
y mirándome de reojo levanta vuelo
en dirección al cerro Ávila.

Busco imágenes en Google, con palabras claves:
«pájaro amarillo con negro y verde y copete azul»,
y encuentro que en Perú le llaman arrendajo verde
(*Cyanocorax yncas*).

Un ave activa. Cuerpo de 29 a 32 centímetros.
Que se puede apreciar en todos los estratos de la selva.
Oportunista y omnívoro, suele curiosear.
Vocaliza con variedad de sonidos fuertes.
Con cabeza azul, espalda verde y pecho amarillo
puede ser vista a lo largo de la vía férrea
entre Puente Ruinas y el Valle de Mandor en Perú.

En Venezuela le llamamos Querrequerre.
Se le tilda de inquieto y de carácter fuerte
al igual que su graznar, que modula según el ritual.
Es ave de una sola pareja de por vida.
No puede ser enjaulado.
Buscaría liberarse, o agredirse hasta morir.

Nada casual este encuentro.
Lo feroz ronda para espantarnos.
La belleza reclama lugar.
La vida incorpora el atajo, después de conocerle.

a C. C.

[Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 2014 y 2018]

Quinteto al filo

[Poemas en pandemia]

2020

CONVERSACIÓN CON LA CEBOLLA

Creo en el sosiego de las metamorfosis.
AMALIA IGLESIAS SERNA

Extremadamente inquieta
salgo al balcón a vislumbrar
si alguna silueta se asoma o se proyecta al fondo silencioso
si una lagartija o una nube mutante pasa delante de mis ojos
en los márgenes acuosos de esta derramada irrealidad
y sin vergüenza, lo que asoma

naciendo en un pote de tierra craquelada por la sequía
son tres hojas tiernas salientes del bulbo de una cebolla.

La miro, y me miro en ese espejo.

Ella en su envoltura circular de capas; yo desojando
cada una de las mías, cultivadas durante el encierro.
Ella, que algún día dará cuerpo a la sopa de verduras
tiernas, siembra en mí alteraciones insospechadas.
–Me digo; se lo digo.

De seguro al secarnos, volveremos a ser bulbo
agazapado, hasta otro renacer.
Si acaso logramos salvarnos del coronavirus que azota.
Si alguna mano vecina nos propicia tazas de agua.
Si el inclemente sol de estos días no nos marchita
antes, y no vamos a parar al cesto de la basura.
–Me digo; se lo digo.

Mirar afuera trae menudas recompensas.
No sólo el aire fresco sobre el rostro.
Arcoíris dibujados por los pequeños de la casa.
Las notas del violín de Igor Alejandro García
desde un balcón en una calle desierta...
La nube de pájaros con su algarabía de cantos.

No demos todo por perdido, no, aún no.

Orando ante el altar de tus creencias
revaloras lo verdaderamente esencial,
el pulso le tomas a las calamidades
te desprendes de falsas maniobras
y alivianados retornamos al adentro,
remirando la naturaleza de lo frágil
ante el ajedrez con turno de jugada.

Dónde me pongo yo –me digo ahora–
para librarme del virus amenazante
a sabiendas de tantos padeciéndolo,
al vilo por las agonizantes vidas y
por quienes no pueden confinarse
al faltarles el plato de comida,
extremos de sogas donde miles cuelgan
sin hallarles metáforas a lo asfixiante.

Al pote abandonado con la tierra seca
antes guarida de nada,
de un instante a otro le entreveo
polvo de hacinados olvidos
confín de atroces despedidas
en la agobiante circunstancia
anhelando sea dulce rincón
donde el viento se devuelva
para habitar los reencuentros,
algarabía ruidosa de pájaros,
voladuras del verdor en ciernes,
con tallos, ternura y arraigos.

Dónde, insisto, subsistiendo con menos
un día a la vez, sin planes,
al igual que tú, nosotros, ellos,
cada quien armando su aquí y su ahora

plantados en este no-lugar-no-tiempo
con pausa indefinida a las agujas del reloj
creyente en la vida detrás de los espejos
hagámonos armadura de cebolla
hasta el día en que consigamos revertir
la inextinguible soledad con los abrazos.

(Caracas, 29 de abril de 2020)

SOL ABIERTO CUANDO PASE LA PANDEMIA

La vida está hecha para comenzar de nuevo.
HANNAH ARENDT

Hoy que las extraño, me dice de ellas
el canto animado del cristofué
desde la rama cercana a mi ventana,
señal de que no estamos solos.

El carrusel se detuvo.

Por ahora, afilemos la paciencia.
Crucemos temblando este trance amargo,
insospechado, que nos seca la garganta;
sin poder comprender cómo se apagan
tantas vidas en un solo día,
al siguiente día, sin pausa, y al otro...

En el jardín al que acudo en busca
de bocanadas frescas de aire
hallo el movimiento del brote
en nuestro improvisado huerto.

Resistir. Expandir límites
en una, aún dentro de la casa.
Afilar ideas y rutinas, levitar
soñando, enviando hilos de voz,

acopiando imágenes
de los encuentros *face to face*,
limpiando instantes,
rostros y voces añoradas.

Desinfectemos
cada espacio
cada mano
cada alimento
cada aversión
toda manía
también los mapas
cada ruta venidera
y soltemos lo inútil.

La mirada se vuelca
en actos solidarios.

El espejo sigue allí.
Rostro con trazas de miedo.
Afuera no se detiene la muerte.
Las noticias golpean, la nuca.
Cesan los rituales de despedidas.
Se impone la cruel distancia entre las pieles.
La rapiña coronavirus invisible se desplaza
con garras afiladas y dispara la pandemia.
El luto se hace colectivo. Ojeamos.
A fondo de ojos el dolor irreversible.

Cada rincón nos aloja con novedad.
A través de las rendijas
sobrellevamos lo espeso de las horas.
Con tapabocas puesto.
Distancia de metro y medio hacia el otro.
Las manos frotadas, obsesivamente.
Vale como nunca antes

todo intento de toque
para ganar una acción mínima al día.
Huellas de vida.

Confinados resumimos de qué adolecemos,
y máscaras ponemos a la soledad. Rezamos.
A la calle nos devolverá la luz abierta, no iguales
sino otros, dicen algunos, ojalá que mejores.
En el reseteado tiempo que se impondrá
reparando tal vez algunas grietas interiores y
los botones caídos al abrigo de los abrazos.

La ventana accesible a la luz presume de ala.
Enredadera corrediza sobre nuestros días.
Lo vegetal reclama. Lame heridas.
Bebamos el canto de su sangre verde.
Al brindar, respiremos el agua de lluvia
en el fortuito cruce de las pupilas.
Escuchemos en cada gota caída a los idos
posados en la rama del sol abierto.

(Mantra. Llamo para saber cómo están hoy
hijas mías, volverles a decir lo mucho que las
extraño y lo infinito que las amo. Mantra).

El azul abierto desabrochará deseos
en la promesa de celebrar otro mañana
con paseos y un sinfín de abrazos,
mientras el olor a café pone a flote la casa y
la vida con un abrigo de memorias.

a mis hijas, Camila y Jimena
(Caracas, 7 de abril 2020)

POSTAL DEL CIELO PLOMO SIN VENADOS A LA VISTA

... atreverse a mirar hacia adelante en medio
del desconcierto y la incertidumbre.
Ana Teresa Torres

Cielo plomo mientras te pienso y te escribo esta postal
atravesada por escalofríos delirantes ante esta calamidad
que cabalga todo el planeta sembrando turbación y muerte.

Despelleja la emergencia entender este asalto a la vida,
en la caótica cotidianidad que nos separa de los otros,
aislándonos en alteradas celdas o cajones sin fondo.

Silentes, reciclamos maniobras: el huerto mínimo, repensar
lo que cocinaremos, el orden y las posiciones del cuerpo
y, en los días sucesivos, con el mismo ardor de expectación
adelantar la hora de acostarse huyéndole al insomnio.
Hilar la escritura íntima de un diario, subir y bajar escaleras
para calibrar el corazón perturbado en este vértigo
tender con el hilo telefónico cercanías de voz al desear
saber cómo lo llevas y qué pátina le ves tú al cielo hoy.

Remonto contigo temores sobre la ciudad vacía.

Nadamos la dimensión desconocida sobre días planos
pensándonos inertes hojas de un calendario mortífero
sin equis marcadas sin vías de escape erizados en casa
entre tapones de silencios que explosionan el cerebro
subiéndosenos a la garganta el grito mío-tuyo-nuestro:
otros deseos en el subsuelo de impensadas situaciones
extrañándonos aún más en la comisura de los labios.

Virulento, el invisible covid-19 se expandió.
El miedo a la muerte, su mordisco.

Qué momento raro se nos planta enfrente
y, desde la fragilidad sentida, te pregunto:
–¿Habrá mañana?
y tú respondes:
–Habrá, pero distinto.

La sentencia nos aferra como nunca antes al presente.
Suprimimos a los pies toda prisa, y al pensar en calles,
plazas o parques la cabeza remonta postales de lo vivido
en la compañía ardorosa de los nuestros,
sumergidos en el imaginario fecundo de Monterroso,
anillados en fábulas-nube donde fermentan las metáforas
en asalto a los verbos prohibidos: «abrazar, besar,
rozar y dar (la mano)».

Una casa flotante, reordenándose. Apuntalarla
dentro con cincel y paciencia
y en la contemplación de otro cielo
sanar las pieles desgajadas en cuarentena
vuelta circular del carrusel
de noches sin días o viceversa.

–Habrá. Pero distinto. (bis).

La naturaleza respira; nos recuerda el precio de la libertad.
Ausentes nosotros, los animales han tomado los espacios.
Manadas de jabalíes, pavos reales, pingüinos, elefantes,
ciervos, osos han sido vistos deambulando en las ciudades.
En mi país, un venado joven bajó de la montaña,
apenas asomaba y paseaba el candor de su inocencia
con la mala suerte de toparse con la crueldad asesina.
Sin reponernos de tan escabroso suceso, brinca la noticia:
al caballo purasangre doble coronado Ocean Bay –que
refieren manso y confiado– lo secuestran y descuartizan ...

Yuxtapuestas realidades. El dolor nos acelera.
En confinamiento aumenta la repudiable violencia de género,
violencia hacia el niño, violencia en las fronteras...
La vida duele, apunta Rosa Montero.
Con escalofrío me da por pensar en Frida adolorida.
Clavada ella, inmóvil en su cama,
haciéndose autorretratos mirándose en un espejo
su dolor viaja por las venas de la humanidad, a esta hora de agonías.
Y es que vivimos en un tiempo de astillas sin espejos y las astillas
perforan, invisibles y reales como las flechas clavadas al venado.

¿Atraviesa la humanidad un caótico estado de sombras?
Que alguien explique:
¿Cómo dio la vida esta vuelta de carnero?

Otra mirada avistará «la nueva normalidad» del afuera
nudos en conflicto tensarán la hora interior en cada quien
en otro cuadrilátero lunar sincronizaremos deseos y miedos
y los desafíos que este caos le impone al convivir.
Y aún desconcentrados seguiremos y los enfrentaremos
al apenas asomar la cabeza fuera de la celda o del cajón
o fuera de nosotros mismos en cada mañana «distinta»
al abrir puertas al mirar al otro al pasearnos astillados
(con mascarilla o sin ella)
(con la mirada de venado)
en urgente voluntad de recuperar lo que extraviamos
en el túnel vaporoso del tiempo
hincada en certeza innegociable:
la libertad.

(Caracas, 13 de junio de 2020)

DESPEDIDA

Morir no es salir del mundo sino sumergirse
en la profundidad de la belleza visible donde nada
la ballena cósmica que es la misma muerte.
ARMANDO ROJAS GUARDIA

¡Si eres Armando, vuela!
Lancé la frase al aire desde el ventanal del balcón
al asomarme por azar y ver al gavilán apostado
sobre el borde del muro verde del jardín de abajo
y no más al lanzar la rara petición (sin pensarla y
antecedida de un encuentro de miradas,
ante mi respiración acelerada con asombro
por la singularidad del suceso),
el ave desplegó alas en abanico y girando
se elevó hacia la sublimada montaña boscosa.

Un silencio largo y la pirueta del cuerpo tejieron
la estela de sombras a lo lejos, alargado filamento
espiritual de la fe: la frase lanzada sonó a despedida.

(Arañazo al mediodía. Horus, presente.
Te sabía lidiando estadios finales en la emergencia...).

Recordé que mi abuela Amanda decía que el alma
da un recorrido y visita a sus amados antes de partir;
y tú, querido Armando, solías decirme que era yo
«uno de los grandes amores de tu vida» y así lo creía,
desde el sentimiento de dulce ternura que, en mí
con reciprocidad doliente, tú provocabas, desde el
día de vernos la primera vez, hace más de 40 años.

Fuiste tú quien llamaste «centro del mundo» a La Campiña,
zona de nuestra Caracas donde éramos vecinos de cuadra,
favoreciéndose así los encuentros, conversas sin horas
apenas mediando el café recién colado, las risas cómplices,

entre las temblorosas páginas recién escritas, tuyas y mías,
y la confabulación de las intuiciones que me acercaron
al Armando espiritual y al bohemio,
en vértigo amistoso.

Y digo la verdad al escribir que jamás había visto
posarse a un gavilán en ese muro verde del jardín
(en la bóveda alta del cielo es donde ellos planean,
libres, cada tarde, con el gozo puro de la creación),
mientras allí sí contemplo a los pájaros que nombras
en tu diario *El deseo y el infinito*: arrendajos y azulejos
de los que dices que te enternecen «festejando el final
del aguacero y la gloria medular del mediodía».

Pienso ahora en tus ojos almendrados
con su mirar furtivo arrebatando misterios contraídos,
en la espiritualidad interrogada que imanta tu palabra,
sintiendo que los ojos del alado semejaban a los tuyos,
con su incisivo mirar hacia arriba, buscando centro.

La oración pactó; ofrecida en la desnudez convocada.
Eras tú, lo sé. Leí tu energía en ese animal de poder.

«Su corazón se fue apagando en paz», me dicen.
Cesó de latir a las 9:20 p.m. del jueves 9 de julio, 2020.
Día añil de sagrada comunión con la belleza del
ánima mundi
que, en la perplejidad del partir,
toma cuerpo infinito.

por ARG, in memoriam
(Caracas, 22 de julio de 2020)

ESTACIÓN CON PÁJAROS

Por su pequeñez la inmensidad.
Por su redondez la libertad del viaje.
ELIZABETH SCHÖN

Cabe en la palma de mi mano la levedad,
la que trae el pájaro
al reposar a los bordes del infinito.

El sol oscuro nos siembra
seco todo como está
cuando crujientes y vacíos
arden nuestros ojos
en este ahora que el dolor
traspasa al cuerpo plural.

Picotea el aire la morosa inquietud.
Volteándonos la forma de percibirlo.
Sólo drones avispan la ciudad y
las preguntas erosionan el después,
y más allá es donde muerden.

El malestar se hace fruta a mediodía
anhelo de andar descalza
el huerto
la tierra baldía
el momento de la redondez de otra realidad
temerosa y fugaz
cuando el pájaro pasa detrás de las cortinas
y viéndolo solo de reojo y a la distancia
frágil y libre
sentimos espesa la melancolía.

No podría esclarecerlo.

La vida detenida. Una zanja la absorbe:
se lo traga todo. Agua y cloro.
Lágrimas que la impotencia reclama.
Demasiados en la enfermedad.
Lo innombrable escapa. Espina clavada.
Reciclamos oraciones, ofrendas, talismanes:
la luz eleva voces en un persistir en alas.

Las palabras de este tiempo aún no brotan.
Irritada la garganta está en cuarentena.
Sentimientos vinculados a la trama
del imposible volar.

Apenas asoman solitarios hilos y
manos desbandadas

al terco filo de la luz.

(Caracas, 20 de mayo de 2020)

Nota bene

¿Cómo sobrevivir durante el encierro al que nos obligó la pandemia? Además de pensar laberínticamente y leer para tratar de entender la desgracia que había caído sobre la humanidad, me aboqué a cuidar mi jardín y armé un huerto –con semillas de pimentón y ají dulce–, sembré cebollas y cebollines que marchitos ya tenían raicillas, aprendí a respirar de manera eficiente para evitar los ataques de pánico, sin dejar de escribir ni un solo día. A este tiempo pertenecen los cinco poemas de *Quinteto al filo*, muestra de la producción del año 2020 con la que cierra este volumen. Como inéditos recientes, pronto encontraron cabida en antologías digitales e impresas en papel, a saber: «Conversación con la cebolla» en *Pasajeras. Antología del cautiverio*. Comp. Les Quintero y Graciela Bonnet, edición digital (Editorial Lector Cómplice, Caracas, 2020); «Sol abierto cuando pase la pandemia» en *A poema abierto. Escribir en tiempos de pandemia*. Ed. Amalia Iglesias Serna (Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca, 2020); «Postal del cielo plomo sin venados a la vista» en *El vuelo y la claridad. Antología 2020*, edición digital (Editorial La Diosa Blanca / Círculo de Escritores de Venezuela, Caracas, noviembre 2020); «Despedida» en *Sibila. Revista de Arte, Música y Literatura*, No. 64 (Sevilla, abril 2021). «Estación con pájaros» (con traducción inédita al inglés de Adalber Salas Hernández) en mi antología bilingüe *Costura interior / Inner Seam*. (Pro Latina Press, Nueva York, 2024).

[Los poemas de esta sección fueron escritos durante el primer año de la pandemia del covid-19]

Addenda

ESTRELLA AZUL

Lo que sueltas y asciende
tropieza en el firmamento
con Orión,
y te conecta con el cazador,
capaz de aniquilar todas
las bestias de la tierra
y lo hiriente inevitable.
Sin dilación, flotantes
sobre la estela de su estrella
azul, Rigel,
todo lo nuevo cabe
en la palma de la mano.

(Caracas, 24 de junio de 2026, 3:04 pm.
Día del doblete sísmico en Venezuela)

Inédito

Criterios de la edición

Al terco filo de la luz. Poesía reunida 1975-2020 antologa dieciséis poemarios de Edda Armas publicados entre 1975 y 2019, junto a cinco poemas de largo aliento –como solía llamarlos el maestro Adriano González León– (escritos en 2020 durante el encierro por la pandemia), agrupados en un capítulo final nombrado *Quinteto al filo*. Así, el volumen abarca 45 de los 50 años de producción poética de la autora, presentados los libros en orden cronológico. Y en ofrenda al lector, trae dos inéditos: «Abrazados» que la autora inserta en el poemario *Manos* y «Estrella azul», al cierre de su poesía reunida, ambos escritos en junio de 2026.

El prólogo, titulado «Edda Armas: Una ciencia de los límites» y a cargo de Adalber Salas Hernández, acompaña la poesía reunida de Armas con una mirada amplia, reflexiva y circular de su obra, en una versión actualizada del ensayo preliminar originalmente publicado en su libro *Insomnios. Ensayos sobre poesía venezolana* (bid & co. editor, Caracas, 2013).

Por decisión editorial –concertada con la autora– se omiten las tres antologías publicadas durante el período abarcado: *Dagas y otras flores* (Monte Ávila Editores, Caracas, 2007), *A la hora del grillo* (El Ángel Editor, Quito, 2016) y *Alas de navío* (Editorial Caletita, Monterrey, 2016), ya que mayoritariamente replican textos de los poemarios incluidos, algunos con variaciones mínimas y unos pocos inéditos. Asimismo, por razones técnicas, este volumen no incluye los cuarenta y nueve dibujos a plumilla del artista rumano Daniel Medvedov que ilustran la segunda edición de *Roto todo silencio*, publicada en 2016 por nuestro sello.

A fin de concebir el conjunto como una unidad que da cuenta de una trayectoria creativa, y en consideración a la extensión del volumen, se evitaron duplicaciones en los casos en que la autora incluyó un mismo poema en más de un libro por afinidad temática. Así, «Nunca

ruina», «El otro», «Mudanza» y «Sueño lo real o su fantasma» se mantienen únicamente en *Casa y arcángel*; «Danza con dragones», en *Sin negativos ni estaciones*; «Cuarto» y «Cerezas», en *Toma lo simple por el tallo*; «La otra mano» y «Empalmados» en *Manos*. En pocos casos, al ser textos versionados que aportan un eslabón indispensable al eje del libro, como ocurre con los poemas «Hoy es mar» y «Canción», se optó por mantenerlos en ambos poemarios. De igual manera, se mantuvieron aquellos poemas que aparecidos en un libro fueron retrabajados y ampliados en otra versión incluida en un libro posterior, dando cuenta de la dinámica de escritura y reescritura, usual y consciente, del hacer poético de nuestra autora.

En este volumen de poesía reunida, a modo de posfacio, se compilan los textos críticos que acompañaron las publicaciones originales: prólogos, pórticos, epílogos, posfacio y textos de contraportada. También se incorporan notas explicativas firmadas por la autora, y otros textos de su autoría a modo de codas o *nota bene* y una poética «La poesía resume», que provienen de las ediciones originales o redactados especialmente para la ocasión a fin de aportar contextos, datos editoriales o agradecimientos. Respecto a las dedicatorias –que en los libros originales destacan por su extensión y detalles como parte de la estética de Armas–, se optó por un criterio de síntesis para favorecer la fluidez de esta edición definitiva.

Salas Hernández define la poética de Armas como una «ciencia de los límites» que halla refugio en lo mínimo y lo inasible; una escritura que, lejos de ser estática, se refunda verso a verso. Señala también que al otorgar confines nuevos e inesperados –intactos de toda luz antes de surgir–, transita y expande un poco más allá las distintas permutaciones de ese territorio-saber que es su escritura, según lo reitera el poeta con su vision crítica en distintos pasajes de este texto. Por ello, la presente edición de *Al terco filo de la luz. Poesía reunida 1975-2020* apuesta por revelar la línea invisible que atraviesa la fortaleza de lo fugaz, núcleo que habita, de manera acendrada, el decir poético de Edda Armas.

Los editores

Posfacio

Textos críticos sobre la poesía reunida de Edda Armas

Roto todo silencio

Aunque los poemas suyos sean breves, yo le diría como Bergamín de los aforismos: son inconmensurables. Como quiera que fuere, se trata de una brevedad aparente, que engaña, porque esa expresión contenida, acendrada (nunca lapidaria) puede tocar en cualquier momento lo infinito.

Raúl Gustavo Aguirre
Nota a manera de posfacio
Buenos Aires, 1980

entre la daga y el sable
para volver a romper todo el silencio

Las pequeñeces son lo eterno, y lo demás,
todo lo demás, lo breve, muy breve.
Antonio Porchia

1.

El puente es uno mismo
y es la dirección de nuestra vida
E. A.
La otra orilla

En el poema «Podría ser un retrato», de *La mujer que nos mira* (2000), Edda Armas anota: «las ideas son moscas / en el ocio». Esta imagen –precisa, contundente– que articula ya una voz madura, era acaso intuición primera 25 años antes, en los tanteos iniciales con los que una joven estudiante de Psicología de la Universidad Central de Venezuela (UCV) comenzaba el difícil remar en las aguas del poema. Y es que asistimos en *Roto todo silencio* (1975) a la fundación de una poética que, década tras década, se irá abriendo su lugar en el admirable ciclo de la poesía venezolana del siglo XX. El nacimiento de esa poética, como veremos, se funda en la tensión elemental entre idea e imagen, razón y creación. Es el devenir de esa tensión primera, me parece, el que articulará la poesía toda de Edda Armas.

Un pensamiento que, en su hacerse o decirse, deviene no idea sino casi imagen. Una imagen que no puede (ni quiere) ser plena pues se sabe, en su configuración, deudora de un estado primero de la razón: encarnación de su falla. He allí el lugar de entretanto –de puente– que ocupan estos textos breves, tan *silenciosos*, tan abiertos. He allí, en ese equilibrio de lo que no puede (ni quiere) ser pensamiento o imagen solamente sino punto de encuentro fragmentario entre ambos, ensayo del decir, forma provisional, en camino, latente, la belleza de los mínimos cuerpos textuales que, constelados, configuran *Roto todo silencio* (1975). «Embriones de pensamiento», los hubiese llamado Edgar Allan Poe. Acaso sólo un sentir que busca, tanteando, su propia forma momentánea: su devenir verbal. Y de allí, justamente, el aura enigmática que a ratos acompaña estas *dagas* primigenias de Edda Armas: todo lo que dejan al apetito y la imaginación del lector, que tomará sus hilos y, en su propia lectura, los concretará, redimensionándolos.

2.

cuando el espacio blanco
es salmo y nombra
E. A.
Corona mar

Este breve, leve decir, concentrado y preciso, pero a la vez también como aéreo, casi gaseoso, prácticamente conmina al lector a elegir su vía de acercamiento y comprensión. No sorprende, por ello, que tantos artistas plásticos o escritores que comparten la vocación por la palabra y el gusto por el dibujo, se hayan dedicado a reinterpretar *Roto todo silencio*, ilustrándolo. No sólo la fuerza verbal contenida y abierta de los versos de Edda Armas los impulsó: también esa blanquísima página de la que estos emergen como islotes de materia otra entre la nieve. Todo ese blanco les hizo sentir a algunos lectores que el poemario no era sólo y simplemente un poemario: que se trataba de un artefacto más complejo: suerte ya de libro de artista por hacerse (y la exploración posterior de Edda Armas, de la mano del enorme talento de Lihie Talmor, de los libros de artista –*Aguariacuar. La partida*, 1993; *La creatividad del mal o el círculo de las flores*, 1995; y la antología *Fe de errantes*, 2006; entre otros–, dará cuenta de este germen primero, secreto, azaroso), que componía, sin saberlo, un mínimo *block* de dibujo alrededor de los textos. Y comenzaron a hilarse, así, entre verso y verso, entre lectura y lectura, entre pensamiento no acabado e imagen no concretada, otros pensamientos provisionales, otras imágenes en camino: esta vez no con la palabra sino con el trazo. Y se hicieron las ilustraciones, los dibujos: espejos gráficos de los fragmentos verbales con los que Edda Armas, hace cuarenta años, se inició en el mundo del poema.

Cada uno de estos apuntes y observaciones, de estas casi-ideas, casi-imágenes –poéticas intuiciones de poema– que vienen del silencio y lo rompen para volver, ya dichos, ya descansados, a él; encontraría en los dibujos de algunos lectores la respuesta a una silenciosa y no formalmente articulada invitación. Daniel Medvedov, entre otros, hizo del libro, en el momento de su publicación primera, una lectura erótica, esta vez desde el trazo y la pluma. La delicadeza de sus líneas, la delgada y afilada belleza que ordena una imaginación de gusto e imaginería infantil y fantástica, fue componiendo escenas, figuras, casi-cuentos; forjando, pues, una extraordinaria conversación con los textos: imprimiéndoles nueva e inesperada magia y vitalidad. Y así los versos, que emergen de la página blanca y en ella se pierden, dándole espacio y fuerza en su concentrado decir, no sólo al decir mismo sino a ese incitante blanco que los envuelve, regresan hoy a las manos de otros lectores, por esta vez acompañados de una de las series de imágenes –la de Medvedov– con las que sus primeros lectores obsequiaron a la autora. Nuevo equilibrio, ahora, entre lo apenas dicho entonces, como tímidamente, como en vislumbre de un decir que aún no toca –y que luego, en río de imágenes verbales, vendrá cabal en toda la obra poética de Edda Armas–, con los viejos dibujos de Medvedov que, elegidos para esta justa y necesaria reedición, se muestran por vez primera al público.

3.

caminar hasta la inmensidad prometida
es lugar seguro para encontrarse
E. A.
Cuerdas de serpiente

Acaso volver a leer, hoy, *Roto todo silencio* nos permita además repensar la obra poética de Edda Armas desde otra ventana, leerla desde aquello que, por obra y gracia de *esa biografía del alma de un poeta* –siempre discontinua, nunca ordenada– se forja y anuncia, tímidamente, como futuro posible. Quiero decir que *Roto todo silencio* ya articula el corazón de alguna de las líneas poéticas que la obra posterior de Edda Armas irá afinando y refinando: discreto cauce abierto sobre el cual la escritura de la poeta forjará con los años todo un íntimo y personalísimo universo verbal, y cauce del que así mismo se alejará, a ratos, para luego, una y otra vez, regresar sin falta y con ímpetu redoblado a él, acaso porque, como dice el tango, *siempre se vuelve al primer amor*.

Y no hablo sólo de *la daga como poética*. No sólo me refiero a los regresos de la autora a este comprimido y afilado modo del decir: el versículo, el poema brevísimo, el que abre al silencio –rompiéndolo o no– una carne que importa tanto como su oscuro y sintético espejo de tinta, ese que acaso en la década del 70 en Venezuela alcanzó cimas evidentes en la obra de poetas como Luis Alberto Crespo o Reynaldo

Pérez Só. Y no me refiero sólo a eso porque Edda Armas, a lo largo de su obra, se moverá con la misma soltura en la acotada forma del texto brevísimo –la daga– y ese otro decir más demorado del poema de largo aliento: construcción más vasta y apabullante, filo distinto, otro: *poética del sable*. Entre la daga y el sable, pudiera decirse, se articula toda su poesía, sin que la autora deba decidirse –¿por qué habría de hacerlo?– por un modo u otro del decir. Me refiero, más bien, a esa dilatada tensión entre el sonido y el sentido, y a la dura tarea –y los modos de un poeta– de hallar la perfecta fusión entre ambos universos para hacerlos converger en cuerpo único: el del poema.

Algunos poetas, lectores de poesía y críticos mucho más autorizados (Miranda, Rojas Guardia, Castillo Zapata, Häsler) han hablado de la enorme capacidad sugestiva de la poesía de Edda Armas como uno de sus rasgos vertebrales. Creo que eso nace, y es ya pleno a su manera susurrante, de quedo decir, como en voz baja, en *Roto todo silencio*. Y si es cierto que el libro que le sigue –*Contra el aire* (1977), fruto del taller de poesía que, un par de años antes, Edda Armas hiciera en el Celarg bajo la esplendente conducción de tres indiscutibles maestros: Guillermo Sucre, Gonzalo Rojas y Ludovico Silva– intenta perfilar búsquedas parecidas, ya acaso de un modo menos desnudo, menos desamparado, como más cimentado en una tradición que empieza a (re)conocerse en carne viva, en alma y verbo, también ocurre allí un leve giro peculiar en el modo de tramar la imagen –en el modo de decir– de Edda Armas: la seducción de la esfinge ha comenzado.

Una cierta claridad primera comienza a ser dejada de lado para explorar otras materias: la entraña oscura del verbo, eso que el mismo Poe llamara la búsqueda de «un poema escrito por el poema mismo». De allí que algo más críptico, más hermético, comience, también, a cocinarse en el decir. Y que esa vía, que continuará en distintos grados en parte de la poesía inmediatamente posterior de la autora –*Cuerdas de serpiente* (1985) y *Rojo circular* (1991), por ejemplo–, vaya haciendo cuerpo y continúe robusteciendo el texto general de esta poética. No obstante, es también cierto que, con los años, Edda Armas apostará por un regreso al desnudo decir, y hasta por un decir que cuide y consienta (o vigile) las andanzas de su sintaxis, que se oponga con firmeza a sus posibles descalabros: una poesía que retorne, como en *Roto todo silencio*, a la claridad primera; una poesía del sentido, que no se deje tentar ya más del posible artificio retórico y el espectáculo verbal, sino que, al contrario, profese su amor por el orden («busco lo que ordena. Lo busco», reza un verso de «La espera», en *La mujer que nos mira*) y la nitidez: una textualidad de lengua humilde, limpia, pura: pienso en *Sable* (1994), *La otra orilla* (1999), *En bicicleta* (2003) y *Corona mar* (2011), entre otros. Esa misma lengua que acaso *Roto todo silencio* intentaba esbozar mucho antes, desde la intuición primera de la más temprana juventud, intuición pura, no muy formada, no muy leída, pero viva, sentida, arrojo puro y franca desnudez, pues no debemos olvidar que es una jovencísima estudiante de la UCV –Edda Armas

tenía 20 años– la que lleva un manojo de anotaciones a la Imprenta Universitaria, por probar, por ver qué pasa, y que su entonces director, José Vicente Abreu, lee y acoge el manuscrito con enorme entusiasmo y devoción para publicarlo.

4.

quizás con un vocablo de silencio
el daño que cause
no sea el más profundo
E. A.
Roto todo silencio

Cuarenta años han pasado desde aquel encuentro inicial de Edda Armas con la palabra poética, y, sobre todo, de aquella generosa fe de Abreu frente a esos textos primeros, fe que impulsó la primera y bellísima edición de este libro, cuyo diseño y diagramación estuvieron a cargo de un joven ya talentosísimo que es hoy maestro indiscutible del diseño gráfico y a quien debemos algunos de los libros –de todo género– más hermosos que durante décadas han salido de nuestras imprentas: Álvaro Sotillo.

De la centella verbal a la centella gráfica: se cierra hoy, con esta no menos bella reedición a cargo, una vez más –círculo perfecto–, del maestro Sotillo, uno de los múltiples caminos que *Roto todo silencio* forjara cuatro décadas atrás. Y se abren, a partir de las páginas siguientes, los caminos que nuevos lectores (y ojalá nuevos ilustradores, una vez más) recorrerán. Con la daga o con el sable, Edda Armas aún tiene mucho por decirnos.

Roberto Martínez Bachrich
Prólogo a la segunda edición de *Roto todo silencio*, 2016

Cuerdas de serpiente

«Cuerdas de serpiente»: es lugar seguro para encontrarse.

Si alguien con luz, desesperado, solo, preguntara: ¿dónde está el amor?, ¿dónde?; y porque el misterio poético es cierto leyera *Cuerdas de serpiente*, de la venezolana Edda Armas, podría responderse: en este libro, en el esperanzado decir de estos textos, que nos hacen participantes, que a riesgo creador nos proponen varias lecturas, para remitirnos siempre a las posibilidades del amor; y podría responderse más: el amor está en mí, ante todo en mí mismo, en cada ser humano que se yergue para permanecer y volver a darse por encima de desconfianzas y naufragios. Esa es la lección estremecedora de este libro, su «lugar seguro para encontrarse». Pero

no es la única lección; con la exitosa aventura de lenguaje que entraña *Cuerdas de serpiente*, con su danza de las palabras sobre la hoja en blanco que propone nuevos pasos, con su propio modo de compartir la poesía desde un lirismo contemporáneo que nos acerca, y desde una experimentación que establece un perfecto equilibrio entre lo que se dice y cómo se dice, Edda Armas se inscribe dentro de lo más original, hermoso y humano de su generación poética en el continente. Su poesía es ya definitiva para nosotros. Amor nuestro. Nuestro amor.

Francisco Garzón Céspedes
Posfacio a *Cuerdas de serpiente*
Caracas, 31 de marzo de 1985

Sable

En *Sable*, Edda Armas profundiza su capacidad de conducirnos a través del discurso poético, hacia percepciones inéditas, ángulos imprevistos de lo real, ideas que nos separan de lo cotidiano y nos envuelven en su particular creación. El lector de *Sable* accederá a los códigos de este libro si abandona la rutina y se deja sorprender por la fuerza de las emociones expresadas en imágenes. *Sable* es un instrumento «afilado», lúcido, que pone de manifiesto el dominio de la autora en el tratamiento del lenguaje, versatilidad en el paso de lo denotativo a lo simbólico, imágenes inéditas como la visión de la muerte a través del grillo, la sobriedad en la adjetivación. El último poema del libro, llamado justamente «Sable», nos ofrece la hermenéutica que Edda hace de su propio trabajo «danza de presagios», «reunión de los amados» según «las razones arbitrarias de la memoria».

María Clara Salas
Texto de contratapa

SABLE DESNUDO

Son las palabras las que nos acuchillan: con gritos o susurros, extáticas o argumentativas, deliciosa o desesperadamente impropias y también a veces certeras. Vivimos bajo el compromiso tremendo de las voces. Allí los sentimientos con la dulzura de su equívoco. Y la alegría. La melancolía y brutal alegría, que se ríe entre sollozos, como si nos diera la espalda y no supiésemos interpretar la convulsión que agita sus hombros. En la poesía, las palabras escapan del todo. Nos buscan en nuestro último escondrijo y nos convocan a la sombra, nos invocan a la luz. Imposible rehuirlas: saben nuestro nombre secreto, el que nunca diremos a nadie, el que no figurará en nuestra lápida. Más fuertes que la muerte, por tanto. Más

audaces e imperiosas: más nuestras. Como el sable desnudo de la mano del paladín, no cuando busca el pecho o el cuello de su enemigo, sino cuando los dedos aflojan y sabemos que dentro de un momento caerá a tierra. Desnudas también y vacilantes las palabras. Infinitamente afiladas son tus palabras, Edda.

Fernando Savater
Texto encartado en la edición, leído por Rafael Cadenas en la
III Feria Internacional del Libro de Caracas, el 16 de noviembre de 1994

La otra orilla

La poesía, puente de palabra entre los mundos (y, por eso, trascendente: espacio en el que todo se comunica, temporalidad en la que nada se pierde), se ha manifestado siempre como una travesía: del lenguaje y de los actos, de los sentimientos y de las sensaciones, de las imágenes, de los recuerdos, las carencias, los deseos, los olvidos. Se ha dado (y se da, se sigue dando) como desplazamiento, como tránsito, como viaje y aventura.

Y es eso precisamente lo que pone en escena, a su manera, *La otra orilla*: la experiencia de situarse, en cuerpo y alma, en esa incierta, y al mismo tiempo plena de promesas, línea que separa la realidad de sus infinitas versiones y reversiones. Colocándose en ese borde, en esa complicada ribera en la que se atisban los otros mundos, las otras voces, Edda Armas explora, desde el territorio cotidiano de sus vigilias, de sus quehaceres, de su contacto constante con la palabra y sus angustias, zonas que su poesía anterior no había explorado pero que, tal vez, anunciaba sin que muchos de sus lectores nos hubiésemos percatado de ello. Ahora, puestos ante la evidencia, divisamos desde la orilla conocida esa otra orilla hacia la que, temeraria y consciente, ha tendido Edda su palabra. Arco tenso e inesperado gracias al cual su manera habitual de decir se juega la vida en los territorios de un mundo otro, doméstico, poblado, no obstante, de inquietantes, cibernéticas resonancias.

Rafael Castillo Zapata
Texto de contratapa
Caracas, octubre de 1999

En bicicleta

«En bicicleta» de Edda Armas

Esta prosa lírica ostenta una densidad metafórica inusitada, incomparable. Y cuando escribo a conciencia *metafórica* hablo, por supuesto, de inmensa capacidad *analógica:* el supremo don verbal de establecer relaciones y

correspondencias insólitas entre objetos, símbolos, fenómenos, palabras aparentemente disímiles. Toda la poética desplegada en este libro se fragua en esa capacidad, de raigambre baudeleriana, de vincular dentro del poema los elementos más insospechados entre estados anímicos y acaeceres relacionados con la naturaleza, entre sensaciones visuales, auditivas o táctiles y hechos de la conciencia, entre temas eruditos y respuestas instintivas, corporales, a los estímulos del entorno que rodea a la poeta. Ello realizado con una facultad de síntesis asociativa que sencillamente deslumbra por la eficacia con la que conmueve tanto nuestra inteligencia como nuestra sensualidad, reanimando en nosotros otra manera de percibir el mundo.

El ritmo que predomina en esta prosa es vertiginoso, salpicado de oraciones escuetas y parcas, que, en el decurso de un mismo párrafo, se combinan magistralmente con otras de período más largo y sintácticamente complejo. Pero el poemario entero está dominado por la experiencia –y el símbolo y la idea– del vértigo. No se trata del vértigo ascendente o descendente –hacia el ámbito trascendente o hacia el inframundo– sino, más bien, de la vertiginosidad que produce precisamente ese viajar o pasear «en bicicleta», al que alude el título del libro: la sensación de móvil libertad, la de captarlo todo –cosas, paisajes, recuerdos– desde la perspectiva de lo instantáneo y lo fugaz, la fruición de entrelazar el ver sensorial con el ver de la memoria, reuniéndolos a ambos en el impacto simbólico –y una vez más: analógico– de la imagen poética.

Estos textos de altísima calidad lírica no sólo representan una verdadera cumbre dentro de la obra poética de Edda Armas, sino igualmente una gran lección espiritual para todos sus lectores: la de enseñarnos a mirar con asombro inagotable la dimensión estética de nuestra vida, incluso la –en apariencia– más cotidiana. Bastaría para eso que tomáramos prestado ese maravilloso instrumento artístico que es su metafórica bicicleta.

Armando Rojas Guardia
Prólogo a *En bicicleta*

Armadura de piedra

Armadura de piedra es un instigar a la lucha, una búsqueda desde la quimera de la precisión y su sugerente fugacidad, y por tanto su dolor, ese dolor. Mas, en su acción, esa búsqueda de la palabra no es conclusión, es acción, una estrategia de armar lo disperso y desarmar lo único, no la actitud de recordar sino de decir, decir con la consistencia de la piedra, pero sin excluir su porosidad ni su destino final en forma de arena.

Y tal vez así nos afecta, pues las imágenes que se desprenden de estos versos no son gratuitas, ya que su correlación con el aquí y el ahora del lector es

siempre inquietante, verosímil, porque hablo de la conciencia del lector, no de su imaginación, de su capacidad de soledad, amor y dolor; también de su sentido de asombro en la historia.

Son sentimientos, pues, que conectan con la tensión de la piedra y la arena, con necesarios anhelos de elevación. En definitiva, el mundo en su inexactitud, que es lo humano: la conciencia de fragilidad e intemperie. Una lucha.

Vicent Berenguer
Texto de contratapa

Toma lo simple por el tallo

LA FUERZA DE LA DELICADEZA

La poesía de *Toma lo simple por el tallo* se ofrece con la delicadeza de un motete, pero se despliega con la potencia de una sinfonía. Su reivindicación de lo mínimo –que arranca con el primer verso: «llegar hasta lo mínimo y abrirse paso»–, su atención a lo cotidiano y lo minúsculo, y su tenaz procura de los momentos huidizos que constituyen la realidad parecen sugerir un cosmos morigerado y doméstico, envuelto por una gasa verbal que lo vela y, a la vez, lo revela. Sin embargo, bajo estas levedades de *gouache* se esconden afirmaciones sustanciales y angustias pánicas, vigorosamente orquestadas en un poemario cuyas partes –andante, adagio, vivace, rondó, dueto y fuga– aluden a movimientos o composiciones musicales. Ciertamente, los versos de Edda Armas reparan en las cosas sencillas y, en apariencia, insignificantes: en los aspectos más quebradizos de lo visible; y lo hacen sin ahuecar la voz, con un timbre que pretende la pulcritud, pero que no renuncia al temblor. *Toma lo simple por el tallo* es un libro minimalista: aspira a que lo menor signifique con la misma intensidad que lo mayor; a que lo ínfimo construya el relato del mundo con idéntica persuasión que lo colosal. La poeta atiende a una amapola, a la borra del café, al chirriar de un grillo, a un hueso de melocotón, a una rosa de origami. Los minutos la rodean, y ella los atrapa y desmenuza en una escritura meticulosa, en la que las crepitaciones de la cotidianidad cobran, a la luz amplificadora de su mirada, el empuje universalizador del símbolo y aun del mito. Su voz, coherente con esta inclinación por lo pequeño y lo callado, mantiene una dicción depurada y estricta, que presenta reconocibles semejanzas con la que en España se ha denominado poesía del silencio, continuadora de la tradición de la esencialidad, uno de cuyos principales representantes ha sido José Ángel Valente –al menos, en el tramo último de su producción– y que hoy pervive, por ejemplo, en la obra de Andrés Sánchez Robayna o Ada Salas. Cuando Armas escribe «soy la escucha y soy la oreja sin mediar ni responder / a las palabras», es inevitable recordar el lúcido aforismo de Valente en «Cómo se pinta un dragón»: «Se escribe por pasividad, por escucha,

por atención extrema de todos los sentidos a lo que las palabras acaso van a decir». La férrea condensación de los poemas de *Toma lo simple por el tallo*, acentuada por algunos procedimientos de estirpe vanguardista, como la omisión de los signos de puntuación, la invención de neologismos –«desolvido»– o el uso abundante de los infinitivos –lo que introduce un matiz de impersonalidad–, destila un aire abstracto, como ensimismado. Sin embargo, esta proclividad meditativa es sólo un trazo en el complejo óleo de la poesía de Edda Armas. Frente al deambular alucinado por los paisajes interiores, se alza lo carnal, lo prietamente arraigado en la materia, en una dura oscilación de tiniebla y tacto; frente a lo volátil, hallamos lo pétreo y duradero, como revela el brevísimo poema «Nube II», con su maridaje de humo y esfinge; frente a lo íntimo, en fin, Armas nos enfrenta a lo cósmico, reflejado en frecuentes invocaciones al mar, las nubes, el sol, el cielo, la luna, el viento y la tierra. En algún poema «cabalgan las cercanías», esto es, se fusionan lo común y lo desaforado, la fuerza animal y la modestia lárica. En otros, desconcertantes, parecen mezclarse estímulos de raigambre diversa, inexplícitos, deliciosamente caóticos. En realidad, como sostiene la poeta en «Torcedura de la luz», se trata de atornillar al sentimiento para que diga. *Toma lo simple por el tallo* no pretende extraer conclusiones, sino bucear en el proceloso orbe de la intimidad: indagar en sus aguas áridas y ardientes. Los poemas, pues, no parecen abstractos por ser conceptuales, sino porque han sido sometidos a una tala imperiosa, a un tamiz elocutivo que los adelgaza y esencializa.

Así sucede en todo el libro: el delicado perfil de los poemas esconde graves acometidas espirituales, que cabe identificar, no por su definición expresa, sino por su insinuarse obsesivo, por su sirimiri indesmayable en la página. El amor constituye una de estas constantes, frente a la variable destructora del tiempo. Un amor que desagua en un erotismo aleteante, pleno de sugerencias y susurros –como en el poema «En el jardín», de aires trovadorescos–, y que acude a sutilísimas metáforas corporales; un amor que resume su sencillo pero, a la vez, esforzado propósito unitivo en el verso final de «Nube II»: «dos buscando coincidir». Esta búsqueda de la coincidencia, capital para entender la arquitectura del poemario, se refleja en innumerables motivos de *Toma lo simple por el tallo*, donde todo se entrelaza y anuda: la música hilvana a los amantes; juntos duermen, o esculpen una escritura, o quieren un hogar que dé cobijo a los sentimientos de ambos; la luna pasea entre los dos; cada uno de ellos sujeta una punta del sedal. «Dónde tú, dónde yo», concluye Edda Armas una pieza, con el estupor y la incertidumbre de quien desea abrazarse al otro, para abrazarse así al mundo. En «Frontera», esta ansia por fundirse –y la fusión efectiva– adquieren una fluida rotundidad: «Alcánzame otra vez, embiste / ya la frontera vulnerada, ajena // inmediatez al ser una pareja / que deja el sudor de su cuerpo / en la atadura del amanecer...».

La pulsión unitiva de *Toma lo simple por el tallo* segrega un singular rasgo sintáctico: la abundancia de emparejamientos, como si los sintagmas binarios

encarnaran esa reconciliación a la que aspira la poeta: gesto y lágrima, viernes tuyo y viernes mío, piel y palabra, palabra y deseo, triunfo y derrota, médulas y tendones, círculos y efervescencias, himen y tránsito, ráfaga y destino, algas y pieles, lo alto y lo bajo, imán y cerradura, tiempo y honra, diáspora y tensión, el más acá y el más allá. En composiciones como «Días de mayo» hay tramos de aceleración, como los hay en el amor físico: el poema se encrespa, jadea, recorre las estaciones de la caricia, progresa con exaltación y premura. En otros rincones del poemario, las paradojas plasman las contradicciones del amor –aquel «beber veneno por licor süave», de Lope de Vega– y, por analogía, la escisión existencial: el pecho y el cielo son cóncavos.

Sin embargo, el amor, como viene haciéndolo desde que existe la literatura, se enfrenta al tiempo. Y no sólo el amor, por supuesto, sino todo cuanto experimentamos y somos. En *Toma lo simple por el tallo*, Cronos luce su majestad oscura –el «sol negro» de Nerval, que Armas suscribe– y suscita una permanente evocación de lo perdido. Junto con los momentos extáticos o asombrados de la infancia, junto con la obsolescencia de los objetos que nos rodean, y que hasta hace poco nos ofrecían la seguridad de su calor, Edda Armas recuerda el fulgor de los sentimientos pasados y pugna por vivificarlos de nuevo mediante el conjuro verbal. En «La voz», su intención, órfica, resulta transparente: «...la voz nos trae de regreso / al que nos llama frenéticamente solo. / (...) en el paisaje al que volver querremos / en feroz intento por violentar la distancia / entre el ayer y el hoy del beso».

La melancolía, encarnada en motivos otoñales o en apóstrofes al adiós y a la muerte, impregna el poemario y se mezcla, no sin violencia, con los énfasis amorosos y las aguadas sentimentales, como arroyos que afluyeran y formasen barrizales diáfanos: el resultado son unos poemas tensos, vítreos, levemente antitéticos, de cadencias multívocas y textura zigzagueante. En «Diana, la cazadora» –uno de los muchos que contienen referencias mitológicas, que Armas proyecta en los desconcertantes parajes de la modernidad–, la identificación de la amada con la gacela y del amador con el tigre, de resonancias salomónicas, le permite urdir una nueva metáfora del eterno combate entre Eros y Tánatos: «...la gacela atrae a los tigres / hasta la charca oscura de las aguas / y quien allí les da caza muere».

Pero la búsqueda de Edda Armas no es individual: no se dirige al amado, a *un* amado, ni siquiera canta al amor, sino a todo cuanto, como el amor, permite el acceso a una nueva realidad, más alta y plena. La idea de tránsito es fundamental en *Toma lo simple por el tallo*: sus poemas están trufados de motivos o tropos que sugieren el avance o el cambio de lugar. Una serie de tres poemas está dedicada a las nubes, lo inaprehensible y pasajero por antonomasia; otra, integrada por un solo poema tríptico, «Tres estaciones», habla de las estaciones de ferrocarril, que hilvanan –y simbolizan– un recorrido por el tiempo y por los sentimientos; no pocos poemas contienen alusiones a las puertas o a las llaves: intermediarios en el paso a otros paisajes, a otros espacios. Ir, venir: de lo pasado a lo presente, del tú al yo, de lo

inmediato a lo inalcanzable: transformaciones del espíritu que Edda Armas articula en la frenética inmovilidad de sus poemas, poseída por la voluntad de crecer, de ser más, de alcanzar la cúspide o las profundidades. Un despliegue de mutaciones cuyo norte es alcanzar *lo otro* –omnipresente asimismo en *Toma lo simple por el tallo*–, como quisieron los románticos y han querido las vanguardias históricas, singularmente el surrealismo: la otra realidad, la otra mano, otro sentir, el otro lado de la cal, otro infinito, el otro lado de la luna, otras puertas del mirar, otros mayos, otro día, otra geografía, otro saber. El alma tiene sus reversos, y las heridas, un más allá: a todo quiere acceder la poeta. En «Pólux y Cástor», el poema entero, asentado en la polémica dualidad de los dioscuros, se refiere a los ámbitos ocultos a la percepción inmediata, que Lewis Carroll situaba allende los espejos y que Armas sitúa en cualquier rincón, material o inmaterial, que afecte a nuestros sentimientos y que sea accesible a la palabra: «otro nacimiento», «el revés de la hoja», «...la espera más allá del perfume / más allá...». La palabra, en efecto, ha de abrir el camino a los otros mundos que hay en este; la palabra, tangible, debe conducir a lo intangible: al recuerdo, al sueño, a lo inesperado; la palabra tiene que ser «despeinada y gozosa», como sostiene la autora en la sección «Fuga», cuyos poemas no escapan al bucle autorreflexivo de la contemporaneidad y configuran un notable ejercicio de metapoesía. Si, como se ha dicho, muchas de las composiciones de *Toma lo simple por el tallo* recogen fugacidades, la palabra es la «pulsión que permite sobrevivir a la cruel tibieza del instante».

Eduardo Moga
Prólogo a *Toma lo simple por el tallo*, 2009
Barcelona, otoño del 2008

Corona mar

corona para una poesía fundamental

La materia como tema aparece a menudo en la obra de un poeta como el sostén principal de una propuesta, la materia como arranque de una sensibilidad y una mirada que se convierte en apuesta vital, y en esta nueva entrega de la poeta Edda Armas la materia llega a convertirse en una obsesión, todo pasa por esa lámina espesa donde lo vivido, sentido y deseado deja su huella. Las palabras cuidadosamente elegidas y las transparentes imágenes de este último libro no dejan de remitir al lector a anteriores libros de la autora (Caracas, 1955), especialmente hay, a mi juicio, semejanzas en algunos aspectos con *Armadura de piedra* o *Dagas y otras flores*. Esa coherencia viene a ser en *Corona mar* una confirmación, y es que todo buen poeta es reconocible por recurrir siempre a sus mismas obsesiones, que se recogen en los mismos temas, un registro personal que se conoce y maneja con maestría, que

evoluciona y ofrece matices diversos a cada entrega, pero que, como la paleta de los buenos pintores, no resulta nunca desparramada ni disonante. Ese saber moverse en su propio terreno, tocar sólo aquello que le es cercano, y hasta propio, en Edda Armas es una regla a seguir.

Si la materia se convierte en el lugar del que todo brota y donde todo encaja y encuentra su acomodo, el libro la va acotando con cada poema. Cada poema toma su espacio y ahí se asienta, asumiendo su devenir: la vida, el sentimiento de entrega a unos acontecimientos no siempre buscados, todo aquello que se presenta ante nosotros y nos hace cambiar de rumbo, o lo tomamos y lo llevamos encima siendo ya parte de nosotros, el tiempo que moldea cuerpo y mente, el miedo, el amor. Las escenas que aparecen ante nosotros como lectores transitan de la experiencia de la metamorfosis que el poeta permite al descubrirlas a nuestro mundo interior, mundo que podemos tomar o rechazar, pero esa fuerza que la poesía de Edda Armas nos entrega ya no nos dejará mirar sin el poso de la experiencia. Al ser vuelto a nombrar, aquello que la poeta destaca vuelve a convocarse con otra perspectiva, pero el contexto ya no es el mismo, el descubrimiento y la emoción de ese instante se convierten en pasado, de inmediato, desde el momento en que nos toca. Y la vista se gira en busca de nuevos espacios.

La materia que recibe todo aquello que la poeta destaca se convierte a su vez en el asunto del poema. Así el mar que es un tema recurrente es, cómo no, ese magma del que todo nace, de donde todo procede. El mar, según dice Juan Eduardo Cirlot en su *Diccionario de símbolos*, tiene como sentido simbólico el «océano inferior», al de las aguas en movimiento, agente transitivo y mediador entre lo no formal (aire, gas) y lo formal (tierra, sólido), y analógicamente entre la vida y la muerte. El mar es considerado la fuente de la vida, pero también el final de esta. Volver al mar es retornar a la madre, pero es también morir.

Toda esa riqueza semántica da numerosas pistas de lectura a aquel que abra y lea este poderoso libro. La autora es, sin lugar a dudas, consciente de la seducción y misterio de la metáfora marina. No es un azar que la palabra «mar» aparezca de forma tan evidente y absoluta en el título y que el elemento acuoso sea la materia de la que brota la flor azul de la poesía. Esa dicotomía entre origen y muerte, entre estar y no estar, ser y no ser, vibra en el libro desde el inicio, cuando los primeros versos leídos nos arrastran a un mundo de exigencia, sangre, dolor y muerte, esa muerte sin la que no hay regeneración.

La materia-mar puede ser el trasfondo, el soporte de un mundo en ebullición, enigmático, del que afloran suficientes indicios, y así los vamos descubriendo, van conformando un universo personal, una historia de inconformidad, capacidad de reconvertir el entorno no apetecido en algo habitable, transformación, aclaración, un mundo donde el conocimiento viene especialmente por esa vía acuática que se abre en el título, y de ahí el parentesco con la propuesta de Novalis. La intuición como principal apuesta para poder discernir en profundidad aquello válido de lo

que no lo es. Ya lo decía Goya en su famoso grabado: El sueño de la razón produce monstruos. Frente a la razón o la rigidez domesticada de la lógica, la intuición fluye y es amplia, y sobre todo, y lo que más interesa a la poeta, permite siempre descubrir la otra cara de la apariencia, aquello que es múltiple, sorprendente, mágico. Ese resplandor se sostiene y nos sorprende desde la raíz de una materia en evolución, marina, donde todo cabe y se relaciona, hasta llegar a complementarse. Y claro, no podemos olvidar que también aparece mencionada una corona. Otro emblema. En la parte más alta del ser, por encima de su altura, superando toda estatura, vemos una señal. Símbolo de toda idea de superación, por eso se dice de todo cumplimiento perfecto de una tarea «coronar una empresa». Al inicio las coronas se hacían de ramas de diferentes árboles o plantas, por lo que sumaban al símbolo la característica de la especie correspondiente. Son también, y de manera muy clara, símbolos de luz y de la iluminación recibida.

¿Es esa iluminación que llega con el hallazgo poético pura alquimia de la vida del poeta? Claro que sí, y en el caso de Edda Armas la respuesta es doblemente afirmativa, ya que la transmutación de la vida en escritura es toda una victoria. En el poema «Nube I» de su libro *Toma lo simple por el tallo* encontramos estos versos que dicen: «Diminutas, amalecitas, silentes / cabalgan las cercanías / hiriendo ojo y alma».

La poesía de Edda Armas alcanza en esta nueva publicación la capacidad de ser materia intermediaria entre el alma y la plenitud física. El fenómeno no es nada casual ya que Armas ha ido escribiendo con calma una obra ya reconocida y valorada lejos de modas y tendencias, en la que el deseo de elevación que produce el contacto con lo desconocido y sorpresivo es una constante cuidada con extremo dominio. Lo primordial vuelve a aparecer, se convoca, se encuentra tras un proceso de búsqueda, ya que no es posible vivir la salvación sin ese punto de conciencia que, entre otros ejercicios, produce el acercamiento a la poesía. Esa relación que destacamos al leer *Corona mar* entre abandono y vigilia, entre entrega y exigencia, entre el desprendimiento y lo corpóreo, es a todas luces una experiencia de tipo místico, una interiorización que de lo oscuro, de su tránsito por la oscuridad, surge otra vez renovado y limpio. En la cosmogonía hinduista, Surya es el ojo de Varuna que todo lo ve, y queda asimilado a la búsqueda, a la espada, al fuego, esa corona que en el agua de mar se enciende con mayor luz para arrasar todo aquello que nos arrastra a lo cotidiano y ya usado, teniendo como único fin la elevación, la disolución en el magma de la belleza y la felicidad.

Después de este intento de acercamiento a la emoción que atesora este libro que he tenido el privilegio de conocer en dos etapas de su escritura, para finalizar estas líneas me atrevería a añadir que Edda Armas es una poeta que contempla más que observa. Por eso sabe describir con absoluta exactitud aquello que ha visto, interna y externamente. El encuentro de su mirada con el exterior tiene como

resultado un espacio de apertura, y de los elementos que se manejan y quedan reflejados en la materia que acaba siendo el poema, el amor es quizá la señal de su triunfo. De su coronación, en el mar, en ese medio vibrante e intangible que nos marca y nos deja una huella de eternidad. Y todo cabe al pronunciar sus versos, con la mayor entrega.

Rodolfo Häsler
Prólogo a *Corona mar*
Barcelona, 11 de febrero de 2011

Sin negativo ni estaciones

EDDA O LA LEVEDAD

No hay nada más inútil que matar un dragón. Esta sentencia de origen chino, que desde hace un tiempo se la atribuyo a mi padre, don Felipe, se me aparece de pronto mientras leo «Danza con dragones», uno de los espléndidos poemas de este nuevo libro de Edda Armas. Y por una ley de la fraternidad pienso en otro padre, el de Edda, que hubiera estado de acuerdo con el mío en el arte de la inutilidad al pretender matar un dragón. Cielos de Cabimbú. Cielos de Clarines. Los lamederos del diablo. Santo, santo, Señor de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu gloria. Con esta letanía de mi abuelo Onofre celebro la poesía de Edda, que tiene ella mucho de luciérnaga con voz de ruiseñor.

Motivos para celebrar los hay por doquier en *Sin negativo ni estaciones*, de cuya lectura en el invierno siberiano de Tokio me había propuesto dar cuenta, y luego de los avatares de rigor (pues como dice mi amigo taxista que es un filósofo al volante: siempre sucede lo inesperado) me vi limitado a una serie de apuntes al parecer inconexos, que Edda ha querido, quizá por curiosidad femenina, escudriñar. Ahí van:

Fotos en sepia, blanco & negro, fucsia: puestas sobre la mesa como un Tarot, un *puzzle* para armar la soledad.

«La liviandad de Ícaro», vale decir la levedad, no necesariamente según Kundera sino más bien pensando en Italo Calvino. El volar sobre un mar encrespado como si alguien galopara en el lomo de una luciérnaga.

«El vino en el ánfora», que pudiera ser un perfecto bifronte. «Él vino en el ánfora». ¿Quién vino en el ánfora? Él vino. El que estábamos aguardando. Y quizá ella vino con él en el ancla de la luciérnaga.

«Porque el azul de la llama ya es el alma». ¿Acaso el alma del *cristofué* color *añil?*

Recuerdo la primera vez que hablé por teléfono con Edda –muchos años antes de conocerla en persona– y su voz de pajarito que hacía vibrar el aire cerca de mi oído, como si un ser venido de las regiones de Andrómeda pulsara un diapasón, se

me quedó grabada en mi memoria que todo lo olvida, y reaparece hoy en estos versos en los cuales puedo reconocer con precisión de ornitólogo el avecilla en cuestión: el ruiseñor. Que nadie me pregunte nada, por favor.

«Y ensarto la aguja con el hilo del cedazo de lino». La paciencia de ir elaborando un objeto precioso y preciso: el poema.

Y la eclosión que cierra mis notas pasajeras con un toque de luz blanca que enceguece cuando las muñecas viudas de Reverón danzan desnudas la danza del dragón.

Ednodio Quintero
Epílogo a *Sin negativo ni estaciones*
Tokio, 5 de marzo de 2012

Manos

Las manos. Sus líneas reveladoras, su capacidad de unir, de desatar memoria, de cuidar, de romper, reconstruir. Las manos que bordan, que sudan, que acarician, que pueden llegar a empuñar un arma, son el motivo de que se vale Edda Armas para llevarnos por el camino muy personal de una escritura donde las luces alternan con las sombras, donde impera el fragmento, la alusión, la sugerencia, y donde el lenguaje, el gran protagonista, interpela al lector y a su particular experiencia, a fin de que se encuentren en algún recodo y se encienda la chispa del reconocimiento.

Piedad Bonnett
Texto de contratapa
Bogotá, 27 de junio de 2019

Fruta hendida

si la memoria es una fruta y un país

Para una reciente entrevista a Liberoamérica, de abril de 2019, ha afirmado Edda Armas (Caracas, 1955) que escribe en el deseo de hilvanar lo esencial con memoria de espinas. En *Fruta hendida*, la memoria es fruta lejana, la única moneda que codicia la poeta.

Como la fruta, también la palabra ha de ser física: materia contenida en la corporeidad del lenguaje. Si acaso, un frágil nudo de estación, el cuerpo vegetal que no cede ni a la memoria del odio ni a la putrefacción sobre lo propio, como tampoco la autora cede a la infamia del presente. Por eso es fruta hendida, herida por el tiempo y a la vez promesa intacta: paradoja que sólo el poema puede estar hilvanando en su memoria.

Porque *Fruta hendida* responde al «invisible ritual / de invertir el infortunio». En ella se cruzan el tiempo y su desgaste, pero, aun sabiendo de la condición ficticia de todos los bodegones (como el hermosísimo de Fernando Adam que sirve de portada), se procede desde lo desvaído, lo ausente –el cuerpo que no está: metonimia de las formas plenas del vestido blanco–, lo que es solo merma pero nunca renuncia al fulgor: las palabras descienden hasta el centro mismo de su color intacto. No se marchitan. No hay circunstancia espantosa de la vida o del país que pueda con su carbunclo de fructosa.

¿Cómo puede ocurrir que la poesía erija todos los frutos? Este libro conoce bien lo trabado, lo arisco y desabrido: en el tratamiento personal de los signos de puntuación, en el empleo del guion para unir lo que de otro modo no podría vincularse, como el hombro y las alas, o la columna vertebral y el esternón (casi del mismo modo en el que están, en la fruta, semilla y carne; aspereza y posibilidad de plenitud); en cierta sintaxis descoyuntada, en las sorprendentes sinestesias, en varios neologismos y en el escatimado de lo «real» para entrar en lo inasible, ese evanescente territorio de las nubes a las que la autora venezolana está dedicando tanto empeño poético en los últimos años.

Tal vez sea verdad que para pelar despacio una naranja se anuda la belleza a sus tres sílabas. Aquí las palabras señalan la plena conciencia de su fibra textual: cerezas que son vocablos rojos chorreando sobre la hoja blanquísima y que quedaron, como las estrellas del firmamento, tan lejos del ojo y de la mano que la luz que llega de ellas procede de un pasado extinguido pero capaz de iluminar aún. Por eso el libro *Fruta hendida* es más cielo que piel. Más hueso de durazno que pulmón. Más semilla abriéndose en el territorio fértil de una memoria a la que no se renuncia que conmoción y presente de un país calcinado. Poseer lo desposeído del pasado. ¿Un jardín despoblado repoblándose?

Decía Gaston Bachelard que la primera tarea del poeta es desanclar en nosotros una materia que quiere soñar. En este libro, la fruta (agua corriendo en la boca, memoria de infancia), es ahora una suma de prefijos (falsos) atrapados en la lengua (verdadera): por eso, apuesta a preservar lo leve, el olor de la fruta que se ara como quien ara un cuerpo o una página en blanco. El diálogo que así se establece con lo ido, los idos (en las nubes se escuchan sus ligerísimos pasos) es plenamente consciente de lo precario e inestable, que convoca a otros artistas y poetas con los que *Fruta hendida* dialoga desde su comienzo: numerosos epígrafes y dedicatorias para un poemario escrito a lo largo de cuatro años (2014-2018) en los que la autora dialoga también con su obra anterior. En algún momento señalé que su brevedad y concisión son formas de la desposesión poética, que aquí agudiza su mirar. Si bien las formas se tornan más extensas y al final del libro (en la tercera parte especialmente) se aproximan al poema en prosa, su obra permanece fiel a ese depurado caleidoscopio del deseo que ha ido conformándose a lo largo de dieciséis poemarios y numerosos

reconocimientos. Uno de ellos, titulado *Armadura de piedra* (2005) es aquí interpelado expresamente por la flor y su aroma, la fruta y su sabor destrabándose de la memoria viva, como ajuar de lo invisible que nubes y días apilan en nosotros.

Frente a aquello que va perdiéndose, frente a los días desalmados, la poeta pide brotar raíz y nudo, sostener el trazado en el que ir hasta el hueso (de las palabras, de la fruta, del país) es también ir hasta su músculo, su fibra, su carne textual. La fruta hendida.

María Ángeles Pérez López
Pórtico a *Fruta hendida*
Universidad de Salamanca

Bibliografía de la autora

I. Obra poética

1975: *Roto todo silencio*. Caracas, Imprenta Universitaria, UCV. Diseño de portada y diagramación: Álvaro Sotillo. José Vicente Abreu, editor.

1977: *Contra el aire*. Caracas, Ediciones Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (CELARG-Conac), colección Voces Nuevas, N° 4. Diseño: Alirio Palacios y Jacqueline González.

1985: *Cuerdas de serpiente*. Caracas, edición de autora, impreso por Editorial Arte. Diseño: Annella Armas y Jaime Cruz. Collage en portada de Annella Armas. Posfacio de Francisco Garzón Céspedes. Reconocimiento «Calidad editorial 1986», VII Exposición Anual del Libro Ilustrado, Biblioteca Nacional.

1991: *Rojo circular*. Caracas, Fondo Editorial FUNDARTE. Diagramación: Carolina Pantin. Aguafuerte de Ina Bainova en portada.

1993: *Aguariacuar. La partida*. Bogotá, Libro de Artista del Taller Arte Dos Gráfico de Bogotá. Poema «Aguaricuar» Edda Armas, Grabados "Aguafuertes" Lihie Talmor. Edición trilingüe (español, inglés, hebreo). Cien ejemplares firmados. Representado en Museo Reina Sofía de Madrid, Museo de Arte Contemporáneo de Caracas Armando Reverón, entre otros.

1994: *Sable*. Caracas, Grupo Editorial Eclepsidra, CONAC. Diseño: Annella Armas y Ariel Pintos. Premio Municipal de Literatura, Mención Poesía 1995 / Alcaldía de Caracas. Mención Honorífica Premio de Poesía Ramón Palomares, III Bienal de Escritura 1994 Ateneo de Escuque, Venezuela. Segundo finalista del Concurso Internacional de Poesía del Courrier de l' Orenoque 1994, Bensaçon, Francia.

1995: *La creatividad del mal o el círculo de las flores / Homenaje a Charles Baudelaire y Francis Bacon*. Caracas, edición de autoras. Poemas de Edda Armas y doce fotograbados originales de Lihie Talmor. Edición bilingüe (inglés-español), 25 ejemplares firmados. Diseño: Annella Armas. Premio «Mejor Libro Artesanal 1995», otorgado por Fundalibro y Biblioteca Nacional.

1999: *La otra orilla*. Caracas, Ediciones Cabos Sueltos. Diseño: Ariel Pintos. María Celina Nuñez y Graciela Bonnet, editoras. Texto de contraportada: Rafael Castillo Zapata.

2000: *La mujer que nos mira*. Caracas, Taller Editorial El Pez Soluble, colección Plaquettes de poesía, confección artesanal. Diseño y coordinación editorial: Belkys Arredondo Olivo. 100 ejemplares firmados.

2003: *En bicicleta*. Caracas, colección Bienal Literaria "José Antonio Ramos Sucre", Premio XIV Mención Poesía 2002, coedición con Universidad de Oriente (UDO). Diseño: Alexandra Lange. Jurado: Oscar Hahn (Chile), José Luis Rivas (México) y Armando Rojas Guardia (Venezuela). Prólogo: Armando Rojas Guardia.

2005: *Armadura de piedra.* Caracas, Fondo Editorial Pequeña Venecia, colección de Poesía, N° 97. Fotografía de Luis Brito, de la serie Segundo piso, tercera sección, 1986, en portadilla interna.

2007: *Dagas y otras flores. Antología personal.* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, colección Altazor. Prólogo: Armando Rojas Guardia.

2008: *Casa y arcángel.* Nueva York, 2008, Ediciones Pen Press, colección Plaquettes de poesía, dirigida por la poeta Mercedes Roffé.

2009: *Toma lo simple por el tallo.* Caracas, Editorial Equinoccio, colección Papiros de poesía. Prólogo: Eduardo Moga. Coordinación editorial: Gina Saraceni.

2011: *Corona mar.* Caracas, bid & co. editor, colección *Poesis*. Prólogo: Rodolfo Häsler. Espacios azules de Enrico Armas, acrílico sobre tela, en portada. Edición al cuidado de Adalber Salas Hernández.

2012: *Sin negativo ni estaciones.* Caracas, Kalathos Editorial Poesía. Diseño: Waleska Belisario. Epílogo: Ednodio Quintero. Diploma como finalista del Género Poesía del «I premio al libro del año 2013» otorgado por Libreros Independientes de Caracas.

2016: *Roto todo silencio.* Ilustrado con dibujos de plumilla del artista rumano Daniel Medvedov. Caracas, Oscar Todtmann editores, OT Poesía, edición especial conmemorativa a los 40 años de la primera edición, homenaje a la vida poética de la autora. Diseño: Álvaro Sotillo. Prólogo: Roberto Martínez Bachrich. Digitalización Denis Frank. Impreso en ExLibris, bajo el cuidado de Javier Aizpurua.

2016: *A la hora del grillo.* Antología personal. Quito, El Ángel Editor, colección 2 Alas-Poesía.

2016: *Alas de navío.* Antología. Monterrey (Nuevo León, México), Ediciones Caletita, colección Las vaquitas flacas, N° 23, dirigida por la poeta y educadora mexicana Leticia Herrera.

2016: *Sable*. Caracas, Editorial Eclepsidra, 2da. edición. Prefacio: Fernando Savater. Texto contraportada: María Clara Salas. Fotografía de portada: Annella Armas.

2019: *Manos*. Bogotá, El Taller Blanco Ediciones, colección Voz Aislada. Ilustraciones a tinta china Consuelo Méndez. Texto en contraportada: Piedad Bonnett.

2019: *Fruta hendida.* Madrid, Kalathos ediciones. Ilustrado con fotografías a color Fernando Adam. Prólogo: María Ángeles Pérez López (Universidad de Salamanca). Diseño: Eduardo Gómez Andara.

2022: *Talismanes para la fuga.* Madrid, Vaso Roto Ediciones, colección Poesía. Prólogo: Amalia Iglesias Serna.

2024: *En el oído medio*. Sevilla, Hojas de Hierba Editorial, colección Outsiders.

2024: *Costura interior / Inner Seam*. Antología bilingüe (español-inglés). Nueva York, Pro Latina Press, colección Gala de Poesía. Prólogo: Alejandro Varderi. Dibujo: *Amethyst Energy* de Victoria Ballas Armas en portada.

2025: *Tiempo de nubes*. Zaragoza, Nautilus Ediciones, colección Poesía Capitanas, N° 3.

II. Obra en otros géneros

1996: *El reino sin fin*. Caracas, ediciones del Museo de Arte Contemporáneo de Caracas Armando Reverón. Una historia poética del Niño y Los Reyes Magos, ilustrada con pinturas alegóricas inéditas de Vicente Hernández Estévez. (Prosa poética, religión).

2005: *Alguna vez el corazón aprendió de la rosa. Relatos sobre mi padre.* Caracas, Fundación Polar, colección Periodismo y Memoria. Textos y selcción de ilustraciones (documentos y fotografías). Fotografías: Archivos Fundación Alfredo Armas Alfonzo y de la autora. Liminar: Antonio López Ortega. (Crónica documentada).

2012: Capítulo «La traducción en Venezuela. Un ejercicio de amplitud, curiosidad e intercambio», en *La traducción literaria en América Latina*. Buenos Aires, Editorial Paidós & Fundación TyPA, pp. 82-112. (Investigación, ensayo).

2012: *Ford 50 años en Venezuela.* Caracas, La Galaxia. Diseño Annella Armas. Fotografías Iván González. Concepto, investigación, coordinación editorial, textos, entrevistas, selección de imágenes y cronología de la historia de producción de modelos ensamblados en Ford Motor de Venezuela-Valencia. (Historia, diseño, arte de los carteles, libro corporativo).

III. Compilaciones /Investigaciones que ha editado

1979: *El sol cambia de casa*. Caracas, Fondo Editorial Fundarte, 1ra. edición Año Internacional del Niño; 1992, 2da. edición, Fundarte. Selección de cuentos, poemas y dibujos realizados por niños y jóvenes participantes en talleres literarios facilitados por Armas entre 1978 y 1979 del Programa Creatividad Infantil de FUNDARTE, en 32 barrios de Caracas y el Litoral Central. Diseño gráfico: Luis Giraldo.

1997: *Fotografía & Literatura*. Revista Extra Cámara N° 9, editora invitada. Caracas, Editorial Arte. Dirección de Cine, Fotografía y Video / CONAC. (Concepto, investigación, curaduría de contenidos).

2002: *Alfredo Armas Alfonzo ante la crítica*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana en co-edición con Fundación Alfredo Armas Alfonzo. Prólogo: José Ramón Medina. (Compilación y notas de autores).

2003: *Otro cielo aún más cerca. Imaginario popular.* Colección Obra Completa de Alfredo Armas Alfonzo. Caracas, Fundación Bigott coedición con Fundación Alfredo Armas Alfonzo. Impresor: Gráficas Armitano. Prólogo: Luis Alberto Crespo. Liminar: Antonio López Ortega. (Concepto libro, selección).

2005: *Osarios, desiertos y otros ángeles. Antología de cuentos 1945-1990* de Alfredo Armas Alfonzo. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Colección Biblioteca Básica de Autores. Dibujo de portada: Consuelo Méndez. Tiraje: 10.000 ejemplares. (Selección y cronología del autor).

2006: *Fe de errantes / 17 poetas del mundo* (Israel, México, España, Colombia, Cuba, Puerto Rico, Brasil, Canadá, Egipto y Venezuela). Caracas, Otero Ediciones.

Curaduría de autores y textos en co-autoría con Lihie Talmor, y autoría de Carta de navegación a nombre de las editoras. Prólogo: Jacqueline Goldberg. Ilustrado con grabados de Juan Manuel de la Rosa (México) y Lihie Talmor (Israel-Venezuela).

2008: *Teoría poética*, Ludovico Silva. Caracas, Editorial Equinoccio, colección Papiros de Ensayo. (Investigación, compilación, estructura del libro, prólogo y cronología del autor).

2019: *Nubes. Poesía hispanoamericana*. Valencia (España), Editorial Pre-Textos (col. La Cruz del Sur), coedición con Dcir Ediciones. (Idea, concepto del libro, prólogo y selección de poemas de 291 autores / 18 países).

IV. Antologías en las que ha sido incluida / 1. Impresas

1979: *Jóvenes poetas de Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta*. Caracas, Cuadernos de difusión Fundarte, n.º 3. Selección: Gustavo Pereira. Poemas: «21», «23», «26» y «45» de *RTS*; «8», «Hoy» y «Vestía ropa» de *Contra el aire*.

1985: *Jóvenes poetas venezolanos: Mínima antología*. Caracas, Revista *Imagen* / CONAC. Selección y prólogo: Armando Rojas Guardia.

1985: *Jóvenes poetas venezolanos*. Caracas, Ediciones Culturales INCE. Selección y prólogo: Elí Galindo y Luis Camilo Guevara. Poemas: «A un gato negro», «Tras una ventana», «Allí» y «Un caballo libre cruza».

1986: *Antología de poesía venezolana*. Caracas, *Revista Nacional de Cultura*, CONAC, edición especial.

1988: *Poetas venezolanas de hoy. Antología mínima*. Revista *Línea Plural*, vol. I, n.º 2, Universidad de Illinois, EE. UU., *Spring*, p. 4. Selección: Alejandro Varderi.

1994: *Antología del Concours bilingüe de poésie 1991 et 1994*. Besançon (Francia), edición Le Courrier de l'Orénoque. Poemas: «Pepe Grillo», «Aguariacuar» y «Mapamundi», pp. 139-146.

1995: *Antología de la poesía amorosa venezolana*. Caracas, Editorial La Espada Rota. Selección: Jesús Salazar. Poemas: «Mis dedos prisioneros», «Tras una ventana», «Al llegar», «Ignorarás los cuatro caminos», «Por azar», «Nada» y «Lleno de ti», pp. 304-306.

1995: *Poesía en el espejo. Antología de la nueva lírica femenina venezolana (1970-1994)*. Caracas, Fondo Editorial Fundarte. Selección, prólogo y notas: Julio Miranda. Poemas: «10», «11», «41», «Uno», «Dos», «Cuatro», «Ocho», «Diez», «Nos traspasa», «Hoy», «Culebra de ceniza», «Vigilado vampiro», «Cuerdas 4, 5, 7, 10», «Todos se relacionan», «Es un círculo», «Como puede», «Mañana», «Espaciomenor»; «Treyolí 1, 2 y 3», pp. 193-201.

1997: *Antología de la poesía venezolana II*. Caracas, Editorial Panapo de Venezuela. Prólogo, selección, comentarios y bibliografía: Rafael Arráiz Lucca.

1999: *Calibán, uma revista de cultura. Antología parcial de la poesía venezolana contemporánea*. Río de Janeiro, Editora Calibán. Selección: A. P. Alencart. Poema: «Treyolí 1», p. 55.

2001: *Antología La maja desnuda. XII aniversario* (CD voces, 26 poetas). Caracas, Dirección de Cultura Unimet, Emisora Cultural de Caracas, Conac. Selección y coordinación: Nidia Hernández. Poema: «Choroní», p. 4.

2001: *Antología histórica de la poesía venezolana del siglo XX*. Puerto Rico, Editorial Universidad de Puerto Rico. Selección y prólogo: Julio Miranda.

2004: *El hilo de la voz: Antología de escritoras venezolanas del siglo XX*. Caracas, Editorial Angria y Fundación Polar. Selección, prólogo y notas: Ana Teresa Torres y Yolanda Pantin. Poemas: «OPQ», «Mujer pantano», «Momento intimista al cuadrado», «Otras intimidades» y «Treyolí», pp. 539-546.

2005: *El mundo al otro lado. Eduardo Margaretto / Ochenta fotografías para ochenta poetas*. Salamanca, Ediciones de Explorafoto, Festival de Fotografía de Castilla y León. Editor: A. P. Alencart, p. 160.

2005: *Com l'edat d'or des de la terra obscura*. Sabadell (Cataluña), Ediciones Plaquettes de poesía «Papers de Versàlia». Poemas: «Treyolí 1» y «Treyolí 2», p. 20.

2005: *Naturalezas del escribidor: Ofrendas a José Jiménez Lozano*. Salamanca, Trilce Ediciones. Editor: A. P. Alencart. Poema: «Espuma de lo íntimo», p. 72.

2005: *Nuestra voz / Our Voice / Notre Voix*. Antología del Comité de Escritoras del PEN Club Internacional. Salta (Argentina), Editorial Biblioteca Textos Universitarios, t. III.

2005: *On el xiprer vigila*. Sabadell (Cataluña), Ediciones Plaquettes de poesía «Papers de Versàlia». Poemas: «Epitafio» y «Si boca, sino», p. 22.

2006: *Subjugat per les dòcils arrels*. Sabadell (Cataluña), Ediciones Plaquettes de poesía «Papers de Versàlia». Poema: «Vaivén en desarraigo», p. 22.

2006: *Poetas en blanco y negro. Contemporáneos*. Madrid, Abada Editores. Selección y notas: Amalia Iglesias Serna. Poemas: «Obsidiana en el ombligo» y «Diana, la cazadora», pp. 51-52.

2006: *Perfiles de la noche / Profiles of Night. Mujeres poetas de Venezuela / Women Poets of Venezuela*. Caracas, bid & co. editor, coedición con PEN de Venezuela, patrocinio: Bancaribe, colección Poesis. Antología bilingüe (español-inglés). Selección, notas y traducción: Rowena Hill. Poemas: «MNÑ», «RST», «Hechizo» y «Es un círculo», pp. 176-181.

2008: *Del dulce mal. Poesía amorosa de Venezuela*. Caracas, Editorial Aguilar. Poema: «Como puede», p. 21.

2009: *Adonde irán mis nuevos sueños*. XII Encuentro de Poetas Iberoamericanos. Salamanca, Ediciones Fundación Salamanca (EDIFSA). Trece poemas antologados (uno inédito manuscrito), pp. 175-189.

2011: *El paisaje prometido. Sesenta y ocho poetas del mundo para un pintor de Castilla y León, José S. Carralero*. Salamanca, Sociedad de Estudios Literarios y Humanísticos de Salamanca (SELIH). Editor: A. P. Alencart. Poema: «La conjura del que esperas», p. 116.

2013: *Fórnix*, n.º 12. Antología del Segundo Festival Internacional de Poesía de Lima (FIPLIMA). Lima, Editorial Nido de Cuervos. Poemas: «Ojo de pez», «El dedo de oro» y «Ancient circle», pp. 147-149.

2014: *Prix Littéraires / Premios Literarios / Literary Prizes Naji Naaman's 2014*. Líbano, Fondation Naji Naaman pour la Culture Gratuite. Poema: «Los lobos podrán aullar / Wolves May Howl», pp. 26-29.

2014: *102 poetas Jamming*. Caracas, Oscar Todtmann Editores, colección OT Poesía, n.º 3. Poemas: «Fondo blanco», «La poda» y «La hora que no cesa», pp. 199, 244, 260.

2015: *Cien mujeres contra la violencia de género*. Caracas, Fundavag Ediciones. Poema: «Absuelto», p. 20.

2015: *Fervor de Caracas. Una antología literaria de la ciudad*. Caracas, Fundavag Ediciones. Selección y prólogo: Ana Teresa Torres. Poema: «Cuatro fases de una luna en el asfalto», pp. 420-422.

2016: *Cantos de fortaleza. Antología de poetas venezolanas*. Madrid, Kalathos Ediciones. Prólogo: Rodolfo Häsler; epílogo: Rafael Arráiz Lucca. Doce poemas antologados, pp. 81-94.

2016: *Poesía en Paralelo Cero. Antología 8.º Encuentro Internacional de Poetas*. Quito, Ediciones Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Ministerio de Cultura y Patrimonio, y El Ángel Editor. Poemas: «Borrarlo todo», «Fucsina 1-2-3-4», «El dedo de oro», «La espera» y «No puedo arrancarte», pp. 17-22.

2017: *Salamanca, raíz de piedra y letras. Antología bilingüe de poesía iberoamericana (español-portugués)*. Salamanca, Editora Labirinto. Coordinador: Víctor Oliveira Mateus. Poema: «Laude a Salamanca / Louvor a Salamanca», pp. 60-61.

2017: *El libro de los animales / Poemas para niños de todas las edades*. Bogotá, Editorial Planeta Colombia, colección Planeta Lector. Compilación: Santiago Espinosa. Poema inédito: «El puercoespín», pp. 83-85.

2018: *Poeti uniti per il Venezuela / Poetas unidos por Venezuela*. Italia, Borella Edizioni. Antología bilingüe (español-italiano). Selección: Lisete Fernández y Erika Reginato. Poemas: «Celda», «In memoriam a Neomar Lander», «La vida tiene sus rincones» y «Rebautizar», pp. 72-79.

2018: *Por ocho centurias*. Antología XXI Encuentro de Poetas Iberoamericanos. Salamanca, Ediciones de la Fundación Salamanca (EDIFSA). Editor: A. P. Alencart. Poema: «Laude a Salamanca», pp. 298-299.

2019: *Rasgos comunes. Antología de la poesía venezolana del siglo XX*. Valencia (España), Editorial Pre-Textos, colección La Cruz del Sur. Selección y prólogo: Antonio López Ortega, Miguel Gómez y Gina Saraceni. Poemas: «Esquina», «Al descampado XVIII», «Como puede», «Daga segunda», «Mujer pantano», «La noche devoró todo acto salvador» y «Lo verde es lo mirado», pp. 919-931.

2020: *A poema abierto. Escribir en tiempos de pandemia*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca. Edición y prólogo: Amalia Iglesias Serna. Poema: «Sol abierto cuando pase la pandemia», pp. 44-46.

2022: *Ella es un ángel*. Salamanca, Tiberíades Ediciones (Red Iberoamericana de Poetas y Críticos Literarios Cristianos). Editor: Marcelo Gatica Bravo. Poema: «Entre azules de la piedra imán», pp. 36-37.

2022: *El dulce ron que las embriaga / Poetas actuales de Canarias y Venezuela*. Madrid, Beginbook Ediciones, colección Palabra y Verso. Poemas: «Obsidiana en el ombligo» y «Corazón de ébano», pp. 47-48.

2024: *Antología Semana Internacional de la Poesía de Santo Domingo (2022-2023)*. Santo Domingo, Tiempo de Nosotros Editores. Poemas: «Uno x siete», «Menú de sobrevivientes» y «Balas de fuga», pp. 15-19.

2024: *Poemas en bicicleta / Autores grandes para pequeños lectores. Antología de poesía venezolana*. Caracas, Fundación La Poeteca y Banesco Banco Universal, colección El envés del dado. Selección: Fanuel Hanán Díaz, Jacqueline Goldberg y Alicia Montero. Poema: «Piedra sobre piedra», p. 13.

2024: *Las mujeres desaparecidas. Poemas de Floriano Martins, homenaje a 50 mujeres desaparecidas, leídos por 50 poetas*. ARC Edições / LP5 Editora. Voz dada por Armas al poema «La curiosidad de la lengua de Yue Meifeng».

2024: *Metapoéticas. Antología de poetas hispanoamericanas contemporáneas (siglos XIX y XXI)*. Valencia (España), Editorial Pre-Textos. Edición y coordinación: Milena Rodríguez (Universidad de Granada), María Lucía Puppo (Universidad Católica Argentina - CONICET) y Alicia Salomone (Universidad de Chile). Selección de poetas venezolanas a cargo de Márgara Russotto. Poemas: «Celaje naranja» y «Mano 8», pp. 710-711.

2025: *Fiori nell'abisso / Antologia della poesia venezuelana*. Martinsicuro (Italia), Collana il Gabbiere, DiFelice Edizioni. Edición y traducción: Emilio Coco. Doce poemas antologados, pp. 353-369.

V. Antologías en las que ha sido incluida / 2. Digitales (Las recientes)

2016: *Il Fiore Della Poesía Latinoamericana D'oggi*. (Bilingüe). Rimini (Italia), Rafaelli Editore, pdf. Selección y traducción al italiano de Emilio Coco. https://www.amazon.es/poesia-latinoamericana-doggi-spagnolo-fronte/dp/886792138X

2020: *Espacio, me has vencido*. Antología de poesía hispanoamericana. Vol. I. *Poesía Latinoamericana*. Quito, El Ángel Editor. Compilador: Xavier Oquendo Troncoso. https://www.elangeleditor.com/producto/espacio-me-has-vencido/

2020: *A poema abierto. Escribir en tiempos de pandemia*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca. Edición de Amalia Iglesias Serna. https://sac.usal.es/images/a_poema_abierto.pdf

2024: *Las mujeres desaparecidas. La poesía de Floriano Martins en las voces de cincuenta poetas hispanoamericanas*. Brasil. Producción: Elys Regina Zils. https://arcagulharevistadecultura.blogspot.com/2024/04/floriano-martins-las-mujeres.html

Índice

Prólogo
Edda Armas: Una ciencia de los límites 9
por Adalber Salas Hernández

Roto todo silencio (1975) 21

Contra el aire (1977) 31

Fucsina diez 32
Uno **32** | Dos **32** | Tres **32** | Cuatro **32** | Cinco **32** | Seis **33** | Siete **33** | Ocho **33** | Nueve **33** | Diez **33**

En otros 34
Nos traspasa **34** | Este aire **34** | Hornalla **34** | Poema iv **34** | Al llegar **34** | Circulares **35** | Hoy **35** | Culebra de ceniza **35** | En tarde **35** | Evidencia **35** | No duermo **35** | Nexos **36** | Muerte **36** | En nube **36** | A ellos **36** | La flor **36** | Bajo el sereno **37** | Si no eran ojos **37** | Siempre **37** | A un gato negro **37** | Octubre de lluvia **38** | Sin sol **38** | Tras una ventana **38** | En la primera hora **38** | Allí **39** | La máscara **39** | Contra el aire **39**

Cuerdas de serpiente (1985) 41

ABC **43** | DEF **44** | GHI **45** | JKL **45** | MNÑ **46** | OPQ **47** | *OPQ* **48** | RST **49** | UVW **49** | XYZ **50**

10 Cuerdas 51
1, **52** | 2, **52** | 3, **52** | 4, **53** | 5, **53** | 6, **54** | 7, **54** | 8, **55** | 9, **56** | 10, **57** |

Todos se relacionan **59** | Tres rosas **60** | Una pista **61** | Cruzados **62** | Hechizo **63** | Ventana tren **64** | Es un círculo **65** |

Rojo circular (1991) 67

Rojos 68
Mujer pantano 78
Mirador n° 7 80
Trío de ases 84

Sable (1994) 87

Dagas 88
Árbol uno **88** | Árbol dos **88** | Árbol tres **88** | Árboles desnudos **89** | Círculos en flor **90** | Barro para la humedad **90** | La luna en el asfalto **91** | Daga primera **93** | Daga segunda **93** | Daga tercera **93** |

Treyolí 94
Treyolí 1 **94** | Treyolí 2 **94** | Treyolí 3 **95** | Ixora **96** | Volvían las lluvias **97** | Azul brumoso **97** | Chimire **99** | Pepe grillo **100** | Páramos **101** | Porvenir **102** | Entre la flor y la hendidura **103**

Sable 104
Aguas abajo o arriba **104** | Tierras raras **105** | Aguariacuar **106** | Utopía **107** | As de lis **108** | Choroní **109** | Punta de lanza **109** | Espejo **110** | Anticipo **110** | Hipótesis **111** | Bird **111** | Caleidoscopio **112** | Ritual de samurai **112** | Mapa mundi **113** | Canción **113** | Ruido de mar **114** | Círculo de tiza **114** | Sable **115**

La otra orilla (1999) 117

Soy un satélite sin órbita 118
La otra orilla 128
Coda 133

La mujer que nos mira (2000) 135

Interior rojizo **136** | Un dado es mi certeza **136** | Tarde de plaza **137** | Ser coliflor o flor de alcachofa **137** | Podría ser un retrato **138** | Trenes **139** | Nacimiento **139** | La flor abre los centros **140** | Mañana **141** | La espera **141** | Acto final **142** | No puedo arrancarte **143**

En bicicleta (2003) 145

En bicicleta 146
En bicicleta **146** | Almendrón **148** | Los lobos podrán aullar **149** | El gato de alicia **151** | Contemplación **153** | Araya **153** | Ver lo preciso **155** | La reina **155** | El mago del río **156** | Amarillo **157** | Entreacto **159** | Arde la madera **160** | Interrotto **161**

Ojo de pez 164
Ojo de pez **164** | Madrugada sin dormir **165** | Cuaderno de viajes **165** | Nubosidades **166** | Cuando la caja está en nuestras manos **167** | A la misma hora **168** | Sobrevolando la euforia **169** | 45 revoluciones por minuto **169** | Las flores del mantel **171** | Era un ser extraño **172** | Dos miradas en una realidad autónoma **173** | Radio de la bicicleta **175** | Ellas han salido a dar un paseo **176**

Si la máquina no funciona quedamos a mitad de camino 177
Coda 183

Armadura de piedra (2005) 185

Primera. Al descampado 186
Segunda. Piedra alzada 194
Tercera. Alas sólo tiene el pájaro que arde 198
Cuarta. La danta hunde su pezuña en el mármol 202
Quinta. Frágil huella al amanecer 208

Casa y arcángel (2008) 213

Caballito negro **214** | El arcángel **214** | Mudanza **214** | Palabra mestiza **215** | Cuenco sagrado **216** | Ir a la punta **216** | Tribal **217** | Sin aviso **218** | Ronda de la oración **219** | ¿Sueño lo real o su fantasma? **220** | Nunca ruina **221** | El otro **221** | A la ribera del río **222** | En cercanía **223**

Toma lo simple por el tallo (2009) 225

I [Andante] **226** | Sala de grillos **226** | Hoy sólo hoy **226** | Gárgola y metal **227** | Paisaje interior **227** | Ojos de geisha **228** | Nuez **229** | La hora que no cesa **229** | Si al nardo se lo lleva la luz **229**

II [Adagio] 230 | Espuma de lo íntimo 230 | A paso con antílopes 230 | Eclipse I 231 | Eclipse II 231 | Hoy es mar 232 | Espía de silencios 232 | Marea alta 233 | Marea baja 234 | Nube I 234 | Nube II 235 | Nube III 235 | Tres estaciones 235

III [Vivace] 237 | Gesto 237 | Viernes 237 | Lo verde es lo mirado 238 | Dame de ti la tarde 238 | Con distancias 239 | Hace ya frío 239 | Cerezas 240 | Corazón de ébano 241

IV [Rondó] 242 | Círculo antiguo 242 | Rosas amarillas 243 | Travesía 243 | Diana, la cazadora 243 | Obsidiana en el ombligo 244 | En el jardín 244 | Hilar los vacíos 245 | La llave 245 | Días de mayo 246 | Hacia el naranjal 246 | El dedo de oro 247

V [Dueto] 248 | Sin sobre 248 | Pólux y Cástor 248 | Isla añil 249 | Orillas 249 | Poema con ballenas 250 | Deuda 250 | La oliva vuelve 251 | Olivas partidas 252 | Eslovenia 253 | En el sabor no existe retorno 253

VI [Fuga] 254 | Parca 254 | Amarrados 254 | Soy la escucha y soy la oreja 255 | La voz 255 | Amapola 255 | De vuelta al arenal 256 | Cuarto 256 | Frontera 257 | No tengo cuerpo ya 257 | El silencio es vacío 258 | Sino 258 | Oigo pasos lejanos 259 | Nudo de estación 259 | Borrarlo todo 260 | Torcedura de la luz 260 | Toma lo simple por el tallo 261 | Zurcido 262

Nota bene 263

Corona mar (2011) 265

Hoy es mar 266
Hoy es mar 266 | Mares remotos 267

Corona mar 268
Poemas barceloneses 273
Poemas de humo blanco 277
Poemas de la sed 284
Sombras blancas 286
Poemas oscuros 288
Nimbos y olas 290
tríptico de las olas 293
Saltos orgánicos 294
Epílogo: *del labio a la ilusión* 296

Sin negativo ni estaciones (2012) 299

Luna Cornata
Portal 300
Lo fácil 300 | Quedarte 300 | Desnudo 301 | Que sea 301

Momento efímero / momento decisivo 302
Ala forjada 302 | Ritornello 302 | Colmada 303 | Dilación 303 | El hoy 303 | Apamates en flor 304 | Ave 305 | Desarraigo 305 | La poda 306 | Piel de oveja 307 | Danza de lobos 307 | Zapato 309 | Fondo blanco 309 | Cómplice 310 | Del arco que vamos siendo 311 | En el álbum 312

Linotipia 313
Hojilla de oro 313 | Sinfín 313 | Lo que ocurre 314 | ¿Quién? 314 | Ella, ave 314 | Él, piano 315 | Sin cerillas 315 | Tiempo de espera 316 | Clavícula 316 | Cavados 317 | Esqueletos 317 |

Días labrados en la hora de arena 318
Los días labrados **318** | Ni lo temido **318** | Puedo llevar **318** | No renuncio **318** | Monto la cafetera **319** | Injusta **319** | La sirena **319** | **Reconstruir 319** | **La vida 320** | **Rebautizar 320** | **Quiero creer 320** | Desgranados **320** | Margarita **321** | Cuando **321** |

Caja de negativos encontrados 322
Vocablos orgánicos **322** | Nombrarte rosa, ro. **323** | Tul púrpura para reverón **324** | Palma bendita en chacao **325** | Entre la flor y la niebla **326**

Cuatro fases de otra luna en el asfalto 328
Luna nueva **328** | Cuarto menguante **328** | Cuarto creciente **329** | Luna llena **329** | En la piel cruje **330** | Danza con dragones **331** | Canto de ángel **332** |

Poética 333

Manos (2019) 335

Manos del templo **336** | 29 manos **337** | Lo sosegado nos toma de la mano **345** | Empalmados **347** | Abrazos **347** | La otra mano **348** | Estampa final **349**

Fruta hendida (2019) 351

Cuando evocar se hace fruta 352
Afrutados **352** | Malabarista **352** | Mandala del mandato **353** | Paso de nubes **354** | Anudados **356** | Reverso de moneda **356** | Canción **357** | Llegas en lo que vas sintiendo **358** | Paisaje interior **358** | Fugada de mí **359** | Florero para el rizoma **360** | Flores del naranjal **360** | Amarillas **361** | La rosa sepia de obregón **361** | ¿Qué queda al mirar hacia adelante? **362**

Carbunclo de fructosa 364
Mar de origen **364** | Infusión té jazmín con luna para tres **365** | Coda **366** | Celaje naranja **367** | En otro jardín **367** | Cestrum nocturnum **369** | Con una piel de oveja **370** | Cetrería **370** | Nube **371** | Calaveras en salamanca **372** | Alminar **375** | Amatitán **376** | El espaciomenor expande **378** | El azul del reencuentro **379** | A los gatos les hablo **380** | Pañuelo **381**

Si fruta fuese país 382
Enlutados **382** | Elegir confronta **383** | Al partir, el beso **383** | Inesperada visita **385** | Fehaciente **385** | Loto **386** | Sin **387** | Celda **388** | Domingo de caléndula **388** | Postal con árboles y duelos **389** | Belleza del querrequerre **392**

Quinteto al filo (2020) 395

Conversación con la cebolla **396**
Sol abierto cuando pase la pandemia **398**
Postal del cielo plomo sin venados a la vista **401**
Despedida **404**
Estación con pájaros **406**

Nota bene 408

Addenda. Estrella azul **409**

Criterios de la edición 410

Posfacio. Textos críticos sobre la poesía reunida de Edda Armas 413

Bibliografía de la autora 431

otpoesía

1º *En medio del blanco*
Kira Kariakin

2º *Limones en almíbar*
Jacqueline Goldberg

3º *102 Poetas*
Jamming
Compilación

4º *Daño oculto*
Georgina Ramírez

5º *Sin mover los labios*
Alfredo Chacón

6º *Fragmentos naranja*
José Antonio Parra

7º *Íntimo, el espejo*
Graciela Yáñez Vicentini

8º *39 grados de cielo en la tierra*
Hernán Zamora

9º *Caracas mortal*
Claudia Noguera Penso

10º *Roto todo silencio*
Edda Armas
Edición especial en honor a los
40 años de vida poética de la autora.
Primera edición, Imprenta Universitaria, UCV, 1975.

11º *Sombra de Paraíso*
Claudia Sierich

12º *La corteza no basta*
Sandy Juhasz

13º *La espera imposible*
Cecilia Ortiz

14º *Cuerpo en la orilla*
Flavia Pesci Feltri

15º *Vigilia en la desmesura*
Héctor Aníbal Caldera

16º *Tiempo añil*
Karla Castro

17º *Viaje desnudo*
Tina Oliveira

18º *Beber de la sombra*
Poesía reunida 1986–2017
Víctor Fuenmayor

19º *Salmos de la penuria*
Samuel González-Seijas

20º *Doble viaje*
Adriana Gibbs

21º *Tatuajes criminales rusos*
Fedosy Santaella

22º *El beso del arcángel*
Ana María Hurtado
Leonardo Torres

23º *Partir*
Alejandro Sebastiani Verlezza

24º *Labios del viento*
Nubia González

25º *Voz de fondo*
Christiane Dimitriades

26º *El sol de la ceguera*
Kira Kariakin

27º *Orfeado insilo*
Hernán Zamora

28º *hacer daño*
Carlos Egaña

29º *El barco invisible*
Fedosy Santaella

30º *Ojo de la sombra*
Luis Ignacio Betancourt

31º *los gozos del sueño*
María Antonieta Flores

32º *trazos en fuga*
Flavia Pesci Feltri

33º *Tercer libro de los entusiasmos*
Luis Gerardo Mármol Bosch

34º *La fuerza de las cosas*
Elisabetta Balasso

35º *Poesía reunida*
1984–2008
Rafael Castillo Zapata

36º *Así va el siglo*
Inés Muñoz Aguirre

37º *Salomario*
Poesía reunida 1956-2021
Alfredo Chacón

38º *agua que corre lenta*
Coromoto Renaud

39º *Haz ruido con mi ataúd*
Manuel Llorens

40º *Mata de nervios*
Jacqueline Goldberg

41º *De bosques y tempestades*
Corina Freyre

42º *Al terco filo de la luz*
Poesía reunida 1975-2020
Edda Armas

Ser al decir
Alfredo Chacón
Esta obra ensayística analiza el pensamiento de la poesía ejercido por José Lezama Lima, Octavio Paz, Ida Gramcko, Tomás Segovia, Haroldo de Campos, Rafael Cadenas y Alfredo Silva Estrada.

Al terco filo de la luz
Poesía reunida 1975-2020
Edda Armas

Oscar Todtmann editores
Colección ot poesía
Cuadragésimo segundo libro

Dirección editorial: Luna Benítez
Coordinación editorial: Kira Kariakin
Diseño: Carsten Todtmann/Pascual Estrada
Corrección: Graciela Yáñez Vicentini
Fotografía de portada: ©Ricardo Armas, Serie "La Valla" (2001-2019)
Retrato de la autora: ©Ali Merino
Promoción editorial/rrss: María Verónica Marcano
©Edda Armas
Prólogo: ©Adalber Salas Hernández
©De esta edición OT editores, C.A.
ISBN: 978-980-407-095-2
Depósito Legal: DC2026000313
Impreso en los talleres de Editorial Arte
Todos los derechos reservados
Caracas, Venezuela, 2026

El diseño de ot poesía es un homenaje
a los libros de la colección Insel Bücherei.

Oscar Todtmann editores apoya los derechos de autor. Los derechos de autor motivan la creatividad, estimulan diversas voces, promueven la libertad de expresión y son creadores de una vibrante cultura. Nuestra gratitud por adquirir ediciones autorizadas de este libro y por atenerse a los derechos de autor al no reproducir, escanear o distribuir por alguna otra forma la totalidad o partes del libro, sin la previa autorización y permiso del autor o de la editorial. Así, amigo lector, usted apoya el esfuerzo de los autores y permite a la editorial continuar con la publicación de libros para una significativa variedad de lectores.

La edición de *Al terco filo de la luz. Poesía reunida 1975-2020* de Edda Armas
ha sido posible gracias al patrocinio de la institución financiera
Banesco Banco Universal.
La autora y su casa editorial agradecen su estimable contribución.

Banesco
Contigo

oteditores@gmail.com
@oteditores en IG/X/Facebook

Los libros de OT editores se encuentran disponibles en Amazon.com